Voces por cable



Emanuel Burgos Iriarte

voces por cable

EMANUEL BURGOS IRIARTE

Copyright © 2024 Emanuel Burgos Iriarte
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798335841757

En memoria de mi padre, guía, maestro y ejemplo.
“La vida es hermosa”

Prefacio

En las tardes de mi niñez, escuchaba los estallidos de las teclas de las máquinas de escribir que los alumnos de mi abuela apretaban con fuerza para que cada letra quedara impresa. Cuando ella dictaba textos de veinte años de antigüedad y controlaba que no se equivocaran al mecanografiar, yo me sentaba en alguna máquina desocupada, con los pies colgando, y escribía oraciones sueltas o intentaba hacer dibujos con letras.

Una de esas tardes, ella me avisó que se iba a hacer la reconstrucción de los hechos de un asesinato múltiple que había sucedido en la confitería de la esquina. Mi edad estaba estrenando las dos cifras. Fui solo y me apoyé en una de las grandes ventanas que daban a la vereda para observar cómo la justicia hacía su trabajo. Previamente, el día del crimen, acompañé a mi abuela a ver cómo retiraban el cadáver de una de las víctimas en otro local, a la vuelta, en el cual esta persona había sido alcanzada y baleada en su interior. Fuimos testigos del caos de curiosos, prensa y policías que inundó esa calle jujeña aquella nublada mañana, mientras una bolsa mortuoria era trasladada hacia la morgue.

Al escribir esta novela, me sentí como ese niño que jugaba a apretar teclas, después de haber percibido la densidad que queda en el aire tras un sombrío hecho. A medida que avanzaba con la historia, me vi confrontando mis propios miedos, esperanzas y, sobre todo, recuerdos. Este libro nació de mi gran afecto por “apretar teclas”, fomentado por Doña Argentina y a la satisfacción que siento cada vez que me sumerjo en la hermosa década de los noventa.

Espero que disfruten este viaje.

Emanuel

1 Aflicción

Las pulsaciones en la sien con cada paso se hacían más pronunciadas. Pasos que parecían sin rumbo, pero tenían destino. Los brazos cansados colgaban al costado de su cuerpo y solo oscilaban con su andar. Las plantas de los pies, doloridas, ya estaban empezando a arrastrarse. La falta de sueño hacía que sus sentidos estén disminuidos, todo se percibía extraño y algo de taquicardia empezaba a notarse. Tampoco se había alimentado bien los últimos días y su boca seca demandaba agua. La vista cansada, tan cansada que le costaba enfocar y apuntaba al suelo sin pestañear. Como si fuera un tic nervioso, su cabeza se movía de un lado al otro, haciendo un pequeño gesto de negación. El sol había empezado a brillar y no le permitía abrir del todo los ojos. La temperatura no era alta a esa hora, pero su destemplanza le hacía sentir calor.

No había nadie en la vereda, todo estaba estático y muerto. Llegó a la esquina y cruzó la calle sin mirar, ningún auto pasaría. Intentó treparse por las altas rejas de color gris oscuro y le tomó dos intentos llegar hasta lo alto. Después de cruzar, cuidando de no lastimarse con los picos, saltó los tres metros que lo separaban de las baldosas del patio de entrada a la iglesia.

La caída dobló su tobillo izquierdo y lo hizo gritar del dolor, haciendo que una bandada de palomas, que estaban en el campanario resguardadas en sus nidos, salieran volando asustadas. El malestar no lo detuvo y caminó, con mucho esfuerzo, hasta la gran puerta doble de madera. Intentó abrir con el picaporte antiguo de hierro forjado. Lo movió hacia arriba y hacia abajo varias veces haciéndolo rechinar, pero la puerta estaba cerrada. Con lo último de energía que le quedaba en el cuerpo la golpeó con el hombro. Al tercer impacto lo logró y se abrió de par en par, irrumpiendo el denso silencio y tirándolo en el frío piso de mármol.

Se levantó, como pudo, y siguió arrastrando sus pies por la nave central, entre los bancos, hasta el altar, sosteniéndose el hombro que había empezado a inflamarse. Adentro estaba fresco y sus pupilas tuvieron que dilatarse para poder ver entre tanta oscuridad. Transpirado y con la ropa sucia, se dejó caer sobre las rodillas de frente a la enorme imagen de Jesús crucificado que estaba bañada con una luz tenue proveniente de dos velas a cada uno de sus lados.

Con ambas manos hacia arriba, abiertas sobre sus piernas, la columna encorvada y el mentón hacia abajo, lo miró fijamente y suplicó: “Vengo a pedirte que todo esto pare, por favor, que pare. Ella no se lo merece… Aunque no soy la persona más fiel, espero que estés escuchándome. Te pido por favor. ¡Basta!”

Su plegaria fue atravesada como un relámpago por el llanto y se detuvo. Su frente llegó hasta el mármol y desde esa posición susurró:

—No es justo. Nada de esto lo es…

Las lágrimas dejaron marcado el camino en su rostro lleno de tierra y se acumularon en el suelo. Levantó la cabeza, hizo el intento de ponerse de pie, pero le costaba moverse. Se quedó ahí, tirado en el medio de la iglesia, con los ojos cerrados y húmedos, los puños apretados y devastado en cuerpo y alma.

Su ser ya no tenía esperanza, su fe no era la más fuerte y en el fondo sabía que afuera no le esperaba nada más que incertidumbre y dolor. La visión que tenía del mundo había cambiado y con eso también el. Aun así, se dio una última oportunidad. “Prometo convertirme en tu devoto servidor el tiempo que me des en este mundo” Propuso, sin convicción, a cambio de que el calvario llegue a su fin.

Se arrastró unos metros hasta el primer escalón del altar, se apoyó en él y con su ayuda se fue

incorporando hasta pararse. Cuando logró volver a estar de pie, se acercó hasta la imagen, le tocó los pies ensangrentados, se persignó, pidió perdón por haber irrumpido de esa manera en su casa, se dio vuelta y con la misma aflicción con la que entró, se dirigió hacia la salida.

"*Necesito descansar"* pensó mientras se disponía a trepar la reja para salir. Pero entendía que antes debía hacer una visita pendiente.

2 Los Pájaros

Hacía un año que Rafa había terminado la secundaria en el mismo colegio donde su mamá trabajaba como profesora de Lengua. Una institución pública de bajos recursos, ubicada en un barrio conflictivo de la ciudad y que carecía de popularidad dentro del circuito estudiantil. Compartir ese espacio con ella lo hacía sentir un poco extraño, pero le trajo algunos beneficios a la hora de rendir algún que otro examen sin haber estudiado lo necesario, y, por supuesto, esa situación le exigía un comportamiento ejemplar dentro del aula.

Después de recibirse, Rafa había empezado a trabajar en la fábrica de muebles de su abuelo Ricardo. Apenas terminó el colegio no tenía la menor idea de qué carrera seguir y, antes de tomar decisiones apresuradas, ocupó ese año para pensar y elegir lo mejor. Durante ese tiempo aprendió el oficio de carpintero y se ganó algunos pesos que invirtió en un *Jeep Willys* modelo 72 color blanco.

Al principio, a su mamá, Elena, le había parecido una buena idea que se tomara un año. Al fin y al cabo, a ella le había pasado algo parecido en su juventud. La inquietud empezó a escalar con la convertibilidad, ella veía que su hijo estaba ganando buen dinero y le daba un poco de miedo que se conforme con tener un oficio. Esa misma preocupación proporcionó varias discusiones, a la hora del almuerzo, cuando ella traía el tema a la mesa preguntando si ya sabía que iba a estudiar y él respondía levantando el entrecejo y los hombros. A partir de ahí los tonos de voz empezaban a subir y siempre terminaban cuando Rafa optaba por abandonar el comedor de diario y refugiarse en su habitación.

Ese era su lugar sagrado: 35 metros cuadrados donde se alzaba su reino, justo arriba de la cocina y el garaje. Tenía una cama individual contra una pared, vestidas con cortinas azules dos ventanas que daban a la calle, un sillón del mismo color construido por él mismo, una mesa ratona que, en realidad, era un vidrio apoyado en cuatro bloques de construcción grises; un viejo combinado plateado brillante que había sido de su papá, un antiguo placard de roble y la tv de 14 pulgadas donde veía *Ritmo de la noche* y jugaba al *Family Game*. Las paredes blancas estaban decoradas con algunos discos de vinilo, posters de *Mistral* con chicas en bikini y, en el medio, colgando del techo, una bolsa de boxeo negra.

A Elena no le gustaba subir y Rafa lo usaba a su favor. Ella prefería pegar un grito desde abajo, antes que pasar por los peldaños de su deseo incumplido y proyecto trunco. La muerte inesperada de su marido, Enrique, producto de su afección al tabaco, le puso fin a su anhelo de tener seis hijos. Ella iba tan en serio con su sueño que cuando construyeron su casa hicieron dos habitaciones en la primera planta, donde iría el dormitorio principal y una sala de estudio, y en el segundo piso estaba el proyecto de tres habitaciones más para todos los niños. La casa entera, de arriba abajo, había sido diseñada y pensada con ese fin, hasta el más mínimo detalle como el lugar donde irían los tomacorrientes o el tono de barniz que tendrían los bordes de los escalones. El living tenía dos niveles y un ventanal grande que daba al jardín, una cocina amplia donde se almorzaba y cenaba si no había visitas y un patio algo pequeño, pero donde entraba un *Pelopincho*, quedando espacio para tomar sol y mismo lugar donde vivía Balboa, el cocker blanco y marrón de la familia.

Al pasar algunos años de su viudez, la casa fue tomando otra distribución. La habitación principal era para Elena, la futura sala de estudio se convirtió en la habitación de la hija pequeña, y la segunda planta se acondicionó, con el auspicio de los abuelos, para que Rafa duerma allí y

no quede la obra a medio terminar.

La única hermana de Rafa, Irene, no había corrido con la misma suerte que él. Elena prefirió anotarla en un colegio de monjas donde el próximo año cursaría segundo grado. Ella era una niña feliz que podía comer cantidades industriales de chocolate blanco, aseguraba que se iba a casar con Jazzy Mel y, últimamente, había adquirido la costumbre de robarle pintalabios a su mamá para venderlos en la escuela.

Un sábado antes de Navidad, Rafa salió de la fábrica y emprendió el viaje de regreso a su casa, bajo el crepúsculo veraniego, en el *Jeep* que había apodado "El Patoncito". Escuchando "*No somos nada*" de Vilma Palma. Tenía que pasar por la casa de su abuela paterna, Aurelie, para dejarle el diario del fin de semana como había hecho todo el año. Esa abuela vivía en el mismo barrio, y, a pesar de no haberse llevado de la mejor manera Elena y ella, su mamá siempre lo incentivó a que la vea y la visite. Es más, la idea de que le lleve el diario fue de Elena, la señora estaba sola y lo único que le quedaba eran sus dos nietos.

Rafa estacionó en la puerta, y, antes de bajarse, pasó al lado un *Ford Sierra* bordó tocando bocina repetidas veces y agitando la mano por la ventanilla del techo, como si estuviera alentando a un equipo de fútbol, dio un volantazo cerrado y se estacionó delante del *Jeep*. Del *Sierra* se bajó un chico delgado y con un peinado de raya al medio. Era su mejor amigo: Claudio Ruiz. Él vivía a la vuelta y tenía el paso obligado por esa calle.

—¿Qué haces, pájaro? — Gritó Claudio mientras se acercaba al *Jeep*.

—Aquí andamos pajarito-, contestó Rafa, bajándose.

Su código de amigos era decirse mutuamente "pájaro" haciendo referencia al dicho "pájaro que come vuela" reforzando la idea de no enamorarse, ni quedarse demasiado tiempo con la misma chica.

Se dieron un abrazo y Claudio dijo:

—Hermano, por favor te lo pido, cortate esas mechas y sacate la argolla de la oreja. No sos Ricky Martín, tenés un aire; pero no sos él.

—Lo voy a hacer el día que vos te operes la napia.

—Jamás pájaro, soy un adonis con esta naricita… ¿Venís a verla a la abuela?

—Vengo a dejarle el diario a la viejita.

—Che, escúchame, hablé con Marcela.

—¿Agachate y conocela?

—Sí, la misma. Mañana hace un asalto en su casa y me avisó para que vayamos. Dice que se va de vacaciones todo enero. Es medio despedida.

—¿Mañana domingo?

—Sí, pájaro.

—Uh... boludo… el lunes se trabaja ¿Por qué no la hace hoy?

—Primero, la hace mañana porque tiene la casa sola. Los padres se pegan una escapadita a no sé dónde, un par de días para festejar su aniversario de casados y vuelven el martes a la noche. Segundo, no importa que mañana sea domingo, todos estamos de vacaciones, menos vos, que sos el primer trabajador.

—Qué cagada pajarito, para colmo estoy con un mueble que lo tengo que terminar sí o sí antes del miércoles.

Pensó unos segundos con la mirada en el horizonte y le dijo a Claudio —Lo único que se me ocurre es adelantar el laburo mañana y faltar el lunes.

—Tenés que hacerlo pájaro. La Marce no te habla nunca más si no vas.

—Sí, eso voy a hacer. Aparte tengo unas ganas de fiesta que no te das una idea. Voy a hablar

con Richard para cambiar el día de descanso ¿Qué tenés que hacer ahora?

—Mi única responsabilidad en este momento es devolverle el auto a mi viejo y rogar que no mire la aguja de la nafta.

—Bueno, andá para tu casa, yo la veo un ratito a la viejita, llamo a mi abuelo, después te busco y vamos a dar una vuelta por el centro ¿Te copás?

—Me encantó, pájaro.

—Listo, en un toque paso por tu casa, pajarito.

Claudio se fue y Rafa entró a la casa de su abuela, ella lo esperaba con el café con leche como cada sábado. Él la abrazó delicadamente, pero con mucho cariño, ella era muy flaquita y él tenía la sensación de que si no medía su intensidad le dolería. Le dio un beso en la mejilla y se sentó a tomar el café, ella tomaba mate con muchísima azúcar. Estuvieron de la mano todo el tiempo y charlaban con la radio am de fondo. Él le contó del trabajo, ella de los arreglos que había que hacerle a la casa, él le preguntó si quería ir a la peluquería y ella le contestó que no lo necesitaba, él le hizo prometer que cuando lo necesite se lo pidiera así iban en el *Jeep*, ella se lo prometió. Arreglaron para que el miércoles almuercen juntos y que la lleve a Irene, iba a cocinar tortilla de papas —Bueno abuela, el miércoles venimos — fue la respuesta instantánea.

Rafa le pidió permiso para hacer una llamada y fue hasta el teléfono, discó el número de la fábrica y le explicó la situación a su abuelo —Mira pendex, hacé lo que quieras. Pero esa mesa tiene que estar terminada para el miércoles ¿'Tá claro? — Rafa le dio todas las seguridades que necesitaba y colgó. En el fondo Ricardo sabía que él cumpliría, pero por las dudas se hacía el duro, cosa que Rafa entendía como necesario.

Terminada la merienda, se hincó al lado de la silla donde ella siempre se sentaba y la abrazó un poquito más fuerte de lo normal y ella le dio un montón de besos con mucho ruido. Se levantó y mientras iba para la puerta ella le preguntó —¿Querés que también haga pimientos asados?

—Siempre, abuela.

Rafa salió por la puerta, se subió al Patoncito y veinte minutos después, los pájaros ya estaban con los pelos al viento, cruzando el puente que llevaba al centro. La noche los acompañaba y la temperatura había bajado dos grados.

Tenían una botella de *Sprite* de 1 ¼ que tomaban del pico y el casete de Vilma Palma seguía rodando a todo volumen.

—¿Arreglaste en la fábrica lo del descanso?

—Vos Fumá… ¿Sabés quién más va mañana?

—Creo que seremos los de siempre.

—Entonces va Laura.

—Ojalá.

—Claudio, tenés que hacer algo de una buena vez.

—Sí, ya sé, pasa que la veo y me tiemblan las piernas.

—Escúchame pajarito, yo ya te conté lo que me dijo Marcela. Está todo bien. Tirate a la pileta tranquilo.

Claudio no tenía herramientas para acercarse a lo que él creía que era el amor de su vida, sufría de una extrema timidez producto de un bochornoso episodio que tuvo cuando iba a jardín de 4. Le pidió matrimonio a su mejor amiga y ella lo rechazó gritando, empujándolo y contándole a la señorita. Era curioso que esa condición solamente aparecía cuando alguien le gustaba mucho y quería algo serio, cosa que era distinto cuando se relacionaba con chicas por diversión. Había estado orbitando a Laura durante casi dos años. Tiempo en donde ella se puso de novia dos veces con diferentes chicos y que le valieron dos rupturas de corazón, a Claudio.

Estacionaron enfrente de “La Calesita”, un mini parque de diversiones céntrico, que estaba en una de las esquinas más transitadas de la pequeña ciudad. El predio para la diversión infantil estaba iluminado por gastados reflectores cálidos, algunos foquitos de colores y musicalizado por canciones de los Parchís, que se repetían hacía más de una década. Se bajaron y en el kiosco compraron cuatro panchos y dos vasitos de *Coca-Cola*. Los comieron parados, utilizando el capot del Patoncito como barra.

Durante la sofisticada cena, Rafa ideaba un plan en voz alta para ayudar a su amigo con la conquista. Ideas de cómo iniciar una charla con ella salieron de su boca y le aconsejaba que, si notaba que todo iba bien, le pida acompañarlo a comprar cigarrillos para que se queden solos, hasta llegó a decirle que le hiciera el gesto del siete de espadas y él le daba la llave del *Jeep*. Claudio asentía, comía y de vez en cuando preguntaba para fijar conceptos. Pero en el fondo sabía que en el momento de la verdad todos los planes se volverían humo. No sería la primera vez que se repetía toda la secuencia.

En un momento Rafa abrió los ojos muy grandes y dijo —¡Boludo, me olvidé de mi vieja!

No le había avisado que no volvía a su casa a cenar. Cuando se acordó, dejó la bandejita de cartón con un pancho mordido y fue con paso apurado hasta el teléfono público que estaba a diez metros. Metió la mano en su bolsillo y sacó una tarjeta magnética azul de *Telecom* que tenía $0,35 de crédito, la introdujo en la ranura y marcó: 33564.

—Hola, má, estoy en el centro, vine con Claudio.

Elena lo interrumpió —Sos un desconsiderado, son más de las nueve y recién llamás.

—Bueno, perdón, me olvidé.

—Seguí así, Rafael… Seguí así… ¿Cenás en el centro o te guardo comida?

—Vamos a picotear algo por aquí y voy más tarde para la casa

—Te dejo unas milanesas en la heladera por las dudas

—Bueno, má.

—Cuídate, hijo, y mandale un beso a ese ingrato de Claudio que hace dos meses que no me viene a visitar.

—Bueno, má, se lo mando.

Se despidieron, colgó la llamada y cuando sacó la tarjeta, miró la marca casi invisible que le dejaba la máquina en la parte magnética, para ver cuánto había gastado y se dio con que ya no tenía crédito, Rafa puteó para sus adentros mientras la tiraba en un tacho de basura y volvió a la esquina.

Los dos amigos terminaron sus nutritivos alimentos a la vez que acabaron de consolidar la estrategia de conquista a la cual decidieron llamar “Misión Brigada Cola”. Después de la cena, pasearon un rato más por el centro antes de volver al barrio y cuando Rafa estacionó en la puerta de la casa de Claudio, se dieron un abrazo y quedaron en que al día siguiente se iban a encontrar para ir juntos a lo de Marcela.

Claudio se bajó del *Jeep*, caminó unos pasos en dirección a su puerta, se detuvo medio segundo en el camino y volvió sobre su marcha, lo miró a Rafa y le dijo:

—Antes de irme te voy a hacer un favor, hermano— Estiró rápidamente su mano izquierda desde afuera hasta la consola del todo terreno, apretó el botón de “eyectar” el casete del estéreo, haciéndolo salir un poco, lo agarró con el índice y el pulgar y lo revoleó para su espalda por encima del hombro derecho.

—Me hartaste con Vilma Palma —, declaró y se fue corriendo a su casa.

Rafa se reía mientras se bajaba del *Jeep* para buscar el casete. No le fue muy difícil encontrarlo porque era blanco y había caído en el pasto de la vereda del vecino. Volvió al

Patoncito y siguió su camino.

Cuando llegó a su casa eran las 11 de la noche, su mamá dormía en su cama con su hermana y la tv de la habitación estaba sintonizada en *HBO olé*. En la pantalla estaba pasando el final de *La historia sin fin*.

Él la apagó en silencio y subió a su cuarto. Encendió su tele y, después de un par de golpes para que la imagen pase de verse en blanco y negro, a color, jugó un rato al *Excitebike*, fumó dos cigarrillos, bajó a lavarse los dientes y se acostó después de poner la alarma a las 9 am en el reloj calculadora.

3 La Última Jornada

En el tercer galpón de carpintería de la fábrica hay aserrín en el aire, es casi el mediodía, el calor se siente cada vez más y el trabajo está terminado. No era nada del otro mundo, ni algo difícil, pero Rafa se esforzó toda la mañana para que ese día esté listo para la entrega, y lo logró.

Estaba solo, hasta que entró su abuelo por la enorme puerta de chapa negra, había ido para controlar que todo esté en orden y también para hablar con Rafa. Apenas lo vio entrar le hizo saber que el mueble ya estaba listo.

—Cada día vas más rápido —, lo elogió Ricardo mientras inspeccionaba la mesa.

Con ese trabajo terminó de confirmar que Rafa tenía un gran talento para la carpintería. Estaba ejecutada a la perfección, no tenía ni un solo detalle, los cortes eran impecables, el ensamble de cada pieza, milimétrico, y hasta la veta de la madera parecía haber sido colocada en el lugar indicado como si fueran pinceladas en un cuadro.

—Preguntale a la doña a qué hora quiere que se la llevemos.

—Mañana la llamo. Vamos a mi oficina que tenemos que conversar—, le ordenó su abuelo mientras empezaba a cruzar el galpón para llegar hasta el fondo donde se encontraba el gran despacho.

Rafa caminó unos pasos por detrás, le dijo:

—Enseguida voy— y se desvió para ir al baño de empleados. Equilibró su hidratación, se lavó las manos y la cara, se soltó el pelo y fue hasta la oficina. Ricardo ya lo esperaba acomodado en su sillón rojo giratorio, tenía una expresión muy seria que hacía que el ambiente tome un tono distinto al que estaba acostumbrado. Rafa se sentó delante del enorme escritorio de chapa gris, con algo de ansiedad. Nunca había sido tan formal para comunicarle algo y eso lo ponía inquieto porque sabía que algo fuera de lo normal iba a pasar.

—Rafael, hablé con tu vieja—, comenzó diciendo —Y está preocupada, con justa razón, porque ya estamos a fin de año y vos seguís sin un plan a futuro.

Rafa intuía que por ahí vendría la charla y siguió escuchándolo con algo de agotamiento.

—¿Y sabés qué, pendex? Tiene razón en estar preocupada, yo también estoy preocupado, tus abuelas también y hasta Irene. Entonces te pido, yo, ahora, acá, pongamos los huevos sobre la mesa y hablemos de hombre a hombre—. Se quedó en silencio unos segundos, mirándolo a los ojos y haciendo el momento más incómodo aún, y luego, siguió hablando: —Sincerate: ¿Querés estudiar algo y ser un profesional o querés ser un empleado toda tu vida?

—Quiero estudiar.

—¿Y qué vas a estudiar?

—Había pensado en Derecho o Contabilidad.

—¿Y qué esperas para decidirte?

—No sé. No estoy muy convencido por ninguna de las dos… o sea, me gustan ambas, pero… no sé.

Ricardo se quedó en silencio, intensificando el drama de la situación, después se inclinó un poco a la derecha y abrió el último cajón del escritorio, haciendo ruido de metal rechinando, sacó un sobre de papel marrón que tenía escrito con lápiz grueso “Rafael” y lo tiró sobre el escritorio.

—Ahí está tu sueldo y el aguinaldo. Hace casi once meses que estás trabajando aquí, ya te corresponden vacaciones. Tomate lo que queda de diciembre y todo enero.

Su abuelo lo necesitaba muchísimo en la producción, además se había convertido en su mejor

empleado, pero tenía que velar por el futuro de su nieto. Además, también quería enseñarle que, como trabajador, tenía sus derechos. Siguió hablando y le aclaró:

—Siempre vas a tener las puertas abiertas de este lugar, pero quiero que tengas bien en claro algo. Si el año que viene volvés a entrar por ese portón, y venís a trabajar de nuevo, es probable que te arrepientas toda tu vida de no haber aprovechado la oportunidad que tu mamá te está dando.

Rafa no contestó, pero entendió que ese iba a ser el último día en esa fábrica. Pase lo que pase, y decida lo que decida, no podía volver a trabajar ahí. Él sabía que, si no iba a la universidad, y volvía a trabajar, su abuelo se iba a dedicar a tratarlo de tonto en frente de todos, y, si se anotaba en una carrera tampoco volvería.

Agarró el sobre, se abrazaron sentidamente y salió de la oficina. Se dirigió a la zona de vestuarios, agarró sus cosas del gabinete número 93 y se fue rumbo a la puerta de salida. Mientras caminaba solo por los galpones, donde había pasado buenos momentos laborales, acarició la mesa en la que estuvo trabajando esa mañana, miró las herramientas que lo acompañaron y se le vinieron a la mente un par de anécdotas de los compañeros con los que mejor se llevaba. Salió a la calle con un sentimiento de melancolía, por la etapa que había finalizado, algo de enojo por la presión que le ejercían y también alegría, habían empezado sus vacaciones con sueldo y aguinaldo para disfrutar.

Volvió a su casa donde lo esperaban ravioles para el almuerzo.

4 Bienvenido al Club

Suena la tenue pero penetrante alarma del *Casio* a las 5:30 pm. Rafa se despierta de la siesta y tirado en la cama con los ojos cerrados escucha las risas de su mamá y la mamá de su mamá, Mirta, en el living. Después del almuerzo familiar de domingo su abuelo volvió a su casa en el centro, para hacer lo mismo que Rafa, dejando solas a las tres mujeres merendando.

Bajó las escaleras, se paró en el portal y mirándolas muy seriamente a las tres les preguntó —¿Es necesario tanto ruido un domingo a la hora de la siesta?

A lo que su abuela le contestó:

—¿Cuántos años tenés? ¿80? —Todos se rieron en la casa y su abuela continúo —¿Te levantaste muy temprano para ir a cobrar la jubilación?

—No, abuela. Estuve trabajando toda la mañana— Contestó serio y orgulloso.

—Bueno, mi chiquito trabajador, vení, sentate y comé un panqueque con dulce de leche.

Rafa comió cuatro, se unió a las risas y también comentó muy por encima que Ricardo le había dado vacaciones (tema que ya todas sabían y que fue desmenuzado amplia y detalladamente, en voz baja, mientras él dormía).

Más entrada la tarde se metió a bañar y se cambió para el asalto de Marcela. Se puso unos borcegos marrones sin medias, una bermuda (recortada por el mismo) azul desteñida, una remera blanca con estampado de *MTV*, por encima una camisa desprendida leñadora roja y negra, para coronar el look una bandana negra y blanca en el pelo y, por supuesto, su aro argolla de plata (joya que fue sustraída por sus propias manos, hacía bastante tiempo, de la caja musical con bailarina clásica donde su madre guardaba los accesorios).

Se lavó los dientes, se sacó un punto negro de la nariz y se metió un chicle de menta en la boca. Se puso un poco de colonia de la botella de litro de su mamá y mientras se miraba al espejo, algo empañado todavía, se acordó de que tenía escondida una botella de *Old Schmuggler* entre su ropa, en el placar. Salió del baño, pasó por donde seguían las tres generaciones juntas y se llevó algunos piropos por el porte varonil y algunas burlas por la ejecución del corte de la bermuda, fue hasta el patio, buscó en el cuartito del fondo (que hacía de depósito) el gran rollo de soga delgada que había para, cuando sea necesario, cambiar las que colgaban de medianera a medianera para secar la ropa, con una tijera de podar cortó un tramo de tres metros y se lo escondió en la espalda debajo de la camisa, subió hasta su cuarto, ató la botella a un extremo y con mucho cuidado bajó el whisky por la ventana hasta que quedó reposando en el césped del jardín.

Cerró la ventana, volvió a bajar, saludó a las tres mujeres con un beso a cada una y salió de la casa. Cruzó la puerta de entrada y, antes de salir, en un movimiento rápido, buscó la botella del arbusto, que todavía tenía la soga atada, la agarró con la mano, se la enredó en el brazo, escondió la bebida espirituosa en el lado izquierdo del abdomen como si tuviera un arma y la tapó con la camisa. Acción que fue vista clarísimamente por su madre que estaba espiando por el ventanal del living, detrás de las cortinas a 40 centímetros de él. Ella intuía que algo así iba a pasar.

Elena esperó a verlo irse, volvió a sentarse y, mientras agarraba su taza adornada con cisnes le dijo a su mamá:

—Mirá lo que hace éste — y le relató la secuencia que acababa de ver.

—Dejalo.

—¿Qué necesidad tiene de hacer semejante circo a escondidas?

—Y, bueno, le dará vergüenza, pobrecito ¿Qué querés que haga el chico? ¿Qué baje con la botella en la mano así lo retás?

—Esa botella la tiene guardada hace una semana en el ropero.

—Son cosas de la edad, no te enojés.

—Por supuesto. Hay cosas que se las dejo pasar porque sé que son típicas de la edad, como que vive fumando y cree que no me doy cuenta porque lo hace en la ventana. Pero me gustaría que confíe más en mí y me cuente también esas cosas.

—Esconde alcohol en el ropero, el mismo ropero, y fuma a escondidas ¿A quién habrá salido el chico?

Madre e hija se miraron cómplices, sin percatarse que Irene, casi sin querer, estaba haciendo la primera loba de su vida, dejándolas a ambas con más de 100 puntos y ganando el juego.

Hasta eso Rafa recorrió las 11 cuadras que separaban su casa de la de Claudio. Cuando llegó, tocó la bocina tres veces y el pájaro vio salir a su amigo del nido. Su vestimenta no parecía haber sido tan considerada como la de él, el desinterés a la hora de vestirse era su normalidad. Claudio se acercó, con una mano, se agarró del parabrisas y, haciendo un salto en giro, se subió al asiento del acompañante del Patoncito.

Rafa había sacado el casete de Vilma Palma en el camino, por temor a que el próximo revoleo sea andando, y puso un compilado cualquiera que había grabado hacía un tiempo de la radio utilizando la técnica infalible de llamar por teléfono, pedir una canción y esperar con los dedos sobre los botones de REC y PLAY a que la pasen. En el momento que se subió Claudio había empezado el lento comienzo de "*(I Can't Help) Falling in Love With You*" de UB40.

—Flaco, ¿nosotros vamos a ir a una fiesta o a un velorio? — Preguntó Claudio muy serio y en tono burlesco.

—Pajarito, no hay canción que te venga bien a vos.

Claudio sacó del bolsillo del pantalón un casete *TDK* gris transparente de 90 minutos y le contestó.

—Sabiendo que mi amigo es medio boludito, y, sobre todo putito, para la música. Me tomé el trabajo de tomar una de mis obras de arte para que, en este humilde y sencillo acto, pase a pertenecer a este automóvil que hemos dado por nombre Patoncito.

Claudio miró fijo a Rafa, con media sonrisa y sin apartar la vista de sus pupilas, sacó el casete compilado, lo arrojó a la parte de atrás del *Jeep* (esta vez por encima de su hombro izquierdo), puso su *TDK* y subió el volumen al máximo. Empezó a sonar "*All That She Wants*" de Ace Of Base y el *Jeep* inició su marcha.

Rafa manejaba despacio, surcando la noche cálida, mientras las sonrisas y los chistes aplacaban las ansias que generaba estar cada vez más cerca de la casa de Marcela.

—Pajarito, traje una botella de whisky. Faltaría comprar *Coca* y hielo.

—Y… bueno encará para el centro, ahí compramos… Y también faltan puchos.

La ciudad estaba desierta, típico del lugar los domingos a la noche. Rafa frenó en un almacén, Claudio se bajó y volvió al *Jeep* con la *Coca*, el hielo, dos incómodos paquetes de *Marlboro* 10, un fernet de litro, dos vinos tintos en caja, una petaca grande de café al coñac, un licor de chocolate, una botella de vino blanco y tres empanadas.

—Pelotudo, por qué traés tanto.

—Yo te pregunto ¿Vamos a una fiesta o a un monasterio?

Rafa sonrió al tiempo que negaba con la cabeza y lo ayudó a Claudio a acomodar estratégicamente el arsenal por todo el rodado para que no sufriera daños y para que no se viera desde afuera del descapotable. Lo último que quería era tener que coimear, con una de las

botellas, a algún oficial que amenace con demorarlos por conducir en sospechosa ingesta alcohólica.

Siguieron el camino hasta la casa de Marcela y estacionaron justo al frente. Ella vivía en un típico barrio residencial. La cuadra estaba tranquila, no se escuchaba nada más que el retumbe de la música que salía de adentro de la casa. Una casa muy bonita tipo chalet, con arquitectura ochentera de tres pisos y techo de teja naranja.

Bajaron del *Jeep* con la compra en las manos y fueron hasta la puerta doble que estaba abierta de par en par. Al ir subiendo los escalones del jardín que separaban la vereda de la entrada a la casa, Rafa vio que lo único que iluminaba el living, convertido mediante el despeje de muebles en pista de baile, era una bola de espejos casera hecha con pedazos de un espejo (roto por accidente y reciclado pegando las partes en una bola de Telgopor) que colgaba del techo y era girada manualmente por una chica subida a una silla.

Adentro hacía calor y el olor a cigarrillo era fuerte. Había siete chicas y tres chicos. Todos eran parte del mismo grupo de amigos. Algunos compañeros del colegio, otros amigos del barrio, otros simplemente de la vida. Saludaron y se abrazaron con todos uno por uno, dejaron las cosas en la amplia cocina y mientras Rafa se armaba dos whiscola, en vasos *Durax* de vidrio color ámbar, sonaba "*Rhythm is a dancer*" de Snap!.

Cuando terminó de prepararlos, fue hasta el living donde todos estaban bailando con pasos estrambóticos y las carcajadas estallaban por encima de la música. Le dio uno de los vasos a Claudio y este le dijo:

—No vino, boludo. Yo sabía.

—Relajate un poco, hermano, seguro cae en un rato.

—No, para mí no viene.

—Le voy a preguntar a la Marce.

—Bueno, pero no me hagás quedar como un boludo.

—Tranquilo, pescao.

Rafa se fue hasta donde estaba Marcela y se puso a bailar a su lado disimuladamente. *Durax* en mano chocaron las bebidas, ella tomaba Fanta. En el momento que se le acercó a la oreja para preguntarle, ella se anticipó:

—Venís a preguntarme por Laura, ¿no? —, dijo mientras sacaba un *Camel* del paquete

—Nada que ver, tonta— Contestó Rafa, mientras le acercaba una llama proveniente de un *Zippo* accionado mediante un rápido movimiento que practicó hasta el calambre, en los momentos libres en el trabajo. Constaba en, con una sola mano, sacar el encendedor del bolsillo al mismo tiempo que abría la tapa, seguido de un movimiento hacia abajo accionando la rueda chispera contra la tela del pantalón y apareciendo así una llama en su mano como si fuera un truco de magia.

—No te hagas el sota. Hace un rato hablé con ella, ya viene. Así que decile a tu amigo que no sea tan tarambana esta noche, por favor.

Rafa sonrió, guardó el *Zippo* en el bolsillo de la bermuda, le hizo la venia con dos dedos a Marcela y giró para buscar a su amigo. En ese instante su noche cambió por completo. Él tenía la puerta de entrada en frente y del otro lado en la vereda, vio bajar del primer *Renault Twingo* color celeste del país, a una chica que se llevó plenamente su atención, poniendo todo su mundo en cámara lenta. Ella salía del lado del conductor presumiendo una cabellera con rulos algo desprolija, con mucho volumen y tirada hacia la derecha. Los ojos de color miel achinados por la sonrisa de su enorme boca que encandilaba con el blanco de los dientes y un lunar cerca que no hacía más que coronar estéticamente toda esa belleza. No usaba ni una gota de maquillaje en la

piel, que se notaba algo bronceada. De su cuello colgaba, con un cordón negro, un dije plateado de una cola de ballena con la inscripción “Save de Whales”. Vestía una remera negra lisa apretada, por encima un rompevientos violeta tres tallas de más, abierto y arremangado, un jean corte clásico con botamanga y calzaba unas zapatillas *Topper* blancas que Rafa vio como decencia hasta el suelo haciendo que el movimiento marque los definidos músculos de sus largas piernas.

La madre de Marcela era una total y completa fanática de Luis Miguel, desde el ‘81 cuando lo escuchó cantar “*La Malagueña*”. Cada vez que escuchaba alguna de sus canciones iba corriendo hasta el minicomponente, agarraba el primer casete que veía e intentaba grabarlo. La señora nunca se llevó bien con la tecnología, apretaba cualquier botón y dejaba correr la cinta el tiempo incorrecto. Con eso creía haber inmortalizado la obra para su colección. Con una jugada maestra, cupido decidió que por la tarde sonará “*Tú y yo*” del sol de México y la progenitora de Marcela utilizó el casete predilecto de su hija, para grabar el estribillo de la canción. Estribillo que sonó exactamente los 35 segundos que tardó la chica en bajarse del *Twingo*, cerrar la puerta del auto y con expresión de felicidad dirigiera la mirada al oscuro interior de la casa. Después de ese mágico momento, la música volvió a la normalidad. Ese fue tiempo suficiente para que a Rafa lo recorriera una electricidad que salió desde el corazón, pasó por toda la médula de arriba abajo y en los próximos días hará nido en su pelo. Se enamoró a primera vista.

Del lado del acompañante del auto apareció Laura y ambas del brazo empezaron a subir los escalones de la entrada, portando la típica sonrisa que te queda esos instantes después de haberte reído mucho. Rafa se quedó tildado viéndola acercarse a la puerta e indirectamente hacia él. Antes de que crucen el portal, sintió el brazo de Claudio agarrándolo por el cuello, para rápidamente arrastrarlo hasta la cocina a la fuerza y cerrar la puerta.

—¿Qué te pasa, boludo? — Preguntó descolocado Rafa, mientras se acomodaba la bandana.

—Acaba de llegar Laura— Contestó Claudio sintiendo el nerviosismo propio de alguien que está apunto de ser fusilado.

—Sí ¿Y sabés con quién vino?

—¿Con quién? — Repreguntó a la vez que se agarraba la cara con las dos manos.

—Con una mina, pero no sé quién es.

—¿Te das cuenta de que sos el tipo más pelotudo del planeta, viejo? Pensé que me ibas a decir que venía con el exnovio o con algún boludo esférico nuevo — Contestó Claudio, y el que esté de pie, con la presión sanguínea que tenía, era un milagro.

—Es peor que eso.

—¿Peor?

—Sí, creo que me acabo de enamorar, Claudio. Y se supone que eso no tiene que pasar.

Claudio se tapó la boca con la mano izquierda por unos segundos y dijo —Bienvenido al club — Se dio vuelta, abrió la puerta y aseguró con euforia —¡Ahora somos dos! —Dio un paso fuera de la cocina, vio a Laura que estaba presentando a su amiga con los de la fiesta, se le aflojaron las piernas y volvió a entrar a la cocina. Sacó la botella de whisky de la heladera, la abrió, la levantó y dijo:

—Salud, hermanito. Porque no hay nada mejor para un tonto enamorado que otro tonto enamorado— Tomó un gran sorbo del pico, le dio la botella a Rafa y le recomendó:

—Dale un trago que te va a hacer falta— se dio vuelta y se fue. Rafa aceptó la botella y acató la recomendación.

Afuera se escuchaba el retumbe de “*Salta*” de King África y a todos los chicos coreando el estribillo de una sola palabra. Rafa se repitió a sí mismo:

—Estás lindo, Piscui—.

Mientras se acomodaba el pelo mirándose en el borroso reflejo de una ventana. Después tomó un gran segundo trago y salió de la cocina con su mejor sonrisa.

En el medio de la oscuridad se encontró con uno de los chicos, se abrazaron saltando y se unieron a la ronda *"¡Y salta y salta… salta!"* cantaban los 14 en saltos coordinados de un lado a otro, imitando los pasos del videoclip y derramando líquido por todo el suelo.

La canción llegó a su final bajando el volumen hasta el silencio, con esa misma baja de ritmo los chicos fueron dejando de saltar, después hubo cinco segundos donde por los parlantes salía "ruido" de cinta corriendo sin grabar. Mismos segundos donde Laura cruzó por el medio de la ronda desde el otro lado para saludar a Rafa. Se abrazaron y al mismo tiempo irrumpió el aire los sintetizadores de "*Mr Vain*" de Culture Beat.

—Hola, amigo— dijo ella

—Como andás, amiga.

Laura y Rafa tuvieron una pequeña historia cuando tenían 14 años. Habían engañado a sus respectivas parejas una mañana de invierno cuando el colegio fue cerrado a último momento por un corte de agua de la noche anterior. Ese día los directivos pegaron un cartel en la puerta que explicaba el inconveniente y pedía a los padres, además de disculpas, que se lleven a sus hijos de nuevo a casa, no habría actividad escolar hasta que se solucionara el problema. Rafa no podía irse porque era el hijo de una profesora y el personal del colegio se había quedado en el establecimiento. Laura iba sola en colectivo y cuando su preceptor la vio leyendo el cartel en medio de los ánimos caldeados de los padres, la agarró del brazo y la metió al colegio.

—Vos te quedás, hasta que te vengan a buscar— le dijo.

Dos adolescentes solos, en un aula, cinco horas. Casi llegando al medio día ya se habían besado durante los últimos veinte minutos sin parar, pero antes de que sea hora de irse, se prometieron no decir nada a nadie, guardar el secreto y ser amigos. A partir de ese día no dejaron de tratarse de Amigo/Amiga.

—Espero que hoy tu hermano pájaro me dé bolilla.

—Mirá, amiga, yo te juro que hago todo lo posible. Ayer a la noche se lo dije directamente, pero no hay caso, es muy tímido con vos. No te des vuelta, pero en este momento está fumando haciéndose el Gustavo Bermúdez y mirándote de reojo… Vas a tener que apurarlo.

—Ni loca. Mirá si me rebota.

—Ustedes dos son tal para cual. Los dos están muertos por el otro y ninguno se anima a avanzar ni un centímetro.

—Vos decile que me saque a bailar, yo me encargo del resto.

—Yo se lo digo y es lo último que hago por ustedes ¿Está claro?

—Bueno— Sonrisa de oreja a oreja.

—Escuchame un cachito ¿Con quién viniste hoy?

—¡Ya sabía! ¡Ya sabía! Te vi, hijo de mil.

—Para un poco loca ¿Qué viste?

Cuando Rafa terminó la pregunta la música cambió rotundamente y por los parlantes se escuchó "*Hasta que me olvides… Voy a amarte tanto, tanto… Como fuego entre tus brazos… Hasta que me olvides*" seguido de una puteada al aire de Marcela a su mismísima madre y luego la música volvió a la normalidad.

—Cuando estábamos entrando, antes de que te secuestre tu pájaro, vi cómo la mirabas.

—Amiga, estás totalmente *Crazy Jean*, estaba esperando a que entren para saludarlas.

—Ay, *Taverniti*. Hacete el sonso— Laura se dio la vuelta y en un rápido movimiento trajo a

su amiga de la mano.

—Gisela, te presentó a Rafa… Rafa, Gisela.

Se dieron un beso en la mejilla y un instante antes de tener la suerte de rozar su piel con la de ella, él sintió su perfume de jazmín mezclado con aceite de *Hawaian Tropic*.

—¿Podés decirle a tu amiga que no sea tan maricona y lo encare a mi amigo? — le dijo Rafa a Gisela en tono de chiste para que escuche Laura.

—No—, contestó. —El hombre propone y la mujer dispone.

—Muy bien, prima— dijo Laura y chocaron los cinco, en lo alto, las chicas.

—Bueno, hagamos una cosa— dijo Rafa —Ustedes bailen entre ustedes, yo lo traigo y las sacamos a bailar.

—Dale, dale— contestaron las chicas y se pusieron a bailar al ritmo del Eurodance.

Rafa se acercó a Claudio y le dijo —Ya sabés cómo es esto, pajarito…. Vamos.

Claudio asintió con la cabeza, sabía que era ese el momento y que no importaba ni su baja presión, ni su taquicardia, era ahora o nunca. Dejó su *Durax* arriba del parlante y ambos fueron a sacar a bailar a las chicas.

Para Rafa, cuando la tuvo a Gisela delante, simplemente desaparecieron todos los demás, solo era ella y él. No supo qué pasó con su amigo y Laura. No le importó más nada. Toda su atención se dirigió a ella. Por supuesto que algo de escepticismo tenía, bailando con él estaba haciéndole pata a su prima. Pero, por mágica casualidad, todos los demás, menos Rafa, también desaparecieron para ella.

Mientras bailaban, Gisela le contó que no era de la ciudad, que recién se mudaba, que sus padres se habían separado y su mamá decidió venir aquí, que esa idea no le agradaba pero que no tenía otra opción, que estaba buscando trabajo, le hizo saber a Rafa que le gustaba su bandana negra y blanca, también le contó amaba los animales, que su sueño era aprender a tocar el piano, que era fanática de Diego Torres y que lloró con el último capítulo de *La banda del Golden Rocket*.

Rafa se sintió en confianza rápidamente y le contó que no sabía qué estudiar, que era bueno fabricando cosas con madera, que vivía con su mamá y su hermana, que amaba su *Jeep* y le afirmó que con el tiempo la ciudad le terminaría gustando.

En ese tiempo los vasos se vaciaron y fueron a la cocina, mientras Rafa preparaba más whiscola, ella, sentada en la mesada, cenaba un triple de miga previamente desarmado y vuelto a armar por sus delicadas manos para sacarle el queso, no porque no le gustara o no coma lácteos, simplemente porque ese en particular estaba feo.

Mientras hablaban del recital en River de Paul McCartney que, casualmente, ambos habían visto por *Telefé* la semana pasada. Del otro lado, todos los demás chicos notaron la conexión que había entre Gi y Rafa, e idearon un plan sombrío. Consistía en que cuando salieran de la cocina y volvieran a la pista, de repente se apaguen las luces que rebotaban en la bola de espejos y la música baje el ritmo con "*Donde quiera que estés*" de Manuel Wirzt. Ideas que eran alentadas por Laura, que tenía intenciones de aprovechar ese ambiente.

Salieron de la cocina, volvieron al living y cuando empezaron a moverse al ritmo de la música las luces se fueron y Manuel comenzó a cantar su historia. Ninguno de los dos lo dudó. Él la agarró con sus manos de la cintura y ella puso las suyas sobre sus hombros.

Ambos se esquivaban la mirada y la perdían en la oscuridad de ese living, hasta que ella lo miró y se encontraron contemplándose el uno con el otro. Rafa se acercó un paso hacia ella a la vez que apretaba un poco más fuerte su cintura con las manos y ambos cuerpos se movían lento al ritmo de la música. Ella se dejó llevar sin sacarle la mirada de los ojos. Sus narices se tocaron

y él se movió un poco para el costado mientras seguía acercando su boca milímetro a milímetro a la de ella.

Una luz azul eléctrica e intermitente invadió y terminó con la oscuridad de la casa, el ruido de una sirena ensordecedora que venía desde la calle absorbió la voz de Manuel. Era una camioneta de la policía que estaba parada afuera y arrebató el clima al living. Gisela y Rafa se separaron en medio de la histeria colectiva.

Marcela salió, habló con los oficiales y volvió a entrar. Algún vecino se quejó por el volumen de la música y los llamó. Tenían que terminar la fiesta. Las luces se prendieron, la música se apagó, acomodaron los muebles, descolgaron la bola de espejos, lavaron la vajilla, guardaron los sándwiches, las papas fritas, los palitos salados, trapearon el piso y salieron todos a la vereda despidiéndose.

Gisela y Rafa se abrazaron en la puerta del *Twingo*, él le pidió su número, ella abrió el auto, buscó en la guantera y sacó una lapicera *Bic* azul. Le sacó la tapa con la boca mientras le agarraba la mano a él y anotó, en la palma: 22719. Al mismo tiempo que escribía le advirtió sonriendo:

—Si no me llamas mañana, te juro que te busco y te mato.

Se abrazaron, se dieron un beso en la comisura de los labios y cada uno se subió a su auto vigilados celosamente por dos agentes de la fuerza del orden con exceso de peso y claros rastros de estar trasnochados.

Cuando Rafa arrancó el *Jeep* se percató de que estaba solo, que no lo tenía a Claudio Ruiz al lado, lo buscó con la mirada, pero no estaba a la vista, Laura tampoco y la puerta de la casa estaba cerrada. Sonrió, solo, arriba del patón y murmuró para sí mismo:

—Se te dio, pajarito—.

Puso primera y volvió al barrio manejando tranquilo, con media sonrisa en la cara y sin usar la mano izquierda. No vaya a ser que se borre.

5 La Agenda de los Guns

Sir Raphaelus está en una justa medieval arriba de un caballo blanco, corre a toda velocidad con la lanza en el brazo y cuando está a punto de cruzarse con su oponente, se percata de que no tiene puesto el yelmo, pero ya es muy tarde. La lanza contraria golpea la punta de su nariz suavemente, el tiempo se pausa y su nariz se mueve como una gelatina. El tiempo vuelve para atrás dos segundos, los caballos dan un paso en reversa, la lanza se aleja unos centímetros y el tiempo vuelve a su curso normal, la lanza vuelve a acariciar la punta de su nariz gelatinosa. El tiempo vuelve a retroceder por tercera vez y otra vez golpea la punta de su nariz temblequeando.

Rafa abre los ojos y se da cuenta de que estaba soñando. La lanza era el dedo índice de su hermana que parada al lado de su cama, le tocaba la punta de la nariz para que se despierte.

—Dice la mamá que bajés a almorzar y que no lo va a volver a repetir. Que si tenés tanto sueño que comas y después duermas la siesta— Irene se dio vuelta y se fue corriendo sin esperar respuesta.

Se sentó en la cama, corrió la cortina con una mano, miró por la ventana la lejana autopista y se planteó irse de la casa y mudarse solo, después sintió el aroma a pollo con papas al horno que venía de abajo y se planteó no plantearse nunca más nada a la hora del almuerzo, con la panza vacía y mientras se cocinaba la comida, eso no lo dejaba pensar con claridad.

Rafa fue a la cocina y, mientras comían los tres, Elena le preguntó: —¿Qué tal anoche? —

Él le contestó que la habían pasado bien, que habían bailado y se habían reído mucho, le contó que Claudio venció su caliginefobia y optó por no mencionar el episodio policiaco.

Terminado de comer, Elena pensó en hacer alguna mención a la botella de *Old Schmugler* colgante, pero no lo hizo y prefirió decir algo a lo que siempre tenía que referirse cuando Rafa volvía de una noche de jarana.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que no dejes estacionado el *Jeep* arriba de la vereda?

—¿Ya empezamos?

—Sí, empezamos. Sabés que la vecina hincha pelotas de al lado se queja porque no puede pasar caminando a su casa y tengo que salir yo a mover ese mastodonte.

—Pero que deje de joder la vieja esa.

—No, vos dejá de joder y hacé las cosas como corresponden. Además, no soy ningún valet parking y la próxima vez, yo misma voy a llamar a una grúa para que se lo lleve.

—¡Qué exagerada, por Dios! Vos y la vecina son dos exageradas… Yo hago puchero ella hace puchero, yo hago ravioles ella hace ravioles.

—Dejalo una vez más arriba de la vereda. Una sola vez más y cuando salgás a la calle vas a tener una sorpresa. Y otra cosa ¿Viste cuánto hay que pagar de teléfono este mes? —, preguntó con el ceño fruncido.

Por suerte, antes de que Rafa conteste y la discusión suba al siguiente nivel, se escuchó desde afuera una moto acelerando repetidas veces haciendo mucho ruido con el escape.

Era Tenaza, su único amigo más grande en edad. Él nunca tocaba las palmas cuando llegaba, prefería hacer ruido con su *Honda XR 600* o en su defecto con su *Ford F-100* de color gris y blanca de interior oscuro. Esa era su marca personal.

Tenaza nunca se fue de la casa de su mamá, era ñoqui de la municipalidad, le gustaban las apuestas, era bueno para pelear y se había ganado el apodo porque todo lo arreglaba atándole alambre (su técnica era hacerle varias vueltas con una tenaza chiquita, que siempre estaba en su

bolsillo, y cortar el sobrante) “provisorio pa’ siempre” repetía cada vez que solucionaba un problema.

Rafa aprovechó la visita para levantarse de la mesa, salir a su encuentro y esquivar la charla sobre la factura por las llamadas.

—Tenacita querido— dijo mientras se daban la mano muy efusivamente.

—¿Cómo andás, pibe? — contestó apagando el motor, pero sin bajarse.

—Todo bien, boludito ¿Qué andás haciendo?

—Me enteré que ayer se juntaron, soretes ¿Por qué no me avisaron?

—A mí me dijo Claudio, pensé que había hablado con vos—, respondió lavándose olímpicamente las manos.

—¡Qué me va a avisar! Hace rato lo tengo entre ceja y ceja a ese narigón de mierda.

—Estuvo re buena la joda. Y conseguí el número de una minita.

—¿En serio? ¡Qué grande! No la llames hoy, ¿eh? Tenés que hacerla esperar.

—No pienso aparecer.

—Bien, pichón. Mirá que si no después se mal acostumbran y te quieren ver todos los días o se empiezan a hacer las lindas y cagaste.

—¿Vos qué hiciste?

—Y, nada, estuve en mi casa. Domingo a la noche ¿Qué iba a hacer?

—Es un pelotudo Claudio ¿Cómo no te va a decir nada?

—Que se vaya a cagar… Escuchame, Rafita, con la comisión del torneo de *Fiat 600* estamos organizando la última carrera del año, es la semana que viene, la clásica entre Navidad y Año Nuevo. Necesitamos vender entradas para poder hacerle mantenimiento a la pista. Dame una manito con eso, por favor, te lo pido.

—Obvio, gordo, dejame unas cuantas y veo a quién se las puedo encajar.

No era la primera vez que Tenaza le pedía que le venda entradas, Rafa las repartía con los compañeros de trabajo y las pagaba a todas él. Nunca fue bueno para la compraventa, pero sí para ayudar a sus amigos. Tenaza sacó de su riñonera negra de tela corderoy, que ostentaba un parche de la lengua de los Stone, un fajo de diez entradas. Se las dio a Rafa, le dio mil gracias y se volvieron a dar la mano. Después Tenaza tuvo que patear tres veces la moto hasta que logró encenderla, aceleró en punto muerto varias veces y de golpe salió haciendo caballito. Dejando una nube de polvo y humo en toda la cuadra. Rafa se reía, por lo bajo, de lo banana que era su amigo.

Una vez que Tenaza desapareció, Rafa caminó los 30 metros que lo separaban de la esquina y entró en el pequeño almacén que ahí había.

—Hola, Normita.

—Hola, papito ¿Qué necesitás?

—Le hago una pregunta ¿Cuántos nietos me dijo que tenía usted?

—Ocho ¿Por qué?

—Mire, le voy a regalar 10 entradas para que vayan a ver una carrera de Fititos todos los nietos con los abuelos.

—¿En serio?

—Sí, claro. Yo los invito— Le dio el fajo en la mano por encima del mostrador.

—Muchísimas gracias, querido. Dejame que te agradezca con algo.

Doña Norma se dio vuelta y sacó, de una repisa de metal que tenía a su espada, un *Tubby 5*. Se lo dio a Rafa, ambos se sonrieron, él lo guardó en el bolsillo y volvió a su casa.

Cuando entró a la cocina su mamá lavaba los platos e Irene estaba en el piso jugando al *Quién*

es Quién contra una amiga imaginaria que había conocido hacía cinco minutos. Rafa fue hasta la heladera, se sirvió un gran vaso de *Coca-Cola* con hielo y le dio un beso en la mejilla a su mamá por la espalda en son de paz, ella lo recibió con mucho amor y le sugirió a Rafa, por el bien de su integridad física, que sea más breve a la hora de usar el teléfono. Él se limitó a contestar:

—Sí, mamá— con una sonrisa y subió a su cuarto.

Se tiró en la cama y, viendo el techo de la habitación, escuchando el típico silencio de la hora de la siesta, se debatía si llamar a Gisela o no. Estaba convencido que el consejo que le había dado su veterano amigo a veces ayudaba y sumaba puntos el ansia que generaba en la otra persona la espera, pero su propia ansia estaba empezando a subir en esa tarde de verano y estaba empezando a sentir la necesidad de comunicarse con ella.

Se levantó de la cama y fue hasta el sillón. Prendió la tele para tratar de distraerse un poco y puso *The Big Channel*. Se quedó viendo un capítulo, que ya iba por la mitad, de los "Cazafantasmas" y pudo matar un poco el tiempo, 10 minutos exactamente, que fue lo que le quedaba al capítulo, terminó y arrancó la apertura de "Jem and the Holograms" proyectó a Gisela en Jem. Volvió a su mente.

Se levantó del sillón, apagó la tele y abrió la ventana, se sentó con una pierna afuera y prendió un cigarrillo. Mientras fumaba se miraba la mano con los números que ya no estaban tan legibles como antes, entonces tiró el pucho al jardín de la vecina que se quejaba de su manera de estacionar y buscó en el cajón de su mesita de luz la agenda magnética de los Guns N' Roses donde anotaba los números y direcciones de sus amigos. La desplegó y un billete de cinco pesos, que no pudo recordar cómo llegó ahí, cayó de adentro. Lo guardó en el bolsillo y traspasó el número. Utilizó cuatro renglones para poner "Gisela 22719" y le dibujó dos corazones entrelazados en la esquina de la hoja. Guardó la agenda, cerró la ventana y se fue al patio.

Se sentó en la pared del fondo, que era la única que tenía algo de sombra a esa hora. Se puso a acariciar al perro que se tiró al lado de él. A los quince minutos se aburrió y fue al living. Se acostó en el sillón y prendió la tv familiar pero no le prestó atención, su mirada estaba en el teléfono de disco gris que reposaba sobre una pequeña mesita adornada con un caminito tejido a crochet blanco.

En esa misma mesita, en la parte de abajo, su mamá guardaba algunas revistas. Rafa agarró la primera de la pila, era la *Noticias* de abril, en la tapa estaba Palito Ortega y el titular se preguntaba si podría ser presidente. La abrió y no leyó nada, pasaba las hojas mirando las fotos mientras el televisor hacía ruido de tiroteo y explosiones de fondo.

Miró la hora y el reloj le daba las cuatro en punto. Se dijo así mismo "terminemos con esto". Dejó la revista y se paró frente al teléfono. Las manos le transpiraban. Decidido a llamarla estiró los dedos para descolgar el tubo y se arrepintió. Se agarró la cabeza y miró al techo. Pensó "¿Y qué le digo? Puedo preguntarle cómo durmió y si la pasó bien anoche. Si quiere que nos veamos. Le puedo decir si quiere tomar un café conmigo ¿Cuántos años tengo? ¿40? Si la invito a tomar un café se va a reír. Le digo dar una vuelta en el *Jeep*. Eso es más amigable y a la vez podemos charlar tranquilos"

Se dispuso a agarrar el tubo y se volvió a arrepentir "¿Y si me atiende el padre? ¿Qué digo? Hola, señor suegro ¿Se encontraría su bella hija? Qué excelente presentación, si así arranco seguro me putea y nunca más la veo. Pero anoche me dijo que vivía solamente con su mamá. Bueno… llamo de una y que sea lo que Dios quiera".

Nuevamente se dispuso a levantar el tubo y estando su mano a dos centímetros del teléfono, sonó más fuerte que nunca ¡RING! ¡RING!

Pegó un salto del susto. Respiró profundo y, mientras seguía experimentando una especie de

pre infarto, atendió.

—Hol… hola— dijo con voz temblorosa

—Hola Rafael, habla Hilda ¿Cómo estás, hijito?

—Hola, Hildi. Acá, tirando ¿A usted cómo le va?

—A mí bien, pero mejor me va a ir cuando hable con el zángano de mi hijo. ¿Podés hacerme el favor de pasarme con Claudio?

—¿Claudio? Acaba de salir por la puerta. Está yendo para su casa Hildita.

—¿Ah sí?

—Ssssí.

—Mirá, Rafita. Más vale que aparezca en diez minutos por aquí. Si no, los cuelgo a los dos de las bolas.

—No sé si tardará diez minutos, pero en un ratito seguro estará por su casa, doñita.

—¡Diez minutos! — Se escuchó cómo la mamá de Claudio colgaba sin despedirse.

Tenía que llamar a Marcela urgente para ver si Claudio todavía estaba ahí y advertirle sobre la amenaza que acababa de sufrir. No sabía el número de memoria, entonces pensó en buscarlo en la guía telefónica, pero iba a tardar una eternidad en adivinar cuál de los cuatrocientos Gómez era el correcto. No perdió más tiempo y subió corriendo a su cuarto, fue directamente al cajón de la mesa de luz por su agenda. Estaba tan apurado que cuando lo abrió lo sacó totalmente del mueble y se cayó al piso haciendo que el golpe haga tal ruido que Balboa se puso en alerta y empezó a ladrar en el patio a la nada misma. Además, se desparramó todo lo que había adentro. Su agenda terminó debajo de la cama y tuvo que estirarse cuerpo a tierra para alcanzarla. Cuando la agarró, volvió a bajar corriendo. Al pasar tan rápido, por segunda vez, por la puerta de la pieza de su mamá, que siempre estaba abierta, ella le gritó: —¿Qué pasa, Rafael?

Él contestó, sin parar de correr:

-Nada, má.

Buscó lo más rápido que pudo el número de teléfono de Marcela, levantó el tubo y discó: 33619.

En el audífono se escuchó el tono sonar cuatro veces y atendió un señor con voz áspera

—Hola.

—Hola ¿Está Marcela?

—Acá no vive ninguna Marcela. Fijate bien donde ponés el ded…”

Antes de que el señor termine la frase Rafa cortó y chequeó de nuevo el número en la agenda, era 33679, en el apuro confundió el 7 con un 1. Volvió a discar y esperó a que lo atiendan.

—Hola.

—Hola, Marcela ¿Está Claudio en tu casa?

—¿Quién habla?

—¿Está el salame de Claudio ahí o no?

—Ah, sos vos. Ya me parecía que no podías estar tanto tiempo lejos de tu novio Claudio.

—Escúchame ¿Me podés contestar si está en tu casa todavía?

—Sí, acá estamos por almorzar los tres con Laura.

—¡Pasame con él, carajo!

—Ay, qué histérico… ¡Claudio, te llama tu novio!

—Hola, pájaro ¿Me extrañaste? —, preguntó Claudio al agarrar el teléfono del otro lado.

—Me acaba de llamar tu mamá, gil de goma ¿Le dijiste que te quedabas a dormir acá?

—¡Uy, no!

—Me preguntó por vos, le dije que estabas saliendo para tu casa.

—Gracias, pájaro. Me voy para ahí, hablamos después. Cambio y fuera.

—Chau.

Rafa colgó y volvió a su habitación, pero esta vez más tranquilo. Se puso a acomodar el cajón que estaba en el piso y todas sus cosas. Recogió unas viejas fotos del primer año de secundaria que sacó con una cámara que le había comprado su abuela y que perdió ese mismo año cuando se tomó un taxi compartido y se la olvidó en el asiento, un anillo de su papá, un encendedor de plástico que guardaba por las dudas, una pelota de tenis que a veces hacia rebotar contra la pared, un yoyo *Bronco* sin hilo, un par de anteojos *Ray ban* aviador de marco dorado y cristales verdes, un cubo *Rubik*, un mazo de cartas españolas, el otro aro para la oreja que completaba el par, un paquete de bicarbonato, dos pilas AA sin carga, cuatro cartas de la más intensa de sus ex novias y un casete negro con la inscripción "*Algunos temas*" que fue el primer compilado que hizo con 11 años. Acomodó todo en el cajón y lo volvió a poner en su lugar.

El golpe de adrenalina, las corridas, el acomodar su cajón pausadamente y distraerse con recuerdos, le sirvieron para bajar el estado ansioso que tenía. Ya más tranquilo y seguro de sí mismo, volvió al teléfono y llamó a Gisela.

El teléfono sonó tres veces y ella atendió:

—Hola.

—Hola, Gi.

—Ya pensaba que te habías olvidado de mí.

—No, para nada ¿Qué hacías? — Preguntó al mismo tiempo que se apoyó el tubo en el hombro y ladeaba su cabeza para sostenerlo.

—Estaba viendo las noticias. Anoche se incendió un boliche en Buenos Aires.

—¿En serio?

—Sí, parece que dos tarados quisieron hacer una joda y prendieron fuego un sillón. Hubo 17 muertos.

—¡Qué pelotudos! ¿Qué tipo de joda es esa?

—No sé, una que se le ocurriría a un par de estúpidos. Dicen que era una fiesta de egresados.

—Entonces eran todos compañeros.

—Sí, pasaron imágenes de cómo quedó el lugar. Un horror.

—Y sí, me imagino. Además, por la cantidad de muertos seguro los bomberos llegaron tarde.

—Eso no sé, no hicieron referencia. Pero sí parece que el lugar estaba mal habilitado y había gente de más adentro.

—¿Cómo mal habilitado?

—Claro. En los papeles figuraba que estaba todo bien y que adentro era seguro, pero se dieron cuenta que había muchas cosas inflamables que no deberían haber estado y que los inspectores, bueno, ya sabemos cómo son...

—Coimeros

—Sí.

—Es que son todos unos hijos de puta. Ojalá terminen todos en cana.

—Ojalá. Me da mucha pena la familia de los chicos fallecidos.

Se quedaron unos segundos en silencio y Rafa se dio cuenta que la conversación había ido por un camino muy oscuro, entonces sin dudar dio un giro en seco —Bueno, cambiemos de tema ¿Querés que te busque y vamos a dar una vuelta?

—Me encantaría, Rafa. Pero ahora no puedo. A las cinco y media tengo que acompañar a mi mamá a buscar un bazar para comprar algunas cosas que nos faltan para la casa.

—Bueno, no hay drama. Puede ser otro día.

—O puede ser más tarde, tipo noche.

—Dale ¿Nueve?

—Mejor un poquito más tarde, después de cenar… mmmm… tipo diez y media.

—Listo.

Gisela le dio su dirección y él la guardó en la memoria para después adjuntar la información en su lugarcito de la agenda. Se despidieron tiernamente y Rafa colgó con extrema delicadeza y ambas manos, el tubo. Paso seguido, cerró los puños y los levantó en el aire festejando con efusividad, en silencio, como si hubiera metido gol un mudo.

Se dio vuelta para ir a su cuarto y se dio con que su hermana estaba a su espalda y había escuchado todo el llamado. Irene le dijo con voz burlona y riéndose —Bueno cambiemos de tema, querés que te busque y vamos a dar una vuelta ni ni nininini — Mientras hacía muecas con la boca y levantaba los puños imitándolo.

—Deja de hacerte la pícara, pendejita— le advirtió

—Ay Gi… Bueno Gi… Ya te busco Gi— continuó la más pequeña de la casa.

—Te acabás de ganar un ataque de risa— dijo Rafa corriendo hacia su hermana, que trató de huir, pero fue alcanzada a los pocos metros. La tiró al piso y le hizo cosquillas en la panza mientras ella se resistía con todas sus fuerzas.

Batalla que se dio por finalizada cuando desde el cuarto de su mamá se escuchó —¡Dejen de gritar!

6 Estrellas Fugaces

Esa noche estaba un poco fresca y Rafa decidió descolgar de la percha su adorada campera de cuero negro brillante para utilizarla en la cita.

La combinó con un vaquero tiro alto, una remera lisa blanca, que metió dentro del pantalón, los mismos borcegos de la noche anterior y pensó en ponerse un cinto, pero no lo encontró así que se abrochó los pantalones así no más.

Bajó de su habitación y se metió en el baño. Después de lavarse los dientes y robar colonia, intentó hacerse un peinado a lo Cerati en el videoclip “Cuando pase el temblor”, con jabón y un poco de spray. El resultado no fue nada satisfactorio así que optó por meter la cabeza en la bacha y enjuagarse el pelo para sacar todo el combo químico, luego se secó y se hizo una colita con una gomilla marrón.

Buscó la llave del *Jeep* en el llavero de pared que él mismo había fabricado y no estaba en su lugar. Salió al patio, donde estaba su mamá regando las plantas, y le preguntó si sabía dónde estaban las llaves. Elena, mirando una suculenta, regadera de metal en mano y sin mover la vista de lo que estaba haciendo, pensó cinco segundos y le contestó:

—Creo que está puesta.

—Mamá ¿Cómo vas a dejar la llave puesta? O sea que todo el día pudo venir cualquiera y llevarse mi auto.

Elena no contestó y siguió con su asunto hídrico, sin desviar la mirada.

Rafa salió de la casa, se subió al Patoncito y, efectivamente, estaba la llave puesta. Puesta y en contacto. Al ver eso levantó la vista al cielo y le pidió a su papá que por favor todavía tenga algo de energía la batería para lograr arrancarlo. Giró la llave y no hubo rastro alguno de actividad en el sistema eléctrico del cuatro por cuatro. Volvió a mirar al cielo y agradeció a su padre por el favor. Se bajó, entró a su casa y fue directo al patio.

—Dejaste el *Jeep* en contacto y ahora no arranca —Le reclamó a Elena.

—Lo hubieras estacionado bien anoche— Contestó, esta vez, con los ojos puestos en la yerba buena.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. Yo me tengo que ir y ahora no puedo.

—Vaya caminando— En la cara y actitud de Elena no había ningún rastro de emoción, tenía la templanza de un monje en el Tíbet que recién se levantaba de la cama a las 5 de la mañana para hacer yoga mientras amanece.

—¿Cómo voy a ir caminando? Me llevo el *147*.

—Sabés perfectamente que a mi auto no lo tocás.

—Pero fue tu culpa mamá… Me voy a ir en tu auto.

—No me hagas repetirte las cosas, que ya sabés, y que acabo de decir. — Dejó de regar y se puso a sacar una hoja que estaba seca.

—¿Por qué no me lo puedo llevar? ¿Qué? ¿Acaso vas a salir hoy?

—No, no voy a salir. Y no te vas a llevar mi auto porque lo chocaste tres veces Rafael.

Rafa intentó decir algo en su defensa, pero la voz de Elena se impuso en el patio y continuó: —La última vez, hubo que llamarlo a tu abuelo para que vaya con la camioneta, y dos monos de la fábrica, para volver a poner el auto sobre sus cuatro ruedas, porque, (y nadie sabe cómo, de hecho, sigue siendo un misterio hasta el día de hoy) lo volcaste en una recta.

—Mamá, ya te expliqué mil veces que ese día se me cruzó un perrito y no quería…

—Me importa tres hectáreas de pito, a mi auto no lo volvés a tocar.

Rafa se dio cuenta que estaba perdiendo el tiempo y que nunca la iba a convencer, ni por las buenas ni por las súplicas. Ni siquiera lograría que acepte el error de dejarlo sin batería. Entonces se dio vuelta, refunfuñando, y fue hasta la mesita del teléfono.

Primero intentó llamarlo a su abuelo para ver si podía auxiliarlo trayendo unos cables y pasándole corriente desde su vehículo, pero no hubo suerte, no atendió nadie. Después llamó a la casa de Tenaza y su mamá, de mala manera, le dijo —Oscar no está. Me dijo que se iba a algo del póker.

Fue hasta la esquina y buscó al marido de doña Normita, pero ya estaba durmiendo, y no se animaba a llamarlo a Claudio, no había sabido nada más desde la tarde cuando hablaron y no sabía a ciencia cierta si fue efectivo su encubrimiento. Con eso se le acabaron las opciones de ayuda.

No le quedó otra que llamar a Gisela y contarle lo que había pasado —Vas a tener que estacionar bien a partir de ahora— Le dijo ella por teléfono y, entre risas, le pidió que la espere un ratito, se escuchó que dejaba el tubo en la mesa, dos minutos de silencio y se volvió a escuchar su dulce voz —Mi vieja me presta el auto. Decime donde vivís y paso.

Rafa le dio su dirección, pero ella no tenía la menor idea de dónde era, entonces le explicó paso a paso cómo hacer para llegar y se quedó esperando detrás de la cortina, mirando a la calle, a que aparezca el *Twingo*. Y apareció.

Antes de salir volvió al patio y le dijo desde lejos a Elena, que seguía con las plantas —Me voy, mamá. Ya me vinieron a buscar. Porque no tenía en qué irme ¿Sabés?

—Bueno, hijo… Mandale saludos a la Gi.

Rafa se dio vuelta pensando si sería muy caro poner otro teléfono en su habitación y a medida que se iba acercando a la puerta de entrada los latidos empezaban a aumentar. Para cuando abrió la reja ya se podían escuchar en toda la manzana.

Se subió al auto celeste, ella sonreía, se dieron un beso en la mejilla y otra vez sintió su perfume de jazmín, pero esta vez fue más penetrante, como si se lo hubiera puesto recién, antes de doblar la esquina.

Gisela tenía puesto un conjunto deportivo de tela de avión de colores fucsia, violeta y turquesa, el pelo seguía desprolijo pero esta vez tirado hacia la izquierda.

—¿Y la bandana? — Preguntó ella

—Hoy descansa.

Gi puso primera y salieron sin rumbo al ritmo de "*El amor después el amor*" de Fito Páez

En el camino, él le contó toda la secuencia de la llamada de Hilda buscando a su hijo, su plan para resucitar al Patoncito al día siguiente, que su hermana escuchó la conversación y en casa ya sabían su nombre.

Ella le contó que había estado tomando sol en la terraza, que consiguió los mismos vasos que había en la casa de Marcela, pero en color fume, que tenía que sacar el carnet de conducir y que su mamá le pidió por favor que se cuide porque el caso de María Soledad era una muestra clara de cómo está el mundo hoy.

Fueron hasta un mirador que no estaba muy lejos, ella estacionó en la soledad de la noche y desde lo alto de la montaña podían ver todas las luces de la ciudad y las de los pocos autos que se movían a esa hora. La noche estaba tranquila.

Siguieron charlando hasta que a Gi se le ocurrió que podían buscar estrellas fugaces para pedir deseos, Rafa le preguntó cómo se hacía —Es muy fácil—, contestó con su enorme sonrisa.

Levantó la mano, desabrochó el techo corredizo del auto y, haciendo un poco de fuerza, logró

mover la lona hacia atrás, dejando al descubierto un cielo totalmente estrellado, reclinó el asiento del conductor todo lo que pudo y le explicó a Rafa dónde estaba la palanquita de su lado para que haga lo mismo, a él le costó un poco encontrarla, pero lo hizo y quedaron los dos acostados mirando las estrellas a la espera de alguna luminaria viajera que decida mostrarse.

Rafa sacó del bolsillo interno de la campera el *Tubby 5* y se lo dio en la mano a Gi, ella se lo agradeció y le dijo que era su favorito el blanco, lo abrió, lo partió a la mitad y lo compartió con él.

El casete seguía rodando y Fito ya estaba cantando "*Brillante sobre el Mic*" cuando los dos, que estaban acostados en el pequeño compacto francés, se encontraron con la mirada en silencio. Algo de viento entraba por las ventanillas y las estrellas seguían iluminándolos.

Él se acercó y sin quitarle la mirada puso su mano en su nuca enredando sus dedos en los rulos de Gisela. Ella lo dejó hacerlo, sin dejar de observarle las pupilas. Él le miró la boca, ella hizo lo mismo y se mordió los labios. Él se acercó más y al mismo tiempo la traía hacia él con la mano hasta el punto donde ambos podían sentir la respiración del otro.

Se besaron suave y lentamente, sin abrir los ojos. Rafa podía sentir con su piel lo delicada que era Gisela, estaban tan cerca que hacía que el corazón le golpee muy fuerte. También le sorprendió el tamaño de su boca y pudo sentir el gusto del chocolate que todavía tenía.

Un momento antes de que se quedaran sin aire, se detuvieron y quedaron con los ojos cerrados y las frentes juntas. Ella le dijo:

—Nunca me dieron un beso tan lindo.

—Creo que a mí tampoco.

—Tengo que volver a mi casa. Mi vieja me dijo que vuela a las doce.

—Bueno, vamos.

Volvieron los respaldos de los asientos a sus 90 grados y Gi manejó hacia el camino que bajaba de la montaña.

7 Auto Negro

En la cocina, parado, con la puerta abierta de la alacena superior, debatiéndose si tomar leche chocolatada o café puro está Rafael. Él quiere una chocolatada, pero ya es todo un hombre y se supone que debería tomar café. Está a punto de agarrar el frasco de vidrio de La Virginia, pero vuelve a pensarlo y llega a la conclusión que hace mucho calor para tomar infusiones con agua hirviendo, gira su muñeca y va por el paquete amarrillo de Nesquik. Antes de llegar a tocarlo escucha que viene desde afuera el potente ruido de un motor Diesel acelerando varias veces. Deja para más tarde el desayuno y sale de la casa.

Antes de llegar a la puerta de la reja, Tenaza sin dejar de acelerar y acelerar la *F-100* le gritó:

—¡Aquí llegó Juan Carlos Batman al rescate! — Mientras se llenaba la cuadra de humo negro.

Rafa se acercó hasta la ventanilla del acompañante y contestó:

—Solamente te falta el traje, porque estás igual de gorda que Juan Carlos.

—Callate, boludo— Se agarró la panza con ambas manos y continuó: —Esto, es el tanque de nafta de la máquina que está abajo.

—Seguí por ese camino y vas a seguir perdiendo carreras, pobre *600*, va a parecer una babosa tirando un ladrillo.

—Mirá, ni me hablés del *600*, porque me está haciendo renegar de una manera escandalosa.

—¿En serio? ¿Qué le pasa?

—Tengo un problema gigante en el carburador y no le podemos dar la cana. No sé si llego.

—Uh, no me digas ¿Y qué vas a hacer?

—Vamos a probar cambiándolo por otro y a ver cómo funciona. A esta altura no es lo ideal, pero no me queda otra.

Casi terminando la frase, y con cara de resignación por el inminente abandono en la futura competencia, Tenaza se bajó de la camioneta para ver y analizar cuál era la mejor forma de estacionar para pasarle corriente al Patoncito. Por suerte no hubo que hacer demasiadas maniobras, ya que Tenaza contaba con cables largos. Entonces conectó unos extremos a la batería de la camioneta, los otros a la del *Jeep*, arrancaron los dos vehículos y los revolucionaron un poco para una carga más eficiente. Maniobra que hizo que todos los vecinos de la cuadra se acuerden de Irene y Elena, cuando se asomaban por la ventana (por el ensordecedor ruido de ambos motores) y veían que el artífice era Rafael.

Al terminar la carga, Tenaza le recomendó a Rafa que vaya pensando en comprar una nueva batería. Se dieron un abrazo y se despidieron, no sin antes agradecerse por el favor y por la venta de la totalidad de las entradas para la carrera.

Rafa entró a su casa y por detrás lo hizo corriendo su hermana con una bolsa en las dos manos, que venía de comprar un cuarto de mignon, del negocio de Normita, por encargo de Elena. La comida para el almuerzo ya estaba casi lista. Su mamá había preparado pastel de papas el día anterior, así podía quedarse por la mañana descansando en la cama viendo la tv hasta el mediodía. En unos diez minutos estaría listo.

Tiempo que Rafa aprovechó para traer la televisión del cuarto de su mamá hasta la cocina, acción que fue realizada sin pregunta ni petición.

—Ya estás trayendo de nuevo mi tele para acá— Protesto Elena cuando escuchó el chirrido de las rueditas de la mesa de la tv.

—Mamá no seas amarga, pareces bostera—, contestó Rafa mientras empujaba sin cuidado el

artefacto.

—Después te pirás para tu cuarto y yo tengo que volverla a su lugar.

Irene se encargó de prenderlo, puso *Supermatch*, que estaba empezando y se sentaron ambos a esperar a que su mamá trajera la bandeja.

Rafa, desconectado de la realidad, viendo cómo el equipo azul perfilaba para ganar la carrera de botes con fuga, empezó inconscientemente a hamacarse en la silla. Acción que fue truncada a los diez segundos por el lanzamiento de un repasador desde el otro lado de la cocina. El trapo le pegó en la cara y fue acompañado por la frase de Elena: —¡Te vas a matar! Que eso sería lo de menos, lo peor es que vas a terminar rompiendo la silla… Y andá a lavarte las manos, que estuviste jodiendo con el motor del *Jeep*.

Rafa se levantó, encaró para el baño y mientras se iba, preguntó en voz alta:

—¿Por qué habré tenido que estar jodiendo con el motor del *Jeep*, no?

Se lavó las manos, volvió a la mesa, llegó el pastel y los tres se pusieron a comer y a ver la tv en silencio. Al ratito Irene dijo:

—No quiero más, mamá.

—Hija, no comiste nada. Terminá lo que te serví.

—No tengo hambre.

—¿Yo te estoy preguntando si tenés hambre? No te vas a levantar de la mesa hasta que termines el plato. Eso es porque te llenás con *Coca-Cola* en vez de comer la comida.

—Pero no quiero más.

—Hay tantos niños muriéndose de hambre en África y vos desperdiciando comida.

—¿Por qué no les mandás por Oca lo que sobre y quedamos todos contentos? —, preguntó Rafa sin desviar la mirada de la tv.

Frase que hizo que el tono de voz de Elena suba un decibel al contestarle:

—A vos nadie te dio vela en este entierro, así que, si querés seguir vivo no acotes. Hace rato venís juntando números para el sorteo de una cagada… Y usted, señorita, va a dejar el plato limpio.

Irene, jugando y aplastando el puré con el tenedor, fue sincera e intentó explicarle a su mamá la situación en la que se encontraba.

—Es que me comí cuatro caramelos Fizz.

—¿Y de dónde los sacaste?

—Los compré con el vuelto del pan.

—Pero ¡qué bien! Ya te dije que no comás porquerías antes de la comida y menos esos caramelos que tienen droga.

Rafa no pudo hacer caso omiso a esa afirmación, soltó el tenedor haciéndolo caer con ruido arriba del plato, levantó los brazos exageradamente por los aires, se tiró contra el respaldar de la silla, mientras de su boca salía la expresión:

—Bueee.

A Irene se le escapó una pequeña risa. Elena lo miró unos segundos y volvió la atención hacia su hija.

—No te levantás de la mesa hasta que terminés todo lo que tenés en el plato.

Pasó el almuerzo y cada uno de los integrantes del hogar se retiró a su respectivo dormitorio. Rafa, en el suyo, se decidió a dormir la siesta. Se sacó la remera y, cuando se estaba sacando la segunda zapatilla, sonó el estridente ruido del timbre de la casa. Miro por la ventana y vio el *Twingo* celeste afuera.

Sintió algo parecido a un principio de una arritmia y, de golpe, volvió a ponerse la zapatilla y

la remera. Bajó corriendo, abrió la puerta y se encontró con Claudio frente a frente.

—Pájaro, me querés explicar ¿con quién hablan tanto por teléfono en esta casa? Te estoy llamando hace tres horas.

—Nadie usó el teléfono hoy— dijo Rafa desconcertado.

El teléfono del living nunca había sonado porque la noche anterior, Elena, aprovechando que su hija se había dormido y que su hijo se había ido, terminó de regar las plantas, se preparó una enorme taza de café y llamó a Luisito. El hermano de una compañera de trabajo con el cual había empezado un romance unos meses atrás, después de conocerse la mañana que se acercó hasta el establecimiento para proteger a su consanguínea, tras las amenazas de uno de los alumnos, navaja en mano, al quedarse de curso.

La fogosa charla que tuvieron durante veintiocho minutos, café negro de un lado de la línea y whiskey sin hielo del otro lado, concluyó en que Elena colgara mal el tubo al final de la llamada, haciendo imposible el ingreso de una nueva comunicación.

—Bueno, pájaro, entonces llamen a *Telecom* porque anda para la mierda. Escúchame, nos vamos al cine ¿Venís? —, preguntó Claudio mientras se daba vuelta y señalaba el auto celeste en la otra vereda.

Rafa vio y escuchó que venía mucho bullicio de adentro del auto, volvió su mirada a Claudio y le contestó:

—Obvio pajarito. Denme cinco que me preparo y salgo.

Rafa subió a su habitación corriendo, se cambió la remera chivada y con grasa de motor, por una negra talla 3XL con estampado de *Terminator 2*, se puso unas *Converse All Star* negras y rápido bajó a robar colonia antes de salir.

A todo eso, Claudio volvió hasta el auto de Gisela y les dijo a los chicos que estaban adentro, entre risas, que Rafa tenía que ir a pedir permiso a su mamá para ver si lo dejaba salir, que estaba castigado porque no había terminado quinto grado, que ayer no lo habían dejado ver los Thundercats, que había querido ir al kiosco y que lo tuvo que acompañar la niñera de la mano para que no se baje de la vereda a la calle y que no tiene permitido usar el triciclo. En toda la cuadra solo se escuchaban risas y más risas con "*No le dijo nada*" de Los Ladrones Sueltos de fondo, bajo el potente sol de verano a la hora de la siesta.

Rafa salió de la casa, cruzó la calle y, cuando llegó a estar cerca del auto, se dio con que había diez chicos adentro, más Claudio, que, parado afuera, seguía inventando cosas que Rafa no podía hacer por estar "castigado".

—Che… ¿No quieren que saque el *Jeep* para que vayamos en dos autos? —, dijo Rafa con toda la buena voluntad.

A lo cual Gisela contestó desde adentro entre carcajadas:

—No hace falta ¡Suban y vámonos!

Los pájaros acataron la orden de la conductora y terminaron siendo 12 pasajeros dentro del *Renault* que se puso en marcha, bajo los cantos a los gritos de "*La rubia del avión*", en dirección al cine teatro del centro.

Cuando llegaron, se bajó toda la banda de las tres puertas, cual auto de payasos, y fueron hasta la puerta. La idea era ir a ver una película que venía haciendo mucho ruido y tenía una buena crítica, "*Tango Feroz*". Se había estrenado en invierno, pero recién llegaba al cine de la ciudad.

Rafa y Claudio se acercaron a la boletería, vaquita en mano. La entrada costaba dos pesos, pero con la labia de Claudio lograron pagar veinte por las doce entradas. Con lo que sobró compraron tres paquetes grandes de pochoclos. Gaseosas no hacía falta, Gisela y Marcela, llevaban una de dos litros, "escondidas" en la cintura y decir que la temperatura era "al tiempo"

seria ser muy amable considerando la cantidad de grados centígrados que tenían los líquidos que portaban esas botellas de plástico. Entraron a la sala, ocuparon casi toda una fila de butacas, la del medio, se apagaron las luces y empezó la función.

La película los llevó por todos los estados de ánimo, rieron, lloraron, cantaron, sintieron felicidad y bronca, vieron un mundo injusto por momentos y con colores vividos y latentes por otros, gritaron, vibraron y hasta se quedaron sin palabras.

Durante toda la película Gi y Rafa, que estaban sentados uno al lado del otro, estuvieron de la mano, con los dedos entrelazados, hasta que la gran pantalla se puso en blanco y negro y Tanguito comenzó a decir su mensaje "Quiero decirme algo a mí mismo cuando sea viejo…" mientras se escuchaba algo de estática y el viejo y conocido sonido de cinta 8mm girando. Sus manos se apretaron, Tanguito terminó de hablar, empezó a sonar "*El amor es más fuerte*", aparecieron los créditos finales y las luces empezaron a prenderse aumentando su intensidad, mientras toda la sala se ponía de pie aplaudiendo y ovacionando.

Salieron del cine muy exaltados, hablando fuerte, caminando rápido, abrazados y con ganas de gritarle al mundo todas sus verdades. Volvieron a subirse los 12 al *Twingo* y se fueron a pasar el resto de la tarde al parque, donde charlaron bajo el sonido de las cigarras, sentados en ronda sobre el césped, hasta que el crepúsculo los encontró.

Fue pasando el tiempo y algunos se fueron sin decir nada, a otros los vinieron a buscar, Claudio y Laura se fueron a caminar juntos alejándose del grupo, Marcela se despidió y volvió a su casa, y así fueron desapareciendo todos hasta que vino la noche y solos quedaron Gi y Rafa. Compraron un pote de helado *Sin Parar* de frutilla y crema, se acostaron en el pasto. Gisela recordó el final de la película y le preguntó a Rafa:

—¿Qué dirías si te estaría filmando y te pediría que dejes un mensaje para cuando seas viejo?

—No sé… Déjame pensar…

—Es para refrescarte la memoria, si en algún momento te olvidaste de algo que ahora tenés claro.

—Bueno… Me diría… Me gustan los caramelos colorados y estoy loco por Gisela.

—Dale, sonso. No digas lo mismo que Tanguito.

—Me parece más interesante hacerlo al revés. No para cuando sea viejo, si no para cuando era niño.

—Me gusta, entonces… ¿Qué te dirías si te estuviera filmando y te pediría que dejes un mensaje para llevárselo a tu yo del pasado?

—Diría "No te vendas"

—¿No te vendas?

—Sí, simple y sencillo.

—¿A qué te réferis?

—A trabajar en algo tan sólo por el dinero, o a estudiar algo tan sólo por la estabilidad.

—Tiene sentido.

—Y vos, ¿qué te dirías? ¿Qué le dirías a la nena Giselita?

—Le diría "A veces la gente no es lo que parece".

—Desarrolle— le dijo Rafa imitando la voz de un profesor tomando una lección oral.

—Hay personas que te muestran un solo lado de la moneda.

—Eso es verdad. Y ese tipo de personas hay que sacarlas de la vida de uno.

—Podés sacarla de tu vida, pero es difícil es sacarla de tu corazón.

—¿Algún ex novio te complicó la existencia? -, preguntó Rafa con un poco ansiedad

—No, ojalá fuera tan simple -, contestó sonriendo vagamente

—¿Entonces?

—Me refiero a mi papá —, dijo sintiendo una punzada en el corazón.

Ambos se quedaron en silencio mirando al cielo cada vez más oscuro, momento en el que Rafa percibió una cicatriz profunda. Él tuvo miedo, miedo de seguir escarbando y encontrarse con algo horrible. Pero, aun así, se apoyó sobre sus dos codos y mirando a los ojos de Gisela, que estaban mirando el cielo, le preguntó:

—¿Te hizo algo?

—No, jamás —, contestó apurada— No en el sentido en el que estás imaginando.

Esas palabras le dieron alivio a Rafa y recordó en voz alta:

—Me habías dicho que se separaron con tu mamá.

—Si, y desde que pasó eso, no lo volví a ver

—¿Las abandonó?

Ella suspiró y el gesto en su cara advertía que no era una pregunta fácil de responder, pero lo intentó diciendo:

—Tuvo que hacerlo. Él tuvo que irse… Y nosotras también —

El silencio incómodo volvió, pero esta vez fue más prolongado y la seriedad en el rostro de ambos era indisimulable.

Rafael no entendía las palabras de Gisela, pero tenía la necesidad de saber qué había pasado, entonces decidió simplemente preguntar.

—¿Por qué?

—Porque no era lo que parecía, o por lo menos para mí.

—¿La engaño a tu vieja?

—Hasta donde yo sé, no. Pero a esta altura tampoco me sorprendería.

—¿Entonces qué pasó?

Gisela debatía consigo misma si continuar o no. Los sentimientos encontrados en su alma eran fuertes y de alguna manera, esa sensación de confianza que había empezado a sentir con Rafa le dio la necesidad de exteriorizar lo que sucedía. Sus ojos, perdidos en las estrellas, se llenaron de lágrimas y habló con el corazón.

—Hace unos meses, una noche, habrían sido las tres o cuatro de la mañana, me desperté porque mi papá y mi mamá estaban discutiendo en su habitación. No era raro que se peleen, pero sí lo era la hora en la que lo estaban haciendo. Después de un rato de gritos, mi vieja entró en mi cuarto, se sentó en mi cama. Me acuerdo que tenía cara de pánico y estaba fumando desesperada. Yo pensé “Otra vez se pelearon y te venís a dormir a mi pieza” … Pero esa vez, fue distinto… Me dijo que me tenía que levantar, que junte mis cosas y que arme un bolso con ropa. Imaginate que yo no entendía nada, y mi mamá estaba tan desencajada y fuera de sí, que hasta me contagió la histeria. En medio de todo ese quilombo y confusión, le hice caso. Y mientras cargábamos el auto para irnos, quién sabe dónde, me dio la sensación de que ciertas cosas estaban preparadas para agarrarlas y salir corriendo…

—¿Qué cosas? —Interrumpió el relato Rafa

—No sé, papeles, plata, cosas importantes. Era algo así como que estaba todo muy a mano, muy organizado… El asunto es que cargamos todo en un segundo y, antes de salir, un auto negro frenó delante de nosotros ¿Viste cuando se traban las ruedas y hacen ruido muy fuerte?

—Sí.

—Bueno, eso hizo este auto. Traté de distinguir quién manejaba, pero no lo conocía. Mi papá lo vio frenar y se acercó a mi mamá, le quiso dar un beso, pero ella le gritó y se lo sacó de encima. Después se me acercó a mí, me abrazó y me pidió perdón. Yo seguía sin entender nada.

Me dijo que apenas pueda nos íbamos a ver, se subió a ese auto y se fue tan rápido que las ruedas volvieron a hacer ruido. Quedamos mi mamá y yo solas. Nos fuimos de la casa dejando todo.

—¿Por qué tuvieron que irse así? Tan bruscamente.

—Fue la misma pregunta que le hice a mi mamá apenas se calmó un poco. Me contó algunas cosas que no vienen al caso, pero me explicó que mi viejo se relacionaba con personas no muy buenas y parece que se pelearon. Eso nos llevó a tener que venirnos a vivir aquí.

El pesar en las palabras de Gisela había empezado a resquebrajar su voz, Rafa lo notó, pero siguió indagando.

—¿Y te dijo adónde se iba?

—No… Y no lo volví a ver desde ese día

—¿Nunca sospechaste que podía andar en cosas raras? —, preguntó arriesgándose a que tal vez su pregunta no sería tomada de la mejor manera.

—En algún momento vas a conocer a mi papá y vas a ver que jamás te imaginarías que haría algo malo. Pero nos llevó a tener que huir como delincuentes y no sé si eso se lo podré perdonar. No te das una idea lo difícil que fue tener que dejar todo de un día para el otro. No volver a ver a mis amigas, a los chicos del colegio…

Ella no pudo seguir hablando, unas cuantas lágrimas recorrieron su piel y cayeron al césped. Se llevó la palma de la mano a los labios para taparse la boca y no sollozar, mientras su mirada seguía perdida en el oscuro universo.

Rafa vio cómo la tristeza le estaba ganando a Gisela y, en un gesto de nobleza, trató de sacarla de ahí diciendo

—Se nota que están pasando por un momento difícil, pero, a pesar de la tormenta tenés que verle el lado positivo.

—Desarrolle.

—No es tan complicado ¿Te suena la frase “no hay mal que por bien no venga”? En las peores situaciones hay oportunidades.

—El precio es caro —, dijo secándose las lágrimas que pasaron por sus mejillas

—Ok, No te convence… ¿Y la teoría del yin y el yan? Es la naturaleza equilibrada y dual de las circunstancias en la vida, dentro de todo lo malo siempre hay algo bueno y dentro de todo lo bueno siempre hay algo malo.

Ella, con los ojos levemente hinchados, le sonrió y dijo:

— Esa me convence un poco más—

Lo abrazó, le dio un pico y continuó:

—Gracias a lo malo hoy estoy aquí, y por estar aquí… Te conocí.

Rafa también sonrió y creyó oportuno no emitir más palabras. Se quedaron mirando las estrellas, en silencio y acariciándose, hasta que Gi expresó que tenía que volver a su casa. Rafa asintió, le agarró la cara con ambas manos y se besaron durante un largo rato. Cuando se quedaron sin aire, se levantaron, se sacudieron el pasto que tenían por toda la ropa, subieron al auto y Gisela dejó a Rafa en su casa para después seguir su camino.

Eran las once de la noche cuando Rafa cruzó la puerta de entrada de la casa. Se sacó las zapatillas para que no se escucharan sus pasos cuando pase por la puerta de la habitación de su mamá.

Mientras recorría los primeros metros del pasillo para llegar a la escalera, salió del baño Elena en bata, con los pelos despeinados y signos de cansancio en el rostro.

—Yo te voy a decir una sola cosa a vos —Expresó su mamá mirándolo a los ojos y señalándole con el índice —Esto no es un Hotel.

El encuentro repentino e inesperado con su madre, hizo que Rafa diera un pequeño salto y contestara:

—Perdón, mamá, se me pasó la hora.

—Bajá la voz porque tu hermana duerme —Puso los brazos en jarra y continuó:

— ¿Así que se te pasó la hora? ¿Y para qué tenés reloj? Reflexioná sobre tu comportamiento porque así no vas a llegar a ninguna parte.

Rafa no entendió a lo que quiso referirse su somnolienta madre y, por supuesto, ni siquiera hizo el intento de comprenderlo. Se limitó a asentir con la cabeza en silencio.

Elena se acercó al espacio personal de su hijo y continuó —Tírame el aliento.

Rafa estaba acorralado pero tranquilo, no había tomado alcohol esa noche. Abrió la boca y exhaló en la nariz de su mamá. Elena no percibió nada fuera de lo común, entonces fue por la segunda opción, se acercó al hombro de Rafa, le agarró la remera y la olfateó.

—Estuviste fumando de nuevo, Rafael.

—No fumé mamá, es Claudio que no para con el pucho y me llena la ropa de olor a humo.

Elena optó por dejar la intervención en ese punto, giró sobre su eje y se fue a su habitación dejando libre el paso para que Rafa continúe su camino descalzo.

8 Tortilla

Irene estaba en una reunión con parte de la corte del romance, más precisamente con dos honorables miembros: el *Nenuco* y una muñeca *Pepona*. El estatuto indicaba que debían celebrarse reuniones informales con los máximos representantes del baúl de juguetes, al menos una vez al día, y una vez a la semana, con toda la corte. Pero debido a los trajines de los tiempos de Irene, venían bastante atrasados. En el día de la fecha se estaba tratando el tema "Mi corazón no puede esperar". Ambos muñecos le estaban dando consejos de cómo afrontar el que ya no volvería a ver a Jorgito, un compañero, y novio, de la escuela. Por un lado, el *Nenuco* le recomendaba que se enamore de alguien más, que esa era la manera más fácil de olvidarlo y que se salte la formalidad del noviazgo y vaya directo al casamiento. Por el otro lado, la *Pepona* opinaba que eso era una locura total, que ella tenía que esperar estos eternos tres meses de vacaciones, por más de que sean infinitos, hasta que vuelva a clases y vuelvan a fundirse en un abrazo eterno en el primer recreo.

Justo cuando la *Pepona* terminó la idea, la cabeza de Rafa se asomó por el marco de la puerta.

—Vamos, pendejita— dijo, y se fue para su pieza a buscar la agenda porque quería hacer algunos llamados desde después de comer.

Irene se levantó del suelo y les comunicó a sus cortesanos que optaría por hacer las dos cosas: iba a buscarse un novio nuevo con el cual se casaría y sería su esposa durante el verano, para luego, cuando comience el año lectivo, divorciarse y volver con Jorge, ocultándole su relación paralela, por supuesto.

La muñeca objeto ese accionar y antes de que pueda exponer sus razones fue lanzada por la ventana hacia el patio, luego Irene se puso su mochila rosada, tomó al *Nenuco* entre sus brazos y salieron del cuarto.

Ella, Rafa y el *Nenuco* se despidieron de Elena al pasar por la cocina y se fueron camino a la casa de la abuela Aurelie. Ya arriba del *Jeep*, Irene sacó de su mochila un casete, original, de Xuxa. Su intención era escuchar "*Juguemos a los indios*" e intentó meterlo en la ranura del estéreo.

Rafa le agarró la mano para detenerla en su intención y le preguntó:

—¿No te das cuenta de que hay un casete puesto, nena?

—Quiero poner este.

—No jodas, ya llegamos.

—¡Quiero poner a Xuxa!

—Irene, este es mi auto y aquí se escucha lo que a mí se me cante el culo.

—¡Poné Xuxa!

—Seguí gritando y te voy a abandonar abajo del puente.

—¡XUXA!

No terminaron la discusión y ya habían llegado. Se la podía ver a la viejita en el jardín ocupándose de las rosas rojas que tanto le hacían acordar a su difunto marido, Don Rafael. Irene no esperó a que su hermano termine de hacer marcha atrás para acercar el vehículo al cordón de la vereda y, de un salto, se bajó, con el *Nenuco* de la mano, para ir corriendo a sus brazos mientras el muñeco era arrastrado por todo el suelo.

Fue tanta la efusividad de la niña y tanta la velocidad que había alcanzado en esos diez metros que las separaban, que cuando llegó y se abrazaron, la abuela tuvo que hacer bastante fuerza para

no caerse y mantenerse en equilibrio

—Hola, mamita.

—Hola, abue.

—¿Trajiste tu muñeco para jugar?

—Sí, me vine con la cría—, le contestó Irene mientras lo volvía a poner en sus brazos.

Rafa bajó del Patoncito e hizo lo mismo que su hermana, abrazo a su abuela y después ambos nietos la ayudaron con las tareas del jardín hasta que se hicieron las una de la tarde.

Se sentaron a almorzar tortilla de papas con pimientos asados. En la mesa, Irene muy contenta, le contó a su abuela que la semana que viene empezaba la colonia de vacaciones, que tenía muchas ganas de ir para meterse en la pileta y fue alentada por su abuela para que este año aprenda a meter la cabeza debajo del agua. Rafa, por su parte, le contó el altercado con la batería y que tenía planeada cambiarla apenas pase el verano, palabras que le hicieron recordar algo parecido.

—¿Vos sabías, hijito, que cuando tu papá y tu mamá recién se habían casado se compraron un auto nuevito, 0 kilómetro? No me acuerdo la marca, pero era de color naranja y tenía eso para bajar los vidrios tocando un botón… La cuestión es que tu mamá cuando salió del trabajo, pasó a hacer la compra y dejó la bolsa con las cosas en el asiento de atrás. Cuando llegó a su casa, se ve que no prestó mucha atención, la agarró sin mirar y sin que se diera cuenta se cayó un paquete que tenía medio kilo de milanesas de carne debajo del asiento. Para esa época estaban terminando de construir el living de tu casa, entonces el garaje estaba lleno de cemento, arena, azulejos para el piso, y todo lo que te puedas imaginar. El auto tenía que dormir afuera. Cuando tu mamá llegó a la cocina y se dio cuenta de que faltaba ese paquete, pensó que se lo había olvidado en el supermercado, entonces improvisó algo para cenar con lo que tenía en la heladera. Ellos, al día siguiente, se iban de luna de miel a Mar del Plata, habían pospuesto el viaje hasta el verano porque encontraron una rebaja en los pasajes de avión ¿Vos podés creer que se fueron de vacaciones y el paquete con carne quedó diez días adentro del auto, bajo el sol y pudriéndose? Y eso no fue todo, la ventanilla del lado del conductor quedó abierta y llovió dos días seguidos mojando todo el asiento y la madera del interior del auto… Cuando volvieron se dieron con el cuento. La madera destruida, el asiento y la alfombra del piso lleno de moho y olor a podrido que no se iba con nada. Tu papá aguantó seis meses más con ese auto, pero era imposible andar y que no se te revuelva el estómago. Y ni te cuento si había que subir los vidrios. Parecía que había una familia de zorrinos viviendo atrás… Al final lo terminó vendiendo por mucho menos de lo que valía, y eso que se había gastado un dineral en cambiar las alfombras y el tapizado del asiento, así y todo, todavía seguía teniendo olor".

Rafa hizo un poco de memoria en silencio y recordó que por lo menos dos veces había encontrado el auto de su mamá con la puerta mal cerrada y sin llave. Entendió que lo que pasó con el Patoncito no fue un hecho aislado, más bien era producto de alguna especie de patología que tenía su madre para con los rodados. Se prometió a sí mismo hacer todo lo posible para que Elena no tenga que volver a tocar el *Jeep* y que siempre comprobaría las puertas y ventanas del *147* en busca de desaciertos. Le puso de nombre "síndrome de magia automovilística" a la enfermedad que sufría su madre.

Terminaron de almorzar y levantaron la mesa. El sol pegaba fuerte y la temperatura era alta, pero estaba mitigada por un viejo y enorme ventilador de pie gris que pasaba todo el año cerca de la mesa para espantar moscas.

Rafa, por pedido de su abuela, acercó una silla hasta la bacha de la cocina donde Irene sería instruida para ejecutar una correcta limpieza, lavado y secado de platos. Algo que ya era hora de

que aprenda según sus estándares de cultura indispensable para una fémina.

Aprovechando esta situación, más el cuasi ensordecedor ruido del ventilador, Rafa se retiró en silencio a la habitación principal de la casa, donde, en la mesa de luz, estaba el teléfono para tener una conversación en privado con Gisela.

Se sacó las *Converse* negras que tenía puestas, se recostó en la cama de su abuela, se puso el teléfono arriba de la panza, chequeó su agenda, descolgó el tubo, lo puso en su oreja y marcó el 22719.

Escuchó tres veces el sonido de tono y alguien atendió.

—Hola— Dijo la voz ronca de una señora

—Hola, ¿Esta Gisela?

—¿De parte de quién?

—Rafael.

—Un momentito— seguido de un golpe.

Rafa apretó el auricular contra su oreja, con la mano libre se tapó la otra oreja y contuvo la respiración para tratar de escuchar lo que estaba pasando del otro lado de la línea. Fueron cuarenta y cinco segundos de un completo silencio, hasta que alguien manipuló el tubo. Él intuyó que estaban tratando de tapar el micrófono del otro lado y se escuchó la voz de Gi diciendo, en secreto:

—Andá para allá… Déjame hablar tranquila… Dale, mamá—

Y, por detrás, a lo lejos, la risa de una cuarentona fumadora.

—Hola, Rafa.

—Buenas.

—¿Qué hacías?

—Nada, estoy acá con mi abuela y la molesta de mi hermana ¿Vos?

—Estamos por ir a un vivero con mi mamá.

—¿A esta hora?

—Sí, más pesada esta vieja. Hacen noventa mil grados de calor y quiere ir ya. Aparte asumió que soy su chofer con disponibilidad 24hs.

—Y… no vayas

—No, después no me va a prestar el auto.

—Claro, está bien… ¿Hacemos algo más tarde?

—Dale, termino con las plantas y te llamo.

—No sé si voy a estar en mi casa ¿A qué hora van a volver?

—Y yo calculo que en un par de horas ya estamos de horas ya estamos de vuelta ¡Ay, no!

—¿Qué pasa?

—Me olvidé que hoy viene mi prima y Marcela a casa.

—Uh.

—Sí, habíamos quedado que venían para que hagamos un collage gigante con fotos de Cae para el cuarto de Laura.

—¿Cae? Por Dios—, dijo Rafa con dolor en sus palabras.

—Lo sé, pero bueno… Sobre gustos…

—¿Y a la noche?

—Mmmm… Creo que no.

—¿Por?

—Y es que no sé a qué hora se irán las chicas y quiero hacer buena letra para el viernes.

—Claro, claro.

—Nos podemos ver mañana un rato a la tarde y el viernes a la noche seguro.

—Bueno, dale… Hablando de eso ¿Tienen planes para Navidad?

—No hay nada en concreto.

—Estamos iguales. Hablá hoy con las chicas y yo hago lo mismo con los demás y vamos viendo que se arma.

—Dale. Entonces nos vemos mañana.

—Dale. Te llamo mañana.

—Dale, besos.

—Besos.

Rafa colgó el teléfono con un dedo sin sacarse el tubo de la oreja y sin cambiar de posición marcó el número de Claudio, que era uno de los pocos que sabía de memoria.

El teléfono sonó una vez y al instante contestaron del otro lado —Residencia Ruiz ¿Quién habla? — Con voz impostada.

—¿Qué te haces el heredero Fortabat? ¡Gil!

—Hola, pájaro, cómo me extrañas ¿no? No hacen nada que nos vimos y ya me estás llamando.

—Pará un poco, trolo. Che, ¿vas a estar en tu casa?

—Sí.

—Voy para ahí. Estoy en lo de mi abuela.

—Dale, venite, pajarraco.

—En cinco caigo.

—Copiado, copiado. Cambio y fuera.

—Cambio y fuera.

Rafa colgó, dejó el teléfono en su lugar, se sentó en la cama. Se puso las zapatillas y el teléfono sonó. Pensó antes de atender “Seguro quiere que le compre puchos, puta madre”.

Estiró la mano y atendió: —¿Te quedaste sin cigarrillos, cara de verga?

—¿Cómo? —, contestó una voz femenina y chillona del otro lado

—¿Quién habla? —, preguntó Rafa

—Ah, bueno… Ya ni siquiera me reconocés la voz.

—¿Nadia? —. Hacía un tiempo que se veía con ella. Nadia. No tenían nada formal, pero se le había hecho costumbre pasar un rato por las tardes juntos.

—Sí, salame.

—¿De dónde sacaste este número?

—Me lo acaba de dar tu mamá. Llamé a tu casa y me dijo que llame acá.

—Ahora entiendo.

—¿Ahora entendés? ¡Qué bueno! ¿Sabés que yo no entiendo? ¡¿Por qué carajo estás desaparecido?!

—Pará un cachito. ¿En serio me estás haciendo este planteo?

—¿¡En serio me estás haciendo este planteo!? — Repitió Nadia con voz burlona tratando de imitarlo.

—La verdad que no estoy para chiquilinadas.

—Decile eso a tus actitudes.

—¿En qué habíamos quedado vos y yo? Porque si no entendí mal cuando hablamos, hace cuatro meses, quedamos en que esto no iba a ser algo serio.

—Sí, pero eso no te da derecho a esfumarte de un día para el otro.

—Ah, ¿no? ¿A mí no, pero a vos sí?

—Mirá, Rafael no quiero discutir eso ahora. Te llamaba para ver cuando nos vemos.

—No sé.

—¿¡Cómo que no sé!? Vos estás con alguien más, ¿no?

—Nadia, no puedo seguir hablando. Mi abuela necesita el teléfono.

—No no no. Contéstame, tarado, estás con alguien, ¿sí o no?

Rafa alejó el tubo del teléfono de su oreja unos centímetros, miró a la nada y, cuidando al milímetro el volumen de voz para que parezca que estaba hablando con alguien más, pero a la vez que las personas que estaban en la cocina no entiendan sus palabras, dijo: —Ya cuelgo, abuela, un segundo.

Volvió el teléfono a su oreja y continuó con Nadia —Tengo que colgar, petisa. Después te llamo y hablamos bien.

—Me llamás hoy, o venís. Y más te vale que lo hagas—.

Colgó sin despedirse.

Él hizo lo mismo y se dispuso a terminar de atar las *Converse* cuando apareció Aurelie por la puerta.

—¿Me llamaste, papito?

—No, abue, estaba hablando por teléfono con Claudio.

—Me pareció escuchar que decías abuela.

—No. Estaba hablando con él y ahora me voy un ratito hasta su casa.

La señora entrada en años había escuchado muy bien las palabras de su nieto y emprendió su camino hasta el cuarto, despacio y con sigilo, para tratar de entender por qué estaba poniendo esa excusa a la persona del otro lado de la línea. Cuando llegó y se dio cuenta que había hecho todos esos metros en vano, simplemente se hizo la tonta, se dio media vuelta y volvió a la cocina.

Rafa terminó de acomodar su vestimenta y fue hasta la puerta que daba a la calle. Girando el picaporte para abrirla avisó que volvería en un rato. Su abuela, que estaba dejándose ganar por Irene en una partida de “quita montón”, con un juego de naipes, incompleto y amarillento, que parecía que tenían medio siglo, le contestó que vaya por la sombra.

Salió caminando y se dispuso a dar la vuelta a la manzana rumbo a lo de Claudio. Esa parte del barrio lo llevaba a su niñez. Se acordó de la primera vez que anduvo en bici sin las manos, cuando un vecino le confiscó, a él y a sus amiguitos, las hondas por causar disturbios, y la vez que acertó con una bombucha enorme, la espalda de Gabriela. Días sencillos y sin preocupaciones. Sintió un poco de nostalgia en esos 150 metros que separaban una puerta de la otra.

Al llegar a lo de Claudio no tocó la puerta, entró como si fuera su casa y ahí estaba el pájaro, sentado en el sillón, justo al frente de la entrada, viendo la tv. Con una mano en el teléfono inalámbrico y la otra el control remoto. Tenía la mirada fija en la caja boba.

—Vení, sentate pájaro… sentate.

Rafa dio un paso adelante, cerró la puerta a su espalda y le preguntó:

—¿Qué ves?

—Están pasando un resumen de todos los ganadores de *Feliz Domingo*.

—¿Otra vez con lo mismo, Claudio?

—Shhh cállate y sentate. Seguro aparecemos.

—Pero, boludo, deben ser los de este año. No vamos a salir.

—No seas lechuza, haceme el favor.

Rafa se sentó resignado en el sillón de cuero marrón brillante y sonoro. Apoyó su codo derecho sobre su rodilla, se tapó la cara con la mano en señal de resignación y le dijo:

—No fue tu culpa, hermano. Terminá con este tema.

—Quedaban dos llaves, pájaro, dos llaves ¿Te acordás de lo que dijo Soldán?

Rafa inspiró por la nariz, exhaló por la boca y le contestó:

—…Que teníamos el 50% de probabilidades de ganar…

—Metí la mano en la urna, agarré una llave y, antes de sacar la mano, la tiré y agarré la otra.

—Es un juego de azar, eso le puede pasar a cualquiera.

—Por un segundo tuve el viaje a Bariloche. Pero tenía que cambiar a último momento.

—Fuera de joda, Claudio, ya basta. Además, mirale el lado positivo, antes de eso estabas culo y calzón con Tenaza, yendo al casino casi todos los días.

—Pero fue muy duro perder así pájaro, era el viaje para todos. Y volver al barrio y que todos me traten de queso. Más duro todavía.

—Me cansaste, boludo —Rafa se levantó del sillón, apagó la tele desde el botón que estaba en el aparato (así Claudio no podía volver a prenderlo desde el control) se dio vuelta, miró a su amigo, cabeceó para el costado y le dijo:

—Vamos afuera a fumar un pucho.

—Pará, sigamos viendo.

—Dejá de joder y vamos afuera.

Los pájaros salieron a la tranquilidad del barrio en las primeras horas de la tarde. Se sentaron en el cordón de la vereda, donde la sombra del naranjo de la entrada los tapaba del potente sol, mientras que un grupo de niños de 7 años, jugaban un partido de fútbol en la vereda del frente con una pelota *Pulpo* rayada bordó y blanca.

Rafa sacó su paquete de cigarrillos, se puso uno en la boca, le dio uno a Claudio y se acordó que había dejado el encendedor en el *Jeep*.

—No tengo fuego—, le comunicó al amigo pájaro y éste, negando con la cabeza, se levantó, fue hasta su cocina, agarró una caja *Fragata* enorme, volvió a sentarse en el mismo lugar y, mientras Rafa estaba hipnotizado por la elegancia de uno de los pequeños para la gambeta, raspó un fósforo y encendió su *Marlboro*.

Cuando Rafa escuchó ese específico sonido, se dio vuelta y mirándolo le preguntó:

—¿Te das cuenta que sos un croto?

—¿Y qué querés, boludo? ¿Que tenga un *Magiclick* de oro en la cocina?

—No, con un encendedor como la gente para sacar a la calle me alcanza.

—Agarrá, prendé y dejá de quejarte.

Rafa lo hizo y, detrás de soltar el humo, le contó la charla que había tenido con Nadia.

—¡Qué quilombo se te va a armar, pájaro! —, expresó Claudio sonriendo.

—Justamente eso es lo que no quiero.

—Y, bueno, anda mañana y decile que cortan.

—¿Cómo la voy a cortar si no tenemos nada?

—Con ese punto de vista tampoco tenés nada con Gisela.

—Pero quiero tenerlo.

—Se me está cayendo un ídolo ¿En serio querés ponerte de novio, pedazo de putazo?

—No, no sé si de novio con todas las letras—, mintió.

—¿Entonces?

—Pasa que Gisela es distinta.

—Te estás enamorando como un boludo.

—Campeón. Estás hablando con el Rafa, tu amigo pájaro, yo no me enamoro. Pero sí me gustaría tener algo más que un “andamos”. Y otra cosa, Nadia es jodida.

—Con más razón, sea lo que sea que tenés con la petisa, tenés que terminarlo — le aconsejó

Claudio, mientras veía un brillo particular en los ojos de su amigo que le vaticinaba el fin de la era del pájaro.

—¿Y cómo hago? ¿Le digo que conocí a alguien más? ¿Le digo que hasta aquí llegamos? ¿Le escribo una carta? ¿O sigo, así como vengo y que se dé cuenta sola? —

Se quedó pensativo unos segundos.

—Nuestras elecciones deben ser producto de profundas meditaciones.

—No me vengas con frases de ese viejo boludo.

—Mirá, Rafa, ese viejo puede haber sido un montón de cosas, pero no era ningún boludo.

—Tenés razón… Che, cambiando de tema. Te hago una pregunta.

—Decime.

—¿Vos sabías que Laura es fanática de Cae?

—¿Laura? ¿Mi Laura?

—La misma.

—¿Cómo va a ser fanática de ese? Dejá de hablar cagadas.

Los pájaros se quedaron un largo rato sentados viendo el partido, hasta que uno de los arqueros increpó a su propio defensor luego de que el gambeta le convirtiera su noveno gol. Entonces intervino el capitán, del otro equipo, para que se calmaran las aguas y continuara el encuentro deportivo. Acción que sólo incitó a que lo insultaran de arriba abajo y esto provocó una batalla campal entre los dos equipos que duró lo que tardaron los pájaros en levantarse y cruzar la vereda para separarlos y detener la hecatombe.

9 VHS

Está acostado en la cama mirando el brillante techo de machimbre barnizado de su habitación. Hace diez minutos se despertó y, según su *Casio*, son las 11:43 a.m. A medida que se fue despabilando, Rafa se dio cuenta de que la casa estaba más tranquila de lo normal. No se escuchaba ningún ruido, ni la radio, ni la tv. Ninguna voz, ninguna risa y menos un llanto. Tampoco había ruidos de utensilios en la cocina y no se asomaba ningún aroma de comida. Eso le daba indicios de que algo estaba fuera de lo normal.

Tardó cinco minutos más en reaccionar. Se levantó y, vestido tan solo con sus calzoncillos celestes, fue a investigar qué sucedía. A medida que sus pies descalzos tocaban cada uno de los escalones brillantes, pulcros y fríos, la ansiedad se empezó a hacer presente. Nunca su casa estaba tan tranquila y tanto silencio lo incomodaba. Había empezado a retumbar en su cabeza una pregunta "¿Qué mierda pasa?".

Llegó al pasillo y pasó por la habitación de Irene, miró para adentro y estaba vacía. Había un montón de juguetes tirados en el piso, eso era normal, pero la vio más desordenada de lo habitual. Siguió caminando y pasó por la habitación de Elena. Se sujetó del marco de la puerta y metió medio dorso desnudo para ver si había alguien fuera de su campo de visión. El cuarto también estaba vacío.

Fue hasta el baño. La puerta estaba abierta y la luz apagada. Siguió caminando y llegó a la cocina. Todo estaba en orden y limpio, parecía que nadie había estado en un largo tiempo. Se dijo a sí mismo "La puta madre ¿Dónde están todos?". Apurando un poco más el paso, fue al living y, confirmando sus sospechas, no había nadie. Ahí cayó en cuenta que ni siquiera había escuchado algún que otro ladrido del perro.

Desorientado, corrió hasta el patio y se dio con que estaba vacío como toda la casa. Rafa no entendía nada. Se dispuso a ponerse ropa para poder salir a la calle en busca de alguien que pudiera ayudarlo a develar tamaño misterio y se fue camino a su habitación, corriendo.

Cuando volvió a pasar por la cocina a toda velocidad, vio de reojo que había un papel manuscrito debajo del imán de Pinamar en la puerta de la heladera. Frenó en seco, lo agarró y leyó que decía:

"Nos fuimos a preparar las cosas para mañana, tenés media tarta en la heladera. No sé a qué hora volvemos.

P/D: Encarnación se llevó a Balboa para ver si lo puede cruzar con su perrita, andá a buscarlo antes de que sea haga de noche"

Una sonrisa gigante apareció en la cara de Rafa. No sólo se había resuelto el enigma del nido en silencio, sino que además estaba frente a un acontecimiento único en la historia. Estaba solo en casa por primera vez en su vida.

Con la nota en la mano y, sin sacarle la vista de encima, se dio vuelta, dio un paso adelante y se golpeó el dedo chiquito del pie izquierdo con una de las patas de una silla de la cocina. Su sonrisa se transformó en una mueca silenciosa de dolor intenso y desgarrador. Soltó el papel que cayó al suelo y con las dos manos se sostuvo el pie golpeado.

Cuando el sufrimiento pasó un poco, y volvió a estar en condiciones, abrió la heladera y sacó la bandeja redonda con la tarta. La cortó en dos pedazos gigantes y se los comió como si fueran

porciones de pizza, parado, con la puerta de la heladera abierta, sin tomar ni un sorbo de líquido y pensando cuáles eran las opciones para hacer en ese rato solitario.
Tiró la bandeja llena de migas en la bacha, subió a su habitación y le dio play a un viejo casete que estaba puesto permanente en el equipo de música. Antes de que saliera algo por los parlantes, en un movimiento rápido, giró la gran perilla metálica de volumen, provocando que por los parlantes se escuchara con fuerza a Queen ejecutando "*I Want To Break Free*".
Apenas empezó la canción, agarró un paraguas que juntaba polvo en una esquina de la habitación, y cantó como si fuera Freddie Mercury en Live Aid, aunque por momentos su performance mutaba y el paraguas pasaba de micrófono a aspiradora.
Dio la casualidad que pasó caminando por la calle Don Chicho, el marido de Normita, que iba rumbo al canchita de fútbol a buscar a dos de sus nietos, y lo vio por la ventana en calzoncillos bailando y cantando. Se detuvo a observar el espectáculo, para, en un futuro, hacerle saber que había estado ese día entre el público del recital imaginario.
Esa tarde también hubo interpretaciones de Ah ha, Journey, para finalmente terminar bailando la coreografía de *Dirty Dancing* con una invisible Jennifer Grey.
Después de tanto ejercicio cardiovascular, el Frontman quedó exhausto y con las plantas de los pies negras. Se tiró en la cama y sin darse cuenta se durmió. Siesta que fue detenida a media hora de su comienzo cuando su reloj hizo el pitido de hora en punto a las 13:00. Un poco molesto con la interrupción del sueño, con los ojos entreabiertos, desactivó esa opción y volvió a cerrarlos intentando volver a dormir. No lo consiguió.
Buscó una toalla y fue directo al baño. Llenó la bañera con agua tibia y se metió a leer una revista, *El Cazador*, que la había comprado hacía unas semanas y nunca encontró el momento para disfrutarla. Además de gustarle ese tipo de humor bien argentino, el lenguaje informal que no se encontraba en otro lugar y la buena cantidad de malas palabras e insultos que tenía en cada página, Rafa admiraba los dibujos de ese cómic y se quedaba un buen rato apreciando detenidamente cada mínimo detalle.
Cuando bajó la temperatura del agua, los dedos se le arrugaron y la revista se terminó. Sacó el tapón de la bañera color rosa con el dedo gordo, se secó a medias y se dispuso a salir del baño. No sin antes tener un pequeño resbalón en la puerta, pero gracias a sus reflejos no pasó a mayores.
Vestido tan solo con su toalla alrededor de la cintura, cruzó todo el living hasta la mesita con el teléfono, llamó a Gisela y, para su suerte, esta vez, atendió ella.
—Hola—, dijo, esperando escuchar la voz de Rafa del otro lado. Había estado pendiente del teléfono ese día, y, gracias a eso, ofició de operadora de dos llamadas para su mamá.
—Hola, Gi.
—¿Quién habla? —, preguntó haciéndose la tonta
—Rafael.
—Ah, hola, Rafa, no te reconocí.
—¿Qué hacías?
—Nada, acá. Aburrida y vos.
—Yo, solo en mi casa ¿Terminaron la sonsera de Cae ayer?
—¡Sí! Quedó pipí cucú. Para mí, le faltaban algunas fotos más, pero ya no teníamos de dónde recortar. Después fuimos hasta lo de mi prima y lo colgamos.
—Sí, claro, me imagino de lindo—, dijo Rafa en un tono sarcástico.
—No seas malo.
—Bueno, escúchame ¿Nos vemos hoy?

—Dale ¿Cuál es el plan?
—No sé, está algo nublado ¿Querés venir a ver una película?
—¿A tu casa? —, contestó Gisela levantando las cejas del otro lado de la línea.
—Sí.
Hubo un silencio de tres segundos donde las dos cabezas, de los dos interlocutores, que estaban pegadas a los dos tubos de los dos teléfonos, pasaron de estado de reposo a ebullición de neuronas, a la vez que sus cuerpos sufrían una sublevación hormonal.
Ella se sonrojó y le contestó con un tono serio:
—Es solo ver una película, ¿verdad?
Ahora él se sonrojó y le contestó:
—Sí, claro, sólo eso.
Otra vez silencio hasta que ella dijo:
—OK. Pero tenés que venir a buscarme porque no tengo en qué ir.
Quedaron en que él la buscaba por su casa, le pidió que le volviera a dar su dirección y ella se la pasó nuevamente. Rafa la anotó con una lapicera imaginaria en un papel imaginario que estaba justo enfrente de él. Se despidieron y colgaron.
Rafa, al volver sobre sus pasos, vio el camino de huellas de agua que había desde el baño hasta el teléfono. Se secó los pies, fue a su habitación, se vistió con una remera blanca, un jardinero de jean (que sólo abrochó uno de los tirantes) y su bandana. Bajó, secó el baño y todo lo que había mojado. Lavó la bandeja de la tarta, barrió esa parte de la cocina que tenía migas. Volvió a su habitación, tendió la cama, dejó en el canasto la ropa sucia que había tirada en el piso, bajó nuevamente hasta el living, desconectó la videocasetera Grundig, la instaló en la tv de su habitación y se fue a buscar a Gisela.
Ella vivía en el centro, en la parte más densa y gris, de la ciudad. Al ser el día previo a la Noche Buena, el tránsito estaba más trabado de lo normal para ser un jueves a la tarde. Pero Rafa tuvo suerte y consiguió estacionamiento justo enfrente del edificio de Gi. Lugarcito donde entraba muy apretado el *Jeep*.
46 maniobras sin dirección hidráulica después y un par de toques a los paragolpes, Rafa giró la llave para apagar el motor y, sentado en el asiento, bajó todo ese ruido urbano, inhalando el humo que tiraba un colectivo subiendo pasajeros unos metros más adelante y mirando a la puerta de entrada de vidrio impoluto. Empezó a esbozar un gesto de sufrimiento. Se había olvidado el piso y la letra del departamento.
Bajó, caminó los diez metros que lo separaban de la puerta y fue a mirar si en el portero estaban los nombres de las personas que vivían en cada departamento. Apenas vio todos los botones dorados de bronce (que no tenían nombre, sólo letras de la A a la D y números de pisos) se dio cuenta de que no sabía el apellido de Gisela y también que, aun sabiéndolo, seguramente sería el del padre y lo más lógico sería que esté el de la madre. Con un pesado caminar, volvió hasta el Patoncito, mientras buscaba con la mirada algún teléfono público con el cual llamar a Gisela para advertir su llegada.
Mientras sus ojos estaban ocupados en eso, escuchó un silbido corto pero potente. Lo ignoró y siguió con lo suyo. Unos segundos después lo volvió a escuchar, pero esta vez fue un silbido doble. Eso lo distrajo un poco.
—Qué molesto el albañil silbador—, murmuró para sí mismo y siguió con la búsqueda. Enseguida fueron tres silbidos con el último más largo de lo normal.
Eso le dio la pauta de que estaban tratando de llamar su atención, así que empezó a buscar al tipo que lo chiflaba. Y por instinto miró para arriba donde la vio a Gi saliendo de la ventana del

cuarto piso, con los ojos chinos de felicidad y una mano en la boca. Hicieron contacto visual, ella silbó cortito una vez más a propósito y le gritó:
— ¡Ya bajo! —, estirando la o del final con tono gauchesco y se desapareció para adentro de la ventana. A Rafa se le dibujó una sonrisita y se sentó en su *Jeep* a esperar a que salga.
Ella cruzó la gran puerta del edificio, dio un salto y se sentó en el lado del acompañante. Le miró la cabeza a Rafa y le dijo:
— ¡Qué bueno que volvió la bandana! — Le agarró la cara con fuerza por los cachetes, y le encajó un pico ruidoso a la velocidad de luz. A él se le llenó de brillo los ojos.
—¿Vamos? — Preguntó Gisela.
—Sí, pero mejor caminemos. Es un quilombo el tráfico.
—¿Hasta tu casa?
—No, boluda. Hasta el videoclub. Mi mamá es socia de uno que está aquí cerca. Elegimos la peli, volvemos al *Jeep* y nos vamos.
—Dale, así, de paso, veo dónde es, para hacerme socia también.
Con el caminar relajado, de la mano, entre las multitudes de personas que iban y venían por las estrechas veredas, estresadas por la histeria navideña generalizada. En una esquina del caos, estaba un señor con un palo en el hombro que tenía algodón de azúcar rosado y manzanas acarameladas. Compraron un algodón y lo fueron compartiendo por la calle riéndose del enchastre que Rafa se hacía en las manos al comerlo.
También vieron a una nena con su madre cerca del cordón cuneta con una caja a los pies que tenía cuatro gatitos negros de unas ocho semanas. Los estaban regalando porque no tenían espacio en su casa para más mascotas. Gi se agachó y se puso a acariciarlos, mientras todos maullaban a la vez, le preguntó a la nena sí estaban vacunados. La madre respondió que sí, pero que no tenía los certificados. Gi, a pesar de estar muy entusiasmada con adoptar alguno, le agradeció a la niña y siguió caminando. Rafa, un poco confundido, le preguntó por qué no se llevaba uno y ella le contestó que hacía no mucho tiempo había adoptado a Caramelo en similares condiciones y cometió el error de confiar, sin ver el certificado de vacunación. A las dos semanas, el felino murió por rinotraqueitis.
Pasaron por la puerta de la iglesia donde estaba parada una señora muy viejita, encorvada, apoyada en un viejo bastón, con un pañuelo en la cabeza y ropa muy gastada. Tenía un tarrito de metal en la mano y pedía limosna. Gisela se adelantó y le dio todas las monedas que tenía en el bolsillo del vaquero, haciendo mucho ruido de laterío. La señora le agradeció con un *Dios te bendiga, mamita*.
Una cuadra más adelante, doblando la esquina, se pararon a ver a un imitador de Michael Jackson que tenía un maltratado, austero y algo sucio, traje blanco. Estaba bailando Jam con unos toscos pasos. Era como si no hubiera tenido mucho tiempo para aprender la coreografía, además de no ser el bailarín más agraciado. Pero se notaba en su rostro la pasión con la que lo hacía y su sudor lo acreditaba. Esta vez fue Rafa el que dejó monedas en el sombrero de Michael, que estaba en el suelo.
—Dicen que va a volver—, le comentó a Gi.
—Seguro ¿Viste la cantidad de gente que lo fue a ver?
—La próxima no me lo pierdo. Voy sí o sí.
—Yo tampoco.
—Vamos sí o sí.
Siguieron caminando abrazados, él rodeaba el cuello con su brazo derecho y ella le tomaba la mano a la altura del hombro y guardaba la otra en el bolsillo trasero de él. Pasearon un poco más

y llegaron al videoclub.
Entraron al local, había sólo tres clientes dentro, repartidos por las estanterías, y, al fondo, detrás del mostrador, sentado en un taburete leyendo una revista, un chico con lentes y mucho acné. Apenas los vio entrar, levantó la voz y les dijo:
–Cierren la puerta, por favor, está el aire acondicionado prendido. Gracias.
Rafa le hizo caso y ahí notó la temperatura ártica y el artificial perfume de vainilla del ambiente. Se pusieron a deambular por los anaqueles, caminando sobre la mullida alfombra azul que cubría todo el suelo, y mirando portadas. Él le preguntó qué género prefería, ella le respondió:
—Cualquiera, menos de terror.
—¿En serio no te gustan las de miedo?
—No, no las puedo ni ver y después sueño cosas raras.
—Qué maricona… Yo venía pensando que podíamos ver *IT*.
—No, ni en pedo.
—Bueno, busquemos otra cosa.
—¡Ya sé qué podemos hacer! —, dijo ella muy exaltada.
—¿Qué? —, le contestó Rafa concentradísimo, analizando la portada minimalista de *Batman*.
—Elijamos tres películas cada uno y después debatimos cuál vemos.
—Dale.
—Nos encontramos en el mostrador en cinco minutos.
—Pará, es muy poco tiempo.
—Bueno… en diez. Listos… ¡Ya!
Cada uno se fue por su lado y, bajo el frío invernal, empezaron con la selección. Rafa pasó por la parte de películas infantiles y sólo miró de reojo las cajas vacías para irse rápidamente a la siguiente, no quería quedar como un inmaduro eligiendo alguna para todo público, así que apeló al lado adulto de su ser y fue a la estantería de “Drama”. La primera que tomó fue “*Danza con Lobos*” no le entusiasmaba mucho verla, pero había escuchado a su mamá decir que era muy buena y alguna vez leyó en el diario una buena crítica, así que, le pareció prudente para presentar. Después de marearse la vista con tantas opciones, sus ojos se detuvieron en “*Misery*”, leyó la contratapa y pensó que tal vez sería descalificada por estar muy cerca de la línea del terror, así que la dejó en su lugar y le llamó la atención la que estaba justo al lado, se llamaba “*La sociedad de los poetas muertos*” y, en la tapa, un grupo de chicos llevaba a Robin Williams en andas, le sonó sobrio el título, leyó la sinopsis y pensó “*Un profesor que inspira a sus alumnos a emprender la búsqueda de sus pasiones individuales con métodos no convencionales… Parece sofisticada*” la añadió a su selección. Después dio la vuelta y pensó “*Una historia de amor podría funcionar*” así que fue a la sección de “Románticas”, además así agregaba algo de variedad. Casi por inercia eligió “*Mujer bonita*”, pero al tenerla en la mano y revisar la portada, optó por descartarla por parecerle muy pochoclera y fue por “*Ghost, la sombra del amor*” ya sabía de qué se trataba y estaba seguro de que a Gi le encantaría, aunque su masculinidad se sentía un poco amenazada con esa elección, hizo caso omiso y se la llevó.
Orgulloso, levantó la vista para ver dónde estaba Gi y la encontró esperándolo acodada en el mostrador con sus tres películas bajo el brazo. Se acercó y le dijo:
—A ver, mostrarme qué elegiste.
—No, vos primero.
—No, vos.
—Fue tu idea venir, así que empezás vos.
Rafa accedió ante ese argumento y acomodó prolijamente sus tres películas en un costado de la

mesa de atención al cliente. Dijo los títulos en voz alta con un tono impostado, mientras las señalaba a cada una con el índice.
Ella lo miró muy seria y le dijo:
—Son un bodrio todas.
Él le preguntó —¿Cómo?
—Malísimas.
Rafa agarró *Danza con lobos*, y sosteniéndola, argumentó:
—Esta ganó dos premios *Óscar*.
—Dura 18 horas, Rafael… Y la de los poetas ya la vi, de verdad te digo, me aburrió.
—Ok ¿Y ésta? —, dijo señalando a *Ghost*
—Descansá en paz y dejá de atormentarla a tu novia, viejo.
—¿Y vos qué trajiste? Señorita crítica de cine.
Ella tiró a la mesa sus tres elegidas diciendo:
—*Las tortugas ninjas* de carne y hueso, *Volver al futuro 3* y *Robocop 2*.
Rafa, después de suspirar, contestó:
—No puedo competir contra eso.
Terminando esa frase se acercó el muchacho de lentes desde el otro lado y los interrumpió diciendo:
—Chicos, ¿necesitan alguna recomendación?
Ambos lo miraron y contestaron:
—No— al unísono
—Es que los veo hablando y con tantas cajas que parecen indecisos.
Rafa miró a Gisela y levantó *Volver al futuro*. Ella asintió una vez, sonriendo y guiñando un ojo. Él volvió la mirada al chico de lentes y le dijo:
—Nos llevamos ésta— mientras le daba la caja.
El empleado la agarró, memorizó el número de serie que tenía escrito en un papelito blanco, mal pegado y torcido, arriba de la pierna de Marty Mcfly, y apilando el resto de las cajas les dijo de memoria y con desgano.
—Recuerden que tiene que devolver la película rebobinada. Si no traen la película rebobinada o no la traen dentro de las próximas 24 horas, se le aplicará un extra de 1 peso en su próximo alquiler. Mañana solamente estaremos abiertos hasta las 19:00.
La pareja salió del local con un estuche genérico negro para vhs, la copia de una copia de la película adentro y un panfleto con los requisitos para hacerte socio. Llegaron al Patoncito y treinta ocho maniobras después, se pusieron en camino.
En el *Jeep*, Rafa le contaba a Gi que el extra de 1 peso nunca te lo cobraban y que él siempre devolvía las películas como corresponde pero que jamás se las daban con la cinta rebobinada. Ella, que tenía la caja en sus manos, la abrió para comprobarlo y, como había dicho, toda la cinta estaba del lado derecho. Rafa muy atento al camino, movió rápidamente los ojos y también se dio cuenta de eso.
—Son unos hijos de mil puta—, dijo al darse cuenta que otra vez iba a tener que perder tiempo antes de poder verla.
—Tenés que fijarte apenas te den el casete.
—No, me voy a cambiar de videoclub. Y te recomiendo que no te hagas socia. Además, nunca traen películas nuevas.
Rafa no había terminado de renegar con los servicios del videoclub cuando vio, en las nubes que tenían en el cielo de frente, dos relámpagos y al segundo se escuchó un trueno fuertísimo. Casi

instantáneamente una tormenta de verano empezó a caer en la ciudad.
Los limpiaparabrisas del Patoncito eran inexistentes, eso hacía que Rafa tenga que aminorar la marcha y sacar la cabeza por fuera del campo de visión del vidrio. Práctica que ya tenía muy estudiada. 20 cuadras a 20 kilómetros por hora, bajo una torrencial lluvia, mientras que el techo de lona descansaba resguardado del agua en el cuartito del fondo de la casa.
Ante tamaño diluvio, Gisela, gritaba levantando los brazos al cielo, con la cara hacia arriba y los ojos cerrados por las gotas que le pegaban "¡Amo la lluvia!" en contraste con toda la gente que corría de un lado a otro buscando refugiarse bajo los techos de los locales o la entrada de alguna galería comercial. Empapados llegaron a la casa, se bajaron corriendo pisando charcos, tentados y a carcajadas entraron a la casa.
Rafa le pidió a Gisela que se saque las zapatillas y que lo esperara en la cocina. Él también se descalzó y fue a buscar dos toallas. Volvió, la envolvió con una y la abrazó. La sintió temblar un poco por el frío. Se miraron y él, con la otra toalla, empezó a secarle la cara suavemente con las dos manos, después el cuello, el pecho y se la puso por encima del pelo y le secó la cabeza haciendo que sus rulos tomen mucho volumen. Él, mirando esa maraña gigante, sonrió, ella también lo hizo, con los ojos cerrados.
—Secate bien— le dijo mientras la apretaba un poquito más.
—¿Y vos? — le preguntó ella.
—Ahora busco una para mí.
Subieron a su cuarto. Ella lo había imaginado tal cual como lo estaba viendo, aunque esperaba un poco más de desorden.
—Sentate en el sillón— le dijo Rafa.
—Esperá, que hay que rebobinar esto.
Mientras él buscaba en su ropero, ella se agachó en cuclillas, prendió la videocasetera, metió el casete y apretó el botón con dos flechitas apuntando a la izquierda. Desde esa posición, lo miró y lo vio de espaldas, sacándose la bandana mojada. Se levantó y lo fue a buscar.
Lo agarró del hombro, lo dio vuelta y lo besó calurosamente. Ella dejó caer las toallas que la envolvían y le desabrochó el jardinero sin separarse de su boca, le sacó la remera y él hizo lo mismo con ella. Volvieron a besarse, se abrazaron y sintieron por primera vez la piel del otro en la de uno. Gisela ya no temblaba. Él, con sus dos manos, intentaba desabrocharle el corpiño sin éxito. Ella se hizo cargo del asunto y dejó que él se lo sacara. Se abrazaron y siguieron besándose. Ella lo sentía cada vez más. Rafa, sin sacar en ningún momento la lengua de adentro de su boca, empezó a llevarla hasta su cama. Ella, con las pulsaciones cada vez más rápidas, se movía a su ritmo y cuando sintió el colchón con la parte posterior de las rodillas se dejó caer hacia atrás. Él se subió entre sus piernas y siguieron besándose. Con su mano derecha le acariciaba los senos y se sostenía con la izquierda, mientras que ella intentaba bajarle el pantalón. Dejó de tocarla y la ayudó. El jardinero quedó en sus rodillas y ahora él con las dos manos le desabrocho el botón del vaquero, mientras ella se encargaba del cierre. Él se separó de su boca y fue hasta su cuello besándola, bajó hasta los senos y siguió por su vientre. Ella se relajó, cerró los ojos y se propuso disfrutarlo. Él a la altura del ombligo, con una mano a cada lado del pantalón de Gi, tiraba hacia abajo con suavidad. Ella levantó la cintura para ayudarlo y fue entonces cuando escucharon la puerta del living abrirse.
Ella le pegó tres chirlos rápidos y nerviosos en la espalda. Él dijo:
—Mi vieja.
—La puta madre, boludo.
—Tranquila que nunca sube.

—¿Rafael? — gritó desde abajo Elena
—Acá estoy, mamá—, le contestó con la voz temblorosa, mientras se paraba y acomodaba el jardinero
El grito llegó al pabellón auditivo externo de Elena, entró por el conducto, retumbó en la membrana timpánica, hizo vibrar el martillo, el yunque, el estribo, llegando a hacer ondas en el líquido interior de la cóclea para transformarlos en impulsos eléctricos que fueron a dar directamente a la intuición de madre que le hizo imaginar exactamente lo que estaba pasando en el piso de arriba de su casa.
—Enseguida subo— le advirtió enojada, mientras escuchaba talones descalzos apurados, yendo de un lado para el otro, en el piso de arriba. Ella dejó las bolsas del súper en la mesa de la cocina, y se dispuso a ordenar toda la compra, así le daba tiempo de ponerse presentable a esa tal "Gi" con la que habla por teléfono su hijo y que seguramente estaba arriba con él.
Irene salió corriendo para el pasillo y su mamá la agarró del brazo antes de que salga de la cocina, bajó hasta la altura de sus ojos y le dijo
—Ni se te ocurra subir a la pieza de tu hermano.
—Voy al baño mamá—. Le contestó y siguió su camino.
Elena acomodó la mercadería y, cuando dejó la última lata de palmitos en la alacena, se quedó en silencio unos segundos para tratar de escuchar qué pasaba arriba. Todo estaba tranquilo, entonces se dispuso a subir pisando más fuerte de lo normal cada escalón, a propósito.
En la pantalla de la tv estaba el Doc. incrédulo, al borde de un ataque diciéndole a Marty "¡No puedes ser tú! ¡Te acabo de enviar de regreso al futuro!", en castellano neutro, cuando Elena cruzó la puerta.
—Hola, má.
—Hola—, dijo, acercándose al sillón donde estaban ambos jóvenes, vestidos y sentados mirando la película. Hizo una revisión ocular rápida y se quedó tranquila de encontrar la situación más serena de lo que esperaba.
—Hola— dijo invadida por la timidez Gisela, mientras se levantaba para saludar.
—Mamá, Gisela, Gisela, mi mamá— las presentó formalmente Rafa. Se dieron un beso en la mejilla y, a pesar del tornado de nervios que tenía Gi por dentro, pudo percibir en la piel de Elena el mismo perfume que tenía Rafa. Eso le pareció raro.
—Hola, linda, un gusto— dijo Elena con una sonrisa algo falsa.
—El gusto es mío—, contestó, mientras se sentaba de nuevo.
—Hija, mirá cómo tenés los pelos ¿Está de moda usarlo así o te pasó algo?
—Bueno… Nos agarró la lluvia cuando veníamos para acá y usted vio cómo se llevan los rulos con la humedad.
—Sí, veo cómo se ponen después de mojarse— Giró la mirada a la tele con las manos en la cintura y preguntó:
—¿Qué ven?
—Es *Volver al futuro*—, contestó Rafa, tratando de parecer concentrado en la pantalla.
—Pero ya la viste.
—Es la tres, mamá.
—No sabía que había tantas. ¿Te quedas a cenar, Gisela?
—No puedo señora, gracias. Tengo que volver a mi casa. La próxima.
—La próxima— Cambió de dirección su mirada hacia su hijo —Y vos ¿Lo fuiste a buscar a Balboa?
—Uh, me cagué olvidando— dijo con sentimiento verdadero.

—No te hago cagar porque está Gisela sentada al lado tuyo, pero no te das una idea las ganas que tengo de llenarte la cara de sopapos. Ya mismo lo vas a buscar, y más tarde, vos y yo vamos a hablar—, dijo con rabia y señalando a su primogénito con el índice.
Cuando terminó la frase se dio vuelta y se fue.
—Qué vergüenza, la puta madre — Susurró Gi apenas desapareció Darth Vader de la habitación, mientras se agarraba el matorral que tenía en la cabeza.
—Me dijo que volvía más tarde—, aclaró Rafa con el mismo tono.
—Y vos me dijiste que tenías la casa sola, imbécil.
—Tenés razón… Te pido perdón.
—¿Se habrá dado cuenta?
—No creo.
—Te voy a matar.
—Tranquila, no pasa nada… Acompañame a buscar al perro.
—Yo no bajo nunca más.
—¿Qué? ¿Te vas a quedar a vivir acá acaso?
Tardó quince minutos más en convencerla y que tome valor. Él iba por delante y ella por detrás bajando las escaleras, llegaron al pasillo y Gisela fue interceptada por Irene cuando pasaba por delante de su puerta. Corriendo le abrazó las piernas, miró hacia arriba y le preguntó:
—¿Vos sos Gi?
—Sí— Contestó sorprendida
—¡Ya sabía! — Gritó Irene y volvió corriendo a meterse en su habitación.
—No le des bola a esta pendeja, está totalmente loca— Le recomendó Rafa sin darse la vuelta.
Buscó la correa para el perro y salieron. Caminaron dos cuadras hasta la casa de Encarnación, tocaron las palmas, se abrió la puerta y salió el cocker corriendo, moviendo la cola feliz de ver a su mejor amigo. Se le paró en dos patas, desesperado y chillando un poco. Por detrás salió Encarnación.
—Justo la estaba por llamar a tu mamá para que lo vengan a buscar.
—¿Cómo se portó?
—Muy bien, pero no hubo suerte.
—¿No?
—Se quedó sin hacer nada, y mirá que la perra lo perseguía y lo perseguía, pero, nada.
—Qué lastima, doña Encarnación.
—No se cruzó nunca ¿no?
—No.
—Debe ser por eso, es inexperto. En ese caso lo mejor sería buscar un lugar neutral, que no sea territorio ni del perro, ni de la perra y que estén ahí un buen rato.
—Entiendo, dejarlos en otro espacio.
—Sí. También es fundamental que nadie intervenga, que sigan su instinto. Ellos saben qué tienen que hacer y cómo se hace.
—Claro. Será la próxima, entonces.
—Mandale cariños a tu madre.
—Se los mando— Dijo mientras le ponía la correa a Balboa que ya se estaba toreando con un grupo de caschis que pasaban por la esquina.

10 Renacer del Fénix

—Tuviste mucha mala suerte, bolo.
—Casi se me da. Estuve a punto, pajarito.
—¿Y qué pasó después?
—Y nada, la llevé a su casa. Volví y mi vieja me estaba esperando. Me ametralló a preguntas, después me dio una incómoda clase magistral de educación sexual y enfermedades, me cagó a pedos y terminé de ver la película.
—¿Empezás vos o yo?
—Dale vos.
—Tenés que buscar el momento.
—El problema no es el momento, el problema es el lugar.
—¿Y un telo?
—Puede ser, pero lo más probable es que no quiera ir y tampoco me animo a proponérselo.
—Lisas.
—Otra opción sería en su casa. Pero no tengo ni idea si se podrá.
—Ahí te arriesgás a que pase lo mismo
—Sí, sí. Un lugar neutral tiene que ser.
—¿Y en el Patoncito no?
—No se reclinan los asientos… Ah, pero en el auto de ella sí.
—Y bueno, ahí está
—Aunque pensándolo, podría llegar a ser un quemo si no vamos a un buen lugar.
—Tendrían que irse a la loma del traste, al campo.
—Al campo… Boludo es esa, un campamento.
—Sí, nadie les va a cortar el mambo.
—Consigo una carpa y nos mandamos en el *Jeep*.
—Yo tengo una que te puede servir, es para cuatro.
—Sos un copado, pajarito.
—Tendrías que conseguirte un par de bolsas de dormir. Te toca… ¿Dónde pasás la Nochebuena?
—Acá, en el centro, en la casa de mis abuelos. Con ellos y mi mamá. Lo de siempre.
—¿Y tu otra abuela?
—También viene la viejita. ¿Vos dónde pasás?
—En mi casa, con la flia y unos amigos de mis viejos. Asado, chori, vinito.
—Hermoso… Convencelo a tu viejo para que construya, de una buena vez, la parrilla.
—Mi vieja se cansó de decírselo, pero es un indio, le encanta hacerlo en el piso.
—Siempre que veo “Rompe Pepe”, cuando cae a hacer el asado justo en la puerta de la casa, me acuerdo de él.
—Sí, tal cual. Qué hijo de puta que es ese Leo, no entiendo cómo no lo cagaron a piñas todavía.
—Y, seguramente alguna vez se le habrá venido la noche, pero no lo van a pasar al aire.
—Che, y, hablando de noche, ¿cuál es el plan para hoy?
—Después de las doce nos juntamos en un descampado cerca de lo de Marcela. Teóricamente, va todo el mundo para ahí.
—¿Me buscás?
—Obvio, pajarito… Pero, la puta madre.

—Dos tiritos para papá
—¿Y vos, cómo vas con Laura?
—Está complicada la situación. Después de lo de esa noche, la busco y la busco, pero me esquiva.
—Estás como la novia del Balboa.
—Sí. Me estoy por volver loco.
—Y, bueno, pajarito, si esa es la situación, no te queda otra que hacer como Jordan, retirarte con lo ganado y en tu mejor momento.
—Es fácil decirlo.
—No es tan difícil hacerlo, hermano.
—Rafa, ya hablamos mil veces de todo lo que me pasa con la mina. Y un día, gracias a Dios y a la Virgen Desatanudos, me da un poquito bola, transamos, dormimos en la misma cama esa noche, al otro día nos despertamos, cada uno se va a su casa y a partir de ahí, se vuelve más seca que tostada sin mermelada. La voy a buscar y nunca está, la llamo por teléfono, hablamos un toque y me sale con algún domingo siete y tiene que colgar, la invito a hacer algo y me corta el rostro. Más pasa el tiempo y más me parte la cabeza. En mi situación, todo es difícil.
—A ver si yo entiendo bien lo que me estás contando, en la fiesta de Marcela, cuando todos nos fuimos después de que llegó la policía…
—Sí.
—Vos te quedas solo con Laura en una habitación…
—Sí.
—Durmieron en la misma cama…
—Sí.
—¿Solamente durmieron?
—Sí.
—Ah… bueno… no cabe duda que sos el tipo más marmota que conocí en mi vida.
—Nos besamos un rato mientras estábamos acostados, pero después nos dormimos.
—Ahí está el problema, cabeza de poronga.
—La respeté.
—¿Y no se te ocurrió que, tal vez, por esas casualidades de la vida, ella no quería que la respeten esa noche?
—¿Y cómo se supone que iba a saberlo?
—Se encierran en una habitación, se acuestan en la misma cama, se besan ¿Y ni siquiera lo intentaste?
—No… Soy un pelotudo.
—Probablemente el más grande de todos.
—Debe creer que soy puto.
—No sé si lo creerá, pero de que lo sos, lo sos.
—Boludo, está todo mal.
—Hiciste todo mal.
—Y lo peor es que debe creer que soy trolo y que todavía no me di cuenta.
—Ya te estás yendo un poco al carajo, pajarito.
—La cagué.
—Sí. Pero podemos solucionarlo…
—¿Cómo?
—Haciéndote una rinoplastia.

—Pará, tarado, estoy hablando en serio ¿Qué te pasa?
—No te calentés, pajarraco, lo solucionamos poniendo en marcha la Misión Brigada Cola 2: El regreso del fénix.
—Soy todo oídos y dame un puchito de paso.
—Tomá… La verdad es que me está saliendo bastante caro tener de amigo a una chimenea que nunca tiene cigarros.
—Esta noche yo compro para los dos. Explicame lo de Laura y el fénix.
—Escuchame con atención. Ella sabe que hoy te va a ver en la juntada ¿Y qué es lo que va a esperar? Que te pongas denso con ella ¿Y qué es lo que va a pasar? Exactamente lo contrario. De entrada, no le vas a dar ni cinco de pelota, nada de nada, la saludás como a cualquier amiga y nada más. Eso ya la va a descolocar. Otra cosa, tenés que estar sonriente, alegre, amable, carismático, optimista, charlatán y sociable. Básicamente todas las características que no tenés tienen que aparecer
—Andá a cagar.
—Tenés que demostrar que sos un number one, hablando por aquí, riéndote por allá y sobre todo pasándola bien. Pero no se tiene que notar que estás actuando, tiene que ser natural. También es muy importante que te pongas tu mejor pilcha y, sobre todo, que estés muy perfumado. Cosa de que cuando te salude te sienta olorcito rico, olorcito ganador, olorcito seductor. Nada de olor a humo y chorizo.
—Tampoco ando como un ciruja.
—Varias veces que salimos parecías indigente.
—Bueno, disculpame Calvin Armani.
—Es Giorgio, gil de goma, Giorgio Armani. Lo estás mezclando con Calvin Klein… Pero no nos desviemos del tema, tenés que estar pituco y el desinterés de tu parte hacia ella tiene que ser inamovible toda la noche. Y tenés que ser fuerte, pajarito, porque una mirada, un contacto visual de un segundo en el momento menos indicado y el plan se cae.
—¡Qué difícil no mirarla con lo linda que es!
—El éxito depende de que todo salga al pie de la letra. Así que ponete las pilas, loco.
—¿Y después cómo sigue la estrategia?
—No hacés más nada.
—¿Cómo que nada?
—Absolutamente nada.
—No entiendo.
—Si sostenés esa actitud, y si la Virgen Desatanudos nos vuelve a dar una mano, ella va a ser la que se acerque a hablar con vos.
—Eso no va a pasar nunca.
—Escuchame, pelotudo, esta es la única bala que te queda en el cargador y tenés que usarla con precaución, así que no te pongás pesimista de entrada porque me las tomo. Cerrá el orto y oíme. Ella te va a buscar, no sé si será hoy, no sé si será mañana o algún día, pero hay grandes probabilidades de que eso pase ¿Por qué? Porque le estás quitando la atención que tenía, va a quedar el vacío, en el aire ¿Entendés? Vos, ella y todo el mundo, sabemos que toda la vida te gustó, siempre estuviste de oferta con un moño en la cabeza, arrastrándole el ala y esperando a que suceda el milagro. Y, por supuesto, cuando sucedió, te volviste el tipo más obsesivo del planeta, peor que Pepe Le Pew. Pero todo eso un día cambio *¿Cómo puede ser que ya no le interese si siempre le gusté?* Es lo que va a pensar y cuando eso pase va a necesitar validarlo y vos le vas a decir que no, que el pajarito que ella destruyó, renació como el potente fénix que es

ahora. Y ahí es cuando se vuelve loca y lo único que va a tener en la cabeza es a Claudio María Ruiz. Es ese el momento en el que ella se va acercar.
—Y ahí es cuando me la transo de nuevo.
—No, pedazo de neandertal. Si vos accedés a la primera que te tira, terminás invalidando todo lo que venís generando. No se va a acercar para casarse con vos, lo va a hacer para comprobar que seguís gustando de ella, que te sigue teniendo atado y para demostrar que por más de que todos vean un pájaro inmortal, al que nada le importa y que no necesita a nadie para volar con sus alas de fuego, en realidad por dentro es un pichón de canario que recién rompió el cascarón y está implorando que le regurgiten algo para no morirse de hambre.
—Ok ¿Y cuando se supone que vuelvo a estar con ella?
—Lamentablemente no tengo la respuesta a esa pregunta.
—¿Te das cuenta que sos un pelotudo que sólo habla boludeces?
—Disculpame, pero la primera misión Brigada Cola fue un éxito rotundo, que la hayas cagado al final, es otra cosa. Entonces no digás que hablo boludeces porque bien que mis estrategias te funcionan.
—No le doy bola para que me dé bola, y cuando me dé bola, no puedo darle bola porque deja de darme bola ¿Te das cuenta que no tiene sentido?
—Sí, ya sé, suena raro y no te puedo decir cuándo dejar de hacerlo. Pero sé que, si a la primera caés, ya no sirve. En cambio, si te busca y no te encuentra, la tortilla se da vuelta automáticamente. Y ella va a empezar a esforzarse para tener tu atención. Va a llamarte y tenés que salir con un domingo 7. Va a ir a tu casa, pero no vas a estar. Te va a invitar a hacer algo, y le vas a cortar el rostro.
—Podría llegar a funcionar este plan, pero es muy difícil lo que me estás pidiendo.
—¿Y qué más podés hacer, Claudio? ¿Seguir llamándola todos los días hasta que ya no te atiendan? ¿Ir a buscarla todo el tiempo hasta que no te abran la puerta nunca más? ¿Decirle, a la fuerza, todo lo que la amás y que te gustaría estar con ella para siempre y que te rechace? ¿Esconderte detrás de un árbol hasta que salga de su casa, ir de prepo a pedirle explicaciones, que te meta una cachetada, que vuelva gritando a su casa, que el padre le pregunte qué le pasa, le cuente, que el viejo se cague de odio, salga con un escobillón y te lo parta en la espalda?
—Puedo intentar darle celos.
—Primero: eso no funciona, te lo digo por experiencia. Segundo: nadie te da bola.
—Entonces, no me queda otra que el regreso del fénix.
—¡Ese es mi pajarraco, carajo!
—Pero todavía me queda algo en el tintero. Si actúo como un dandy y mañana no pasa nada con Laura, nos vemos otro día y sigo como un campeón, y otro día pasa, y otro, y otro y sostengo la estrategia a rajatabla a lo largo del tiempo ¿Y resulta que nunca vuelve?
—Si vos lográs eso, Claudio, y mantenés ese cambio de actitud. Te aseguro que vas a empezar a tener tantas opciones que Laura va a desaparecer de tu cabeza… Metí la negra, que mamerto que soy.
—¡Vamos! Gané de nuevo.
—¿Jugamos otro partidito? ¿Hacemos la revancha?
—Queda una sola ficha. Pero no es de pool, es de arcade. Juguemos un Donkey Kong, un level cada uno ¿Te copa?
—Mejor la usemos en la Cascada a ver si ganamos un par más.
—Dale.

11 Cañita Voladora

La mesa grande del living estaba puesta con el mantel blanco para ocasiones especiales, los cubiertos y la vajilla de porcelana con bordes de oro acomodados según lo indican los protocolos de etiqueta; las enormes bandejas de plata para las comidas estaban armoniosamente dispuestas; varias copas de cristal tallado, aguardando a ser llenadas, reflejando el brillo punzante de las luces del gran árbol de navidad que se impone en el medio del salón, torcido por la excesiva cantidad de adornos y guirnaldas, y los regalos envueltos con papeles de colores distintos, descansando debajo, justo al lado del pesebre de madera tallada y pintado a mano.
El sonido de los villancicos en la radio inundaba todo el ambiente de clima navideño y fueron ahogados cuando la puerta de entrada golpeó contra la pared haciendo un fuerte ruido.
Mirta, que estaba sentada esperando a que llegue toda la familia, mientras divagaba en lo rápido que había pasado el año, se exaltó al oír el estruendo que interrumpió con la tranquilidad del gran living y dijo levantando la voz:
—¡Ay, hija!
—Perdón, mamá, se me escapó la puerta —, se justificó Elena mientras entraba.
—Hola, abuela—, saludó Irene por detrás de su mamá.
—Hola, mi amor, andá a ver qué te trajo Papá Noel, ahí está tu regalo. Es el que tiene el papel color rosa— le dijo a su nieta.
Irene le soltó la mano a su *Nenuco*, dejándolo en el suelo, y siguió a toda velocidad al pie del árbol en busca de su paquete color rosa.
—Mamá, eso era para más tarde—, le recriminó Elena.
—Dejala que lo abra ahora así se entretiene. ¿Y el chiquito?
—¿Chiquito? Ya no tiene nada de chiquito, no sabés lo que me hizo ayer. Ya viene, la fue a buscar a Aurelie.
—Bueno, después contame y no empieces a renegar tan temprano… Vos sabés que el melón que compramos estaba feo y tuve que mandar a comprar otro a la tarde.
—¿Y para qué compraste más? Somos seis gatos locos y mirá la cantidad de comida que hay.
—Es que vos viste de rompebolas que es Ricardo y cómo se pone si no hay melón con jamón.
—¿Y dónde está el papá?
—Fue a dejarle el pan dulce y la sidra a los empleados. Dame la bandeja que la dejo en la heladera.
—Dejá, ya la llevo yo a la cocina. Además, le tengo que poner salsa golf a los palmitos.
Apenas Elena dejó el living, la abuela se sentó en el sofá, por insistencia de Irene que quería mostrarle la *Barbie* médica que le había traído Papá Noel. Un rato después, la puerta del living se abrió volviendo a golpear la pared, exaltando a la abuela y nieta.
—¡Hola, abuelo! —, gritó la más chica de la familia desde el suelo, después de que se le pasara el susto.
—¡Hola, chancle! — Ricardo la abrazó, besó y se tiró con ella para preguntarle de dónde había sacado esa muñeca nueva.
Mientras su nieta se lo contaba y le mostraba, que además de inyecciones, también traía un estetoscopio, Elena volvió de la cocina y les pidió a todos que se vayan sentando a la mesa. Ricardo le lavó las manos a Irene y se sentaron en sus respectivos lugares designados desde hace más de 40 años. En ese momento otra vez la puerta se abrió de un golpe. Era Rafa con su abuela

del brazo.
—Mirta, fijate que debe haber alguna ventana abierta, que hace que corra viento y se abra la puerta así—, ordenó Ricardo a su esposa antes de pararse a saludar a la madre de su difunto yerno. —¿Cómo le va Aurelie? Tanto tiempo.
—Hola, Ricardo, la verdad que sí, los únicos momentos durante el año que nos vemos es el cumpleaños de alguno de los chicos o en las Fiestas—.
Tenía en la mano tres rosas de su jardín, a las cuales les había sacado cuidadosamente las espinas, para regalárselas a Mirta.
—No se hubiera molestado —dijo Mirta mientras admiraba las flores y después de negarse a investigar qué pasaba con la puerta, expresándole a Ricardo que levante el culo y fuera él mismo a fijarse, que para eso era el hombre de la casa.
Todos estuvieron sentados en la mesa a las 21:56. De entrada, había palmitos con jamón, vitel toné con alcaparras, canapés de paté, pionono y el capricho de Ricardo. De plato principal, lechón al horno con ciruelas, arrollado de pollo con ensalada rusa, lomo al champiñón y panchos aderezados solo con mostaza, para Irene. De postre ensalada de fruta, garrapiñada y turrón.
Todos tomaron vino tinto, menos los nietos, para ellos había *Coca-Cola*. A Rafa le daba vergüenza consumir alcohol frente a su familia, pese a que todos sabían que ya estaba iniciado ampliamente en el mundo etílico.
Las dos señoras mayores hablaron de lo caro que estaba todo y de las dificultades que traía el cambio monetario para las cuentas cotidianas del hogar. Elena aportó bastante a esa conversación, pero su charla principal fue con su padre tratando de convencerlo de que delegue la administración de la fábrica, se jubile y esté más tiempo en casa. Conversación que sólo obtuvo negativas y culminó con la frase “El ojo del amo engorda el ganado”. Irene por su parte no se dedicó a otra cosa más que a jugar en la mesa con su muñeca nueva, práctica que estaba prohibida en su casa, pero permitida en lo de los abuelos, y Rafa se aburrió gran parte de la cena, salvo cuando habló con su abuelo para que, algún día, le preste su coupé *Nissan 200 SX* roja, que había comprado hacía un par de meses.
—La podés manejar cuando quieras, pero conmigo de copiloto. Solo vos y mi auto ¡Jamás! —repetía después de cada —Dale, Richard, doy una vuelta y te lo devuelvo— de su nieto.
A su vez, tras cada redundante petición y respuesta, Mirta intervenía por lo bajo e imperativamente le recordaba a su marido que, si decidía algún día, dejarle el auto para que se vaya solo, recuerde sacar del interior la pequeña pistola semiautomática que tenía en el interior del rodado. Y, de paso, aprovechara para sacarse de la cabeza la creencia de que seguían viviendo en tiempos donde había que tomar la ley y la defensa por cuenta propia.
A las 23:47 Mirta subió el volumen de la radio para escuchar la cuenta regresiva. —Cinco, cuatro, tres, dos, uno ¡Feliz Navidad! — dijeron todos y brindaron con sidra. Después vinieron los abrazos y los besos, de los cuales el más sentido fue entre las abuelas. Aurelie echaba de menos a su hijo y ese sentimiento en las fiestas afloraba, Mirta entendía su dolor, por eso le dijo al oído la misma frase que le repetía todos los años —Tenemos dos nietos hermosos, señora, hay que seguir adelante por ellos— Los ojos de ambas se llenaron de lágrimas, pero ninguna rodó.
Elena sabía lo que pasaba por el corazón de su suegra, ella también sufría la ausencia, y para descontracturar el momento fue hasta el árbol y volvió con todos los regalos para entregarlos a cada uno.
Ricardo abrió su paquete y había un cuchillo grande, de acero inoxidable y mango negro que tenía sus iniciales grabadas en la hoja.
—¡Qué lindo!… para hacer el asadito.

En el de Aurelie una blusa de hilo color camel.
—Muy bonita, muchísimas gracias.
Para Mirta una cartera de cuero.
—Bárbaro, así cambio la que tengo, que es una vergüenza.
A Elena le tocó una agenda con cierre que incluía calendario, anotador, tarjetero, lapicera y calculadora.
—Una maravilla que tenga todo.
Y a Rafa una cámara de fotos Minolta 450E.
—¡Uh, buenísimo!
—A ver si la cuidamos un poquito más que a la anterior. Porque a Papá Noel le costó bastante carito tu regalo— le dijo Elena y continuó: —Ya tiene rollo y pila, leé el manual que tiene varias opciones para paisaje y días nublados. Y siempre guardala en su funda.
Rafa la inspeccionó detalladamente, buscó en el manual cómo activar y desactivar el flash, y, cuando comprendió cómo utilizarla, le pidió a Elena que posara para estrenar la cámara. Ella accedió, se paró con las manos en la espalda, sonrió al lente y, por detrás, se acercó Irene, con curiosidad, justo antes de que su hermano hiciera el click. Después se la colgó en el cuello con el largo cordón que tenía a uno de los lados.
—¡¿Quién quiere tirar cohetes?! — Gritó Ricardo, mientras revoleaba la llave del auto en el dedo.
—¡Yo! —, dijo levantando la mano Irene.
—¿Tenés cohetes, viejo? — le preguntó Mirta asombrada.
—Sí, los dejé en el baúl del auto.
—Papá, creo que es un poco peligroso dejar eso ahí—, opinó Elena.
—No pasa nada, también tiene un tanque de nafta y no por eso explota—, dijo Ricardo a la vez que salía a la calle acompañado de sus dos nietos.
A los dos minutos las viejas paredes y los vidrios de la casa estaban retumbando por las explosiones de petardos y baterías, mientras tomaban café las señoras y escuchaban con los ojos bien abiertos, la historia de cómo encontró Elena a su hijo con una tal Gisela en su habitación.
Charla que fue cortada cuando la puerta golpeó contra la pared y entró Ricardo con una cañita voladora al hombro que medía 1,50 metros de alto y el cartucho en la punta era un cilindro del tamaño de una botella de tres litros —Esto hay que clavarlo, que quede parado y ahí prenderlo— Le explicaba a Rafa, que lo escuchaba entusiasmado y eran seguidos por Irene haciendo círculos en el aire con una estrellita.
—¡¿De dónde sacaste eso?! —, preguntó incrédula Elena al ver semejante artefacto.
—Se lo compré a un boliviano en la terminal.
—¿Adentro de la casa vas a prender eso? — Le reprochó Mirta.
—Hace falta un espacio de tierra y en la vereda no hay. Nos vamos al patio.
Las mujeres se levantaron de la mesa y se unieron a la fila que marchaba hacia el fondo de la casa para ver el espectáculo en el cielo.
Ricardo le pidió ayuda a Rafa y juntos agarraron el palo de madera blanca y lo enterraron en vertical con mucha fuerza, en el medio de una parcela de césped de la casa, muy cerca de la prematura huerta de Mirta. Luego el abuelo le sacó la tapa protectora de la mecha que estaba por debajo e indicando a su familia que estén atentos, la encendió con el cigarrillo que fumaba, para después retirarse caminando hacia atrás.
La mecha ardió, se fue consumiendo y tirando pequeñas chispas al suelo, hasta que se metió al cilindro y un fuego moderado empezó a salir de él en dirección al suelo haciendo un fuerte

silbido. Al segundo la flama cambio de color naranja a un color blanquecino y su potencia se incrementó.
Todos estaban expectantes a que el gran artefacto vuele por los aires y explote en el cielo, mostrando un hermoso juego de luces. Pero cuando el fuego que salía pasó a ser de color azulado, aumentó exponencialmente y empezó a hacer un silbido extremadamente fuerte, daba la sensación de que había pasado más tiempo de lo normal sin que despegue. Ese fue el momento en el que todos, en ese gran patio, supieron que algo andaba mal.
El primero en reaccionar fue Rafa: —¡No va a volar, está muy enterrada!
—¡Todos métanse a la casa, rápido! —, dijo Ricardo.
—¡Qué pelotudos que son! —, gritó Elena mientras levantaba en brazos a Irene y corría para adentro.
La cañita voladora no tuvo la suficiente fuerza para despegar y una flor gigantesca de color rojo zafiro y chispas de fuego amarillo explotó en el patio a una escasa altura de un metro. Por suerte, todos llegaron a resguardarse dentro de la casa y, aunque entró un poco del fuego artificial por la puerta del patio y por una de las ventanas, nadie sufrió quemaduras. Lo único que se dañó fueron las paredes que quedaron manchadas con quemaduras de los perdigones explosivos, el césped que recibió todo el fuego del pomo y todas las plantas de la huerta quedaron estropeadas.
Además, el patio quedó lleno de humo blanco, espeso, que se colaba por todas las aberturas a la casa que, aparte de disminuir la visibilidad y afectar la respiración, impregnó todo lo que tenía tela de olor a pólvora quemada.
En medio de un ataque de tos y un poco sorda por la explosión Mirta dijo: —Ricardo, no parás de mandarte cagadas.
Rafa, con un ataque de risa, salió en su defensa: —Fue un pequeño error de cálculo, abuela.
—Salgan a la calle que aquí no se puede respirar—, contestó Mirta.
Todos salieron un poco ciegos por el tremendo estallido luminoso, mientras Mirta se sacrificaba y abría todas las puertas y ventanas de la casa para que se ventile (acción que sólo conseguía lo contrario y más humo entraba). Ricardo, al pasar por el living, rescató de la mesa una sidra y algunas copas. Rafa, por detrás, siguiéndolo en la densa niebla, logró apilar cinco sillas de plástico blancas del patio y se las llevó afuera.
Así terminaron todos sentados en la vereda, tomando sidra y, mientras Irene jugaba en el cordón con la *Barbie* ya despeinada, Mirta se aseguraba de que le quede bien en claro a su marido que a partir del día de la fecha estaban terminantemente prohibidos los fuegos artificiales, cañitas voladoras, petardos, baterías, bombas de estruendo y demás artilugios que contengan pólvora. Y se aseguró de que entienda que, de ser ignorada la nueva regla, él deberá irse a vivir a otro lugar.
Elena por su parte le reprochó la inconsciencia de comprar un artefacto tan grande y las altas probabilidades que hubo esa noche de que la casa se incendiara o que alguno de los presentes pierda un ojo o sufra quemaduras de cuarto grado.
Ricardo, copa en mano y media sonrisa clavada en el rostro, se limitaba a minimizar la situación tratando de exagerada la reacción de su esposa e hija, siendo apoyado incondicionalmente por su nieto.
Al tiempo a Aurelie le hizo efecto los 200 mililitros de bebidas alcohólicas que tomó a lo largo de la noche y empezó a quedarse dormida sentada. Entonces Rafa aprovechó la oportunidad y le preguntó si quería que la lleve a su casa, ella ya cansada de la trasnoche, le dijo que sí.
—La dejo y ya no vuelvo—, le advirtió a su mamá, que ya tenía a Irene durmiendo en la falda.
Se despidieron de todos con mucho afecto agradeciendo las presencias y se fueron en el Patoncito.

Una vez que el *Jeep* dio la vuelta en la esquina, Elena, subió a su hija dormida al asiento trasero del *147*, que estaba estacionado al frente, y con elegancia, comunicó que también se retiraría. No tenía sueño y tampoco era que le preocupaba demasiado la comodidad de su hija. Simplemente, tenía pactada una visita, discreta, de Luisito por su casa para desearse, uno a otro, una muy feliz Navidad.
Cuando Rafa llegó al barrio, ayudó a bajar a su abuela del *Jeep* y la acompañó hasta la puerta de su casa, se abrazaron, ella le dio la bendición y le quiso poner en la mano un billete de veinte pesos muy enrollado antes de que se vaya.
—No me des nada abuela— le dijo mientras ella insistía.
Después de que se cerró la puerta de entrada, Rafa encendió el motor y dio la vuelta a la manzana en busca de Claudio. Cuando estacionó en su casa, vio que la puerta estaba abierta de par en par y no se notaba movimiento adentro. Tocó la bocina, intentando emular la melodía de la cucaracha, y esperó, pero su amigo no aparecía. Volvió a tocar la misma melodía un momento más tarde, pero el resultado seguía siendo el mismo, nadie parecía percatarse de que él estaba afuera.
No tuvo más alternativa que bajarse e ir a buscarlo. Cuando cruzó el portal escuchó el grito de alegría —¡Hola, pájaro! — de Claudio, mientras se acercaba, desde el fondo, bailando al ritmo del punteo de la canción "*Tomaré para olvidar*" del Grupo Karicia que sonaba a todo volumen dentro de la casa.
Se dieron un abrazo, se desearon *feliz navidad* y Claudio lo llevó hasta el patio donde estaban todos los comensales en un tablón. Rafa saludó a cada una de las personas que estaban ahí. Brindó, con vino tinto y soda, bajo insistencia del padre de Claudio, y, finalmente, después de negarse a comer un choripán con chimichurri y lechuga, ambos pájaros desplegaron las alas a bordo de la nave y despegaron hacia el barrio de Marcela, cargados con dos botellas de fernet (auspiciadas por el minibar de la casa, bajo una decisión unilateral), una gran bolsa de cubitos de hielo (que fue construida con mucha paciencia por Claudio durante toda la tarde con las tres cubeteras que habitaban el congelador la heladera) y tres *Coca-Colas* de litro y medio (que habían sido llevadas a la reunión navideña por los invitados de la familia y fueron sustraídas con mesura del domicilio).
—Boludo, me decís a mí que tengo que estar cajetilla, que la ropa, que el perfume, que esto, que el otro, y vos tenés un olor a pólvora que voltea, flaco—, le recriminó Claudio mientras iban en el camino.
—Sí, es que tuvimos problemas técnicos con una cañita voladora.
—¿Hubo bajas? ¿Algún herido?
—Por suerte, no, pero la casa de mi abuelo quedó peor que Hiroshima… Me imagino que habrás comprado puchos, dame uno que no fumé en todo el día.
—No pude comprar, cuando me acordé ya era tarde y estaba todo cerrado.
—¿Te das cuenta que sos un reverendo hijo de mil puta?
—Tranquilo, pescao, no me interrumpas. Como estaba todo cerrado, y sabía que si no conseguía te ibas a poner como la mariquita que sos, le afané a mi viejo un par de paquetes. Tomá. — le sacó una mano del volante, le puso uno en la palma y se la cerró solemnemente.
Rafa la abrió y exclamó: —¿En serio, Claudio? *¿43/70*?
—Y bueno, son los que fuma él.
—Haceme acordar que nunca jamás en la vida vuelva a confiar en vos para los puchos— Pidió ese favor, mientras soltaba el volante, manejaba con una rodilla y con las dos manos palpaba buscando, sin éxito, la tirilla que abría el papel transparente del envoltorio.

Llegaron al lugar descampado. Ya había varios autos estacionados en el pasto, con las luces apagadas. De una camioneta salía a todo volumen "*Selva*" de la Portuaria. La gente bailaba en grupos bajo la oscuridad de la noche. Sorprendía la cantidad de personas, se suponía que era Navidad y que no muchos saldrían. Pero los pronósticos fueron erróneos.
—Che, parece que esto está bueno—, comentó Rafa mientras aminoraba la marcha y buscaba lugar para estacionar entre la oscuridad.
—Sí, bolo… ¿Ese no es el auto de Gisela?
—Creo que sí—. Se estacionó justo al lado y se bajaron.
Gi los vio, se separó de su grupo y fue corriendo hasta Rafa, cuando lo tuvo cerca se sujetó con ambas manos de sus hombros, saltó enredándose en su cintura con las piernas y lo abrazó. Él la sostuvo por los glúteos con las manos y se dieron un gran beso.
—No firmen cheques en frente de los pobres—, les recomendó Claudio al verlos tan enredados, ambos sonrieron mientras se besaban y se detuvieron. Gi se descolgó después de desearse una *feliz navidad*, saludó a Claudio y los tres se unieron al grupo.
En la ronda eran quince, los de siempre más algún que otro invitado nuevo. Algunos bailaban, otros se movían un poco al ritmo de la música y otros simplemente charlaban.
—Pajarito, ahí está Laura, no me hagas calentar y hacé las cosas como hablamos—, dijo Rafa muy cerca del oído a Claudio. Él sabía que necesitaba ser alentado.
—Tranquilo, está todo bien—, le contestó muy seguro.
—¡Hola, amigo! —, gritó Laura desde el otro lado de la ronda interrumpiendo su cercana charla.
—Hola, feliz navidad, amiga—, le deseó mientras se abrazaban.
Previamente, Laura le dijo a Marcela en voz baja: —Quedate conmigo, ya cayó el pesado—, pero para su sorpresa, y contra todos los pronósticos femeninos, Claudio no se acercó a ellas de primera. Saludó a todos antes y dejó para el último a su Laura y, cuando llegó el momento de desearse *feliz navidad*, se limitó a acercar la mejilla a la de ella en silencio, sin decir ni una palabra ni darle un beso amistoso. Su única intención era que oliera la fragancia del *One Man Show*. Logró su cometido y, cuando recibió su felicitación, no contestó y se dio vuelta para dirigirse a su consejero.
—Che, Rafa, armemos unos tragos ¡Ya mismo! — Obteniendo la total y completa afirmación de su pájaro amigo, que observaba con orgullo cómo procedía ese fénix radiante.
Ambos volvieron sus pasos al *Jeep* y cayeron en cuenta de que no tenían vasos.
—No te la puedo creer, boludo—, se lamentó Claudio.
—Esto lo solucionamos en dos minutos, pajarito—, lo tranquilizó Rafa y se puso a revolver las cosas que había en la caja del Patoncito y continuó: —Ayudame a buscar una botella vacía, seguro hay alguna por aquí.
Claudio le hizo caso y, entre tantas cosas, encontró una soga. Sosteniéndola le recomendó: —Podrías limpiar un poco este chiquero, inmundo de mierda.
—Dejá eso ahí, que es mi nuevo artilugio para arriar bebidas espirituosas… ¡Acá está! -, gritó Rafa al encontrar la botella de *Sprite* vacía que habían tomado días atrás de camino a la calesita y siguió con su propósito.
—Alcanzame el *Tramontina* que está en la guantera.
El pájaro accedió a hacerle ese favor y se lo entregó en la mano preguntándole: —¿Por qué tenés un cuchillo acá?
—Lo guardo justamente para estos momentos, cuando se lo necesita— Cortó la botella a la mitad, después con su *Zippo* fue quemando el borde para sacarle el filo. Cuando terminó, lo exhibió con ambas manos en lo alto y exclamó:

—Ingeniería de punta. Yo ya fabriqué el cáliz, ahora vos armá el Fernando que lo hacés de rechupete—.
Le entregó el gran vaso recién manufacturado a Claudio y, mientras éste hacía de barman en la oscuridad, continuó: —Eso que hiciste recién con Laura es exactamente lo que tenés que hacer de ahora en más.
—¿Viste cómo se quedó? La dejé descolocada
—Sí, seguí así, pajarito.
—¿Qué tanto andan hablando ustedes dos? — Interrumpió, desde sus espaldas, Marcela.
—Estamos preparando un brebaje— Le contestó Claudio.
—Ah, es que no se ve un carajo. Pensé que le estaban sacando el cuero a alguien.
—Nada que ver, ahora nos unimos a la ronda—, dijo Rafa dándose vuelta con la intención de dirigirse a donde estaban todos sus amigos.
Su marcha fue detenida por Marcela que se interpuso y le preguntó: —¿Te compraste una cámara? —, mientras la señalaba.
—Me la trajo Papá Noel—, aclaró descolgándose el dispositivo para mostrarlo.
—Es la misma que yo tengo. Les saco una foto—, ofreció Marcela.
Los dos varones se pararon en medio de la oscuridad, miraron a la cámara, el botón hizo click, el flash los iluminó y quedaron inmortalizados en la película de formato 110.
La noche fue pasando y, entre risas y efusivas charlas, el nivel etílico en sangre de los presentes fue aumentando. Claudio siguió con su postura y cumplió a rajatabla todo lo aprendido en el partido de pool, eso le valió un encare y cuestionamiento de Laura en un momento de la noche tal como vaticinó el pájaro.
—¿Te pasa algo conmigo? ¿Estás enojado? —. Fueron las preguntas con que comenzó y que supo evadir, al mismo tiempo que se dio cuenta que iba por un buen camino. Festejó fervientemente por dentro.
En simultáneo, Rafa, que se había dado cuenta del planteo de Laura, le dio una mano a su amigo desde afuera poniendo "*Te recuerdo*" de Cae a todo volumen, en el estéreo del *Jeep*, y parado en el capot cantaba, con los brazos abiertos, para burlarse del fanatismo de ella y del collage.
Todos corearon y se rieron. Risa que se le cortó a Rafa cuando, al terminar la canción, Laura le devolvió la cortesía con la frase: —Me jodés a mí, pero bien que tenés la canción en el auto y te sabés la letra entera, hijo de mil.
Pasado el mini recital, Gi se alejó unos metros del grupo. Con las manos iluminadas por su enorme sonrisa, le hizo seña a Rafa apenas hicieron contacto visual, para que llegara hasta donde ella estaba. Él, de un salto, bajó del escenario volcando todo el fernet en el pasto. Ambos rieron cómplices y le pidió, con señas, que lo espere hasta que rellenaba el vaso.
Cumplido su cometido, después fue hasta donde ella estaba y le ofreció de la gran copa plástica reciclada advirtiéndole: —No tiene hielo, lo que quedaba en la bolsa se derritió—.
Ella la agarró con las dos manos y le dio dos tragos enormes sin sacarle la mirada de los ojos. Apartó el vaso del medio y se fueron acercando hasta que sus bocas se encontraron en la noche de verano. Bajo ese mar de estrellas, él pudo sentir su lengua algo rasposa, mientras se daba cuenta que el vendaval de sentimientos recorría su cuerpo, tal vez, predecían que habría encontrado a esa persona que los simples mortales describen como "la indicada". ¿Es ella? Se preguntó mientras seguían besándose. La abrazó más fuerte y la apretó contra su pecho ¿Esto es amar?
Mientras sus lenguas se reconocían y los brazos de uno se enredaban en el cuerpo del otro, ella apartó su boca, abrió los ojos, se encontró en su mirada y le confesó con temor: —Me estoy

enamorando— Esas tres palabras fueron suficientes para que las preguntas que retumbaban en su ser, tengan el agrado de ser correspondidas y en un ataque de sinceridad que iba en contra de todo lo que había entendido y predicado, le contestó:
—Creo que yo también— admirando el universo que había dentro de sus pupilas.
Volvieron a besarse poniéndole el sello a los sentimientos mutuos y pactando implícitamente que irían en la misma dirección. Se detuvieron sonrientes y contentos de haberse encontrado.
Se contemplaron el uno al otro sin decir nada por algunos minutos, ella volvió a tomar un trago y le ofreció la copa a él. Rafa asintió con la cabeza, pero no la dejó de abrazar. Ella le puso el borde de la botella en los labios y con cuidado la inclinó hasta que el líquido llegó a su boca. Tomó y lo agradeció.
—Amor, ¿te gusta mucho tirar cohetes, no? —, le preguntó Gisela a Rafa.
—Sí, más o menos ¿Por?
—Porque tenés mucho olor a petardo—, dijo mientras le acariciaba la nuca con la mano que tenía libre.
—Pasa que con mi abuelo intentamos prender una cañita voladora y todo salió mal.
—¿Qué pasó? ¿Tu abuelo se quemó?
—No, nadie se quemó, pero el patio de la casa parecía Nagasaki después de…— Por detrás de Rafa, una mano, agarró la de Gisela y la sacó violentamente de su nuca interrumpiendo la charla. Él se dio vuelta confundido, era Nadia.
—¿¡Así que con esta hija de puta me estás cagando!?
—Pará, petisa, tranquilizate— Él le contestó mostrándole las palmas de las manos.
—¿A quién le decís hija de puta?
—A vos, pelotuda— Gritó mientras estiraba el brazo y llegaba a agarrar parte de sus rulos.
Rafa se metió en el medio de las dos, agarró la muñeca de Nadia intentando que la suelte y, bajo los manotazos, buscó con la mirada a Claudio para que lo ayude. Hasta eso, Laura, que había visto todo, ya venía corriendo con la finalidad de defender a su prima agarrándola, a Nadia, por la espalda y del cuello. Intención que fue frenada por Marcela que sabía que no iba a parar la pelea, si no a ser parte activa de ella.
Gisela soltó el fernet y alcanzó con ambas manos los pelos de Nadia y las dos quedaron en igualdad de condiciones en la revuelta, mientras una catarata de insultos, malas palabras, agravios y calificativos desagradables, salían de la boca de ambas damiselas.
Varios desconocidos que estaban en el descampado, y algunos amigos que quedaban, se percataron del quilombo y fueron a separarlas. Eso derivó en un tumulto de gente, gritos y, por momentos, desconocimiento de cuál era el real problema producto de sub peleas que se iban formando y que no tenían nada que ver con Nadia y Gisela.
Al final lograron separarlas gracias a que Rafa levantó con el hombro, por la cintura, a Nadia y la alejó mientras cuatro chicos abrían cada dedo de las manos, para que se soltaran, a la vez que otros dos sostenían con fuerza a Gisela para que no se acercara a su contrincante.
Cuando estuvieron a treinta metros de distancia, Rafa bajó a Nadia de su hombro y la furia de ella se posicionó sobre él. Le metió una cachetada, seguida de un revés, al grito de “sos un malparido”. Él no hizo más que aguantar los golpes y procurar que no vuelva sobre Gi, que ya estaba de espaldas a ellos, muy nerviosa y siendo contenida por Laura, Marcela y tres desconocidos.
Los ánimos caldeados bajaron un poco de desniveles y fue entonces que Gisela vio cómo Rafa se había quedado con la intrusa y enana, que tenía por nombre Nadia en vez de estar con ella que, dos minutos atrás, era su verdadero amor. Al ver esa imagen se sintió la tercera en discordia y

dijo a sus amigas: —Chicas, yo me voy.
—Vamos—, le contestaron ambas y las tres se subieron al *Twingo*.
Del otro lado, Nadia vio cómo se iban y sintió alivio porque, por lo menos esa noche, Rafa no seguiría estando con la chirusa de rulos que se estaba metiendo en su relación. Fue entonces cuando los insultos hacia él se detuvieron y se fue en el sentido contrario dejándolo solo.
Rafa la siguió con la mirada hasta que se perdió en un grupo de gente que estaba más alejada y volvió la vista donde estaba el suyo para ver las luces traseras del *Twingo* celeste, yéndose a lo lejos. Corrió hasta el *Jeep*, quería alcanzarla y hablar con ella. Se subió lo más rápido que pudo, sacó la llave del pantalón y se le cayó entre los pies, tocó con las dos manos el piso hasta que la encontró, la puso en el arranque, la giró y no hubo rastro alguno de actividad en el sistema eléctrico. La batería había muerto y nunca más volvería. Golpeó el volante de madera con la mano izquierda, mientras seguía girando hacia un lado y hacia el otro la llave por reflejo.
De un salto Claudio se subió del lado del acompañante y preguntó desconcertado: —¿Qué pasó, boludo?
—¿Cómo qué pasó?
—Escuché cosas raras y vine corriendo.
—¿Cómo que viniste corriendo? ¿Dónde estabas Claudio?
—Me fui a mear a los árboles que están allá—. Señaló con el índice una arbolada a doscientos metros.
Rafa apoyó la frente sobre el volante y le contó lo sucedido a grandes rasgos. Ambos se lamentaron por todo, se bajaron del Patoncito y cuando el sol amenazaba con aparecer clareando el cielo, los pájaros, emprendieron caminando el largo viaje de vuelta al barrio.

12 Debajo del Agua

Cuarenta y dos grados de calor hacían ese mediodía. La costumbre de los últimos diecinueve años indicaba que el almuerzo de Navidad tenía que ser en la casa de los padres de Elena, pero al seguir habiendo rastros de aroma a cañita voladora con dificultades para el despegue, Mirta le pidió a su hija cambiar a último minuto la ubicación del encuentro. Eso les supuso algunos malabares a Ricardo y su esposa para llevar toda la comida que quedó de Nochebuena. Después de algunos pequeños derrames en el tapizado de cuero del auto nuevo, y su correspondiente limpieza con Blem, llegaron a la casa de Elena con el festín de porciones demás de la noche anterior y se sentaron a comer en la mesa grande los mismos comensales que la noche anterior.
—Hijo, ¿podés dejar de jugar con la comida? Ya tengo suficiente con tu hermana para que vos, a esta altura, empieces a hacer lo mismo.
—Perdón, má—, contestó Rafa dejando de hacer círculos con el tenedor en la salsa del vitel toné sin apartar su vista del plato.
Mirta miró a su hija, en silencio y disimuladamente, le hizo un gesto con los ojos insinuando que algo pasaba con el chico, Elena lo recibió y contestó, con el mismo lenguaje, que no sabía el porqué de esa actitud. Desdén que se prolongó hasta que llegó el café, entonces cabizbajo y desanimado, Rafa se retiró a su habitación sin pronunciar palabra.
—¿Qué le pasa? —. Fue la pregunta de Mirta a Elena, mientras preparaba un pan con manteca y azúcar para Irene.
—No sé. Anoche estaba de lo más bien y cuando volvió lo escuché que llamaba por teléfono, pero parece que nadie lo atendía.
—¿A qué hora estaba llamando por teléfono? — Indagó Mirta con cara de sorprendida.
—No sé, ya era de día.
—¿Cómo le permitís que llegue tan tarde a la casa? Toda la noche en la calle ¿No viste las ojeras que tiene?
—Mamá, no empieces a joder con esas cosas, ni a meterte en la crianza de mis hijos porque no tengo ganas de escuchar tus juicios de valor en esta época del año. Además, si se va con una botella de whisky, está bien, pero si está en la calle toda la noche, está mal… ¿Quién te entiende a vos?
—Ay, bueno, no te digo más nada…—contestó cansada Mirta y después de un prudente silencio volvió al tema principal. — ¿Se habrá peleado con la chica esa?
—Creería que sí, igualmente no le voy a preguntar, ni me voy a meter. Si se mandó alguna, que se la aguante—. Cambio la dirección de su mirada y apuntó su dedo índice hacia Irene— Y usted, señorita, más le vale que no ande contando al hermano lo que hablamos en esta mesa. Últimamente se está volviendo bien chismosa.
—¡Yo no soy chismosa! — Contestó indignada.
—Hacete la tonta —Volvió a cambiar de dirección — Y lo mismo va para vos papá.
—A mí no me metan en sus quilombos, viejo. Esos puteríos no me interesan —, contestó, inmutable, ante la acusación gratuita que sufrió de parte de su descendiente y continuó poniéndole más dulce al flan.
Elena sabía que su progenitor no filtraría nada, pero lo expresó a propósito para que lo escuche Aurelie, que estaba sentada a su izquierda. Elena no quiso dirigirse directamente a ella, ni siquiera mirarla. Pero, por sus antecedentes, era la más peligrosa en este tipo de cuestiones y por

donde era más probable que hubiera una fuga. Con eso, el mensaje se había entendido y había evitado volver a caer en viejas prácticas donde las discusiones y acusaciones entre ellas eran rutinarias.
—Y, no sé si se dieron cuenta, pero no está el *Jeep* afuera— Siguió Elena—Antes de que lleguen ustedes le pregunté qué pasó y me dijo que se le rompió, quedó tirado en la loma del culo y se tuvo que venir caminando con el Claudio.
—A mí me preguntó si mañana podía llevarlo a comprar una batería nueva —, mencionó Ricardo.
—Llevalo —, aprobó Elena y le aclaró: —Pero ni se te ocurra darle ni un peso. Tiene que aprender que tener un vehículo tiene su costo y más una carcacha como esa. Antes de comprárselo le dije "*Es un auto viejo, va a tener problemas, buscá otro*". Le entró por una oreja y le salió por la otra. Él quería andar con la melena al viento, haciéndose el banana por el centro. Bueno, ahí tenés la brisa de verano en el rostro… Así va a aprender.
Mientras tanto Rafa estaba recostado en su habitación, escuchaba las voces de la mesa e intuía que estaban haciendo referencia a su persona, pero no quiso concentrarse en escuchar la charla. En vez eso, pensaba en cómo solucionar las cosas con Gisela, mirando el techo mientras tiraba la pelota de tenis para arriba y la agarraba en el aire.
"¿A qué hora puta dejarán de sacarme el cuero y se irán todos?", se preguntaba con la intención de intentar hablar con ella por teléfono.
Esperó pacientemente a que la sobremesa terminara y tardó mucho más de lo que sus expectativas auguraban. Durante las cinco horas que estuvo exiliado en su habitación estuvo mirando a la nada y ensayando su discurso de explicaciones durante los primeros 30 minutos, luego se durmió dos horas, hasta que una carcajada en conjunto de toda su familia, inducida por el baile de Irene con dos abanicos rosas imitando a Loco Mía, le arrebató el sueño y se levantó.
Encendió la tv y conectó el *Family*. Eligió el *Mario Bros* e, intentado pasar el nivel debajo del agua, por el uso intensivo sin descanso, se fundió el transformador provocando un corte de luz en la casa. Rápidamente lo desenchufó, quemándose los dedos con el plástico negro a punto de derretirse y, en un solo movimiento, lo tiró debajo de su cama por si su mamá subía a investigar.
Mientras tanto, en la planta baja, Ricardo revisó la caja de los fusibles y le pidió a Elena que busque en algún lugar de la casa, un pedacito de cable para pelar y repararlos, así volvía la luz
—En esta época del año es común que salten los tapones, toda la red de la ciudad está saturada —, explicaba muy convencido Ricardo.
Luego de repararlos gracias a sus conocimientos de electricidad y tras una amplia difamación en conjunto hacia la presidencia, todo el gabinete, la gobernación, la intendencia, la privatización y las empresas prestadoras de servicios del país "Antes esto no pasaba", Ricardo se acercó a la escalera y le gritó a su nieto:
—Pendex, el lunes a la mañana, te busco para ir a comprar la batería—.
Rafa afirmó verbalmente, un tanto nervioso desde su sillón, pero más tranquilo por la vuelta de la corriente, y luego se despidieron a los gritos de una planta a la otra.
Todos los abuelos se fueron, Elena se puso a lavar los platos y la corte del romance ya llevaba cuatro minutos tratando los temas del día "La colonia de vacaciones es el lugar ideal para conseguir marido y descartarlo, antes del comienzo de clases y la vuelta inminente con Jorgito" y "Presentación de la nueva cortesana, la Dra. Barbitúricos".
Rafa esperó impaciente unos minutos más antes de bajar. Se aseguró de que no estuviera ninguna de las mujeres de la casa en el living y fue directo al teléfono. Marcó el número de la casa de Gisela y el tono se escuchó seis veces antes de que descolgara el tubo.

—Hola.
—¿Hola, Gi?
Un suspiro que decía implícitamente “Llegó la hora de hablar de esto” se escuchó por la línea antes de que Gisela preguntara —¿Qué querés, Rafael?
—Hablar con vos. Quiero explicarte algunas cosas.
—Me parece que todo quedó muy claro con lo de anoche.
—No quedó nada claro ¿Por qué te fuiste así?
—Rafael ¿Me estás cargando? Tu novia me quiso hacer cagar.
—No es mi novia.
—¿Vos me viste cara de pelotuda a mí?
—Te digo que no es mi novia, es más, casi ni la conozco —Dijo con un leve temblequeo en las palabras que delataban su mentira.
—Ah, ¿no? ¿Entonces, una chica desconocida me mechonea diciendo la frase “Así que con esta me estás cagando” gratuitamente? Y después de que me patotea te vas con ella porque, claro, en realidad ustedes no se conocen. Fue toda una confusión.
—En algún momento tuvimos algo, nada serio y fue hace mucho. Yo le dejé bien en claro que lo poco que teníamos se había terminado. No sé por qué reaccionó así. Y no me fui con ella, estaba frenándola para que no te vaya a buscar de nuevo.
Gisela exhaló otro suspiro y expresó con pesar en la voz —Mirá, Rafa, la verdad es que arruinaste todo y lo único que logran tus mentiras es que me arrepienta de haber atendido el teléfono. Si estabas con alguien, deberías habérmelo dicho desde un principio.
—Pero es que no estoy con ella, es difícil de explicarlo. Nos veamos y te cuento bien como…
Fue rápidamente interrumpido.
—Vos y yo no nos vamos a ver, Rafael. Tampoco necesito que me expliqués nada. Te repito, para mí anoche quedó todo claro y te voy a pedir que no vuelvas a llamar a mi casa.
Rafa escuchó esas palabras y cerró los ojos, apretando los párpados con fuerza, un milisegundo antes de sentir por el auricular cómo el tubo de Gisela cortaba el aire para terminar haciendo un ruido metálico y agudo al colgar. La comunicación se había terminado, y, con eso, el corazón de Rafa se agrietó. Provocando que, ahora él, lanzara un suspiro desde el alma.
Sus predicciones pesimistas se habían vuelto realidad, la relación con Gisela se terminó casi antes de empezar y él quedó enamorado y roto por dentro. Su sentimiento de desazón rápidamente cambió a enojo. Colgó con fuerza el tubo haciendo retumbar los plásticos en las paredes. Se dio vuelta y cruzó toda la casa con paso firme hasta subir a su habitación. Abrió la ventana y prendió un cigarrillo para fumarlo sentado en la cama. No se iba a tomar el trabajo de hacerlo cuidando que el humo salga. Ya no le importaba nada.
Su cabeza empezó a ir a mil por hora, no quería perder a Gisela, no podía perderla. Una lluvia de posibles acciones para tratar de cambiar su decisión empezó a atormentarse en su cabeza, se planteó ir caminando a su casa, pero no sabía qué departamento era. “¿Entonces qué? ¿Me quedo afuera como un enfermo hasta que salga? No. ¿Llamarla de nuevo y hablar con ella por teléfono sin poder explicar bien las cosas y que me vuelva a colgar? No. ¿Por qué carajo sos tan pelotudo, Rafael? Sabías que esto iba a pasar y que de una manera o de otra, ibas a terminar así”. Daba vueltas sobre las mismas ideas y no llegaba a ningún lugar.
Sin avisar a dónde iba, salió de su casa y caminó, con pasos rápidos, hasta la de Claudio esperando encontrarlo ahí. Cuando llegó, entró sin golpear.
— Te dije que algo tenías que hacer con Nadia. Sos muy pelotudo — Confirmó Claudio después de escuchar el relato de la llamada, mientras por orden indeclinable de su padre, levantaba las

cenizas del suelo que había dejado la parrilla.
—Claudio, no me suma que me digas cosas que ya sé.
—Bueno, pájaro, pero si estás buscando escuchar un consejo salvador, estás hablando con el menos indicado.
—Sólo necesito que me acerques hasta lo de Laura. Quiero ver si ella me puede dar una mano.
—Dame un momentito que termino con esta poronga y le pido las llaves del *Sierra* a mi viejo— Contestó Claudio golpeando dos veces, sin sentido alguno, las barras de la parrilla con una palita de hierro, haciendo volar cenizas por todo el patio.
Ambos pájaros despegaron en la nave bordó. En el camino, Rafa le recordó que tenía que seguir con la misma actitud con la que había estado el día anterior, cosa que Claudio dejó en claro que entendía a la perfección, pero que su intención era ayudarlo, y si eso implicaba hablar con Laura o pedirle un favor, él estaba dispuesto a descontarse unos puntos con tal de auxiliarlo.
Llegaron y ya era de noche. La madre de Laura los invitó a pasar cuando abrió la puerta, cosa que ambos se negaron y decidieron esperar afuera a que su hija saliera. Lo único que le faltaba a la situación de Rafa era que la tía del amor de su vida, escuchara "sin querer" la conversación y se enterara de toda la engorrosa situación.
Tardó un instante en llamar a Laura y cuando cruzó la puerta, le clavó la mirada a Rafa que estaba apoyado en el capot del auto. Mirada que mostraba odio y enojo.
—No me vengas a pedir nada a mí, porque sos un hijo de mil puta, boludo —Comenzó diciendo la señorita, antes de que alguno de los pájaros pudiera abrir el pico, y continuó: —No sabés la noche que le hiciste pasar a Gisela.
—Ya sé, amiga, no hace falta que…
—¿Amiga? Amiga será tu vieja— Dijo interrumpiéndolo indignada la prima de Gisela — Solamente salí a atenderlos porque está mi mamá en la casa. Si no, ni te dirijo la palabra, que es lo que te mereces.
—Bueno, pará un poco, Laura— Intervino Claudio.
—Vos no te metas porque tampoco tengo ganas de escucharte después de que me forreaste toda la noche —Le contestó y volvió con Rafa —Te portaste para el culo Rafael. Vos no te das una idea de todo lo que pasó Gisela este año. Y ahora venís y hacés esto para que lo cierre con broche de oro. —Bajó la mirada al suelo y, mirando el pavimento, con expresión de incredulidad, siguió diciendo —Te soy sincera, no te reconozco. ¿Y sabes qué? Me arrepiento de haberte hecho gancho con Gi —Se dio la vuelta y entró a su casa sin dar oportunidad a ningún tipo de diálogo.
No había más nada para hacer ese 25 de diciembre. Volvieron al barrio y Rafa recibió unas rústicas y muy improvisadas palabras de ánimo, cuando se bajó del *Ford*, que no tuvieron efecto alguno. Subió a su habitación, se recostó y se quedó dormido con la ropa puesta.

13 Señorita Sunshine

La puerta hizo un estruendo al abrirse y golpear contra la pared. Mirta, que estaba con una taza de té en la mesa, concentrada tejiendo un pulóver con lana roja y negra, saltó del susto.
—Esa puerta ya me tiene cansada —Dijo mientras veía a su nieto entrar al living.
—Hola, abuela.
—Hola, mi chiquito ¿Qué hacés tan temprano por acá?
—Me desperté y no pude volver a dormirme. ¿Qué hacías?
—Le estoy haciendo un bucito a tu hermana.
—Abuela, no sé si te diste cuenta, pero estamos en verano.
—Ya sé, pero me pidió que le teja uno rojo ¿Qué querés que haga?
—Dios mío… ¿Está el abuelo?
—Sí, arriba en la biblioteca. ¿En qué viniste?
—Caminando.
—¿Desde tu casa hasta aquí caminando? Qué valor.
—No me quedó otra, mi auto está abandonado sin batería, mi mamá no quiere saber nada con que use el suyo y hoy no hay bondis.
Mirta sabía que había algo más que Rafa no le estaba contando. Y ese algo, seguramente tendría que ver con su actitud en el almuerzo y con la falta de sueño. No quiso indagar, tenía en claro que no le contaría sus problemas a ella. Pero estaba tranquila, su chiquito, había ido a buscar a su protector.
—Haceme el favor y decile al viejo ese, que tiene veinticuatro horas para solucionar el problema de la puerta. Y no me importa si lo hace él, si llama a alguien para que la arregle, o si trae a alguno de los empleados. Si para mañana no abre y cierra como la gente, le pego un boleo en el culo a él y a la puerta.
Rafa le aseguró que transmitiría el mensaje y subió por la escalera doble de mármol hasta el lugar preferido de su abuelo.
La biblioteca de la casa no era muy grande, tenía una pared de cuatro metros de alto con estantes llenos de tomos con tapas de cuero y una escalera de apoyo para alcanzar los de más arriba. Las otras tres paredes estaban recubiertas con madera oscura, muy brillante, con molduras y bordes tallados. Tenía un escritorio que también era de madera de roble, donde reposaba una máquina de escribir Remington marrón. Y, en el fondo, sobre una alfombra blanca y negra, dos sillones individuales que estaban apuntando al gran ventanal que daba a la calle y una mesa, redonda bajita, en el medio de ambos.
El crujir que hacían las tablas del piso con los pasos de Rafa, hicieron que el abuelo deje de observar al horizonte, desde uno de los sillones, y mire hacia atrás, para verlo venir. Ya lo había divisado, caminando por la calle y entrando a la casa, así que no le sorprendió que entre en la habitación.
—Hola, Richard.
—¿Qué hacés despierto a esta hora, pendex?
—No puedo dormir.
—Sentate —Le ordenó y preguntó —¿Ya desayunaste?
—No.
—Te hago preparar algo.

—No, no tengo hambre.
—Algo tenés que desayunar.
—Bueno… Un café, pero no quiero comer nada.
—¡Ana María! —Gritó Ricardo excesivamente.
Un momento después, apareció la empleada cama adentro que trabajaba en la casa y se encontraba ordenando el cuarto principal. Sin entrar y desde el corredor dijo—¿Si, don Ricardo?
—Traé dos cafés, por favor.
—Sí, don Ricardo — Y desapareció.
—¿Qué estabas haciendo Richard? —Preguntó su nieto acomodándose en el sillón.
—Nada, absolutamente nada. Estoy más aburrido que payaso en un velorio. Habíamos quedado que nos veíamos mañana para resolver lo de la batería —Afirmó haciendo memoria y dudando un poco si no se había confundido.
—Sí, pero estoy muy al pedo desde que me obligaste a tomarme vacaciones, así que te vine a visitar.
El abuelo no quiso acotar nada, era muy temprano para hablar de temas que tal vez lleven a intercambios de opinión importantes. Prefirió obviar el comentario y quedarse en silencio. Ambos lo hicieron. Solo miraban por el ventanal la desértica ciudad en domingo, sentados en la misma posición con la misma expresión, imagen que afirmaba que tenían una carga genética muy parecida.
—¿Jugamos al backgammon? —Propuso el abuelo rompiendo el silencio.
—Dale.
Ricardo señaló un lugar de la biblioteca —Ahí deje el tablero, traelo.
Rafa acató la orden y, mientras lo hacía, le pasó el mensaje: —Dice la abuela que te ocupes de la puerta.
—Ya me tiene harto con ese tema. Después bajemos a solucionarlo.
Pusieron el tablero en la mesita, negras para Rafa, blancas para Ricardo. Acomodaron las fichas, cada uno agarró su par de dados correspondiente. Entró Ana María en silencio con las tazas de café, puso una a cada uno, dejó la azucarera al lado del tablero y se retiró sin pronunciar palabra. Los jugadores tiraron un dado al mismo tiempo, 5 para Rafa, 2 para Ricardo. Comenzaba el más joven.
—Richard, no sé cómo resolver un problemita que tengo — Comentó mientras movía una de sus fichas.
—¿Qué te pasó?
Rafa le contó cómo había conocido a Gisela, también que estaba enamorado, confesó que quería que fuera su novia y quería ir en serio. También le contó sobre su relación con Nadia y la batalla de Nochebuena.
—Claudio me insistió que me quedé a dormir en su casa esa noche, pero preferí volver a la mía porque, si al otro día se levantaba mi mamá y se daba con que no estaba para el almuerzo, me iba a buscar y me traía a los chirlos. Así que seguí caminando. Apenas llegué, intenté llamarla. Pero el teléfono no andaba y al final no me pude dormir. Llegaron ustedes, comimos, se fueron y me comuniqué con ella. Le metí un verso para suavizar las cosas, pero igual no quiso oírme. Intenté hablar con su prima, para que la convenza de escucharme, pero al parecer ahora me odia.
—Entonces por eso estabas como un ente ayer —Entendió Ricardo mientras pensaba en cómo utilizar el doble 3 que le había tocado.
—Sí —Contestó levantando los hombros y seguidamente le dio un sorbo al café.
Ricardo se quedó pensativo, mirando el tablero con una expresión de concentración y tras un

largo silencio le dijo a su nieto: —¿Sabés que me hiciste acordar a Señorita Sunshine?
En el rostro de Rafa apareció un gesto de duda con el que miró a su abuelo y no emitió palabra. Ricardo movió tres fichas y continuó: —Antes de casarnos, tu abuela y yo vivíamos en pueblos distintos. La cuestión es que era el cumpleaños de 15 de Mirta y su papá le había organizado una milonga en su casa. En ese evento, me iba a presentar a su familia, así que me puse el jetra y tempranito salí del bulín para la estación de tren, rumbo a la fiesta. Antes de llegar al andén, me los crucé a los muchachos. Me comentaron que se iban a los burros, tenían una fija. Me terminaron convenciendo de que "Señorita Sunshine" ganaba esa tarde. Rápido hice cálculos con la mosca que tenía, cuánto iba a ganar si los apostaba, a qué hora terminaba la carrera y si tomaba el último tren, más una buena excusa cuando llegué, ese día me salía todo redondo. Con lo que ganara iba a poder comprarle el anillo a Mirta (que ya lo había señado) y a pedirle la mano al padre… Yo ya tenía 25 años y estaba soltero, había gente que pensaba que pateaba para el otro lado, así que tenía que apurar los trámites —. Hizo una pausa para tomar café y continuó: —El tema es que llegamos al hipódromo, hago la apuesta, suena la campana y largan la carrera. Apenas salió mi caballo de la gatera, me di cuenta de que el jinete no tenía mucha experiencia. Abusó de la fusta, y, en esa época, nadie controlaba esas cosas en el turf, tranquilamente podías reventar a palazos a un caballo y no te sancionaban. La cuestión es que este muchachito habrá creído que la yegua era un caballo de circo, o algo así, y le pegó tanto que terminó volviendo loco al animal y este le devolvió el favor piantándose y corriendo a media máquina. La señorita cruzó el disco última. Me quedé re caliente, imaginate. Y, para resolverlo, hice lo más tonto que podría haber hecho. Aposté la plata que tenía para el pasaje de tren a un caballo al azar, en la siguiente carrera. Volví a perder y quedé seco. Ya no tenía cómo ir, falté a la fiesta. En esa época sólo nos podíamos comunicar por carta, que tardaban una eternidad en llegar de un lado al otro. Le mandé un manuscrito inventándole una historia fantástica y poética de porqué no pude ir, así como como decís vos "le metí un verso para suavizar las cosas" y te imaginarás que tu abuela no me creyó nada. No me quería ver ni en figurita. Le habré mandado cuatro más, todas me las traía de vuelta el cartero cerradas. Ni siquiera hacía el intento de leerlas y se encargaba de que lo sepa.
—¿Y cómo hiciste para que te vuelva a dar bolilla? —Interrumpió Rafa el relato, entusiasmado por la respuesta, mientras tiraba sus dados.
—Era otra época, las cosas eran diferentes. No existía todo esto de ahora que las mujeres hacen lo que quieren. Entonces me la jugué, conseguí que me presten guita, compré el anillo y me fui hasta el arrabal a chamuyar con el padre. Yo sabía que lo iba a encontrar en la pulpería y ahí estaba el grandote. Me senté en su mesa, con miedo a que saque el puñal y me lo clave. Tu bisabuelo era un malevo bien jodido, y yo la había hecho llorar a su hija. Cagado entero me senté de prepo —Ricardo dejó de hablar para poner dos fichas negras en el centro del tablero y siguió con su relato —Le dije la verdad, que no llegué porque fui al hipódromo, y que no fui por timbero, fui para hacer unos pesos para poder darle algo lindo a su hija, que tenía la intención de casarme con ella y le mostré el anillo. El tipo me entendió y me permitió hablar con Mirta. Fuimos hasta la casa, le conté toda la verdad a tu abuela. Le pedí disculpas por lo de la fiesta y por haberle mentido para que me perdone. Ella no dijo ni una sola palabra, entonces le pedí que lo piense y me fui. Pero antes, le di el anillo al padre y le dije, delante de ella "Quiero que esto lo tenga usted. Si su hija me perdona se lo voy a pedir de vuelta y si no lo hace, quédeselo, véndalo y gástelo en la boda con quien sea que se case. Ese anillo siempre fue de ella y, si no está en su dedo, no va a estar en el de ninguna". Tomé el tren y volví a mi bulo. Yo no sabía si me iba a perdonar o no, pero hice lo que tenía que hacer. Busqué la manera de que me escuche y sea cual sea su decisión la iba a respetar. —Volvió a hacer una pausa para el café, le hizo seña a Rafa de

que le tocaba jugar y continuó: —El único consejo que te puedo dar, pendex, es que intentés arreglar las cosas con sinceridad, aceptá lo que hiciste mal y dejá de minimizar lo de la otra chica. Tratá de que te escuche, y si te quiere perdonar, bien, si no, bancátela como macho. Respetá la decisión de los demás y dale para adelante, que la vida sigue y son dos días.
Rafa tiró rápidamente los dados. De la misma manera sacó una de sus fichas que estaba en el medio y, al mismo tiempo, dijo acelerado: —Entiendo que tengo que ser sincero, pero no sé cómo hacer para que me escuche. — A la vez, en su cabeza había aparecido la figura de Marcela, pensaba en hablar con ella para ver si podía ayudarlo.
—¿Rafael te diste cuenta cómo estás jugando? —Le preguntó Ricardo cambiando de tema —Después de tirar los dados, y antes de mover las fichas, usá la cabeza. Estás haciendo todo atolondradamente y así sólo desperdiciás tu turno. Aquí no hay relojes de arena, nadie te apura. Mirá bien los números que te tocaron, tomate tu tiempo para analizar el tablero y ver cuáles son las opciones que tenés para distribuirlos. Visualizá qué movimientos podés hacer y cuál sería la consecuencia de cada uno. Una vez que hagas ese análisis, recién decidí cómo mover tus fichas. Este juego se trata de hacer lo mejor que puedas, con lo que te dio el azar, en base a tus circunstancias… Pensá.
En sincronía con el último sorbo de café, apareció Ana María en la biblioteca para retirar las tazas y preguntó:
—¿Se les ofrece algo más?
—No, Ana María, gracias —Contestaron ambos al mismo tiempo y con el mismo tono.
Ella, antes de abandonar la biblioteca, informó —Don Ricardo, dice la Señora Mirta que por favor solucione lo de la puerta. También me pidió que le comunicara que la cuenta regresiva ya comenzó y cada minuto que pasa, sin que se repare, usted está más cerca de ser desalojado de esta casa —Y desapareció.
Ricardo miró al cielo con una expresión de cansancio, tiró los dados y le tocó un ocho. Eso era suficiente para sacar sus últimas fichas del tablero y ganar la partida. Pero antes de mover le recordó a Rafa: —No te olvidés que este tiempo de vacaciones es para que decidas qué vas a hacer con tu vida. No para andar sonseando. Así que dejate de joder con tus filos y ponete a pensar en tu futuro.
Ahora fue Rafa el que decidió no acotar y obviar el comentario para evitar el tema. Después bajaron y ambos revisaron la puerta del living. Descubrieron que una pequeña parte del suelo, al lado de la puerta y del lado de adentro, se había levantado. Eso hacía que las personas al entrar, tengan que hacer un poco de fuerza extra al principio para abrir y después cuando el piso se normalizaba, esa misma fuerza, terminaba siendo excesiva y hacía que se abra sin control hasta golpear la pared.
Sacaron la puerta, la llevaron al patio, lijaron la parte de abajo, la pusieron de nuevo y ya no raspaba con el suelo. Se abría airosa. También colocaron en la pared a la altura del picaporte, un tope de goma blanco, para que no haga ruido si se le escapaba a alguien y para tapar las marcas que ya había dejado.
Abuelo y nieto se dieron la mano caballerosamente y se felicitaron, al ver que el problema estaba resuelto y nadie sería echado a la calle. Terminada la tarea se escuchó en el living el llamado de Mirta para almorzar.
En la mesa se habló de la vuelta de Maradona, su falta de goles, su lesión, de la polémica pelea de Látigo Coggi y si los boliches bailables a los que va Rafael tienen matafuegos. Más tarde, Ricardo desenganchó el mosquetón que acostumbraba tener en una de las presillas del pantalón y portaba la llave de la cupé, se la cedió a su nieto y fueron los tres a pasear por la ciudad.

Cayendo la noche, pararon en una confitería para cenar y Mirta convenció a Rafa para que se quedara esa noche a dormir, idea que fue alentada por Ricardo. —Así mañana nos levantamos temprano y solucionamos lo del *Jeep*.
Volvieron. Rafa llamó a su mamá y avisó que se quedaba en lo de los abuelos. Ana María le preparó uno de los cuartos y, cuando estuvo acostado, intentando dormir, el recuerdo de Gisela volvió a girar en su cabeza. Empezó a generarle ansiedad la idea de que no lo perdone, y perderla. Se levantó en medio de la noche, buscó papel y lápiz en el escritorio de la biblioteca, volvió a encerrarse en el cuarto y se puso a escribir una carta para ella.
Entre el séptimo y el octavo renglón se detuvo para leer sus palabras y se dio cuenta de que su caligrafía había empeorado desde el examen de historia en marzo, materia con la que terminó la secundaria. Hizo un bollo la hoja y volvió a la biblioteca.
Se sentó sin remera en el escritorio. En el medio de la oscuridad y el silencio, iluminado por la fría y escasa luz que entraba por el ventanal, acomodó la máquina de escribir, le puso una hoja A4 y comenzó a teclear:

"A mi amada Gisela:

Escribo estas líneas con el fin de hacerte saber que mi corazón es tuyo eternamente y que soy correspondido a ti para toda mi existencia. Reconozco que en estos últimos días no hemos intercambiado palabras, producto de algunos acontecimientos que han suscitado nuestra distante separación. Sucesos que tuvieron lugar en nochebuena y me place ofrecer esclarecimiento por medio de estas palabras…"…"

Dejó de pulsar teclas, leyó lo que venía escribiendo y se dijo a sí mismo —Parece una carta para la reina Isabel, tengo que hacerla menos formal— sacó la hoja, la hizo un bollo y la dejó arriba del escritorio, así cuando termine, se llevaba todos los borradores y no dejaba rastros en la papelera.
Puso una hoja nueva, la acomodó con la perilla del rodillo y comenzó de nuevo:

"Para Gi:

¿Qué hacés? Te mando esto porque como no te dignaste a darme ni un minuto para que te explique, de frente manteca, como son las cosas, en una de esas así solucionamos lo del quilombo de Navidad. Desde ese momento que no te puedo sacar del bocho…""

Las teclas se detuvieron nuevamente, sacó la hoja y con esta también hizo un bollo. Creyó que la balanza se había inclinado demasiado para el otro lado. Así que, empezó de nuevo. Otra vez puso una hoja en blanco, alineó los bordes, la acomodó y empezó de nuevo:

"Para Gisela:

Hola Gi. Decidí mandarte esta carta porque no encuentro otro medio para aclararte las cosas que pasaron. La verdad es que estos últimos días me rompí la cabeza pensando en cómo hacer para revertir la situación en la que …"

Algo en el campo visual de Rafa lo hizo sacar la vista de la guía donde golpeaban las letras para quedar impresas en la hoja y mirar hacia su izquierda por el marco de la puerta.
Del lado del corredor, fuera de la habitación, a unos metros de él, se divisaba un espectro blanquecino, cuasi transparente, con ropajes amarillentos y holgados. Sus ojos se posaron en eso que parecía ser un espíritu errante, que se había hecho presente en el medio de las tinieblas del

pasillo de la vieja casa. Era difícil distinguirlo del todo, pero parecía levitar a diez centímetros del suelo.
Los dedos de Rafa se detuvieron abruptamente, se estremeció entero ante la orden inconsciente y natural de su cerebro de enviar sangre a sus músculos para huir. Aun así estaba paralizado por la fantasmagórica figura, la piel de los brazos se le erizó y sintió cómo su cuerpo recibía un shock de adrenalina, pero, a la vez, estaba incapacitado para reaccionar, era como si ese espíritu podía controlar su motricidad dejándolo quieto a voluntad. Tampoco podía sacarle la vista de encima, sólo mirarlo atónito.
El fantasma empezó a acercarse al portal de la habitación muy lentamente. Los pensamientos de Rafa se dispararon y se acordó de una vez que creyó escuchar a su mamá decir que, algunas cosas paranormales habían sucedido en la casa cuando ella era una niña. Historias que él nunca había creído, ni querido escuchar.
El ser entró a la biblioteca y el suelo de madera no rechinó.
—¿A vos te parece estar escribiendo a máquina a esta hora?
—Abuela, por Dios, me vas a matar de un susto. — Contestó Rafa dándose cuenta que el fantasma que había ingresado a tomar su alma, era solamente Mirta en camisón y despeinada.
—Qué susto ni qué ocho cuartos. Estás tecleando como un loco, parece que hay una balacera adentro de la casa.
—Perdón, abuela, no me di cuenta del ruido.
—A ver ¿Qué es tan importante para tener que escribirlo a esta hora de la madrugada? — Preguntó Mirta, acercándose a la Remington.
Rafa sacó rápido la hoja de la máquina, rompiéndola y dejando la mitad en el rodillo. Arrugando con las manos la parte escrita y ruborizado, por la vergüenza de la posibilidad de que su abuela lea lo poco que había llegado a plasmar, le contestó —Nada abuela, son boludeces.
Juntó los demás bollos con las cartas fallidas de arriba del escritorio y salió de la biblioteca con paso apurado al cuarto, sin pronunciar más palabras que: —Me voy a descansar— Mirta lo vio de espaldas irse y volvió a la cama.
Rafa pudo dormir un par de horas antes de que Ana María le golpeara la puerta avisando que ya estaba listo el desayuno. Se despertó y fue a la mesa donde Ricardo leía el diario y después del café y las tostadas, caja de herramientas en mano, ambos fueron hasta la casa de Elena a buscar la llave del *Jeep* y de ahí a comprar una batería nueva.
—No le digas a tu vieja que la pagué yo, porque me va a putear a mí, después te va a putear a vos y es el mismo quilombo de siempre. Menos sabe Dios y más perdona —Recomendó a su nieto cuando estaban llegando al descampado donde estaba el Patoncito.
Se bajaron del auto y, al ver el lugar, mientras su nieto aflojaba los bornes le preguntó —¿Y qué hacen acá toda la noche?
—Y nos juntamos, escuchamos música, charlamos…—Antes de poder seguir enumerando actividades alivianadas Ricardo lo interrumpió:
—Chupan vino, se cagan a piñas las minas ¿Qué más?
—Sí, Richard, a veces también pasa eso —Hubo un silencio incómodo que fue interrumpido por Rafa mientras acomodaba el repuesto diciendo: —Después de dos días a la intemperie tengo que lavar urgente este auto.
—Lo que tenés que hacer es cambiarlo.
—Pero ni loco.
—Es un auto viejo, te vas a seguir quedando en todos lados. Tenés que ver la manera de venderlo y comprar algo más nuevo.

El intercambio de opiniones sobre el Patoncito duró lo que se tardó en poner en marcha. Ricardo no pudo convencer a su nieto que se deshaga del viejo coche, pero sí de hacerlo revisar por su mecánico de confianza y que le haga el mantenimiento correspondiente.

Cada uno manejó su auto hasta el taller y dejaron el *Jeep* estacionado dentro del viejo garaje con almanaques de chicas desnudas que ya llevaban una década en las paredes. El ayudante del mecánico le dijo a Rafa que tenía que dejarlo y que saque todo lo de valor del vehículo porque la casa no se hacía responsable por posibles extravíos de objetos. Él, muy obediente, revisó al Patoncito y sacó de la guantera la cámara, el *Tramontina*, el encendedor *Zippo*, tres casetes, el estéreo, fue hasta la parte de atrás, cargó una llave cruz, la soga y guardó todo en una mochila que tenía abandonada debajo del asiento del acompañante.

Ricardo lo llevó hasta su casa en la cupé, y antes de que se baje, le recordó su consejo diciéndole —Pendex, no te olvides de Señorita Sunshine— Rafa entendió el mensaje y después del almuerzo, armado de paciencia, llamó a Nadia.

Recibió una gran cantidad de insultos, sabía que eso iba a pasar. Una vez se hizo el descargo, intentó hablar y ponerle fin a su relación, pero para su sorpresa, fue Nadia quien lo hizo seguido de más insultos. Él le pidió perdón por la situación, aceptó convenientemente su voluntad y le ofreció su amistad. Ella la rechazó y le recomendó que no vuelva a aparecer en su vida.

Terminada la llamada y terminada la relación, sintió algo de culpa por los términos en los que eso sucedió, y, a la vez, también sintió alivio. Ahora había que ocuparse de que lo escuchen.

14 La Astilla del Cowboy

—Colgó tan fuerte el teléfono que creo que lo rompió.
—Me imagino la calentura que tenía la petisa.
—Si hubiera podido meter la mano por el tubo y pegarme otra cachetada, lo hubiera hecho.
—Es que tendrías que haber hecho eso antes, pájaro.
—Sí, ya sé. Te juro que nunca me putearon tanto.
—Jodete.
—Pero, bueno, ya está. No creo que haya más bardo.
—¿Entonces hacemos a siete puntos?
—A siete, el mejor de tres.
—El que pierde, paga la *Coca*.
—Listo.
—Che, esto no está muy inflado que digamos.
—Cerrá el orto y jugá.
—¿Qué le estás haciendo al Patoncito?
—El mecánico de Richard lo revisó y había que hacerle algunas cositas. En principio, cambio de aceite que ya le tocaba, cambio de filtros, cambio de bujías y cables de bujías, cambio de tapa de termostato, después hay que reparar una fuga en el radiador, hay un chicle que está mal y hay que poner a punto el carburador, necesita dos cubiertas nuevas con su alineado y balanceado, y una vez que esté todo eso listo el tipo quiere hacerle un par de pruebas para ver si no necesita un cambio de aros… Ah, y me dijo que los frenos son prácticamente inexistentes.
—Boludo ¿Por qué no ahorrás tiempo y le prendés un fósforo?
—Claudio, yo puedo aceptar que mi vieja nunca haya estado de acuerdo con que compre el *Jeep*, puedo aceptar que mi abuelo quiera que me deshaga de él ¿Pero, vos, hijo de re mil puta? Vos, que sos mi hermano, no podés venir a decirme que lo prenda fuego. Además, bien que nos llevó a todos lados y nos dio miles de alegrías.
—Es verdad nos dio muchas, pero este último tiempo te deja a gamba a cada rato.
—Pero el tipo sigue ahí, firme como un soldado.
—Lo que yo pienso, pájaro querido, y espero no te enojes, es que tenés dos opciones con el Patoncito… O lo vendés y armamos otra cosa, o (lo que para mí sería lo ideal) mandarle fuego por el tanque de nafta y se acabaron los problemas, viejo.
—Con tus opciones quedo a garra.
—Hace días que estás a garra, hermano… ¡Adentro!
—Qué culo que tenés. Ahora empiezo yo.
—Está todo bien con el patón, pero parece joda últimamente.
—Si lo vendo no creo que me den mucho, pero si consigo el auspicio de la Mirta o de Richard, capaz llego a algún fito en buen estado.
—Ese sería un buen negocio, pájaro.
—Lo bajo, escape, llantas Iava.
—Y el sonido del *Jeep* queda en casa.
—Claro, pajarito. Una buena polarizada.
—Eso sí, es mucho más chico.
—Sí. Pero entran cinco personas, es un poco más cómodo.

—Si es solo por eso, le podés hacer un asiento atrás al Patoncito.
—Sí. Pero el fito tiene techo y me olvido de la lluvia.
—También olvidate del vientito y de tirar facha por ahí.
—Sí. Pero es un auto, es distinto.
—Nunca más meterlo al río, ni hacer cuatro por cuatro.
—Sí. Pero con el fito se puede viajar.
—¿Nunca viajamos con el *Jeep* acaso?
—Le metimos mucha ruta.
—Es el mejor del mundo.
—Pero, pará un poco, Claudio. ¿Al final qué querés? Primero me decís que tengo que reventarlo y ahora resulta que es el mejor coche del mundo.
—Lo que pasa, es que en realidad es una masa y es muy fachero. ¿Pero cómo nos va a dejar tirados así en Navidad? Todavía me duelen los callos.
—Creo que lo mejor sería restaurarlo desde cero y ahí queda una joya americana invaluable… ¡Uh, muy cerca!
—¿Qué cerca? Pasó a tres metros del aro.
—Creo que eso voy a hacer con el patón, meterle guita y que quede impecable.
—Che, y volviendo a lo que pasó esa noche. ¿Qué vas a hacer con Gisela?
—La verdad es que no estoy seguro de que siga queriendo tener algo conmigo.
—Por lo que pude averiguar, sigue enganchadísima con vos.
—¿De dónde sacaste eso?
—Me lo contó un pajarito.
—Dejá de hacerte el misterioso.
—Me lo dijo Laura.
—¿Volviste a hablar con ella?
—Técnicamente, sería al revés, ella volvió a hablar conmigo.
—Chupate esa mandarina.
—Sí, me llamó porque “estaba aburrida” y charlamos un rato.
—Qué bien, pajarito. Pero no caigas todavía.
—Tranquilo, tengo todo controlado.
—Te dije que eso iba a pasar.
—Mirá, la verdad es que ya lo daba todo por perdido después de cómo nos trató cuando fuimos a su casa.
—Lo que pasa es que en ese momento se mezcló todo con todo.
—Sí, entre otras cosas, me pidió disculpas.
—Bien, pensé que me odiaba.
—A mí me pidió disculpas, porque yo no tenía nada que ver. De vos… Dijo que te mueras.
—Entonces pensé bien.
—También me dijo de ir a tomar un helado.
—¿Y qué le dijiste?
—Me hice el fifí y le corté el rostro.
—Claudito, viejo no más.
—Voy a esperar un poco para no volver a cagarla.
—Yo tendría que llamarla a Laura para arreglar las cosas.
—No sé si es buena idea, va a creer que lo hacés para quedar bien con Gisela.
—Sí, tenés razón ¿Y qué más te dijo?

—Me contó que Gi esta súper enojada, cree que sos el mejor de los mentirosos y el peor de los hombres.
—Me mató, boludo
—Pero también me dijo que todavía te quiere.
—Entonces todavía hay esperanzas.
—El tema es que no sé cuánto durará ese cariño.
—Tengo que hacer algo urgente. Pero no sé qué.
—Ni idea, pájaro.
—Anoche le estaba escribiendo una carta.
—Y, bueno, dámela y yo se la llevo.
—No, no hace falta. No la terminé. Además lo pensé bien y creo que ni la va a leer.
—Es imposible eso, Rafael. Vos sabés cómo son las minas. Aunque sea por curiosidad lo va a hacer.
—Puede que tengas razón, pero de ahí a que conteste, la veo difícil.
—Tirate un lance ¿Qué perdés?
—Intenté hablar con ella, después intenté hablar con Laura y es obvio que se lo contó. Si le mando una carta, a esta altura, pasan dos cosas… Le doy la opción a no contestarme y además ya estaría bordeando la súplica. Y de eso, no se vuelve.
—No entiendo.
—¿¡Como que no entiendo, pajarito!? Si cruzo el límite y llego a la zona de súplica después no hay vuelta atrás.
—Sigo sin entender.
—Te lo explico así. Acordate de las propagandas de *Marlboro*.
—Sí.
—Siempre aparece el cowboy en el medio del campo, galopando en su caballo, arriando el ganado o queriendo pillar un caballo salvaje, cruzando un río y haciendo trabajos de cowboy en el medio del Colorado.
—Sí.
—Termina de hacer sus cosas de hombre, se baja del caballo y se prende un pucho.
—Sí ¿Y?
—Imaginate que una mujer lo ve haciendo todo eso y se enamora. Se enamora por su masculinidad y porque le sale la testosterona por los poros. Es un hombre hecho y derecho, un macho cabrío, por eso mismo sintió atracción. Ahora imaginate que esa misma mujer, después de verlo siendo el más grande de la pradera, lo ve lagrimeando y quejándose amaneradamente porque se le metió una astillita en la mano, mientras busca su pincita de depilar, en un neceser amarillo con lunares ¿Creés que seguiría sintiendo la misma atracción?
—Pero ¿qué tiene que ver? Vos no sos el muchacho de *Marlboro*, esto no es viejo oeste y si se te clava una astilla te la sacas con una pinza de depilar. No desarmás una bala y te echas pólvora en la herida para prenderla fuego y que cicatrice, cual Stallone en *Rambo 3*, porque una minita te está mirando.
—Ya sé, salame. A lo que voy es que esa figura, esa hombría, no la puedo perder. Si le empiezo a rogar que vuelva, la pierdo, eso desenamora. Es lo mismo que estábamos hablando el otro día en el pool.
—Bueno, loco, pero tu caso es distinto. Metiste la pata. Algo vas a tener que ceder. ¿O qué? ¿No vas a hacer nada? ¿Creés que sin hablarle ella se va a olvidar de todo el quilombo, va a tener ganas de verte y ella va a ser la que te llame?

—No es mala.
—Rafael, Gisela ya te extraña. Pero no quiere saber más nada con vos. Si hacés eso, la vas a perder del todo.
—Si me extraña me va a buscar.
—No, cabeza de choto. Ella te extraña y está haciendo todo lo posible para cambiarlo, se quiere olvidar de vos. Si te quedás de brazos cruzados y no intentás algo, con el tiempo, la vas a perder.
—Puede que tengás razón… Se me están quemando todos los papeles, no sé qué hacer.
—Creo que deberías bajarte de esa telaraña de teorías y estrategias que tenés.
—Pero es que son efectivas, pajarito.
—En algunos casos puede que funcionen, pero en otros no.
—¿Y vos qué harías?
—Yo soy malísimo con las minas. Vos lo sabés, hermano. Y lo que tengo en mente no se si te va a gustar, pero te puede ayudar.
—¿Qué es?
—¿Te acordás de lo que hice cuando quería conquistar a Gabriela?
—No. Ni en pedo boludo. Estás del tomate.
—No tenés muchas opciones, pájaro.
—Hay mil opciones antes que hacer eso.
—Decime dos.
—No se me ocurre ninguna en este momento, pero ya voy a tener alguna idea.
—Estás al horno.
—Sí, Claudio, al horno y con diecinueve años. No puedo hacer lo mismo que vos a los once.
—Entiendo que no te animés. Pero, te puedo asegurar que, si hacés eso, te va a dar los quince minutos que necesitás para aclararle las cosas.
—No es que no me animo, es que no creo que funcione.
—Cagón.
—Es hacer el ridículo.
—Trolo.
—No va a funcionar.
—Mariposa.
—Además, nunca hice algo así, va a salir mal.
—De eso se trata.
—¿De que salga mal?
—Exacto. Sería muy simple para vos, y perdería la gracia, si supieras cantar y todo saldría perfecto. En cambio, vas, te plantás, con toda la vergüenza del mundo entonás desafinado una canción, con el riesgo que eso conlleva (que los vecinos te puteen por el ruido, que la gente se burle, que tus amigos te carguen y todo lo que se te ocurra) y aun así, sabiendo que no hay forma de que algo salga bien, estás ahí, paradito como un soldado, intentando conquistarla de la manera más romántica posible.
—No, Claudio, esas cosas no son para mí.
—Y, obvio, que no son para vos, ni para nadie. Imaginate si tendrías buena voz, hubieras estudiado canto y serías Luis Miguel ¿A cuántas minitas les hubieras dado una serenata?
—A todas.
—En ese caso, ¿tendría sentido hacerlo ahora?
—Y, no, boludo.
—Ella sería una más del montón. Pero como te conozco, sé que para vos no lo es y sé que se

merece algo especial. Algo que nunca hayas hecho por nadie.
—No sé, pajarito. Es medio cursi. ¿Cuántas son las probabilidades de que eso funcione?
—¿Me viste cara del libro gordo de Petete? Sentí lo que estás preguntando. Dejá esas boludeces de lado. Yo creo que va a funcionar, y si no funciona, esa noche te vas a ir a dormir tranquilo porque hiciste todo lo que estaba a tu alcance para solucionar las cosas… Además, pájaro, pensá: ¿Cuánto dura una canción? Tres minutos, cinco, como máximo. No te estoy diciendo que pongás en riesgo tu vida peleando contra un dragón para poder subir a una torre a rescatarla. Son tres minutos cantando. Nada más.
—En el supuesto caso que me anime a hacerlo ¿Cómo sería?
—¿El departamento de ella da a la calle no es cierto?
—Sí.
—Perfecto. Lamentablemente necesitamos de Tenaza, que algo de tocar la guitarra sabe. Elegimos un tema, lo practicamos, nos aseguramos de que Gi esté en su casa y vamos.
—Me pongo nervioso de solo pensarlo.
—Cantaste "*Te recuerdo*" en frente de todos, parado arriba del Patoncito ¿Y ahora no te animás a esto?
—Es distinto, en Navidad estaba un poco borracho y lo hice para joderla a Laura.
—Esto es lo mismo, pero con mejores y nobles intenciones… Mira esto ¡Triple! Perdiste dos partidos seguidos. Rafael, oficialmente sos el peor de todo el barrio en el básquet … Volviendo al tema, vos pensá que, si lo haces además de quedar como el último galán romántico del país, es imposible que no te dé un rato para hablar a solas y, además, la vas a terminar de enamorar para siempre.
—Sos muy sentimental Claudio ¿Y qué tendría que cantar?
—¿Tienen canción de pareja?
—No.
—¿Cuál es su canción favorita?
—No sé.
—El día que fuimos al cine ella cantaba muy entusiasmada "Con una rubia en el avión".
—Dale, Claudio, qué romántico cantarle esa canción. Sobre todo, la parte que dice "Llevo las gafas, también las patas, llevo el snorkel. Ay, qué calor que hace acá".
—Bueno, estoy tirando ideas.
—Y Gisela ni siquiera es rubia, es como que le estoy cantando que me voy ir a Brasil con otra mina.
—No te calientes, pájaro. No importa si no es muy romántica la letra, ya te dije que lo importante es el gesto, la acción de hacerlo. Pensemos, tiene que haber alguna que funcione.
—Y… qué sé yo… "*Brillante sobre el mic.*" Con esa nos besamos por primera vez.
—No la conozco.
—La de Fito, pelotudo.
—No sé cuál es y no importa. Lo que importa es que a vos te parezca bien cantarla.
—Igual, tampoco me copa tanto. Es sobre recuerdos y cosas así.
—¡Ya sé! El día del asalto pusimos Manuel Wirtz para que ustedes bailen lento. ¿Cuál era la canción?
—Sí, era "*Donde quiera que estes*". Ese fue el día que nos conocimos.
—Y la letra es bien zalamera.
—Puede ser.
—Ahí está, pájaro. Es esa.

—¿Vos decís?
—¡Sí! ¡Es perfecta!
—Bueno, voy a intentar grabarla de la radio en la semana para escucharla muchas veces y aprenderme la letra.
—Las pelotas, Rafael. En este preciso instante vamos a ir a buscarlo a Tenaza, después vamos a comprar un cancionero donde esté ese tema, te lo vas a aprender y apenas caiga el sol, enfilamos para lo de Gi.
—¿Hoy?
—Sí, ahora. Y antes pasamos por el kiosco que tenés que pagar la *Coca* que perdiste, tronco.

15 Cortina Blanca

Suena el timbre de la casona rosada del barrio y, por la ventana, sale una señora entrada en años, con sobrepeso y cara de pocos amigos. —¿Quién es? —, preguntó molesta por tener que dejar de ver “Dos mujeres un camino” en el *Canal de Las Estrellas* e ir a atender.
Del lado de la vereda estaba Rafa, con la pelota de básquet, y Claudio, con una *Coca-Cola* no retornable, casi llena, en la mano. Ambos transpirados y despeinados.
—Hola, doña Alicia ¿está Oscar? —, le preguntó Claudio.
Ella, sin contestar, cerró el vidrio de la ventana de un golpe y se fue para adentro.
—Esta vieja siempre tiene un humor de mierda—. Le comentó Rafa a Claudio por lo bajo.
A los treinta segundos, salió Tenaza, en jean y sin remera, mostrando su peludo pecho descendiente del medio oriente.
—¿Cómo andan, manga de hijos de mil puta? —Saludó, mientras les daba la mano.
—¿Cómo estás, papito? —Dijo Claudio
—Yo bien, pero estoy cagado de odio con vos narigón —. Le advirtió señalándolo con el índice muy cerca del rostro.
—¿Conmigo? ¿Qué te pasa? —Le contestó.
—El otro día hicieron una joda en lo de Marcela y nadie fue culo de avisarme.
Claudio forzó una carcajada y le contestó: —No fue una joda, gordo. Pintó juntarse de un momento para el otro. Por eso, no llegamos a decirte nada.
—Váyanse a cagar, vos y todas las boluditas esas ¿Dale? Ya vas a venir a pedirme algo. Mi único amigo, hoy en día, es éste. — Le aclaró, abrazando a Rafa con un solo brazo y señalándolo con la otra mano.
—Justamente te venimos a pedir un favor—. Contestó a eso, Claudio
—¿Ah, sí? —Preguntó con tono irónico —¿Y qué se lo ofrece a su majestad?
—Soltame un cachito— Le dijo Rafa mientras le sacaba el brazo del hombro —El favor es para mí, gordo. Así que bajate de la moto.
—Para vos, lo que quieras. Decime qué te anda pasando.
Rafa no pudo emitir palabra por los nervios que le traía la idea, así que agarró la posta, Claudio.
—¿Hace cuánto que no tocás la guitarra? —, le preguntó sonriendo.
—¿Están organizando un asado y necesitan un pelotudo que les toque mientras morfan? ¿Desde cuándo a los cipayos les gusta el folclore? —, cuestionó Tenaza subiéndose la bragueta del pantalón que estaba baja.
—No es para un asado, tampoco tenés que tocar folclore. Es una cuestión del corazón —Le contestó rápido Claudio, haciendo un gesto cómplice, sabiendo que con eso entendería.
Tenaza se rió exageradamente aplaudiendo tres veces, se giró hacia Rafa, lo agarró con las manos de los hombros y bromeó: —¿Me estás cargando? Le querés cantar una serenata a una minita ¿Es la que me contaste el otro día? Qué paparulo que te volviste, Rafita querido. Y eso que te dije “No le des bola porque es peor” y mirá adónde llegamos.
Rafa se sacó de los hombros las grandes manos de su amigo y, dirigiéndose a Claudio, expresó —Loco, yo me voy a la mierda.
—Pará, pelotudo —Contestó Claudio abrazándolo antes de que tenga tiempo de moverse. Y sin que Rafa pueda verlo, le hizo una mueca a Tenaza que decía “No lo jodás porque tiene vergüenza” y expresó: —No te vayas, pájaro, hay que poner huevos, hermano.

Tenaza entendió el gesto y les pidió a ambos: —Cuéntenme qué quieren hacer.
A lo que Claudio le respondió: —¿Te sabés la de Manuel Wirtz "*Donde quiera que estes*"?
—No. — Contestó Tenaza reprimiendo su mueca de burla.
—Andá a ponerte una remera y vamos un toque hasta la casa de instrumentos, hay que conseguir la letra. — Le explicó Claudio.
Tenaza entró a su casa y salió con una camisa leñadora azul, caminaron las tres cuadras que los separaban del negocio y, en el camino le contaron el plan y lo que pretendían que suceda al hacerlo.
Llegaron al local y Tenaza se encargó de hablar con el empleado y explicarle que estaban buscando específicamente los acordes de esa canción. El encargado buscó en los cajones libro por libro, mientras Claudio y Rafa miraban una batería brillante, que estaba en el centro del comercio, hasta que se escuchó del muchacho del mostrador: —Acá lo tenés. Sabía que en alguno estaba ese temita ¿Te hace falta algo más? — Mientras le entregaba un librito celeste que en la portada decía "Canciones de fogón". A lo que Tenaza le contestó afirmativamente y le pidió una cuarta cuerda para guitarra criolla.
Después de la transacción, los tres volvieron a la casa de Tenaza. Él sacó la guitarra a la calle y se sentaron en el cordón de la vereda, bañados con el último sol de la tarde. Mientras sacaba la cuerda marcada en el casillero dos, para cambiarla por la nueva, le pidió a Claudio que busque la página donde estaban los acordes para ir mirándolos de reojo.
Cuando empezó a tocar las primeras notas, a duras penas por el largo tiempo que había estado el instrumento juntando polvo arriba del placard, Rafa se agarró con las dos manos la melena y se preguntó a sí mismo en voz alta —¿Por qué me meto en estos quilombos? La puta madre.
—Pájaro, ya hablamos de todo esto y ya estamos en el baile. Tomá.— Le dio el librito y siguió —Anda miroteando la letra.
Tenaza, lo instruyó: —Primero léela para vos, es una letra sencilla y ya conocés la canción, así que no vas a tener complicaciones en aprenderla. Después seguí repitiéndola en voz alta y andá escuchando la guitarra, yo voy a ir tratando de sacarla. Y así hasta que te sientas más confiado y hacemos la primera prueba. Con el narigón te vamos a corear en el estribillo.
—Puta madre…—Dijo Rafa mientras miraba la página y la sostenía con las manos transpiradas. Luego soltó un suspiro para después arengar — Dale, hagamos esto.
Esa es la actitud, carajo —Ánimo, Tenaza— Yo te voy corrigiendo los tonos y vas a ver que en un rato ya la vas a estar cantando como el zorzal criollo.
—Yo soy más del varón del tango. —Contestó Rafa.
—Bueno, Julito, lee y no tapés la hoja así puedo ver los acordes.
Después de memorizar cada palabra, Rafa empezó a leerla en voz alta. La lengua se le fue soltando y los nervios fueron aminorando. Tenaza, en ese poco tiempo, ya se había aprendido la canción y la iba tocando despacio a medida que la iba leyendo. A la media hora de haberse sentado, ya habían hecho la primera prueba cantando. Y vino la segunda, y la tercera. Para la cuarta, Rafa, ya estaba parado, caminando como un trompo y cantando con firmeza. Los dedos de Tenaza bailaban sobre las cuerdas, como hace algún tiempo lo hacían, y Claudio, acompañaba a su amigo, leyendo la letra por detrás.
—¿Viste, loco? Ya nos sale espectacular.— Afirmó Tenaza.
—Sí, pero no va a ser lo mismo cuando la tenga enfrente. — Objetó Rafa.
—No sigás pensando cosas al pedo y sigamos con el plan.— Recomendó Claudio y luego preguntó: —¿Ya estamos listos, entonces?
—Sí. —Contestó Tenaza.

—No. —Contestó Rafa al mismo tiempo.
—Pájaro querido, vos sabés que yo te quiero con toda el alma, prácticamente sos mi hermano. Pero ahora voy a necesitar que cierres el culo. — Expresó Claudio y se dirigió a Tenaza— ¿Estamos listos?
—Sí.—Repitió Tenaza.
—Perfecto, prestame el teléfono, gordo. Hay que averiguar si Gisela está en su casa.
—Pará, pará un cachito, pajarito. ¿Qué vas a hacer?
—Tranquilo, Rafita. La voy a llamar a Laura para que lo averigüe.
Entraron a la casa. Y después de una larga e incómoda discusión entre Tenaza y la madre, para que le dé la llave del candado del disco, y de cuatro recomendaciones seguidas de que la llamada sea breve, Claudio pudo comunicarse con Laura.
—Dice que justo está saliendo para la casa de Gisela. Van a hacer una pijamada con la Marce —Anotició Claudio cuando salió de vuelta a la vereda.
—Qué bien, lo que me faltaba. Más público.—Dijo Rafa.
—Cantás bien, tenés buena voz. Pongámosle el pecho a esto que va a salir todo perfecto. —Animó Tenaza y continuó antes de que haya más quejas o arrepentimientos: —Busco la llave de la chata y vamos.
—Para, gordo.—Lo frenó Rafa. —¿Podemos pasar por mi casa antes? Me quiero cambiar la ropa, estoy todo chivado y hecho una roña.
—Sí, obvio. Vamos antes de que se haga más tarde.
Los tres tenores se subieron a la F100 y fueron a lo de Rafa. Él entró y se cambió. Se puso un vaquero celeste, una camisa de tela de jean del mismo tono, metida adentro del pantalón, y zapatos náuticos marrones que necesitaban una lustrada. No había tiempo para bañarse, entonces lo resolvió poniéndose una cantidad exagerada de colonia, y cuando tuvo el picaporte de la puerta de salida en la mano, recordó que a ella le gustaba la bandana. Volvió corriendo, se la ató en la cabeza y salió.
—Rafita, por favor, abrí un cachito más la ventana.— Pidió Tenaza mientras manejaba camino al centro. —No tenés olor a perfume, tenés olor a alcohol puro y no se puede respirar acá adentro, hijo de puta.
—Sí, pájaro, te pasaste con la cantidad de perfume. —Coincidió Claudio que estaba sentado al medio de los dos.
—Y, bueno, capo, no me iba a duchar, pero algo tenía que hacer con la chivada del básquet.
—Está todo bien, pero abrí la ventana. —Contestó Claudio.
—Che, gordo. —Continuó Rafa —Dame un puchito.
—En la guantera hay un paquete, y en el cenicero, tenés el encendedor de la camioneta para prender… — Decía, hasta que sus indicaciones fueron interrumpidas gracias a que su paciencia llegó al límite por un remisero que andaba muy despacio en plena avenida, buscando pasajeros. Tenaza aceleró a fondo, y cuando lo estaba rebasando, le gritó al señor: —¡Dale, carnero! ¡¿Qué te tomaste un tranquilizante antes de salir?! ¡Pelotudo!
—Calmate, Tenacita. —Le recomendó Rafa— Lo único que falta es que nos tengamos que agarrar a piñas.
El remisero escuchó los gritos provenientes de la camioneta y la empezó a seguir a toda velocidad. Hasta que se encontraron, lado a lado, en un semáforo en rojo.
—¿¡Qué carajo te pasa, pendejo de mierda!? —Gritó el señor del remis.
—¿¡A vos qué gran puta te pasa, salame!? ¡Venís a dos por hora como tu vieja!
—¡Estoy laburando, pelotudo!

—¡Tu señora anda laburando!
—¡Te voy a matar!
—¿¡Ah, sí!? ¡Bueno, bajate! — Tenaza abrió la puerta de la *Ford*, y, pese a que Claudio intentó sostenerlo del brazo para que no lo haga, salió y cuando estuvo parado en el pavimento, sacó de detrás del asiento, un taladro amarillo. Lo sostuvo en la mano para que lo viera el remisero, le repitió: —Bajate si tenés huevos, pedazo de puto.
El señor, bastante confundido ante esa imagen, no entendió muy bien la amenaza con esa herramienta, y tampoco quiso averiguar cómo la utilizaría en una riña. Entonces puso primera, pasó el semáforo en rojo y se fue evitando el enfrentamiento.
Tenaza, al verlo huir, dejó el taladro en su lugar y se volvió a subir a la camioneta. Los pájaros lo miraron y no entendían qué pretendía con ese instrumento rotativo para hacer agujeros en paredes y madera.
Cuando el semáforo dio luz verde y volvieron a estar en marcha, Rafa le preguntó: —Gordo, ¿qué ibas a hacer con el taladro?
—Nada, boludo. Si se bajaba el tipo, lo volvía poner detrás del asiento y me agarraba a las trompadas. Pero siempre que tengo algún problema en la calle, lo saco, lo muestro, y mi contrincante queda muy desorientado, o cree que le voy a taladrar la cabeza. Qué sé yo. La cuestión es que cuando lo ven, siempre se van. Además, está roto y ni siquiera tiene cable para enchufarlo.
Después de ese innecesario y desconcertante incidente, llegaron al centro. No fue difícil encontrar lugar para estacionar porque era la hora de la cena y el lunes estaba tranquilo por la noche. Se bajaron y los nervios empezaron a aumentar. Caminaron diez metros hasta la entrada del edificio y vieron que la ventana del departamento de Gisela estaba abierta, del otro lado de la cortina blanca, había luz.
Rafa preguntó a sus amigos: —Boludo ¿Y si no está?
—Pájaro, no es momento de mariconear a esta altura, además Laura me batió que iban a estar aquí.
—Ya sé lo que te dijo Laura y tampoco lo digo por trolo. Lo pregunto en serio. ¿Y si no está? ¿Y si salió a comer con las chicas y está solamente la vieja en la casa?
—¿Te sabés el número de teléfono? —Preguntó Tenaza con la guitarra en el hombro.
—Sí, es 22719.
—Tomá mi tarjeta, Claudio. —Continuó Tenaza. —Creo que en la esquina hay un público, llamá y preguntá por ella. Asegurate de averiguar si está o no y volvé.
—Pará ¿Y que le digo si me atiende?
—No digas nada, colgá y volvé corriendo. —Le ordenó Rafa.
Claudio agarró la tarjeta y se fue con paso rápido en dirección a la esquina. Los otros dos se metieron en la entrada del edificio, fuera del alcance visual de la ventana, por si alguna mirada curiosa salía de ahí.
Estuvieron practicando en voz baja una vez más la canción los dos, hasta que apareció corriendo Claudio y, con falta de aire, dijo: —Me olvidé el número.
—No puede ser. —Soltó Tenaza con tono de desazón y cerrando los ojos. Los abrió y continuó: —Este tipo es muy pelotudo. Rafa, ¿Por qué te juntás tanto con él?
—¿Qué te pasa, boludito? — Se impuso Claudio con expresión muy seria y los ojos vidriosos. — ¿No me puedo olvidar un número acaso? Mirá que yo te cago a piñas sin problemas, gordo. ¿O qué? ¿Creés que le tengo miedo a tu taladro de juguete?
—No te hagás el macho porque te pego un tincazo y volás a la mierda, narigón.

—¿Pueden parar un poco? — Les preguntó Rafa—Dame la tarjeta, voy yo. Quédense acá, dejen de discutir al pedo y no se hagan ver.
—¿Te das cuenta que sos tan boludo que te mandan a espiar y tocas el timbre? —Fue lo último que escuchó Rafa de la boca de Tenaza dirigiéndose a Claudio, mientras se alejaba de la entrada al edificio.
Llegó a la esquina y se dio con que, al teléfono público, algún malviviente le había cortado el cable con recubrimiento de acero y se había llevado el tubo. Entonces Rafa volvió al edificio y les dijo a los muchachos: —No se puede usar el puto teléfono. Así que cantemos de una buena vez y que sea lo que Dios quiera.
Los tres salieron del escondite y se pararon en plena calle. Rafa se puso en el medio, Claudio a su derecha, con el cancionero en la mano, y Tenaza, viola lista, a su izquierda.
Una vez en posición, Rafa miró a Tenaza y le hizo seña, moviendo la cabeza arriba y abajo, para que empiece y quedaron los tres observando la ventana del cuarto piso.
Tenaza contó: —Uno, dos, tres… — Y tiró los primeros acordes.
Rafa esperó el momento justo y arrancó: —Cada vez que te veo partir, algo se quiebra en mí…
—Más fuerte.— Susurró Claudio.
—Y preciso cicatrizar, noches de soledad…— Continuó Rafa elevando la voz y mirando el suave movimiento que hacía la cortina blanca.
—Más.— Repitió Claudio, ganándose una mirada, con el ceño fruncido, de Rafa que significaba “este es mi límite” mientras continuaba con la estrofa.
Los cánticos siguieron su curso normal hasta que llegó al estribillo y las tres voces juntas, más un poquito de viento en dirección al edificio, alcanzaron a entrar por la ventana del living del departamento y llegar hasta la cocina donde las chicas estaban preparando una chocotorta.
—Alguien está cantando afuera.— Comentó inocentemente Marcela mientras hundía una galleta en café.
Laura prestó atención, escuchó unos segundos los sonidos que entraban desde la calle y reconoció la canción, pero no las voces. Eso la llevó a la noche del asalto y a las intenciones que tuvieron al poner el casete donde estaba la misma. Al instante se acordó de la charla que había tenido esa tarde con Claudio, que sospechosamente le preguntaba por Gisela. Su mente avispada relacionó todo y, con la boca abierta, pero sonriendo con la expresión, miró incrédula a Gi, que mezclaba desganada crema con el dulce de leche, y afirmó: —Boluda, es Rafa.
Gisela escuchó esa simple frase y detuvo el movimiento circular de la cuchara. En silencio, se enfocó en los cánticos. Ella sí reconoció la voz y sin decir nada, en un movimiento brusco, dejó caer en la mesada el bowl de plástico verde, derramando todo el contenido y salió corriendo en camino al living. Sus dos amigas la siguieron con la misma velocidad.
Llegó a la ventana, de un tirón movió la fina cortina y se dio con el espectáculo destinado a ella. Rafa, cantando a todo pulmón, sus amigos acompañándolo y un auto con un curioso conductor que esperaba paciente a que termine la canción para presenciar el desenlace de aquella romántica puesta en escena.
Ella sonrió y se ruborizó en ese instante, algo de vergüenza le recorrió el cuerpo, mezclada con el más profundo sentimiento de amor. Nerviosa, tomó con las dos manos la cortina y se tapó la sonrisa, como si fuera un niqab. Sus ojos no se apartaban de Rafa que ya estaba cantando, solo, la tercera estrofa.
Abajo, en la calle, los tres cantantes veían cómo en más y más ventanas del edificio, aparecían curiosas caras queriendo develar el misterio de a quién le cantaba el chico. Mientras que algunos transeúntes se frenaban en las veredas para admirar todo lo que acontecía.

Marcela y Laura, también eran espectadoras. Marcela sostenía con un brazo a Gisela, sintiendo una enorme ternura por el gesto que estaba teniendo Rafa. Laura, del otro lado, seguía enojada con él, pero le gustó su intención.
Rafa decidió no prestarle atención a absolutamente nada más que a esa persona tan especial que estaba cuatro niveles más arriba. Por ella estaba esa noche ahí parado, cortando el tráfico, en frente a toda esa gente. Y mientras cantaba desafinando y a los gritos, vio sus gestos y su mirada, su sonrisa escondida y supo que estaba valiendo la pena.
Los intérpretes llegaron al final del último estribillo, la última nota sonó y se dirigieron a subirse a la vereda para dejar de estorbar en la calle. Nadie aplaudió, solamente algún que otro aliento positivo ajeno a la situación y una que otra sonrisa.
Ya en la vereda, los pájaros se abrazaron y Claudio le dijo a su amigo: —Sos un tipo muy valiente, hermano.
Mientras Tenaza, con la guitarra en los pies, le hacía seña de agradecimiento con las palmas juntas, al *Duna* azul, que había esperado a que terminen sin tocar bocina y volvía a poder circular.
—¿Y ahora qué hacemos? —Preguntó Rafa a sus amigos disimulando el temblor que tenía en todo el cuerpo por el nerviosismo que todavía no se iba del todo.
—Y esperemos un toque a ver si…— Contestó Claudio y antes de poder terminar su idea se calló por la apertura de la puerta de entrada al edificio.
Gisela corrió, Rafa la vio y se fundieron en un abrazo donde ambos corazones latían al mismo tiempo y con el mismo ritmo acelerado. Ella le agradeció, él intentó besarla, pero ella deslizó su cara y la escondió en su pecho. Estaba confundida, y ahora él también. Estuvieron unos segundos así, hasta que ella lo soltó y los invitó a los tres a subir a su casa.
Ya arriba, los dos se aislaron en la cocina, mientras el resto de los chicos estaba en el living.
—Cantás bastante bien para ser carpintero. —Dijo Gisela a la vez que limpiaba el pegote de relleno de torta de la mesada y trataba de esquivar mirarlo a los ojos.
—Voy a tomar eso como un cumplido. —Contestó Rafa y continuó: —Quiero que sepas que lo hice con la única intención de que me des un minuto para explicarte algunas cosas que necesito decirte.
—Bueno, acá estoy. —Expresó ella dejando el trapo en la bacha, mirándolo y cruzando los brazos. —Te escucho.
—Me porté mal, es verdad y tenés derecho a no dirigirme nunca más la palabra. Pero hay cosas dentro de toda esta historia que no sabés, o que mal supones… Nadia y yo no éramos novios. Sí, teníamos una relación. Que yo creí que era menos formal de lo que aparentemente ella creyó. Y estuve con ella hasta el día que nos conocimos. A partir de ese momento no la vi más, hasta llegó a llamarme y exigirme que aparezca, pero a esa altura yo ya me había enamorado de vos. Mi grave error fue no terminar con ella, no dejar las cosas claras. Pero todo pasó tan rápido, y, sinceramente, no creí que este quilombo iba a pasar… Igual, no es excusa. —Cuando terminó de pronunciar su verdad, soltó un suspiro involuntario de alivio proveniente de su alma.
—¿Por qué te fuiste con ella en Navidad, entonces? —Preguntó con dolor en la mirada.
—No me fui con ella. Estaba alejándola para que no se peguen. Cuando logré que se calmara un poco, y se fuera, volví a buscarte, pero ya te habías ido.
—No sé qué decirte, tampoco sé si creerte o no. —Dijo, mientras se mordía la uña del dedo índice.
—No hace falta que me digás nada. Y si no me creés, lo entiendo. Yo vine hasta aquí e hice todo esto para lograr tener este momentito con vos y contarte cómo fueron, y cómo son, las cosas.

Creo que a esta altura queda claro que quiero que me perdonés y, si fuera por mí, estaríamos juntos para siempre.
Ella se quedó en silencio, con la uña entre los dientes y la mirada al piso. Las palabras de Rafa, su presencia y la canción, habían revolucionado sus pensamientos y sus sentimientos. Las imágenes de lo que pasó esa noche volvieron a su cabeza, hizo memoria de todo, minuto a minuto. Repasó cada día que estuvieron juntos y el comportamiento de él en público. *"La ciudad no es tan grande y no tiene sentido ir de aquí para allá conmigo a plena luz del día si es que tenía novia. Alguien lo hubiera visto. ¿Y el día que fuimos a su casa? No había nadie, pero no tuvo problemas en presentarme a su mamá. ¿Y si tiene razón? ¿Y si no era su novia? ¿Por qué ninguna de las chicas, que son sus amigas, sabía de la existencia de ella? Es tan lindo. ¿Quién me asegura que no va a volver a pasar algo igual? Quiero besarlo. No. No puedo ser tan fácil, viene un tipito con el pelito largo, una bandana, te canta y ya caés en sus brazos como la más boba. ¿Y si es todo un mal entendido y estoy perdiendo al amor de mi vida por orgullo?"* —¿Qué te dijo ella cuando te la llevaste en el descampado?
—Nada, estaba enojada.
—¿La volviste a ver? —Preguntó Gisela con una punzada de celos en la boca del estómago.
—No… Pero, sí hablé por teléfono y le dejé en claro que entre ella y yo ya no había más nada.
Esas palabras hicieron que ella sintiera alivio y otra vez el silencio rondó la cocina. Se dio vuelta, dándole la espalda y se puso a terminar de limpiar la mesada. Su cabeza seguía girando: *"No tiene sentido que mienta a esta altura ¿Y qué sentido tiene hacer todo este circo si está con otra? Pero qué pelotudo que es ¿Por qué no aclaró las cosas desde el principio? Bueno, si me hubiera dicho que estaba con alguien esa noche no le hubiera dado mi número. Lo extraño. ¿Podré volver a confiar en él si lo perdono?"*
Rafa la miraba de espaldas y necesitaba que le dé una respuesta. Necesitaba saber si su historia seguiría o si se terminaría esa noche de Navidad oscura, en el medio de gritos y manotazos. Quería saber si la canción había llegado hasta su corazón, pero ya no había más palabras para decir. Entonces se acercó por detrás, la tomó por la cintura y apoyó su barbilla en el hombro de Gisela. Ella se estremeció, no esperaba que él hiciera eso y cerró los ojos para sentir su piel de mejilla con mejilla.
—Extrañaba tu perfume. —Le dijo Rafa.
—Yo te extraña a vos. —Le contestó ella, dándose vuelta y tirando el trapo a la bacha otra vez.
Lo besó con muchísimas ganas mientras sus brazos le rodeaban el cuello, sus lenguas se volvieron a encontrar y su respiración volvió a acariciarla. Él, sin alejarse de su boca, la levantó por los glúteos y la sentó en la mesada quedando parado entre sus piernas que las enredó en él. Ella sintió su sexo y eso la excitó. Lo apretó con las piernas con fuerza, lo abrazó más fuerte y, mientras le mordía el labio, se le escapaba un gemido. Él metió una de sus manos por debajo de la remera y la fue subiendo por la piel, hasta que se escuchó la voz de una cuarentona fumadora riéndose en el living junto a sus amigos.
Él se alejó de su boca y ella se bajó de la mesada en silencio y se acomodó la remera. Sabían que tenían poco tiempo antes de ser interrumpidos.
—¿Entonces cómo quedamos? —Le preguntó Rafa.
—Voy a creerte y voy a darte una segunda oportunidad. Pero sabé que no va a haber tercera.
Los ojos de él se iluminaron, un sentimiento de consuelo inundó su ser e intentó decir la palabra "gracias" pero no pudo emitir sonido, solamente gesticuló con los labios mientras su corazón seguía latiendo a mil por minuto.
—Y vos debés ser el que me contó la vecina que estaba cantando. —Dijo, entrando a la cocina la

madre de Gisela, con un cigarrillo encendido en la mano.
—Mamá, él es Rafael, Rafa, mi vieja — Los presentó Gi.
—Hola, señora. —Saludó Rafa mientras le daba un beso en la mejilla.
—Hola, ¿qué tal? —Contestó ella y le preguntó: —¿Así que te gusta cantar?
—Mamá, no es el momento.— Se adelantó Gisela, con un tono muy serio y expresión de enojo en los ojos, antes de que conteste: —Danos un minuto, ya vamos para el living.
—Qué humor que tenés estos días, hija.— Contestó su madre y continuó: —Escuchame, vos me dijiste que venía tu prima y una amiga. Llego y resulta que está medio mundo acá.—Cambió el tono y se dirigió a Rafa: —Vos no te ofendas, querido, no lo digo de mala. Pero es que tengo que saber quién viene a mi casa.
—Los chicos pasaron un ratito y se van. Y a Marcela la busca su papá más tarde, no la dejó quedarse a dormir.— Le aclaró a su mamá abriéndole los ojos para que desaparezca de la cocina.
—¿Entonces no se quedan a comer? —Preguntó antes de ponerse el cigarrillo en la boca.
—No, mamá. Por favor ¿Nos podés dar un minuto? —Repitió, levantando el tono.
—¿Sabés, qué? Estás inaguantable. — Le recriminó a su hija y abandonó la cocina para unirse al grupo en el living.
De nuevo solos, Gisela le dijo a Rafa casi en secreto: —No podemos dejar que nos vuelvan a interrumpir.
—No ¿Y si nos vamos a algún lado? —Contestó él susurrando.
—¿Algún lado cómo dónde? —Continuó con el mismo tono bajito.
—Al campo, nos quedamos a dormir en carpa.
—¿Vos tenés carpa?
—Consigo.
—¿Cuándo?
—No sé, cuando quieras… Por mí, mañana. —La cabeza de Rafa había empezado a volar.
Ella lo pensó y le contestó: —Es imposible que mi vieja me deje. Pero puedo decirle que mañana me quedo en lo de alguna de las chicas.
—Bueno, Yo preparo todo. —Rafa lo pensó mejor y dijo: —Pero mañana no creo que se pueda. Tengo el *Jeep* en el taller.
—Yo le pido el auto a mi vieja, nos vamos, pero volvemos a la mañana temprano porque lo va a necesitar, tiene que buscar un espejo gigante que compró para el living.
—Listo.
Se dieron un pico en silencio para sellar el trato y, saliendo de la cocina, se dieron con que en living estaban empezando algunos cánticos folclóricos de la mano de Tenaza y no les quedó otra opción que sumarse. Esa noche los tenores se quedaron a cenar por insistencia de la dueña de casa, que amasó y horneó pizzas para todos.

16 Sagitario

—Prima, no puedo creer que lo hayas perdonado tan rápido.
—Bueno, qué sé yo, lo sentí. Además, es muy tierno lo que hizo. No podés decir que no.
—Vos ya sabés lo que yo pienso, y sinceramente, me encantaría que desapareciera de la faz de la tierra.
—Hasta ayer te parecía re buena persona y hacíamos re linda pareja.
—Hasta ayer, no, hasta que pasó lo de Navidad con la pigmea esa. Igual, si es un buen chico, nada más que se portó mal con vos, que, además de ser mi prima, sos mi mejor amiga en el mundo y te amo.
—Yo le creí y te repito, le dejé en claro que la próxima que se mande, no me vuelve a ver, así llore y patalee.
—Está bien, Gisela, vos sabrás lo que hacés, yo lo voy a respetar y, mientras vos estés bien, está todo bien. Pero cambió totalmente mi percepción hacia Rafa y, si te llega a hacer algo más, se las va a tener que arreglar conmigo.
—¿Cómo puede ser que ustedes siendo sus más íntimas amigas, no hayan sabido que estaba de novio con esa mugrienta patotera?
—Qué sé yo, prima. Es hombre.
—Pero, decime la verdad, ¿Vos sabrías si él tendría novia?
—Yo supongo que sí.
—Veremos qué pasa. Creo que si hizo todo esto, es porque algo, ¿no?
—La verdad que sí. Igual te digo, si Claudio hubiera dedicado algo así, también me derretía entera.
—¿Y qué vas a hacer con Claudito?
—No sé, se comporta como un tonto. Primero todo el mundo viene y me dice que está muerto por mí hace años. Cosa que yo también, pero el tarado no se me tiraba. Después chapamos en lo de Marcela, nos encerramos en la habitación y ya te conté que en la mejor parte se duerme. Después me rompe las guindas día y noche para que nos veamos. Después me forrea. Lo llamo, y, de repente, volvió a ser mi Claudio de siempre y hoy se vuelve a hacer el lindo y ni me mira ¿Quién entiende a los varones?
—Bueno, Lau, disculpame, pero vi cómo le cortabas el mambo por teléfono cuando te llamó para verse. ¿Qué esperás que haga?
—Es que en esos días se había puesto muy pesado.
—¿Y ahora que no te da bola querés estar con él?
—Claro.
—¿Quién te entiende a vos, Laurita?
—Boluda ¿Cuántos años tenés? No podés tener estrellas pegadas en el techo.
—¿Viste qué lindas? Cuando apaguemos las luces vas a ver que brillan. Se perdieron cuatro en la mudanza y me quedaron treinta y seis.
—Hablando de mudanzas, ¿hablaste con tu papá?
—No… No sé nada de él.
—¿Pero lo intentaste por lo menos?
—No, él dijo que no me preocupe y que se iba a comunicar. Lo único que espero es que esté bien.

—¿Y tu vieja qué dice?
—Ya no le importa. Ella cree que mientras más lejos esté, es mejor.
—Bueno, cambiemos de tema… ¿Por qué no la habrán dejado a Marcela quedarse? Al final, traje el colchón al cohete.
—Su viejo se enteró de la joda que hizo, la castigó y no se animó a preguntarle si podía dormir aquí. Es más, tuvo suerte de que haya podido venir a cenar.
—¿Viste cómo se presumían con Tenaza?
—Sí, es medio roba cunas ese Oscar.
—Y los otros dos son muy pesados con esa manía que tiene de decirse "pájaro, pajarito, pájaro, pajarito" parecen dos imbéciles.
—¡Son hartantes!
—Y encima se creen los más cancheros, salames.
—Mañana cuando lo vuelva a ver a Rafa le voy a decir que paren con esos apodos. ¡Cansan!
—¿En qué quedaron?
—Nos vamos de campamento los dos solos.
—Pará ¿Es en serio?
—Sí. Y vos me tenés que ayudar.
—No, Gisela.
—Es sólo una noche, nada más. Porfis.
—Boluda, si tu vieja se entera, me caga a patadas a mí, después a vos y, por último, al gil de Rafa.
—No se va a enterar. Dale, haceme pierna.
—No Gisela, en serio. ¿Y si llama a mi casa? ¿Qué le digo?
—Que estoy en el baño o te hacés pasar por mí y hablás con ella. Pero no va a llamar. Mi mamá se duerme temprano siempre y se desmaya con las pastillas que toma… Escuchá…
—No escucho nada.
—Prestá atención. Son los ronquidos de mi vieja que vienen de su cuarto.
—Es verdad, no sabía que roncaba.
—Si ahora vamos y nos ponemos a saltar en su cama. Te puedo asegurar que no se despierta.
—Bueno, está bien. Pero si nos descubren y me castigan por esto, te mato.
—¡Gracias, sos la mejor!
—Soy sagitario.
—Y te cuento algo… Creo que lo amo.
—¿En serio? ¡No me digas! Sos más obvia vos. Creo que toda la ciudad ya se dio cuenta.
—Callate.
—Vos sos la más evidente del mundo ¿Y él? Ni te cuento. Se nota de aquí a la esquina. Hasta le cambió el color de la piel cuando salió de la cocina. Era sabido por todos que lo habías perdonado. Menos por la tía ¿Le contaste algo de todo el quilombo de esa noche?
—No, no le dije nada. Si me notó que estaba rara, pero le inventé cualquier cosa y me dejó de hacer preguntas.
—Pensé que se tenían más confianza.
—Es que sí, yo a mi mamá le cuento todo. Pero no es momento de traer más quilombos a la casa.
—Claro. Pero sabe que tenés algo con Rafa.
—Sí, eso sí. Además, también me escuchó hablando por teléfono. Y hoy, subiendo en el ascensor, parece que la vieja chismosa del sexto le dijo que alguien había cantado una serenata. Entra a la casa y púmbale, ve a dos chicos con una guitarra en el living y a mí hablando con otro

en la cocina.
—¡Sí! A nosotros nos fusiló a preguntas apenas entró. Y el tonto de Claudio le contó lo que habían hecho y que “los tortolitos estaban en la cocina”. Nos reímos de cómo lo dijo y ella se fue para donde estaban ustedes.
—Menos mal que la escuchamos… Porque si no…
—¿Si no qué?
—Nos encontraba in fraganti.
—¡Ay, Gisela, que asquerosos que son!
—Vos decís eso porque tenés miedo.
—Nada que ver.
—Dale, Lau, si yo hubiera estado en la misma situación con Rafa, los dos solos en una habitación, igual que vos con Claudio, te aseguro que no lo dejaba que se durmiera. Y, si lo hacía, lo despertaba dándole besos y no precisamente en la boca.
—Yo no puedo creer las cosas que tengo que escuchar.
—¿Sabes cómo creo que se les haría mucho más fácil a los dos?
—¿Como?
—Blanqueándose ambos que son vírgenes.
—No sé si él lo habrá hecho alguna vez. Pero yo, prácticamente no lo soy.
—Laura, que tu ex novio te haya masturbado una vez en el cine, no cuenta
—Bueno, prima, pero algo de experiencia tengo.
—No tenés ningún tipo de experiencia. Nunca viste un pito. Salvo la vez que se confundieron en el videoclub y nos dieron una porno por error.
—¡Está bien! Admito que me da vergüenza. Pero tuve un orgasmo.
—Tenías el vaquero puesto, Laura, tu telita está intacta.
—Bueno, sí ¿Y qué?
—Claudio está en la misma que vos y todo indica que es bastante lerdo. Tenés que tomar la iniciativa.
—¿Qué pretendes que haga? Llamarlo ahora y decirle con voz de gata “Hola mi amor, mi tía está dopada, venite antes de que se me cierren las piernas”. Sos mi prima y querés que me regale, hija de mil.
—No, tarada. Simplemente tenelo en cuenta.
—No entiendo.
—Yo creo, por lo que me contás, que él es igual de virgen que vos. Y, además, súper tímido. Entonces, si en algún momento se vuelve a dar la oportunidad, tan solo da el primer paso para que todo fluya.
—Para vos es fácil porque sos re mandada. A mí me gusta que me persigan.
—A vos te gusta Claudio. Y Claudio ya no te va a perseguir. Así que, o sacás a la loba que tenés adentro, o vas a terminar en un convento.
—¡Ay, no, por favor!
—Es lo que yo haría. Vos fijate.
—¿Y si aun así no avanza?
—Lo dejas en donde está y que venga el que sigue
—Pensás así, porque venís de otro lado. Aquí a la gente le gusta hablar de los demás y me van a tildar de fácil.
—¿Y? Que hablen hasta que se les acalambre la lengua. Es tu vida, no la de la señora del sexto. Si lo sentís, hacelo. Si te gusta ¿Cuál es el problema? Experimentá y no te arrepientas de ser

libre.
—Es verdad. Es mi vida.
—Bueno, terminamos, princesita. Cien cepilladas. Ahora a acostarse y dormir.

17 La Orilla Este

La doctora Barbitúricos estaba fumando con las piernas cruzadas en su flamante trono, esperando una reunión especial que se daría esa mañana antes de que Irene concurra a su segundo día de colonia de vacaciones.

Desde la llegada de la Dra., la democracia en la habitación de Irene se había derrumbado y la corte del romance había sufrido cambios a niveles estratosféricos. Barbitúricos se hizo con la presidencia a base de amenazas a punta de jeringa, manipulación fraudulenta de votos en los últimos comicios y compra de voluntades a cambio de promesas de favores personales cuando sea designada en el cargo. No contenta con eso, después de la toma de poder, disolvió el Senado (pasando por arriba de los derechos constitucionales del baúl de juguetes), se autodeclaró perpetua en la presidencia y única heredera (quedando solamente Irene por encima de ella), se dilapidó cuatro puntos del PBI en carteras y ya sin ningún organismo que la controle, y con rienda suelta para promulgar y abolir cualquier cosa que se le ocurra, convenció a Irene de conseguir cuatro novios y tres esposos, simultáneos, en la colonia de verano.

El *Nenuco* y la *Pepona*, devenidos para el momento en líderes revolucionarios, luchaban desde el exilio con el apoyo del brazo armado del pueblo, intentando derrocar a la doctora y, sobre todo, tratando de frenar las acciones de Irene.

Fue tal la magnitud de lo sucedido que hasta llegó a oídos de los viejos muñecos de Rafa, que, al enterarse, abandonaron el balde rojo de playa donde descansaban, se dispusieron a ayudar a la causa de sus compatriotas vecinos y formaron un grupo de élite que contaba con miembros de vasta experiencia en lucha cuerpo a cuerpo y manejo de armas de alto calibre. Estos muchachos altamente calificados y combativos, ya estaban listos y esperando la orden de *Pepona*, de ser necesario, para tomar el poder mediante la fuerza y conseguir la devolución de la paz al pueblo, aunque eso conllevara el derramamiento de sangre. Su accionar dependía de cómo se dieran los sucesos en la reunión que estaba por empezar.

Aun con ese apoyo y, debido a que el caos por la opresión estaba tiñendo de oscuridad la vida apacible que hasta hacía poco se llevaba en el lugar, *Pepona*, sin comentárselo a nadie por la posibilidad de tener dentro de sus filas a topos que respondan a Barbitúricos, decidió esconder debajo de su gorro, una espadita de plástico, facilitada por la copia taiwanesa de *He-Man*. Si la reunión salía mal, ella misma se sacrificaría por el pueblo, por la Patria y por el Movimiento, cometiendo un magnicidio en solitario.

Irene entró en el recinto, al segundo, la muñeca *Pepona* con el *Nenuco* y se ubicaron en sus respectivos lugares. Barbitúricos, que se había descalzado para estar más cómoda, dio comienzo a la sesión especial en un tenso ambiente. La primera en hablar fue la doctora, que preguntó cuántos esposos había conseguido en el primer día, a lo que Irene respondió que ninguno. Por azares del destino, su novio y amor más grande de la vida, Jorgito, estaba asistiendo a la misma colonia de vacaciones. Y si bien le dio tanta vergüenza cuando lo vio tirarse de bomba a la pileta que no tuvo el valor de ir a saludarlo ese día, su sola presencia era suficiente para llenar su corazoncito sin necesitar a nadie más.

La doctora tiró su cigarrillo con bronca al suelo al darse cuenta del camino monógamo que estaba tomando la pequeña, y, cuando quiso emitir palabra para objetarlo, fue lanzada por la ventana por Irene, que se había enterado de las atrocidades que había hecho. Ya sin ninguna tirana en la habitación, Irene les pidió perdón a sus juguetes favoritos, los restituyó a sus cargos,

les ordenó que reestablezcan la democracia y también que tomen los recaudos necesarios para que nunca más las instituciones vuelvan a tambalear por la entrada de nuevos integrantes, con malas intenciones, a la plantilla de juguetes.
En pleno festejo por la vuelta a la normalidad, Elena entró a la habitación y se llevó a Irene. Ya era hora de salir camino a la colonia.
Esa mañana el clima estaba espléndido. Las nubes habían desaparecido del cielo, augurando un caluroso y hermoso día. La ventana en la habitación de Rafa estaba abierta dejando entrar los primeros cálidos rayos de sol.
Él también se despertó temprano para develar cómo se armaba la carpa canadiense que le había dado Claudio la noche anterior. Cuando se fueron de lo de Gisela, después de cenar, Rafa les contó a sus amigos, en la camioneta, que lo había perdonado y que se iban de campamento para volver al otro día temprano.
Sin darse cuenta estaba armando la carpa por completo, después de tener que mover la mesa ratona y descolgar la bolsa de boxeo. Prefería tomarse un momento y, en una actitud autodidacta, montarla entera dentro de su habitación, antes que quedar como un inexperto en frente de Gi, en el medio de la nada.
Cuando casi estuvo lista, se dio cuenta de que le faltaba soga para atar una de las estacas que tensaba, desde una de las esquinas, el sobretecho impermeable naranja. Pensó que la del whiskey podría servir. Entonces, ya sabiendo cómo ponerla en pie y habiendo resuelto el faltante de piezas, se dispuso a desarmarla y a preparar las cosas necesarias para la supervivencia al aire libre.
Buscó la mochila que tenía las cosas del patón. Dejó el estéreo, los casetes y la llave cruz, todo lo demás lo llevaría. Buscó un pulóver polar que guardó junto con una cantimplora de aluminio, que llenó con agua de la canilla (pese a las constantes advertencias que veía en la tv por el cólera) y unas cuantas hojas de un diario que utilizaría como combustible para prender fuego. A falta de bolsas de dormir, resolvió llevar dos pesadas frazadas viejas, una haría de colchón y la otra sería para taparse. Las enrolló y las dejó sobre su cama. Bajó a la cocina, con la mochila abierta en la mano, aprovechando que no había nadie, en busca de víveres para llevar.
Abrió la heladera y guardó unas fetas de jamón y queso que encontró. Después pasó a revisar en las alacenas, agarró una bolsa de pan de Viena, un paquete de galletas de agua, dos latas de picadillo y, cuando estaba guardando todo en la mochila, escuchó el auto de Elena volver y entrar al garaje.
—Hola, má. —La saludó cuando pasó por la cocina.
—¿Qué se supone que te estás guardando en la mochila? —Le preguntó al verlo casi regañándolo.
—Nada, me llevo algunas cositas porque me voy de campamento hasta mañana.
—¿Que te mandás solo acaso?
—Según la ley, sí. Ya estoy habilitado para mandarme solo. —Contestó con tono de burla.
—De la puerta para adentro, sólo rigen mis leyes. Así que dejá de hacerte el pícaro y decime con quién te vas y adónde. —Ordenó las respuestas, Elena, aunque creía ya saber con quién se iba.
—Con Gisela y supongo que iremos para el lago. —Respondió Rafa.
Elena, al escuchar los planes que tenía su hijo, la invadió la melancolía. Recordó su adolescencia hippie y aventurera, cuando, después de las largas tardes de domingo en la plaza intercambiando discos de vinilo, se reunía con sus amigos para internarse en el campo, desnudarse y tomar luz de luna. Ellos creían que con eso conectaban con la naturaleza, y atraían la buena suerte, y mejoraban cósmicamente la salud física, mental y espiritual. Rememorar esos momentos le hizo

cambiar el semblante y el humor al instante.
—Bueno, mandale un beso a la chica.
Rafa, sorprendido por el cambio de tono y actitud, le contestó: —Se lo mando.
—¿Te hace falta algo? —Le preguntó a su hijo.
—No, má gracias.
—¿A qué hora se van? —Preguntó.
—En un rato.
—Bueno, me avisás antes de irte.
—Sí, mamá. —Respondió Rafa cerrando la mochila.
Subió a su habitación a terminar de ordenar todo y, al pasarse la mañana, volvió a la cocina para almorzar con su madre. Lo hicieron en silencio, hasta que, en un momento hablaron de la sexualidad del perro de la familia y lo difícil que estaba siendo que se aparee. Rafa insistía con énfasis y nula moderación en sus palabras que seguramente era un animal desviado, idea que Elena estaba en total desacuerdo y lo expresaba mientras lo veía a Balboa dormir la siesta, apoyando la cabeza en uno de sus zapatos.
Después de esa intromisión en las preferencias y gustos personales de la mascota de la casa. Rafa, antes de terminar la comida y aprovechando el buen humor que portaba Elena, le contó a su mamá, con algo de alboroto en su sistema nervioso central, que creía haber encontrado a la chica indicada. Ella, al escucharlo, se quedó un momento en silencio, pensando. No creía que sea buena idea, ni buen momento, para que su hijo se enrende sentimentalmente con alguien, se distraiga y termine siendo un obstáculo en la construcción de un buen futuro.
Y nuevamente apareció en los pensamientos de Elena, la misma luna que tomaba en la adolescencia para recordarle cuando Ricardo se opuso a que se relacione con uno de sus tantos candidatos. Haciéndola sufrir injustamente por un ingenuo amor. Decidió que no iba a cometer el mismo error que su padre y se iba a dar una oportunidad de conocer mejor a Gisela. Además, como bien lo había dicho el mismo Rafa, ya era una persona responsable de sus actos y había cosas que, por más que ella las fomente, ya estaban lejos de sus manos.
Elena rompió el incómodo silencio recomendándole a su hijo que sea prolijo con la relación, que cuide de los sentimientos de Gisela y que también cuide los propios. Y, esperando que sus palabras no se vuelen con las hormonas, le recordó que también tenía que ocuparse de otras cosas además de andar de novio. Él la escuchó con un bajo porcentaje de atención, el mensaje que le importaba transmitir ya había llegado a su destinatario.
Después de comer, Elena se dedicó a sus plantas y, mientras Rafa terminaba de ordenar la cocina, se escuchó al *Twingo* estacionar en el frente de la casa.
—¡Má, ya me voy! —Gritó antes de salir por la puerta.
—Bueno, cuídense. —Le respondió Elena desde el patio.
Salió muy apurado, expectante, con la sonrisa de oreja a oreja, el corazón latiendo rápido y las manos llenas de bultos. Abrió la puerta del lado del acompañante del auto y Gisela, que estaba estrenando anteojos de sol con cristales redondos, le rebatió el asiento hacia adelante con la más feliz de las expresiones. Dejó todas las cosas en el asiento de atrás, se subió al auto, se besaron antes de arrancar y cinco minutos después estaban en la ruta a ciento veinte kilómetros por hora, con todas las ventanas del auto abiertas en su totalidad, bajo el brillante sol del octavo día de verano, inundados de amor y escuchando a todo volumen "*Voy caminando lento*" del disco "*Big Yuyo*" de Los Pericos.
En el camino, Rafa no paró de enfatizar lo hermoso que era el lugar al que irían y la suerte que tenían con el clima, al haberles tocado tan lindo día. Gisela, mientras seguía las indicaciones para

llegar, le confirmó que tuvo que decirle a su mamá que se quedaba en lo de Laura, y sí o sí tenían que volver a la mañana. Por eso, traía su reloj despertador de la mesa de luz. Rafa, después de escucharla, le contó cuales eran los distinguidos manjares que había robado de su casa para degustar, al mismo tiempo que le sacaba cuidadosamente los anteojos de sol y se los probaba mirándose en el espejo del parasol del acompañante.
Ella no demostró mucha emoción a las delicatessen seleccionadas para catar, pero estaban viajando juntos y eso sí la emocionaba. Sin sacar las manos del volante, desvió la mirada dos segundos para ver cómo le iban a Rafa sus anteojos y, acompañada por uno de los gritos del bahiano, tiró una carcajada por lo mal que quedaba su rostro cuadrado con los cristales redondos. Le recomendó otro diseño de marco.
Durante la siguiente media hora el paisaje fue cambiando, las casas al lado de la ruta fueron siendo cada vez menos hasta que en su lugar se visualizaban, detrás del alambrado, extensiones de campos. Algunas con plantaciones y otras con manadas y rebaños de animales. De a poco el oxígeno en el aire se sentía más puro y la humedad iba bajando junto con algunos grados centígrados. En el horizonte de la ruta se veían algunas verdes montañas y más arriba, en el cielo celeste, unas cuantas nubes blancas que completaban la vista y se movían lentas por el viento de las alturas.
Llegando al lugar que tenía Rafa en la cabeza, el pavimento se convirtió en tierra, obligando a Gi a bajar la marcha a paso de hombre y la vegetación se acercó un poco más al camino ya sin la mano del hombre que la limite. De repente apareció el espejo de agua que reflejaba fielmente todo ese magnífico cielo.
Estacionaron muy cerca de la orilla. Rafa se bajó rápido, caminó unos metros, se puso de espaldas al lago y de frente al auto, abrió los brazos, sonriendo y mirando a Gi, que estaba abriendo su puerta, le gritó: —¡Bienvenida al paraíso! — Ella, al instante, se enamoró aún más del chico que tenía delante y, bañada en toda esa solitaria y desolada naturaleza, pisó el verde suelo y corrió hacia él. Se le trepó de un salto, él la sostuvo, se dieron un pico y sin bajarse de su cintura, ambos giraron la mirada hacia el agua: —Es hermoso este lugar.— Dijo ella y él asintió con la cabeza.
Por algún motivo extraño, la intuición de Rafa lo alertó de que algo detrás de ellos no estaba del todo bien. Giró su cabeza hacia atrás y vio el *Twingo* celeste, con ambas puertas abiertas en su totalidad, moviéndose, solo, muy lentamente en dirección hacia el lago. Gisela, sin darse cuenta, lo había dejado en punto puerto cuando se bajó y el auto estaba descendiendo, gracias a la mínima pendiente, rumbo a su destrucción total por inundación y posterior baja del registro del automotor.
En el momento en que Rafa se percató de esto, no tuvo tiempo de emitir palabra, la soltó a Gisela y se fue corriendo a detener el *Twingo*. Ella no entendía nada hasta que lo vio saltar adentro del habitáculo cual Superman y mover bruscamente la palanca del freno con la mano. El auto se detuvo a una escasa distancia del agua.
—Boluda, ¿Pretendés que volvamos caminando? — Preguntó Rafa saliendo con los ojos muy abiertos luego de salvar el auto.
Ella se limitó a mover la cabeza de izquierda a derecha mordiéndose el labio inferior. Después de ese trunco percance, ambos bajaron las cosas y, mientras Rafa armaba la carpa, Gi fue a recorrer el lugar en busca de leña y palitos para, más tarde cuando caiga la noche, hacer una fogata.
Al terminar de clavar la última estaca atada con la soga del whisky, Rafa se metió para acomodar la frazada que haría de colchón en el interior. Estando dentro en cuatro patas, escuchó cómo Gisela dejaba caer la madera que había recogido, muy cerca de la entrada, y se acercaban sus

pisadas hacia la carpa.
Ella se puso en cuclillas y movió uno de los lados para mirar al interior dándose de frente con la cola de Rafa. Esa pose le ameritó un pícaro pellizco, haciéndolo saltar por el pinchazo en la pompa derecha. Él se dejó caer tras el dolorcito y, desde el suelo, le comunicó que la humilde morada ya estaba lista para pasar la noche.
Gisela lo vio acostado y sin dudarlo entró en cuatro patas a la carpa, se subió arriba de él y desesperada lo empezó a besar. Metió su lengua en la boca de Rafa y él, con las dos manos le acariciaba los glúteos y la espalda. Ambos empezaron a excitarse y él, con su misma desesperación, le sacó la remera y el corpiño al mismo tiempo. Ella le desprendió la bermuda de jean y bajando por su cuello, llegó hasta su sexo para darle placer oral, mientras él enredaba los dedos de ambas manos en sus rulos. Tras algunos movimientos de Gi, Rafa tuvo que concentrarse para no tener un orgasmo, hasta que fue casi inminente, entonces para disimular, la apartó con las rodillas y la volvió a traer con las manos hasta su boca para besarla, dándose un poco de alivio. —¿No te gusta? — Le susurró muy cerca, ella. Él le contestó: —Al contrario.— Para seguidamente morderle los labios con suavidad y liberar un poco más de tensión. Ella lo entendió.
Después Rafa decidió cambiar de posición y, en un movimiento un poco brusco, se dieron vuelta quedando ella debajo. Él le sacó las zapatillas y las medias para después con las dos piernas en alto sacarle el pantalón vaquero. Ella dejaba que él maneje la situación. Le sacó la bombacha y quedó desnuda. Ella se sentó y le sacó la remera para después volverse a recostar. Él se acomodó entre sus piernas y se le tiró encima. Gisela, abrazándolo, le advirtió al oído que estaba muy mojada y eso lo excitó más.
Él volvió a enredar su mano izquierda con su pelo y, con la derecha tomó su sexo y la penetró haciendo que su gemido haga eco en toda la inmensidad. Hicieron el amor en una sola posición y, cuando estaban bañados en el sudor del otro, Gi se dio cuenta de que Rafa estaba por acabar al notarlo cada vez más apurado e intenso. Un poco asustada, golpeó su espalda rápidamente tres veces y le pidió que no lo hiciera dentro de ella. Rafa, muy desconectado del mundo, tuvo que esforzarse para escucharla y, en un momento de lucidez, sacó su miembro y, en esa misma posición, se masturbó para terminar.
Un momento después de ese acto, Rafa volvió a besarla en los labios para continuar el camino, dejando un rastro de saliva, hasta su vagina. Y ahí se quedó, lamiéndola, con las piernas enredadas en el cuello y las manos de Gi en su nuca, apretándolo contra el pubis en un acto reflejo, hasta que llegó al clímax y tembló hasta la última célula de su cuerpo.
Se quedaron abrazados sintiendo su desnudez, tan relajados como exhaustos. El cierre de la carpa abierto, dejaba fluir una pequeña brisa que se colaba al interior y acariciaba sus cuerpos. Así dormitaron un rato hasta que el cantar de las chicharras y el croar de las ranas en plena época de apareamiento, bajo los últimos rayos del sol de la tarde, los despertó.
Se volvieron a poner la ropa y salieron a la naturaleza. Gisela había llevado un termo con agua caliente y yerba. Se sentaron afuera de la carpa, en el pasto, a ver el dorado atardecer. Quedaron en silencio, escuchando los sonidos que el entorno les daba, mientras tomaban mate y se acariciaban las manos cada vez que se lo pasaban.
Gi, admirando la inmensidad que la vida le estaba regalando, fue consciente de que vivía un hermoso momento. Quiso palpar esa conexión con la naturaleza y, sentada con las piernas cruzadas como estaba, apoyó las palmas de las manos en el suelo, sintiendo la humedad de la hierba y la textura de la tierra, para vibrar en conjunto. Su alma rebalsó de bienestar y ese sentimiento la llevó a exhalar el aire de sus pulmones y volver a llenarlos suavemente, mirando

al horizonte. El sol se estaba escondiendo y el sonido de la voz de Rafa le avisó que le tocaba el mate.
Se encontraron con la mirada y esa plenitud contagiosa, lo alertó de que era un momento único. No podía dejar que el tiempo se lo lleve y se levantó sin dar explicaciones, siendo seguido por la tierna mirada de Gisela. Buscó en su mochila y volvió a sentarse con la cámara de fotos en la mano. —¡Whisky! —Fue lo que le dijo antes de hacer click y que quede su imagen grabada en el negativo.
Al irse la luz del sol y bajar la temperatura, Rafa se puso su polar y Gisela un rompeviento. Mientras él acomodaba la madera para la fogata, ella se sentó cerca a armar unos sándwiches. Rafa llenó de bolitas de papel la base y después acomodó cuidadosamente cada tronquito que recolectó Gi. Buscó en su mochila y prendió el fuego con su *Zippo*. La madera empezó a arder y a tirar chispas naranjas y luminosas por el aire. Una pequeña brisa llevó una de las chispas hasta la zapatilla *Topper* derecha de Gisela, sin que se diera cuenta. Al ratito percibió calor en el empeine del pie y era porque esa chispa había generado una pequeña flama que estaba formándose en el cordón que la ataba. Cuando sus ojos vieron el fueguito, rápidamente lo apagó golpeándolo con la palma de la mano y se percató de que se había cortado el cordón.
Ella sacó los dos pedazos de su zapatilla, que quedaron con una punta negra cada uno, e insultándose a sí misma, se los mostró a Rafa. Él le dijo que no se irritara, que lo solucionaría fácil. Buscó el *Tramontina* en su mochila y fue hasta una de las esquinas de la carpa, a donde estaba la estaca con los tres metros de la soga del whisky, cortó el sobrante y se lo puso en la *Topper* a Gi, haciéndole un nudo casi perfecto, suplantando el cordón partido por el fuego. Ella se lo agradeció dándole un beso de lengua en la boca.
Problema solucionado, cenaron muy temprano, bajo una enorme luna llena que los iluminaba, calentados por las llamas encendidas en la leña crujiente y chispera. Charlaron, se rieron, se enamoraron más y se burlaron de las actitudes de sus mejores amigos.
La madera se consumió y, después de tapar las cenizas que quedaron encendidas con tierra para que no hubiera ningún accidente, se metieron en la carpa para volver a hacer el amor, pero esta vez Gisela tomó las riendas y todo fue más lento y suave. Cuando estaban adormecidos, nuevamente exhaustos, justo antes de quedarse dormidos, Rafa, se acercó al oído de Gi y en voz baja le dijo un tímido: —Te amo— que fue correspondido y respondido con un: —Yo también —. En esa plenitud los vino a buscar el sueño y los encontró casi en el mismo instante a ambos.
Por la mañana el repetitivo, irritable y taladrante ruido del reloj despertador plástico chino, les interrumpió el sueño, a las ocho. Levantaron el campamento adoloridos y mal dormidos por la dureza del lecho. Salteándose el selecto desayuno refinado y planificado, de galletitas con picadillo y agua al tiempo de la canilla en cantimplora. Se subieron al auto con sus respectivas ojeras, para emprender la vuelta.
Gisela le cedió el volante a él y volvieron a la ciudad cansados y distraídos. Cerca de las nueve llegaron a la casa de Rafa. Se besaron despidiéndose, él agarró como pudo todas sus cosas que estaban mal guardadas en el asiento de atrás y caminó hasta la entrada pasando el portón. Ella, sin bajarse del auto, se cambió de asiento al del conductor para seguir viaje y antes de poner primera, le sopló un beso a la distancia que Rafa agarró antes de meter la llave en la cerradura.
Inmediatamente entró a su casa y no había nadie. Subió a su habitación, dejó todo en el piso y se desplomó en la cama cayendo en un profundo sueño de diez horas. Cuando se despertó, cerca de las 19:30, bajó y seguía solo en casa. Esta vez se propuso no volver a caer en la misma incertidumbre, así que fue hasta la heladera esperando encontrarse con alguna nota, pero no había nada.

No le dio importancia y, después de meditarlo, se preparó una enorme leche con chocolate, que acompañó con un paquete de galletas Opera que encontró en la cocina y, sabiendo que seguramente eran para que Irene lleve a la Colonia, igual decidió comer. Volvió a su habitación con la merienda, a ver si encontraba alguna película decente en la tv y, sin suerte, terminó viendo un documental de hienas moteadas que se centraba en los robos de comida que sufren por parte de los leones.
Antes del final del documental se escuchó a Elena entrar a la casa y subir rápido las escaleras. Cuando la vio entrar a la habitación la notó totalmente desencajada, histérica y desesperada.
—¿¡Dónde estuviste todo el día!? — Le gritó Elena.
Rafa suspiro y pensó “volvimos a la normalidad” y contestó: —Estuve aquí mamá. Me desperté hace un rato.
—¿¡Cómo que estuviste aquí!? — Dijo agitada.
—Sí, estuve acá. Llegué a la mañana, no había nadie, me dormí y ahora estoy tomando la leche. — Explicó.
Elena apoyó la espalda en la pared, hiperventilando y mirando al suelo le dijo a su hijo: — Escuchame, hay algo que está sucediendo y no entiendo… —Sonó el timbre de la casa interrumpiéndola y sobresaltándola aún más.
Dejó de hablar y se dirigió casi corriendo a la escalera. Él, cayendo en cuenta de que algo no estaba bien, y sin entender nada, la siguió por detrás exigiendo que termine de explicarle que pasaba.
Corrieron a la entrada, Elena la abrió y unos metros más atrás, a sus espaldas, Rafa estaba expectante. Del otro lado de la puerta, tres policías. Dos uniformados y uno de traje gris y bigote.
El oficial de traje intentó hablar, pero no pudo decir palabra ante la mirada fija de Elena, entonces tomó el control de la situación el mayor de los uniformados y preguntó:
—¿Usted es Rafael Risi? — mirándolo muy seriamente a Rafa.
—Se pronuncia Richi. Sí, soy yo. — Le contestó.
—¿Sería tan amable de dejar ese vaso y aproximarse un poco más a la puerta? Necesitamos hacerle algunas preguntas, — dijo apoyando la mano derecha sobre el arma reglamentaria enfundada en su cinturón.
—Pará. — Contestó Rafa y preguntó: —¿Qué carajo está pasando acá?
Elena, sin sacarle la mirada al oficial de traje, con expresión incrédula y furiosa a la vez, le dijo a su hijo: —Hacele caso al señor, dejá el vaso en la mesa y contestale todo lo que te pregunten.

18 Café o Agua

—Nombre.
—Rafael Alejandro Ricci.
—Edad.
—19 años.
—Ocupación.
—Trabajo en la fábrica de mi abuelo.
—¿Qué hace? Específicamente.
—Me encargo de los muebles de madera a medida. Específicamente.
—Es carpintero.
—Sí.
—¿Tiene hijos Señor Ricci?
—No.
—¿Dónde vive?
—En la casa donde tus compañeros me hicieron estas mismas preguntas, hace un rato. Antes de traerme para acá sin decirme nada.
—¿Dónde estuvo hoy antes de que lleguen mis compañeros?
—Estuve todo el día en mi casa.
—¿Había alguien más?
—No estoy seguro, pero creo que no. Hasta que llegó mi mamá.
—¿A qué hora llegó?
—Un ratito antes de que lleguen tus compañeros.
—Y anoche ¿Dónde estuvo?
—En el campo.
—¿Qué estabas haciendo en el campo?
—Fui con una amiga a pasar el día y nos quedamos a dormir.
—¿Cómo se llama su amiga?
—Gisela Mercante.
—¿Solamente son amigos?
—No. Tenemos una relación.
—¿Una relación de qué tipo?
—De pareja. Amorosa.
—¿Quién más fue con ustedes?
—Nadie, solo los dos.
—¿Exactamente a donde fueron?
—Al Lago.
—Exactamente ¿A dónde fueron?
—Por la ruta 9, medio kilómetro antes de llegar, hay una entrada, a la izquierda, un camino de tierra que bordea una parte del lago y te lleva a la orilla este. Ahí nos quedamos, al lado del agua.
—¿Por qué fueron ahí?
—Queríamos estar solos.
—Llegaron y qué hicieron.
—Hicimos una fogata, comimos, armamos una carpa y a la mañana nos volvimos.

—¿Cómo fue la noche en particular? ¿Discutieron por algo? ¿Se pelearon?
—No. Al contrario.
—Digamos que pasaron una buena noche.
—Sí.
—¿Tuvieron relaciones sexuales?
—Sí.
—¿La carpa la tiene usted?
—Sí.
—¿Dónde está?
—En mi casa.
—¿A qué hora volvieron?
—No sé con exactitud. El despertador sonó a eso de las ocho, recogimos todo rápido y volvimos a la ciudad.
—¿Por qué volvieron tan temprano?
—Ella quería estar en su casa antes de que abran los comercios. Su mamá necesitaba el auto para ir a buscar no sé qué cosa.
—Entonces, fueron en el auto de ella.
—Sí.
—¿Qué auto es?
—Un *Twingo*.
—Volvieron a la ciudad hoy a la mañana ¿Y qué pasó?
—Me dejó en mi casa y se fue a la suya.
—¿Y qué hizo en su casa, solo, todo el día?
—Dormir.
—¿Duerme mucho?
—A veces tengo problemas con el sueño y me cuesta encontrarlo. Pero particularmente fue por la incomodidad de pasar la noche a la intemperie.
—Volvió la mañana y se desmayó.
—Algo así.
—¿No le parece que Gisela es muy chica para que la dejen irse con usted toda la noche? Y en el auto.
—Cuando lo planeamos me dijo que no la iban a dejar, pero que iba a encontrar alguna excusa para que la madre no se entere.
—Le mintió.
—Sí.
—¿Sabe qué le dijo?
—Que se quedaba en lo de su prima a dormir.
—¿Cómo se llama la prima?
—Laura Gonzales.
—Esta chica ¿Sabía cuáles eran sus planes y que, en teoría, se quedaba en su casa?
—La verdad es que no lo sé.
—¿Gisela se lleva muy mal con la madre?
—A mí nunca me mencionó nada malo.
—Bueno, puede ser que no se lo cuente directamente, pero hay veces que se puede llegar a notar cuando dos personas no se llevan de la mejor manera.
—No noté nada raro.

—¿Y es conflictiva de alguna manera? Vio que está de moda ser medio rebelde hoy en día.
—Para nada.
—El teléfono de su casa ¿Está muy lejos de su habitación?
—¿A qué viene esta pregunta?
—Curiosidad.
—Digamos que sí, mi habitación está en un primer piso y el teléfono, abajo. En la otra punta.
—Claro, ahí arriba nadie le rompe las bolas.
—No te creas.
—¿Quiere café? ¿O agua?
—No.
—¿Un cigarro?
—Tampoco ¿Me podés decir porque estoy acá?
—Hoy a la tarde se presentó, aquí en la seccional, la Señora… Rosa Schwartz… Diciendo que desconocía el paradero de su hija, Gisela Mercante.
—¿Cómo?
—Deme un minuto… Manifestó que ayer se fue de su domicilio en el rodado *Renault Twingo* chapa patente A829847, con destino a la vivienda de su tía, para hospedarse durante la noche en la misma. Esa fue la última vez que la vio. Y esta mañana, al percatarse de que no retornaba como habían quedado, se comunicó vía telefónica, con su consanguínea y esta le manifestó que Gisela no pasó la noche en ese lugar. Inmediatamente consultó a su sobrina si sabía algo del paradero de su hija y esta le confesó que la misma había planeado irse a pasar la noche a las afueras de la ciudad, con el novio y regresaría en horas de la mañana. Pasado el mediodía y, sin tener novedad del paradero de su descendiente, la Señora Schwartz dispuso comunicarse, vía telefónica, con la madre de Rafael Ricci, el que sería señalado como novio de su hija. La progenitora del joven Ricci, de nombre María Elena del Rosario Martínez Iraola, le manifestó lo mismo que su sobrina y también que no tenía noción del paradero de su propio hijo. La Señora Schwartz al verse sobrepasada por la situación, que, según ella, es totalmente atípica tratándose de su hija, resolvió apersonarse en las inmediaciones de la seccional primera, siendo las 18:00 horas, para realizar la denuncia.
—Entonces, me dejó y no volvió a su casa.
—¿Lo puedo tutear Ricci?
—Sí.
—Hasta el momento, sos la última persona que la vio. Además de haber pasado toda la noche con ella, los dos solos, en el medio de la nada.
—No tiene ningún sentido. A mí me dejó en mi casa y se fue a la suya. Fue a la mañana.
—Lo que no tiene sentido es que vos digas que estabas en tu casa y tu mamá, en ese mismo lugar, diga que no sabía de tu paradero.
—Eso pasa todo el tiempo, ya te expliqué que mi habitación está apartada de la casa. Te lo puede confirmar mi vieja, que debe estar ahí afuera.
—Te voy a decir la verdad, Rafael. Hoy, después de que hablaste con mis compañeros, creyeron pertinente traerte acá para ampliar un poco más tu declaración. Y por eso estamos hablando vos y yo ahora.
—Eso no me importa, hay que encontrar a Gisela.
—Quedate tranquilo que en este momento la investigación sigue su curso y la están buscando por todos lados. Hasta van a ir al lugar donde me dijiste que durmieron para buscar pistas o algo que develе un poco toda esta situación. Y, te soy sincero, yo quiero creer que no tenés nada que

ver con su ausentismo. Además, agradezco tu cooperación. Pero te digo una cosa… Si hay algo más que tengamos que saber de alguna cuestión que pueda haber sucedido, tal vez sin querer, tal vez… no sé… un accidente… lo mejor que podés hacer es contármelo ahora.
—¿Cómo es tu nombre?
—Alonso.
—Alonsito, ¿por qué no te vas un poquito a la gran puta madre que te parió?
—Tranquilazate, y no me faltés el respeto porque te estoy hablando bien.
—Vos me estás faltando el respeto a mí con lo que estás insinuando. Salí a hacer tu trabajo y dejá de perder el tiempo conmigo. ¿Dale?
—Ah, bueno ¿Se te crecieron los huevos de repente?
—No, los tengo bien puestos.
—¡¿Le hiciste algo a Gisela sí o no?!
—No. Y deja de golpear la mesa que no me das miedo.
—¿Sos muy machito, no?
—Mirá, Alonso, te voy a explicar una cosa. Entiendo que esto es tu trabajo, hacerte primero el bueno, después presionar un poco y dejame decirte que lo hacés medianamente bien. Pero, estás equivocado con el rumbo que estás tomando. Ya te conté lo que pasó, lo que hicimos y como fue mi día. No hay más nada. Entonces, tenés dos opciones. O me acusas formalmente y llamo a un abogado, o me dejás salir a hacer lo que vos deberías estar haciendo en este momento.

19 Té de Tilo

Elena está sola y algo pálida, sentada en el asiento del conductor del *147*. El auto está estacionado y ya tiene el motor frío, las ventanillas están cerradas, a pesar del calor que acompaña a la noche y tiene la radio prendida a un volumen casi imperceptible. Ella está rezando en voz baja, con las manos entrecruzadas en la falda y la mirada puesta en el escudo de la policía, que está arriba de la puerta de la seccional. Su pierna derecha hace un sutil movimiento, rápido e involuntario, de arriba abajo y siente un fuerte dolor pulsátil en la frente y detrás del ojo.
Mientras pedía a la virgen que no pase nada malo con su hijo y le prometía ser una mejor madre si respondía a sus súplicas, vio salir por la puerta al oficial con bigote que se había presentado en su casa, el de traje gris. El policía se paró en la vereda, miró para ambos lados y, al divisarla sentada en el interior del coche, caminó unos pocos metros hasta donde estaba. Se paró del lado de la puerta del acompañante y le golpeó el vidrio dos veces con los nudillos. Elena estiró el brazo, levantó el seguro de la puerta y él entró.
—Podrías haberme avisado que iban a ir a buscarlo, Luis.— Fue lo primero que le reclamó Elena cuando estuvo sentado a su lado, mientras él giraba la manija que bajaba la ventanilla.
—No sabía que íbamos a tu casa y menos a interrogar a tu hijo. Me enteré en el camino y ya era tarde para advertirte de algo,— Le explicó y metió su mano al bolsillo interno del saco para sacar una petaca de vidrio de *Old Smuggler* a la mitad. Le desenroscó la tapa de chapa pintada de negro y, ofreciéndosela, añadió: —Dale un trago que te va a ayudar a tranquilizarte —.
Elena agarró el whisky con la mirada hacia el frente, sin siquiera cambiar de posición la cabeza, tomó dos grandes sorbos que marcaron su fuerte paso por el esófago, se quedó con el envase entre las manos y le preguntó: —¿Ahora qué va a pasar con él? —, buscando una respuesta que le sacara algo de ansiedad.
—Nada.— Contestó muy tranquilo Luis.— Estuve detrás de la puerta todo el tiempo, escuchando lo que contestaba y tengo que decirte que tenés un hijo muy valiente.
—Si hay algo a lo que no le tiene miedo es a la autoridad, y lo digo yo que soy la madre—, dijo un poco más aliviada y preguntó: —¿Por qué no sale todavía?
—Ya lo largan, le están diciendo que, si se entera de algo que vuelva y lo informe, le van a agradecer por su colaboración, le van a pedir que siga cooperando, le van a tomar los datos de contacto y todo lo demás… Rutina… — Le contestó de memoria.
—Necesito que me digas cuál es la real situación de Rafael.— Exigió siendo punzante con las palabras.
Hubo un silencio que invadió el habitáculo unos momentos, Luis se debatió internamente si contestar o no y, al ver a Elena acercar el pico de la petaca de nuevo a sus labios, y notar un pequeño temblequeo en las manos, optó por hablar.
—Por el momento no hay evidencia que lo involucre en algo, no lo podemos acusar de nada. Pero lo que está pasando no es simple. Se va con la piba toda la noche, ella no vuelve, la madre la busca, habla con vos y le decís que no sabés nada de tu hijo, hablamos con él y nos dice que estuvo todo el día en la casa… Y la piba no aparece. —
—¿Tengo que llamar a mi abogado? —Preguntó aun sabiendo la respuesta desde el preciso momento en el que vio a la policía en su casa.
—Mantenelo al tanto, si eso te deja más tranquila. —Contestó reacio, pero consciente de que era lo mejor para Rafael.

—La realidad es que no hay nada en contra de él, salvo el detalle de los dichos cruzados. Lo que tiene a favor es que coincide lo que declaró con lo que dice la madre de la piba, además de ser totalmente cooperativo, claro. La prioridad ahora es dar con su paradero… Y lo más probable es que la pendeja haya agarrado el auto, se haya dado a la fuga y, en este momento, esté en su ciudad natal de joda con algún otro novio que tenga por ahí. En cualquier momento algún control policial va a dar con el vehículo y nos va a informar el paradero.
—No me quiero ni imaginar lo que está pasando la madre de esa chica, por Dios. —Mencionó Elena siendo invadida por la empatía maternal.
—Este tipo de cosas son más comunes de lo que imaginás. Todo el tiempo vienen con el cuento de que tal se fue y no volvió. — Mintió, esperando que la angustia no siga creciendo. —Y resulta que al final estaba con los amigos y se había olvidado de avisar.
Elena percibió las buenas intenciones y, aunque fueron inservibles, le siguió la corriente diciendo: —Supongo que será habitual. Lo que no lo fue, es la manera en la que se conocieron vos y mi hijo.
Luis, abriendo la puerta del auto con la mano derecha y con la izquierda dejándole la tapita del whisky sobre la pierna a Elena, le contestó antes de bajarse: —Ya habrá otro momento en el que podamos presentarnos como corresponde. Me voy, bella.— Le dio un beso en los labios y se dirigió a la entrada de su lugar de trabajo.
Cuando estaba pasando por el portal se cruzó con Rafa que salía del interior de la seccional. Luis lo miró para intentar saludarlo o entablar alguna corta conversación, pero él lo esquivó a propósito sin cuidar que eso se note y siguió caminando muy serio en dirección al *147*. Elena al ver a su hijo sin ningún policía que lo custodie, le aminoró el dolor de cabeza y muy apurada tapó y escondió la petaca en su cartera. Él se subió y empezaron su marcha en dirección a casa.
En el camino, las preguntas iban de un lado al otro. Rafa, después de contestar que estaba bien y que no lo habían golpeado ni maltratado, le tuvo que contar lo que hicieron, adónde fueron el día anterior, a qué hora volvió a la casa y explicar todo a detalle. Elena sacó la conclusión que él llegó cuando fue a dejar a Irene a la colonia, y, cuando volvió nunca se dio cuenta de que estaba arriba en su habitación. Ella le contó la charla que tuvo con la mamá de Gi y, que, al volver a buscar a Irene por la tarde, decidió dejarla con los abuelos, porque la sensación de que algo malo también le podría haber pasado a él, la invadió y, para esa altura del día, ya tenía decidido salir a buscarlo si todavía no había vuelto.
Llegaron y después de la insistencia, sin éxito, de Elena para que Rafa comiera algo. Él subió a su habitación, que todavía seguía desordenada y con las cosas del campamento en el piso, abrió la ventana y se puso a fumar. Su cabeza no terminaba de comprender por qué Gi, después del hermoso día que habían pasado, tomó la determinación de irse sin decirle nada a nadie, de escapar. Rafa entendía que ella no pasaba por una situación cómoda, que tal vez le estaba costando más de lo que expresaba todo el momento de cambio que transitaba, pero igualmente le sorprendía esa actitud. La situación tenía poco sentido, y se pasó toda la noche caminando en círculos y descalzo, tratando de darle un propósito a su accionar.
Elena, por su parte, tampoco tuvo el suficiente apetito como para cenar y solamente ingirió un té de tilo con dos rodajas de limón, que se llevó a la cama y, cuando la taza iba por la mitad, la rellenó con lo que quedaba de la petaca. Ella sí pudo conciliar el sueño. Hasta que fue interrumpido por el sonido de la ducha que se estaba dando Rafa, a las siete de la mañana. Esas gotas, a esa hora, le gritaban que su hijo no había pasado una buena noche.
Se levantó, se puso su bata y las pantuflas. Fue hasta el baño y le ordenó que, cuando termine, vaya a desayunar. Sus palabras no le dieron ni la posibilidad, ni el tiempo para que contestara.

Preparó café, tostadas, calentó leche y llevó su tv a la cocina, así lo distraía un poco, aunque sea con las noticias de *ATC*.
Rafa salió del baño, se cambió y le hizo caso a su madre. Tomó un sorbo de café y mordió la esquina de una tostada sin acatar el consejo de Elena a ponerle mermelada o manteca.
El teléfono sonó y dio un cimbronazo en todas las paredes de la casa. Rafa se levantó de un salto y corrió para levantar el tubo.
—¡Hola! —Gritó esperanzado con escuchar del otro lado la dulce voz de Gisela. Pero no, era un hombre que le dijo: —Hola, ¿me pasas con Elena? Por favor.—
Dejó el tubo en la mesita y le dijo a su mamá, que lo estaba observando, que la llamada era para ella, volviendo cabizbajo en dirección a la cocina.
Elena, esperó a que su hijo se fuera del living y tomó la llamada. Se limitó a escuchar con los ojos cerrados, parada y repitiendo: —Entiendo —De vez en cuando, durante los 13 minutos que duró la llamada. Colgó, volvió a la cocina y se sentó en frente de su hijo.
—¿Quién era? — Preguntó desganado y con la mente en blanco, al verla sentarse en la mesa.
—Uno de los oficiales que vino ayer.— Contestó concentrada, cuidando las palabras.
Esa frase despabiló a Rafa por completo, y, con ansiedad, le preguntó qué le había dicho y si tenían alguna noticia. A lo cual Elena contestó —Sí … Hay noticias…—Suspiró y continuó: — Su mamá fue a la seccional a la madrugada, declaró que recibió un llamado extorsivo diciendo que la tienen secuestrada
—¿¡Qué!? —Fue lo único que pudo salir de la boca de Rafa.
—Sí, eso le dijo a la policía.
—¿Y qué quieren esos hijos de mil puta? ¿Plata?
—No, parece que es complejo el asunto. Lo que piden los secuestradores es que se haga cargo del asunto el padre de Gisela, no piden nada más, lo quieren a él. La policía interrogó a la madre y confesó que el papá estuvo toda la vida vinculado al narcotráfico y que, últimamente, habían recibido muchas amenazas, llegando al punto de tener que escaparse de la ciudad donde vivían antes. Esa es una de las razones por la cual se vienen para aquí. Estaba tratando de cuidar a su hija. — Los ojos de Elena se empezaron a llenar de lágrimas y la voz se le quebró por momentos, pero no dejó que el llanto le gane y continuó —La madre le dijo a la policía que no sabe del paradero de su ex esposo, que hay muchas personas que le quieren hacer daño y que los secuestradores le dieron la ubicación exacta de dónde dejaron el auto, en un descampado, no muy lejos. Un patrullero fue hasta el lugar y se dio con que los secuestradores lo incendiaron, después de abandonarlo.
Rafa se levantó de la mesa y gritando —¡Tengo que hacer algo!
—No hijo, no tenés, ni podés hacer nada. —Continuó Elena aguantando, aún más, las lágrimas.
— La policía se está encargando de buscarla y también están tratando de dar con el paradero del padre. Van a analizar el auto, pero en el estado que está, no creen que sea de mucha ayuda.
—¿Y dónde mierda está el padre?
—Nadie sabe, es una persona que, además de tener enemigos pesados, está prófuga de la justicia hace tiempo.— Contestó con la mirada fija hacia la ventana donde se veía la calle. —Pero eso no es lo importante ahora.
—¿Qué estás diciendo mamá? ¿Cómo que no es importante? La tienen secuestrada a Gisela y resulta que es por el turbio del padre
—Rafael, escuchame con atención, con esa llamada la situación cambió. En este momento, está viniendo la policía para aquí. Te van a volver a hacer preguntas y tratarán de averiguar si no tenés nada que ver con el secuestro…

—¡Pero la puta madre, otra vez con la misma boludez! —Interrumpió Rafael a su mamá, parándose y tirando un repasador al piso.
Elena, rápidamente también se levantó de su silla, corrió la mesa con la cadera para acercarse a Rafa más rápido, volteando las dos tazas sobre el mantel y con sus dos manos agarró la cabeza de su hijo, obligándolo a que la mire a los ojos. Quedando frente a frente levantó la voz para que lo escuche —¡No me interrumpas y escuchame! — Tras la orden hubo silencio y mirándolo fijo continuó con un tono más bajo: —Les vas a seguir hablando con la verdad a la policía, lo vas a hacer las veces que sea necesario y si te piden que te tirés de un puente también lo vas a hacer y sin chistar. Yo lo voy a llamar al abuelo para que nos mande un abogado y a él le vas a hacer caso en todo lo que te diga.
—Mamá, por favor te pido, no me trates como si yo fuera el culpable.— Imploró Rafa con los ojos llenos de lágrimas.
—Lo único que estoy intentando es que entiendas la gravedad del asunto. No solamente te van a investigar para saber si tenés algo que ver con el secuestro, además, te volviste importante para los canas porque sos el último que la vio… Sé que no hiciste nada, hijo. — El motor del patrullero estacionado en frente de la casa los interrumpió.
Los mismos policías se bajaron del vehículo. Elena respiró mirando al techo, se acomodó un poco el pelo, se abanicó los ojos con las manos y se dirigió a la puerta de entrada.

20 Un Amigo es una Luz

—¿La yuta se va a quedar todo el día en la puerta? — Dijo Claudio, mirando por la ventana el patrullero que obstruía la entrada al garaje.
Rafa, con ojeras en el rostro y sentado en el sillón de su habitación, le respondió afirmativamente mientras apretaba con las manos una revista *Muy interesante* enrollada. Después le pidió que saliera de ahí y cerrara las cortinas.
Con la llegada de la noticia del secuestro, esa mañana la fuerza policial interrogó por tercera vez a Rafael tratando de encontrar más huecos en sus dichos o cambios en su declaración y siendo contundentes con la indagación de su posible vínculo. Hicieron lo mismo con Elena, pero sólo obtuvieron las mismas respuestas, y tal como le advirtieron a ella por teléfono, la policía les comunicó que consideraban de suma importancia la cooperación de Rafael. Por esa razón, el comisario dispuso poner una guardia permanente en la puerta del domicilio, hasta que todo se esclarezca.
Abajo, en el living, Ricardo le decía a Elena mientras revolvía un café —Ya arreglé el tema con el Doctor Cárdenas y me repitió, antes de irse, que nadie más puede hablar con la policía sin él estar presente.
—No creo que vuelvan a preguntar más nada, papá. O patean la puerta y se lo llevan acusado de algo o desaparecen, y aquí no ha pasado nada. —Le contestó Elena mientras tomaba un vaso de agua con azúcar.
—Escuchame, estoy pensando en que también podríamos contratar a un investigador privado para que actúe a la par de la policía. —Expresó Ricardo en voz baja. — Conozco a un tipo, el Negro Quispe, él hace este tipo de trabajos.
—¿El mismo que mandabas a seguirme cuando empecé a salir con Enrique? —Preguntó Elena con gesto de incredulidad.
—Eso fue idea de Mirta que estaba preocupada porque no sabíamos con quién andabas noviando. — Se excusó y continuó: —Quispe conoce gente de los dos bandos, tanto de la policía como de los chorros y puede ser útil.
—No creo que meter a un patovica en todo este quilombo nos ayude de mucho.
Ricardo insistió. —No te convence como detective privado, está bien… Entonces, simplemente hablo con él y vemos qué puede averiguar. El padre de la chica vive en el barro y el Negro conoce muy bien ese mundo. Puede ser de ayuda para que todo esto se termine.
Elena se levantó de la mesa al ver cómo un taxi paraba en la puerta y, seguramente, traía a Mirta y a Irene, mientras lo hacía le dijo a su padre. —Llamalo, pero que no levante la perdiz.

En la habitación de Rafa, Claudio intentaba levantarle el ánimo a su amigo preguntándole: —¿Hacemos una cacería de patos en el *Family*?
—Se me quemó el transformador, además, no sé dónde dejé la pistolita.— Contestó desganado y recostado en el sillón.
—Puedo ir a mi casa a buscar el mío.— Sugirió Claudio.
—No, hermano, la verdad es que no tengo ganas de viciar.— Suspiró y se acordó de algo que tenía que decirle a su amigo. — Che, te pido mil disculpas, los ratis se llevaron tu carpa. Si no me la devuelven te compro una nueva.
—No hace falta, que se la pierdan por el culo los ortivas. — Contestó Claudio volviendo a mirar

por la ventana.
—Se guardaron eso y todo lo que llevé al camping, hasta mi ropa… El abogado de mi abuelo me recomendó que entregue todo si me lo pedían y estos putos me lo pidieron.
—Hay que aguantar, pájaro, esto va a pasar.
—No sé, boludo, está todo muy complicado. Y me preocupa Gisela ¿Dónde mierda está? ¿Y lo del auto? ¿Y el padre? Es todo un quilombo.
—¿De verdad no sabías nada de lo del viejo? —Preguntó Claudio con mucha intriga.
—No, boludo. Alguna vez me dijo que estaba todo mal. Pero nunca que era narco… ¿Podés salir de la ventana la puta madre? — Dijo levantándose del sillón y corriendo a la fuerza a Claudio por el hombro.
—Bueno, no te calientes, pájaro. — Recomendó Claudio antes de sentarse en la cama y continuó: —Cuando venía para acá le conté a mi papá lo que pasó. Primero me dijo que lo que necesités que cuentes con él, y después me contó que había escuchado algo del padre de Gisela en algún momento. Parece que era un delincuente conocido. —Le explicó a Rafa con gestos de incredulidad por no entender cómo ninguno de los dos lo supo antes.

Abajo, Elena abría la puerta de la casa para que entre Mirta de la mano con Irene. Apenas vio a su hija dijo enojada. —Mamá, hacen 42 grados de calor y la traés a la chiquita con un buzo de lana ¿Se puede saber en qué mundo viven ustedes dos?
—Es el pulóver que ella me había pedido que le tejiera. Lo quería estrenar apenas lo vio terminado. ¿Qué querés que haga? —Se excusó Mirta.
—Que actúes como un adulto.— Le contestó y continuó, dirigiéndose a Irene. —Andá a sacarte eso que estás toda transpirada.
Irene corrió a saludar a su abuelo y, luego se fue a su cuarto con la misma velocidad. Elena y Mirta se abrazaron en la puerta y un par de lágrimas de Elena humedecieron la blusa con hombreras de su madre. —Sentémonos hija, sentémonos.— Dijo Mirta cerrando la puerta a su espalda y ambas volvieron a la mesa con Ricardo.
—¿Le diste de comer a la nena? —Preguntó Elena.
—Sopa de letras. —Contestó Mirta y preguntó: —¿No hay ninguna novedad de la chica? — Hubo silencio, que fue tomado como un no y continúo indagando: —¿Qué dijo Cárdenas a todo esto?
—Dijo que hay que estar preparados para posibles cargos contra Rafael, también que si vienen con una orden de allanamiento lo llamamos inmediatamente y que si se hace público, él se va encargar de hablar con los medios. — Le contestó Ricardo a su esposa.
—¿Si se hace público? —Preguntó atónita Mirta
—A mí también me causó tu misma sorpresa cuando lo escuché. Explicó que todo lo del caso de María Soledad está latente y, si la prensa se entera del secuestro, más los matices que tiene a la vuelta, es probable que les interese. — Dijo Ricardo.
—Ay, no por Dios. —Exclamó Mirta.
Elena, con los ojos algo enrojecidos, observó a su padre mientras decía esas palabras y, al terminar le recomendó: —Papá, ¿Por qué no lo vas a llamar a Quispe? Y dejás de ser tan pájaro de mal agüero.
—No tengo la agenda encima. —Contestó y, levantándose de la silla, continuó: —Me voy a ver si lo engancho en su casa. Estas cosas no se pueden hablar por teléfono.
—Vas y volvés.— Le ordenó su esposa.
Ricardo asintió, le dio un beso arriba de la cabeza a Elena, que seguía sentada en la mesa, y abandonó la casa saludando muy cordialmente a los oficiales en la vereda.

Claudio, al prender la tv de la habitación de Rafa, agotando su último recurso para intentar distraer a su amigo, dijo: —Pájaro, veamos si encontramos algo para ver.
—Hermano, te agradezco un montón que estés aquí y que me acompañes. —Reflexionó en voz alta al intento de sacarlo del pozo y continuó: —Pero te juro que tengo la cabeza dada vuelta.
—Ya lo sé, Rafa. —Contestó apagando la tv y sentándose al lado de él en el sillón. —Pero no podemos hacer nada, boludo. Hay que esperar y rogar que la maldita policía haga bien su trabajo.
—Creo que eso es lo peor, no confió para nada en la yuta.
—Yo tampoco, pero no queda otra.
—¿No te dijo nada más tu viejo? —Le preguntó intentando encontrar algo de esperanza.
—No… Pero hablé con Laura. Me dijo que ella te quería llamar, pero le prohibieron hablar con vos.
—¿Qué más te dijo? —Contestó incorporándose.
—Bueno, ella fue la que me avisó lo que estaba pasando y ahí vine para acá. —Claudio se tomó una pausa para tomar aire antes de seguir.—Me contó que su mamá la obligó a que diga todo lo que sabía del plan de ustedes para irse a dormir juntos, que su tía está muy mal, obviamente. También me contó que la policía le hizo mil preguntas y que se siente para el orto.
—La puta madre, boludo. —Se lamentó Rafa.
—Tenés que ser fuerte, pájaro. Te repito, todo esto pasará, y vamos a hacer una fiesta con todos los chicos. ¡Todos! —Dijo con énfasis. —La vamos a hacer en mi casa y vamos a festejar que…
—Irene irrumpió corriendo en el cuarto haciendo que Claudio se quede callado ante su presencia. La pequeña les preguntó: —¿Qué están haciendo?
Rafa contestó desganado: —Pendeja, ¿Cuántas veces te tengo que decir que no vengas a mi habitación?
—Pará un poco, amargo. —Medió Claudio. —Estamos charlando. ¿Vos que hacías?
—Nada, estoy aburrida.
—Entonces te propongo algo para que se te pase.
—¿Qué? —Le dijo Irene con mucha ilusión.
—Que te vayas. —Contestó interrumpiendo la conversación Rafa.
—No te metas, pájaro, yo estoy hablando con tu hermana. — Ordenó Claudio y volvió su mirada a Irene. —Te voy a comprar chocolates…
—¡Sí! — Gritó ella antes de que termine la frase.
—Pero… Nos tenés que dejar solos ¿Trato? —Extendió la mano y fue estrechada por la de Irene.
—Ahora andá a tu cuarto, yo me voy al kiosco a comprar y después te lo dejo en tu habitación.
—¡Bueno! —Exclamó Irene y bajó las escaleras marchando como si fuera una soldado.
Claudio se levantó y trató de convencer a Rafa que vayan juntos hasta la esquina a comprar, idea que no tuvo éxito. Intentó incorporarlo a la fuerza, pero el pájaro se resistió. Cansado de tantas negativas le dijo: —Voy solo. — Y se dispuso a ir hasta lo de Doña Normita.
Bajó las escaleras pensando en comprar algunas golosinas y snacks para llenar la mesa ratona de comida y ver si con eso le levantaba algo el ánimo a su amigo. Cuando pasó por el living se dio cuenta que las mujeres se quedaron en silencio cuando notaron su presencia y Mirta, intentó disimular con la frase: —Hace mucho que no te veo, Claudito… Estás más rellenito.
—Puede ser señora. —Contestó y preguntó: — Voy al almacén ¿Necesitan algo?
—No, hijo, andá tranquilo. Llevate la llave, así no tocás el timbre cuando vuelvas.— Contestó Elena y Claudio salió de la casa.
Cuando pasó por al lado del patrullero los miró desafiante a ambos policías, que, con experiencia en provocaciones de ese tipo, fijaron los ojos en el horizonte y no cruzaron miradas. Claudio

caminó los treinta metros que lo separaban de la esquina y entró en el almacén de Doña Normita, dándose con que ella no estaba y, en su lugar, atendiendo el negocio, estaba Don Chicho.
—Buenas.— Saludó apenas cruzó la cortina de tiras plásticas recién instalada con el fin de impedir el ingreso de moscas y cualquier otro insecto volador.
—¿Qué hacés vos por acá? —Le contestó Chicho con su pesado y pausado hablar, bajando el diario y mirándolo por arriba de los anteojos.
—Acá andamos, Don ¿Cómo va la cosa? —Dijo Claudio con su tono más amable.
—Tirando, pa no aflojar… —Intentó llamarlo por su nombre, pero se dio cuenta que no se lo acordaba y continuó después de una pequeña pausa. —¿Qué necesitás, muchachito?
—Deme una *Pepsi* grande, un paquete de *Frenchitas*, dos *Bonobones*, dos *Titas*… no, mejor dos *Rodesias*, un peso de caramelos *Media Hora*, también unos cuantos *Sugus*, un chocolate blanco de los grandes, una cajita de maní con chocolate y un paquete de *Camel* veinte… no, mejor un *43/70*.
—Muy bien. ¿Algo más?
—Nada más.
En el momento en el que Don Chicho estaba guardando todo lentamente en una bolsa de plástico, le preguntó a Claudio: —Sentime un asunto, muchachito ¿Vos estás en lo de la Señora Elena?
—Sí. ¿Por? —Contestó un poco confundido por la pregunta.
—Decile a Rafita que gracias por las entradas para la carrera, reciencito volvimos. La pasamos bien lindo. Lo único malo fue que había mucha polvareda por todos lados, todos mis nietos volvieron entierrados. Ahí está la Normita bañándolos uno por uno.— Dijo muy sonriente.
—Y es que así son las carreras de seiscientos, usted sabe.
—Sí, claro… Otra cosa… Veo que está la policía en la puerta de su casa desde temprano y entra y sale gente todo el tiempo. ¿Es por lo de la chica? —Le preguntó Chicho, bajando la velocidad en las palabras aún más y borrando la sonrisa que siempre ponía cuando hablaba de sus nietos.
Un serio y dubitativo —Sí — Salió de la boca de Claudio.
—Ya me parecía… Vos sabés que cuando la vi doblar la esquina y pasó todo ese asunto con esa señora… Yo le dije a la Normita “Acá hay algo raro” y, mirá, tenía razón.
—Espérese un minuto, Don Chicho ¿De qué está hablando? ¿A quién vio doblar la esquina? —Preguntó Claudio haciendo montoncito con una mano.
—A la chica del auto celeste.
—¿Qué le pasó a la chica?
—No sé, pero supongo que por eso está la policía en lo de Rafita.
—¿Y qué fue lo que vio en la esquina? Don Chicho, por el amor de Dios. —Preguntó Claudio empezando a alterarse y apretando un billete de cincuenta pesos con el que estaba por pagar.
—Yo estaba afuera, barriendo la vereda a la mañana. Vi un auto celeste que no era de la cuadra y paró en la casa de Elena. En el auto estaba Rafita con una chica. Se dieron un beso y Rafita se metió a su casa. Ella arrancó, dobló y justo ahí, había una señora parada. Estaba hacía un rato largo en la esquina. Te diría que antes de que me ponga a limpiar… El asunto es que cuando esta tipa vio el auto, se le tiró encima. Como si quisiera que la atropellara, y después de que el auto la tocó, se cayó al suelo. La chica, pobrecita, pegó la frenada y se bajó asustada. Ahí, veo que por detrás viene corriendo un hombre… ¿Sabés quién creo que era? El hijo de Doña Alicia, no me acuerdo cómo se llama… La cosa es que él la empieza a insultar a la amiga de Rafita y la mete al auto de prepo. Forcejeando bastante. La tipa que estaba en el piso, se levanta y también sube al auto, como si no le hubiera pasado nada. Y así se fueron, manejando el hombre con las dos

mujeres atrás.
—¿Usted se refiere a Oscar?
—¡Ese! —Chasqueó los dedos.— Oscar se llamaba el hijo de Alicia
—¿Chicho, le dijo esto a la policía? —Preguntó Claudio con claros signos de nerviosismo.
—Aquí no vino ningún agente.
Claudio escuchó esas últimas palabras de Don Chicho y no le contestó, sólo atinó a salir corriendo dejando la bolsa de la compra en el mostrador. Esta vez, él no hizo contacto visual con los agentes de la ley cuando pasó por al lado del patrullero, pero ellos sí lo vieron corriendo desesperado. Intentó acertar la llave en la cerradura cuando llegó a la puerta, pero se le cayó en los pies a la primera, se agachó rápidamente, las levantó, abrió y subió corriendo.

21 A Traición

Rafa abrió lentamente su ventana y, al hacerlo, miraba atento a Claudio que estaba parado en la calle, algo encorvado, al lado del patrullero, del lado de la ventana del conductor. Hablaba con los policías. Ambos uniformados escuchaban sus palabras con la mirada hacia él y, por momentos, se lo veía gesticular con las manos al que estaba de acompañante.
Fue entonces cuando Rafael supo que su amigo había obtenido la completa atención de los policías y era el momento de salir. Se sostuvo del marco de la ventana, subió los pies y saltó al jardín. Cayó con ambos pies y ambas manos al mismo tiempo. Eso le valió una molestia en el tobillo izquierdo que, sin esfuerzo, pasó por alto. Se quedó agachado, esperando que alguno de los policías dé la voz de alto o que Elena salga al haberlo visto a través del ventanal, pero nada de eso sucedió. Levantó la cabeza en sentido al patrullero y vio que sus custodios seguían interactuando con Claudio, giró la mirada y trató de ver para adentro de la casa, pero el reflejo del sol en los vidrios no se lo permitió. Esperó unos instantes más, pero nadie se había dado cuenta de su vuelo.
Se arrastró por el pasto, hasta la puerta de reja del garaje, que estaba convenientemente abierta de par en par, se incorporó muy despacio y se fue caminando en sentido contrario al que circula el tráfico de la cuadra, rogando a Dios, que ningún vistazo a través de algún retrovisor lo divise.
Cuando estuvo fuera del rango de los espejos policiacos, su lento y disimulado caminar, se convirtió en un apurado trote y, al instante, en una corrida desesperada.
Corrió bajo el calor de la tarde y corrió más, hasta que sus pulmones dijeron basta. Su tórax se hinchaba y estiraba al máximo, todo lo que podía. Pero la capacidad de sus órganos respiratorios estaba disminuida por el tabaco. El aire le empezó a faltar y algo de mareo se hizo presente. Tuvo que frenar y, mirando al suelo, con las manos en las rodillas, con el corazón a mil y esforzándose porque entre más aire por su boca, percibió que sus músculos estaban intactos. Podrían haber seguido corriendo por ocho o nueve kilómetros más sin parar, pero sin oxígeno no podía.
En medio del ahogo pudo escuchar que alguien gritaba su nombre a sus espaldas, se irguió, fijó la mirada en los pasos que había dado y vio a su amigo pájaro, corriendo hacia él.
Cuando estuvieron próximos, Claudio se detuvo porque su saturación sanguínea no difería mucho de la de Rafael. Y, entre agitadas bocanadas, alcanzó a decir: —Estos canas son más giles que la mierda.
—¿Qué les dijiste para distraerlos? —Preguntó Rafa con un poco más de holgura.
—Les pregunté cuáles eran los requisitos para ingresar en la Fuerza. — Ambos se encontraron con la mirada y continuó: —Ni en pedo me vuelvo rati, no me mirés así… Pero tendrías que haberlos visto a ellos cómo se les iluminaba la cara cuando me contaban qué hay que hacer para tener la chapa.
—¿No se dieron cuenta? —Dijo Rafa mientras miraba para atrás.
—No. Se quedaron como boludos en tu casa.
—Bueno, vamos.
—Vamos.
Ambos amigos siguieron andando por las veredas del barrio con el paso más rápido que les permitía su sistema respiratorio y, con algo de miedo, de vez en cuando miraban para atrás por si algún uniformado los seguía.

Cuando Claudio subió a la habitación de Rafa y le contó, palabra por palabra, lo que le dijo Don Chicho. El pájaro creía que era una broma, hasta que notó la seriedad en la voz de Claudio y fue entonces cuando explotó de ira. Todo su enojo lo tuvo que manifestar en silencio, no quería que su mamá ni su abuela lo escucharan y subieran a averiguar las razones.

Claudio, después de asegurarse de que su amigo había entendido lo delicado de la situación, le preguntó mirándolo a los ojos: —¿Qué querés hacer? —Él intuía cuál iba a ser la reacción de Rafa ante ese escenario y tenía muy en claro que la opción de recurrir a la policía jamás sería tenida en cuenta.

Rafa no contestó, se acercó a la ventana, movió la cortina para mirar al patrullero y después observó el césped del jardín. A su mente vino el recuerdo de los pensamientos recurrentes que tenía cuando era más chico y no lo dejaban salir de noche. Recuerdos donde por esa misma ventana se planteaba que una caída desde ahí no le haría daño. Caída que nunca se animó a realizar, porque no existía manera de volver a entrar.

Pero esta vez era distinto, esta vez no necesitaba volver. Sólo quería salir sin guardaespaldas y, para eso, todos en la casa, dentro y fuera, tenían que creer que él estaba en su habitación. Entonces se alejó de la ventana y la frase: —Distraelos y yo salto.— Salió de su boca.

Claudio estuvo de acuerdo y sin dudarlo salió de la habitación, bajó por las escaleras, le volvió a prometer un chocolate a Irene, mintiéndole que Don Chicho no tenía, pasó por la cocina y notó que Mirta y Elena estaban en el patio ocupándose de tender la ropa para distraer la mente, se despidió de ambas y salió de la casa para encarar a los policías.

Ya alejados de la custodia, con más oxígeno y niveles muy altos de adrenalina en la sangre, Rafa no podía con su enojo y le expresó a Claudio el desconcierto que sentía tras haber escuchado que su amigo Tenaza, estuvo involucrado en el secuestro. La respuesta de Claudio fue: —Ahí está el gordo hijo de mil puta, lo reventemos hasta que hable.

A unos metros de llegar a la casa de Tenaza, lo vieron estacionando la camioneta y bajarse. Todavía tenía puesto el buzo antiflama obligatorio para competir. Él no se percató de la presencia cercana de Rafa y Claudio.

Los dos corrieron hacia Tenaza, sin entrar en su campo visual. Claudio fue el primero en llegar y lo agarró del cuello por la espalda. Rafa, dominado por la furia, lo golpeó a traición, con el puño cerrado en la sien. El impacto lo mareó un poco, pero no perdió la estabilidad.

Al verlo trastabillar, Rafa pateó su rodilla izquierda con intención de tirarlo al suelo y así dejarlo inmovilizado para que no reaccionara peleando. Sabía que no sería una lucha fácil, aun estando en superioridad numérica y había que evitarlo.

Claudio también lo entendía así y después del puñetazo, empezó a apretar el brazo con toda su fuerza intentando dejarlo sin aire. Tenaza, desconcertado por el inesperado ataque, trató de mantenerse en pie, pero cuando la presión del peso de su cuerpo y el de Claudio en su espalda, se apoyaron en la rodilla golpeada, esta se descolocó y cayó al piso de costado golpeando el cráneo contra el suelo.

Con la cabeza en el asfalto, aturdido y al borde de la asfixia, en el mismo lugar donde hacía unos días habían estado ensayando la canción, Tenaza abrió los ojos y pudo ver borrosamente, a su amigo Rafael parado, gritándole palabras que no entendía por la conmoción. Rafa, desesperado porque sus labios no se separaban para dar respuesta a sus alaridos, lo pateó en la cara haciendo que Tenaza pierda el conocimiento.

Claudio, tirado en el piso y aun apretándole el cuello. Sintió que ya no forcejeaba para intentar tomar aire después de la patada. Lo soltó, se incorporó y, entre ambos, con bastante dificultad, lo sentaron, apoyando su espalda en la pared de su casa.

Lo cachetearon fuertemente hasta que volvió en sí, un momento más tarde. Tenaza apenas podía fijar la mirada, todavía estaba mareado y su nitidez en la visión no era la óptima, cuando pudo entender las palabras de Rafael —¡Hablá, hijo de mil puta! ¡Hablá! —Gritó.
Tenaza, con el poco aliento que tenía, entre balbuceos preguntó: —¿Por qué me pegan?
Rafa, consumido por la furia, volvió a cerrar su puño para golpearlo, pero fue detenido por Claudio que le advirtió: —Lo vas a noquear de nuevo, dejalo que se recupere.
Le dieron algo de espacio y, cuando empezó a recobrar un poco más el sentido, Rafael se puso en cuclillas, lo tomó del buzo apretándole con fuerza y sacudiéndolo, le ordenó: —Decime donde está, la concha de tu madre.
Tenaza contestó mirándolo a los ojos: —No entiendo de qué hablás… Ni porqué me hacen esto.
Esas palabras no coincidían con la mirada en su rostro, y ambos pájaros se dieron cuenta al instante que, además de tener un profundo pánico, mentía.
—¡¿Qué le hiciste?! ¡Hablá, gordo pelotudo! ¡Hablá!
Tenaza agachó la cabeza y se quedó en silencio. Ese gesto le dio la certeza a Rafa que había que presionarlo en ese instante. Lo empujó contra el muro haciendo que la nuca rebote emitiendo un ruido seco, apoyó su antebrazo en la garganta de Tenaza y, ejerciendo poca presión, se acercó a su rostro golpeado y le dijo pausadamente: —Oscar… ¿Qué pasó? Decime dónde está Gisela.
—No sé, Rafa, te juro que no sé.— Contestó Tenaza haciendo una mueca de dolor y agarrándose la pierna.
—¡¿Cómo que no sabés, hijo de puta?! ¡¿Cómo que no sabés?! — Gritó Rafa antes de pegarle con la mano abierta en la mejilla, moderando la intensidad del golpe.
—Yo solamente la entregué a quienes me dijeron y se la llevaron.
—¡¿A quién se la entregaste?! ¡¿Adónde!? ¡Oscar, la puta que te parió!
—Perdón, Rafa, perdón. — Tenaza empezó a llorar y sollozar.
—¡Contestá lo que te pregunto, mierda!
—A mi prestamista… Le debo mucha guita, guita que perdí en el póker… El día de la serenata, uno de sus empleados nos vio y la vio a Gisela. Esa misma noche vino aquí, con más gente y me amenazaron, la amenazaron a mi mamá también. Me dijeron que la querían a Gi… Yo me resistí todo lo que pude Rafa, te lo juro. Pero estaban armados y la apuntaron en la cabeza a mi vieja. Les dije que la dejen y que les iba a hacer caso… Me preguntaron si sabía por dónde andaba Gisela, qué hacía y cuál era su rutina, y les dije que vos me habías contado su plan para ir de campamento… Impedí que fueran al lago porque te iban a hacer boleta, entonces los convencí de que iba a pasar a la mañana por la calle de tu casa. Me obligaron a que la secuestre, perdón hermano, por favor, perdoname.— Tenaza volvió a romper en llanto.
Rafa quedó petrificado ante la confesión de Oscar. Se sentó en frente de él y, habiendo confirmado que el hijo de Doña Alicia estaba involucrado en la desaparición de Gisela, quedó tildado por unos instantes.
Estado mental que fue interrumpido cuando Claudio le advirtió tocándole el hombro y diciendo: —Rafa, ahí viene tu abuelo y la cana.
Rafael giró su cabeza y vio cómo Ricardo se bajaba de su auto, por la otra puerta, del lado del acompañante, hacía lo mismo un hombre corpulento, morocho, de piel trigueña y seguidos por detrás, el patrullero que estaba en la puerta de su casa. Volvió su mirada hacia Tenaza, rápidamente lo agarró con las dos manos por el cuello y apretándolo le dijo: —¡¿A dónde se la llevaron?! ¡Contestame gordo y la concha de tu madre! ¡¿A dónde carajo se la llevaron?!
—No sé. Yo la dejé en un galpón.
—¡¿Dónde está ese galpón?! ¡La puta que te pario!

—En el parque industrial.
El hombre morocho que acompañaba a su abuelo corrió hacia él, le sacó las manos del cuello y, a la fuerza, lo alejó de Tenaza. Al trote se acercó también Ricardo que estaba muy preocupado por la integridad física de su nieto y, al mismo momento, Claudio, fue con la policía a contar todo de lo que se habían enterado, para justificar sus acciones y las de su amigo.

22 En la Vereda

El viejo Don Chicho, se quedó muy consternado por la manera en que Claudio se fue del local y no pasó mucho tiempo para que cayera en cuenta de que lo que había presenciado, la mañana del miércoles, no era poca cosa.
Dejó el diario, salió a la calle, cerró la puerta del kiosco, colgó el cartel amarillento de cartón plastificado que decía *"Vuelvo en 10 minutos"* y emprendió el camino de 30 metros hasta la casa de la Señora Elena.
Les regaló una sonrisa a los oficiales del patrullero de la puerta y tocó el timbre. Enseguida salió Mirta y él le preguntó por la Señora de la casa. Ella buscó en el patio a Elena y ambas salieron para saludar cordialmente en la vereda a Chicho.
Él hizo lo mismo con mucho afecto y les cuestionó en voz baja la presencia policial. Elena eludió los comentarios y elegantemente le preguntó si necesitaba algo o sólo venía a averiguar la razón del patrullero estacionado permanentemente en la puerta.
Chicho le pidió que no se inquietara con sus palabras, tampoco con su visita sin aviso. Le explicó que creía que había visto algo importante, pero que no estaba seguro y necesitaba entender el contexto de algunas situaciones que estaban aconteciendo en la cuadra. Dicho eso, optó por ser directo y le pidió que le cuente qué le había sucedido a la chica del auto celeste.
Elena, un poco confundida por la certeza del dato del color del auto y motivada por la curiosidad de la presencia en su vereda de Chicho, se limitó a explicarle que a esa chica la habían secuestrado y que la policía estaba ahí por una cuestión preventiva.
A esa respuesta, él le narró lo que había visto, le dijo que acababa de contárselo a Claudio y, suponiendo que la situación era más compleja de lo que él imaginaba, se disponía a dirigirse a la comisaría del barrio para declararlo.
Los oficiales, que habían estado escuchando toda la conversación disimuladamente desde el patrullero apostado a unos escasos dos metros, descendieron en el instante e increparon al anciano, cuestionando el porqué de su tardanza en sacar a la luz de lo que fue testigo.
Elena, en el medio de los retos de los oficiales a Don Chicho, sólo pensaba en su hijo y lo que era capaz de hacer después de que su amigo le contara la nueva información traída del kiosco y se le vino a la mente lo amable que fue el mismo Claudio antes de irse, dándole un mal presentimiento. Entonces, con buen tino, le pidió a Mirta que entre a la casa, suba las escaleras y que revisara qué estaba haciendo su hijo.
Mirta obedeció, y, al subir, se dio con la habitación vacía y la ventana abierta. Bajó lo más rápido que pudo, fue a la cocina, después al patio, pasó por el living, revisó cada cuarto, incluido el de Irene, entró al baño y ahí confirmó que su nieto no estaba en la casa. Volvió a salir a la vereda, donde seguían todos reunidos, y, en un ataque de desesperación, le dijo a Elena, con voz elevada, que Rafa no estaba por ningún lado.
Esas palabras trajeron mucha histeria a los oficiales. Todavía no podían terminar de digerir el que se les haya pasado por alto el no haber buscado testigos por la cuadra y ahora también tendrían que lidiar con la ignorancia del paradero de su custodiado. Uno de ellos le pidió encarecidamente a Elena que vuelva a revisar su domicilio para cerciorarse de que no sean erróneos los dichos de Mirta.
Ella entró a su casa, acudiendo a la petición de la policía, para luego salir con la conclusión de que en algún momento Rafael se fue y, lo más probable sea que se haya ido a la casa de Doña

Alicia, a buscar a su hijo.
Fue entonces cuando estacionó, detrás del patrullero, el auto de Ricardo que venía acompañado de Quispe que estaba recientemente contratado para llevar una investigación paralela. Ricardo se encontró con un estado de nerviosismo colectivo en la puerta de la casa de su hija. Después de ponerse al tanto de todo, les ofreció a los policías guiarlos en su auto hasta la casa de Alicia donde, tal vez, estaría Rafael. Además, seguramente tendrían preguntas para hacerle a Oscar.
Los oficiales aceptaron rápidamente la oferta y le ordenaron a Don Chicho que se dirigiera, en ese mismo momento, sin excusas ni pérdida de tiempo, a la seccional para declarar de lo que fue testigo. Y Ricardo, antes de subir a su auto y ponerlo en marcha, le recomendó a Elena llamar urgente a Cárdenas y actualizarlo con lo sucedido.

23 Mosquetón

La noche se hizo presente ese jueves en la vereda de la casa de Doña Alicia. Hay cuatro móviles policiales mal estacionados, en la esquina un agente parado en el medio de la calle, desvía el tránsito para que nadie pase por la cuadra. El fiscal llegó al lugar, también el Doctor Cárdenas, una decena de policías, entre ellos, Luis. Todos iluminados por las luces naranjas de una ambulancia, donde se podía ver a Tenaza adentro, acostado en la camilla, mientras los médicos revisaban las secuelas de la golpiza, él exageraba los síntomas para dilatar el momento de las preguntas.

La puerta del asiento de atrás de uno de los patrulleros, está abierta, sentado con los pies en la calle y las manos entre las piernas, se encuentra Rafa que está siendo interrogado por Alonso sobre lo sucedido, a la vez que todo es rigurosamente supervisado por Cárdenas que escucha cada palabra de su ahora cliente. A unos metros, Luis hace lo mismo con Claudio, que está acompañado por su padre.

Hacía unos minutos que se había ido otra ambulancia, con la sirena encendida, llevando a Doña Alicia al hospital. Presentó un cuadro de arritmia al ver tanto despliegue en la puerta de su casa.

A un costado, Ricardo, que mientras miraba a lo lejos a su nieto, le comentó a Quispe: —Este pendejo está totalmente loco. ¿Como va a hacer una cosa así?

—Loco él y el amigo. — Contestó su hombre de confianza.

—Esto es un quilombo que se hace más grande cada minuto que pasa.

—Menos mal que llegamos justo, si no, capaz que lo mataban a golpes al gordo. —Comentó Quispe.

Y, al terminar su frase, se acercó a ellos Cárdenas que, terminado el cuestionario, quiso ponerlos al tanto de lo que declaró Rafa, y dijo sin preámbulos: —Van a levantar cargos contra tu nieto.

—Me lo imaginé.—Contestó Ricardo demostrando su nula sorpresa por la noticia.

—Agresión y posiblemente también obstrucción a la justicia. —Continuó Cárdenas. — Pero, tenemos a favor que Oscar afirmó lo que vio Don Chicho.

—Supongo que eso es bueno. —Dijo Ricardo con la esperanza reflejada en los ojos.

—Sí, para Rafael, sí… Todo esto lo podemos justificar, porque es el noviecito y pensó que así ayudaba. Podemos encontrarle la vuelta.

—¿Se sabe algo de la chica? —Preguntó Quispe.

—En el medio de la golpiza, parece que Oscar les dijo a los chicos que lo obligaron a secuestrarla.— Respondió el letrado.

—¿Cómo te van a obligar a secuestrar a alguien? ¡Está mintiendo! —Afirmó enojado Ricardo.

—Al gordo este lo juno de las mesas de póker. — Explicó Cárdenas, refiriéndose a Tenaza.— Además de ser un pelotudo, está enfermo, lo cual es una combinación explosiva. Les dijo a los chicos que le debía guita al prestamista y que lo amenazó a él y a la madre. — Hizo una pausa con un gesto de resignación y continuó: —Sea como sea, no importa lo que pase con él. Ni con Claudio, ni con nadie. Ni siquiera con la piba… Acá lo que importa es sacar a Rafael de este problema. —Exageró, tratando de quedar bien con Ricardo.

Este lo escuchó y, cuando terminó, se dirigió a Quispe ordenándole: —Adelantate y fijate si podés averiguar a quién le debía plata Oscar.

Quispe asintió con la cabeza y le preguntó a Cárdenas: —¿Dijo algo de que hizo con la chica?

—Mencionó algo del parque industrial, que la llevó ahí o la dejó por ahí. Los polis no me dieron

demasiados detalles. — Contestó Cárdenas.
Quispe se fue sin pronunciar más palabras. Al mismo tiempo, Ricardo volvió la vista sobre su nieto que seguía sentado, solo, en la parte de atrás del patrullero y le manifestó a Cárdenas que quería acercarse a hablar con él. El abogado lo conversó con la policía y le dieron el visto bueno.
Rafa lo vio acercarse y se levantó del asiento, sin alejarse mucho del patrullero. Se abrazó con su abuelo un largo rato y le pidió perdón.
—Secate las lágrimas, parecés una nena. —Contestó Ricardo a las disculpas.
Y, mientras Rafa lo hacía, le preguntó: —¿Y mi vieja?
—Está en la casa con la abuela y calculo que a esta altura estarán al borde del ataque de nervios.
—¿Sabe algo de todo esto? — Preguntó haciendo referencia a la golpiza.
—Intuyo que alguien ya le debe haber informado. — Dijo Ricardo mirando a lo lejos a Luis que seguía hablando con el padre de Claudio.
—Richard ¿Te puedo pedir algo? — Preguntó Rafa poniendo una mueca extraña en la boca. Ricardo frunció el ceño, jamás había visto esa expresión en su nieto y, sin emitir palabra, levantó las cejas en respuesta. Entonces Rafa continuó: —Necesito tomar algo, me estoy muriendo de sed.
Ricardo contestó afirmativamente, luego se dio vuelta y dio unos pasos buscando con la mirada algún lugar donde conseguir líquido para su nieto. Recorrió la cuadra andando entre los móviles policiales, hasta que llegó a la esquina. Se atrevió a pedirle agua al policía que desviaba el tránsito y éste le dijo que no podía ayudarlo, pero que a media cuadra había un supermercado. Ricardo fue en busca del local comercial y, cuando llegó, se dio con que las persianas estaban bajas. Sin éxito, volvió sobre sus pasos, volvió a esquivar móviles, policías y agentes del poder judicial. Y, llegando nuevamente al patrullero donde había dejado a Rafa, fijó la mirada en la puerta trasera y se dio con que estaba cerrada.
Pensó que algún policía, al verlo solo, le habría pedido que se suba y se siente correctamente en el vehículo y lo habría cerrado. Se acercó y, asomando el rostro al vidrio, pudo ver claramente que en el interior no había nadie.
Desconcertado, revisó ocularmente todo el lugar, pasó al lado de cada patrulla observando sus asientos y viendo que todas estaban vacías. Se acercó a la ambulancia para corroborar si lo estaban revisando, pero seguían con Oscar, que ahora estaba siendo interrogado por dos policías.
Ricardo volvió a darle un gran vistazo, detenidamente, con el ceño fruncido, a todo el lugar buscando a su nieto y no lo encontró por ninguna parte. Lo que más lo desconcertaba era que todo seguía como si nada pasara. Se dijo a sí mismo: —Tiene que estar en algún lugar y no lo estoy viendo. —Se puso las manos en la cintura y, cuando su dedo índice tocó la presilla del pantalón donde acostumbraba a poner el mosquetón que tenía la llave de su auto, cayó en cuenta que no estaba.
Rápido, palpó toda su cintura, se metió las manos en todos los bolsillos y la llave no estaba. Inmediatamente quiso ir hasta donde había dejado el auto, pero con la vorágine de la situación, olvidó donde estaba. Hizo memoria y se acordó que un policía le había ordenado que lo sacara de enfrente de la casa de Oscar y lo dejara unos metros más lejos.
Caminó con paso firme hasta donde debería haber estado estacionado su *Nissan* y el lugar estaba vacío. Se agarró la frente con las dos manos. Dedujo, certeramente, que, cuando abrazó a Rafa, él le sacó la llave sin que se diera cuenta y, al no estar custodiado por ningún agente, se fue.

24 Salida Ocho

Él comprendía que su situación se empeoraba cada vez más con las decisiones que estaba tomando. También entendía lo perjudicial que estaba siendo para todas las personas que lo rodeaban, pero no le importaba. Lo único en lo que pensaba, desde hace días, era en una simple pregunta: ¿Dónde está? Y estaba dispuesto a sacrificarlo todo por responderla.
No había tiempo para perder con burocracias y protocolos. Desde su perspectiva, sólo veía que todo giraba a su alrededor, todo se centraba en lo que él hacía, en dónde estaba, en lo que él había visto y dónde había estado. El eje estaba totalmente movido de lo que importaba. Y así notaba pasar el valioso tiempo, sin que nadie se ocupara.
Rafa, después del interrogatorio, observó la escena. Vio cómo lo presionaban a Claudio con preguntas, vio cómo los médicos se preocupaban por el bienestar de Tenaza, vio cómo era más importante ordenar el tránsito, antes que dar con el paradero de Gisela.
No lo soportó e intentó volver a hablar con Alonso para implorarle, de nuevo, que alguien vaya al parque industrial y siguiera esa pista. Éste no le hizo caso y, de mala manera, lo mandó a volver a sentarse al patrullero donde estaba, mientras él llenaba un formulario en una hoja oficio apoyado en el capot de otra patrulla. Fue ahí donde su furia interna, y todos sus prejuicios sobre la policía y la autoridad, implosionaron silenciosa e internamente. Obedeció las instrucciones de Alonso, sin remedio, y ahí sentado, se convenció que debía seguir haciendo las cosas él mismo, debía ocuparse sin importar las consecuencias.
Pensó en abandonar el lugar, pero si lo hacía a pie lo encontrarían rápidamente. Y, en el mejor de los casos, tardaría demasiado en recorrer los doce kilómetros que lo separaban del parque industrial. Además, la única manera de llegar ahí era por la autopista. No iba a ser difícil divisarlo caminando al lado del camino y, otra vez, todo se volvería a centrar en lo menos importante.
Mientras su cabeza masticaba un plan para correr hasta su casa sin que nadie se diera cuenta y, de alguna manera, convencer a su mamá que le dé su auto, el abuelo se acercaba hasta donde él estaba. Cuando lo vio caminando, casi de casualidad divisó el viejo mosquetón con la llave de la coupé. Se paró, lo abrazó y, en el medio del estrujón, su mano izquierda lo desenganchó y lo ocultó. Derramó algunas lágrimas porque estaba tomando sin permiso uno de los objetos que su abuelo más resguardaba. Pero prefería intentar terminar con el calvario, antes que comportarse como los demás pretendían que lo hiciera.
Luego mintió para quedarse solo de nuevo y estuvo atento a la mirada de todas las personas en el lugar. Cuando ninguna pupila estuvo sobre él, fue tan fácil como levantarse y caminar con paso normal hasta el auto, subirse, arrancar y marcharse lentamente del operativo policial.
Pero ahora todos los sentimientos de culpa estaban de lado. Tiene las manos frías puestas en el volante, la aguja del velocímetro marca que está rompiendo el límite de velocidad con un amplio margen, está nervioso y se siente como un fugitivo. Los faros escamoteables tienen puestas las luces altas para compensar el cansancio que empezó a sufrir en la vista. Está decidido a encontrarla y su plan es recorrer calle por calle, fábrica por fábrica, hasta que aparezca.
Mientras manejaba, consideró qué hacer cuando diera con su paradero. Y se preguntó a sí mismo cómo sacarla de ahí, dando por hecho que no estaría sola. Fue entonces cuando recordó las viejas manías de otros tiempos que tenía Ricardo. Sostuvo el volante solo con la mano izquierda y, estirándose, revisó la guantera sin sacar los ojos del camino. Al no encontrar ahí lo que buscaba

se inclinó hacia abajo y con la mano derecha entre sus piernas, empezó a revisar el suelo debajo de la butaca del conductor.
Su tacto sólo percibía la suavidad de la alfombra japonesa, hasta que sintió el particular frío de un metal. Lo sostuvo con los dedos y sacó de debajo del asiento, una pistola semiautomática calibre veintidós corto pavonada.
Nunca había disparado un arma, ni siquiera había visto una real en toda su vida. Sólo sabía, por las películas y por escuchar en alguna de las anécdotas de Ricardo, que tenía un botón para soltar el cargador, donde deberían estar las balas, y otro que servía de seguro para trabar el gatillo. La inspeccionó visualmente, creyó identificar los dos pulsadores y la puso debajo de su muslo derecho.
El cartel verde reflectante, en lo alto del camino, era claro en su señal *"Salida 8 Parque Industrial"*. Rafa aminoró la marcha y se cambió al carril de la derecha. La entrada a la salida apareció y la tomó, abandonando la autopista.
Entró muy despacio en la oscura y desolada zona. Al andar, notó que todas las fábricas, galpones y tinglados, estaban cerrados y no había nadie circulando. Decidió apagar las luces del auto para que nadie note su presencia. Bajó en su totalidad las ventanillas para percibir todos los ruidos que pudiera haber afuera y empezó a manejar muy despacio, observando detenidamente cada uno de los grandes portones del lugar.
Así siguió transitando calle por calle, cuadra por cuadra, doblando en cada esquina y revisando cada detalle una y otra vez, atento a los sonidos, prestando atención a todo lo que lo rodeaba. Pero nada parecía fuera de lo normal, no había nada que sugiriera dónde podría estar.
Después de ir y venir por todos lados, terminó acabado, frustrado e impotente, por recorrer todo el predio y no encontrar nada. Dio la vuelta en U de un volantazo para volver a tomar el camino hacia la autopista. Decidió volver a la ciudad e ir directo a la central policial para intentar nuevamente que alguien lo escuche.
Fue entonces cuando distinguió una pequeña ventana, iluminada por dentro, pegada a la vereda, en la parte inferior de una gran pared gris de bloques sin revocar. Tenía un enrejado con gruesos y oxidados barrotes, en su interior resplandecía una fría y tenue luz que parpadeaba cada algunos segundos.
Al ver esa ventana de sótano, supo que no podía irse sin investigar qué había del otro lado y porqué era la única luz prendida en todo el predio. Detuvo la marcha, pero dejó el motor encendido, se bajó empuñando la veintidós, se acercó a la ventana y se agachó para tratar de ver en su interior, cuidando que, desde adentro, no noten su presencia. Pero fue en vano, tenía un vidrio esmerilado. Acercó el oído y contuvo la respiración para que no interfiriera en su intento de escuchar qué sucedía adentro y sólo pudo oír el ruido de los camiones que pasaban por la autopista a lo lejos.
Volvió al vehículo, sin subirse y sin sacar los ojos de la pequeña ventana, estiró la mano para apagar el motor. Sacó la llave y la guardó en su bolsillo, dejó la puerta del conductor abierta y caminó lentamente hacia la pared.
Empezó a recorrer su longitud buscando un lugar por donde ingresar. La propiedad se imponía en toda la manzana y él siguió caminando hasta que se encontró con un enorme portón de dos hojas de metal, pintadas con antioxidante rojo oscuro.
Fue al centro, donde estaba un gran pasador y, para su sorpresa, el pestillo no tenía ningún candado que impidiera la movilidad del cerrojo, estaba abierto. Rafa lo miró por unos instantes y supo que eso no estaba bien, ni que no estuviera cerrado, ni lo que estaba a punto de hacer. Pero tenía que seguir adelante.

Se acercó y manipuló el pasador con cuidado, de arriba abajo, tratando que el chirrido del metal contra el metal sea el mínimo posible, y, haciendo fuerza hacia la derecha para destrabar las puertas. Luego empujó el portón con el hombro, sólo lo suficiente como para que pudiera entrar de costado, y temblando por el miedo, asomó la cabeza al interior del lugar.
Estaba vacío y abandonado, como si nadie trabajara ahí hace mucho tiempo. Juntó valor, apretó la empuñadura del arma de su abuelo con ambas manos y, apuntando hacia el suelo, entró al oscuro y polvoriento tinglado.
Rafa sentía un terrible sentimiento de penuria en el interior del lugar, con cada paso que daba en el piso de cemento agrietado, su alma presentía con mayor intensidad una energía oscura y pesada. Eso lo ponía más nervioso y, sumando el profundo terror que sufría, se le hacía desmesuradamente difícil respirar. Haciendo frente a todas las incomodidades que lo invadían, siguió registrando cada rincón.
Con pasos lentos y errantes, recorrió el lugar entre montañas de chatarra oxidada y materiales para la construcción desordenados. Hasta que se topó con una escalera caracol de metal, que descendía al nivel inferior. Se acercó y miró hacia abajo por el hueco, pero no se podía ver nada por la oscuridad.
Exigió sus pulmones para que se expandan en su totalidad, se llenen de aire y luego exhalarlo, antes de seguir. Bajó a ciegas, haciendo equilibrio y doblando los pies para que cupieran en los pequeños e incómodos escalones. Lo hacía prudentemente sin que sus pisadas hicieran ruido al apoyarse en el metal. Llegó al sótano, que no era más que un lugar vacío, y, en el fondo, a cuatro metros, había una puerta cerrada con un resplandor intermitente, el mismo que vio en la ventana de afuera.
Paso a paso, lentamente, se acercó a la puerta y apoyó el oído contra la madera. No escuchó nada, soltó su mano derecha de la pistola y palpó los bordes de la abertura con la cara exterior de la mano. A la altura donde debería estar el picaporte, había una argolla de metal empotrada, que le colgaba una cadena. Cambió de mano el arma, la puso en su diestra. Sostuvo la cadena con la izquierda y la abrió de un tirón, apuntando dentro de la habitación.
Era un pequeño cuarto, sin ventilación, con las paredes llenas de humedad. En el techo, un tubo fluorescente que tenía el arrancador averiado y eso hacía que parpadee cada cierto tiempo. En el piso, un viejo colchón de algodón con algunas manchas, en lo alto, la ventana que daba a la calle, con claros signos de haber sido soldada por una persona con poca experiencia.
Rafa puso un pie adentro y enseguida percibió un fuerte olor a orina. Miró al costado del colchón y había un balde de metal gris, de donde venía el hedor. En esa misma esquina descubrió una zapatilla *Topper* blanca, con la tela percudida, que le faltaba el cordón para atar.
La vio, se puso en cuclillas, dejó el arma arriba del colchón y la observó de cerca sin tocarla. La zapatilla tenía marcas de haberse quemado en el empeine. Lo invadió el recuerdo de la chispa que voló de la fogata y le prendió fuego el cordón. Era la zapatilla de Gisela y confirmaba que ella había estado en ese horrible lugar.
Un escalofrío lo recorrió entero y su alma perdió una parte de su luz, al ver esos pequeños vestigios de tela quemada. —Dése vuelta, despacio.— Escuchó que alguien le dijo detrás de su espalda.
Rafa se quedó petrificado al oír esas palabras, pero su mirada seguía puesta en la zapatilla y, probablemente la persona que le hablaba detrás de él, en ese húmedo y pestilente lugar, ordenándole que se volteara, sea una de las que tenía secuestrada a Gisela.
Sin mover la cabeza, desvió su mirada a la pistola que descansaba en el colchón a su lado. Tenía que ser rápido, tenía que ser preciso y no podía dudar en su accionar. En su cabeza estaba la

mirada de Gi, su sonrisa, su voz, la última vez que la vio, la última vez que la besó y todos los días que pasaron desde ese instante y que seguramente estuvo encerrada, los miedos que habría sufrido durante esos momentos, las cosas que tal vez le habrían hecho, los llantos, los gritos. Él, aun estando en clara desventaja, no podía permitir que la persona que estaba detrás, saliera de esa habitación sin revelar dónde la tiene.

Movió su mano hacia la pistola con toda la velocidad que sus reflejos se lo permitieron, la empuñó y se giró con el brazo extendido para apuntar hacia su espalda. Antes de poder dar el giro de ciento ochenta grados y quedar dado vuelta, una fuerte patada impactó en sus nudillos haciendo volar el arma fuera de su alcance. A la vez perdió el equilibrio de la incómoda posición que tenía y quedó sentado en el polvoriento y sucio suelo.

—¿Qué hace usted acá? — Le preguntó sorprendido Quispe cuando lo reconoció al tenerlo de frente, mientras lo apuntaba con un revólver calibre 38 a la cara.

Rafa no contestó, sólo se quedó mirándolo. Todo era muy confuso, no entendía si era amigo de su abuelo y venía a averiguar lo mismo que él, o era uno de los captores que estaba a punto de terminar con su vida por haber encontrado ese lugar.

Quispe, al ver su expresión, supo al instante que lo complejo de la situación estaba llenando de dudas la cabeza de Rafa. Entonces, en son de paz y para demostrarle que estaban del mismo lado, se guardó el revólver en la parte trasera de la cintura y le extendió la mano, vestida con un guante de cuero negro, para ayudarlo a levantarse. A la vez que le decía: —Resultó ser más rápido que cualquier otro.

Rafa no aceptó la ayuda que le ofrecía la fornida persona que tenía delante y se levantó solo. No terminaba de entender el rol que cumplía, seguía en posición defensiva, aunque algo más tranquilo sin ningún cañón apuntándole al rostro.

—El señor Ricardo me contrató para que investigara. Ustedes son de la misma escuela, no confían en la policía. — Le aclaró Quispe y siguió obteniendo silencio de parte de Rafa, entonces continuó: —Averigüé a quién le debía dinero Oscar, seguí esa pista y me informaron que tal vez la tenían aquí a su novia. Apenas tuve la dirección vine lo más rápido que pude y, cuando llegué, no entendía porqué estaba el automóvil de Ricardo ahí afuera… Ahora le encontré el sentido.— Le sacó la vista de encima a Rafa y se puso a inspeccionar la habitación dándole la espalda y le indicó: —Levante su arma y guárdela — Él le hizo caso y esa actitud de quedar en vulnerabilidad delante de él, le dio la confianza que necesitaba para confirmar de qué bando estaba.

Rafa tomó la pistola, la guardó imitando a Quispe y le dijo: —Esa es la zapatilla de Gisela.

—Supongo que sí. La deben haber tenido acá, hasta que se corrió el rumor de que el chico los batió. —Afirmó y le preguntó a Rafa: —¿Tocó usted algo?

—No.

—¿Cómo entró?

—El cerrojo del portón no tenía candado. —Le contestó Rafa.

Quispe se acercó a él y le tomó la muñeca derecha para mirarle la palma. Al hacerlo, vio que tenía una tonalidad roja y también se percató de que tenía la manga de la remera manchada con antioxidante. Al ver eso le preguntó.: —¿Esta puerta estaba abierta? —Y señaló la de la habitación donde se encontraban.

—No. La abrí con la cadena que le cuelga.

—¿También la tocó?

—Sí. — Rafa exhaló al darse cuenta de su error e imaginando que la culpa iba a seguir cayendo sobre sí.

—No pasa nada, amiguito. Ahora le limpiamos todo. Vámonos de acá, porque lo más probable es que el gordo que hicieron cagar ya le haya dado a los policías esta dirección y deben estar al venir… Lo único que falta es que nos encuentren a nosotros dos aquí.

Rafa asintió con la cabeza, ambos salieron de la habitación, Quispe sacó de su bolsillo un pañuelo blanco y una botellita de plástico redonda con la imagen en metal de la Virgen de Urkupiña, que contenía un líquido transparente. La abrió, impregnó el pañuelo con líquido y cuidadosamente manipuló la cadena fregando eslabón por eslabón. Al terminar de borrar las huellas, subieron la escalera caracol, salieron a la calle, hizo lo mismo con el portón y lo dejó tal como lo había encontrado. Después le lavó las manos a Rafa y dejándole el pañuelo entre los dedos le recomendó: —Debería limpiar la empuñadura del arma y dejarla donde estaba, muchachito. Luego, lejos de aquí, deshágase del pañuelo.

Rafa se sorprendió de la naturalidad con la que Quispe se movía y borraba huellas sin dejar ningún detalle suelto. Le hizo caso, se subió al auto y manejó directamente a la casa de su abuelo Ricardo para devolverlo.

25 No Llores

—Mirá … No hay dudas sobre la nobleza en las intenciones de Rafael, trata de salvarla, eso lo comprendo. Pero tiene que entender que no lo puede hacer por su cuenta. Cada idea que tiene termina complicando su situación y complicando la investigación en curso. Tiene que parar. Vos ocupate de que sepa que va a tener implicaciones legales por sus acciones. Asegurate que le entre en la cabeza que no puede seguir así. No puede andar por la vida haciendo justicia por motu propio ¿Cree que es Superman o qué?… Gracias a Dios que cuando llegó, ya no había nadie. Porque estos tipos no van a andar con vueltas, lo hubieran pasado a baraja sin que les temblara el pulso. Y que también agradezca que apareció el Negro Quispe para taparlo, porque si no, la historia sería muy diferente a esta altura, y andá a saber las pruebas que se habrán perdido por tener que limpiar sus huellas… Con respecto a eso, vamos a obviarlo por el momento, tiene que decir que agarró el auto y se fue para tu casa porque se asustó… No… Mejor que diga que se fue para lo de su abuela porque pensó que podría estar preocupada y, como tiene algunos problemitas de salud, creyó conveniente ir a verla. Vos no te aparezcas todavía… Igualmente, diga lo que diga, todo se va a poner en duda. Pero lo importante es no ponerlo físicamente en la fábrica. Recemos porque no salga ningún testigo que ubique el auto en el lugar, no creo que pase, los mafias por algo andaban por esos lares… Eso sí, decile a Cárdenas que se comunique conmigo antes de mover un dedo. Ahora voy para la comisaría, que ellos hagan lo mismo. También que vaya sabiendo que es seguro que quede guardado... Ya sé que es tu hijo y que te da miedo, pero mal que mal es mejor que esté ahí y no afuera arriesgando la vida al pedo. Y no te hagas mala sangre por que me voy a encargar de que esté resguardado y tranquilo, nadie le va a hacer nada, confía en mí. Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para sacarlo lo antes posible y para que su credibilidad como testigos no se comprometa. También, tratá que entienda que con lo que hace la pone más en peligro a la piba, a ver si con eso piensa dos veces antes de volver a cagarla… En otro orden de cosas, el gordo timbero ya cantó todo, está complicadísimo, sigue en el hospital haciéndose el mártir, pero ya perdió. Otro que está encerrado en la comisaría es el amiguito, Claudio, pero como ese tiene dos dedos de frente y se quedó, no es tan compleja su situación… De la piba no hay rastros por ninguna parte. Según el registro de la compañía telefónica, las llamadas parece que vinieron de diferentes teléfonos públicos, o sea, lo mismo que nada, ahora la madre tiene un mundo de gente en la casa esperando a que la vuelvan a llamar para ver si pueden enganchar algo más, o conseguir media pista que nos acerque, hay otras líneas de investigación, pero no te las voy a contar por teléfono. Lo que te puedo decir es que a esta altura la piba quema, se la deben querer sacar de encima lo antes posible, además, el mensaje que dieron al principio fue claro. Me imagino que el padre ya se habrá enterado, ya sabrá quién lo hizo, sabrá qué es lo que pretenden de él y sabrá cómo y con quién tiene que hablar para que la liberen… También te comento que fui a ver el auto incendiado y dialogué con un forense que estuvo en el análisis, no hay nada relevante, está completamente deshecho y aparentemente lo habían limpiado antes de prenderlo fuego. Veremos si se puede sacar algo de la fábrica, pero no creo, estos tipos son profesionales. Y, por si fuera poco, todos están bastante alterados después del papelón de lo del viejo gagá del almacén. Resulta que, se nos pasó lo de este Chicho, porque los imbéciles que estaban a cargo de reunir pruebas ni siquiera se tomaron el tiempo de buscar testigos en tu cuadra, con tanta suerte que justo ahí la chuparon. Uno más inútil que el otro… Y, te repito, en caso de que aparezca la prensa, nadie habla, nadie hace nada, háganle caso al

abogado y que se encargue él de todo. Por supuesto que lo único que le interesa es figurar y la propaganda, pero tené en cuenta que, si no hay culpables, los periodistas van a inventar un sospechoso y el principal candidato para ese puesto tiene el apellido Ricci. Si pasa eso ¿Sabés cómo va a ser? Por más que aparezcan los verdaderos malos, a él le va a quedar la etiqueta de por vida y se va a tener que ir a vivir al Congo Belga. Así que, en ese escenario, no se puede dar ni un paso en falso… Que coma algo, que se pegue una ducha, que se ponga ropa limpia y no tarde mucho… No llores… No te hagas mala sangre, Elena, apenas terminemos con todo esto, nos vamos a la mierda un fin de semana, a donde nadie nos moleste y nos desenchufamos de todo… Ahora llamalo a Ricardo, que lo saque de su casa y que lo acompañe a Rafa a entregarse. — Luis cortó la llamada y, sin prisa, se dispuso a dirigirse a la comisaría.

26 Solo

En los calabozos no había muchos detenidos, eran las vísperas a Nochevieja y, en la Central tenían la costumbre de hacer todo lo posible para acelerar los procesos y desocupar al máximo las celdas. Así los policías de guardia, podían pasar las fiestas sin mayores sobresaltos y evitar el llanto y las súplicas de los familiares de los encerrados. Y, sumando que por esa época del año la tasa de arrestos disminuía por el típico cansancio de fin de año, dio como resultado que, en el iluminado, silencioso por momentos y frío sector de presos, sólo estuvieran habitándolo un vagabundo harapiento, un hombre rapado con expresión muy seria, Claudio y Rafa.

Gracias a la baja población carcelaria, cada uno estaba encerrado en una celda diferente, las cuales constaban de una letrina cerca de la pared de azulejos celestes del fondo y un poco más arriba un caño de agua que apuntaba directamente al pozo. Esas eran todas las comodidades que tenía el espacio de dos por un metro y medio, de una sola pared de material y tres de gruesos barrotes pintados de color oliva. Había cinco calabozos, pegados el uno al otro, de un lado, y cinco enfrentados con un pasillo en el medio que unía todas las puertas.

Rafa estaba sentado en el piso, apoyado contra los barrotes y con las rodillas en alto. Se tapaba la nariz con el cuello de la remera que tenía puesta, para mitigar un poco el olor a querosén que desprendía el piso rojo del lugar. Trapeaban todas las celdas y el pasillo con ese derivado del petróleo porque con él, además de limpiar, también desinfectaba y atenuaba un poco los aromas fisiológicos, sin la necesidad de mucho presupuesto.

En la celda pegada a la suya, frente a frente y mirándose a través de la reja, estaba Claudio. Él había optado por sacarse la remera y tapar su rostro desde la nariz para abajo, atándola con un nudo en la nuca, de esa manera creía que también imponía respeto ante los otros presos a base de una imagen más intimidatoria propicia para el lugar, según su criterio. Eligió dar esos aires cuando se vio solo, aislado y el miedo empezó a llenar su cabeza con pensamientos de sodomía que podrían sucederle si alguien descubría que era un preso primerizo. Sentimiento que se aplacó bastante cuando vio entrar por el pasillo a Rafa, custodiado por dos uniformados que, sin mucha delicadeza, lo metieron en el cubículo contiguo.

Las primeras palabras de Rafael para con su amigo fueron de disculpas y más disculpas, al verlo tras las rejas por una lucha que exponía ajena a él. Idea que Claudio refutó aclarándole que le pareció la manera correcta de actuar ante tamaña situación y que sabía que él hubiera hecho lo mismo, e incluso, se hubiera inmolado con más salvajismo de haber sido al revés. Seguidamente, entre sonrisas que sólo fueron delatadas por sus ojos, le contó que cuando la policía se percató de que se había ido del operativo, los oficiales empezaron a echarse la culpa entre ellos por el descuido, protagonizando un momento que quedará en su memoria para siempre, culminando cuando Alonso lo esposó, por precaución, y fue llevado en el asiento trasero del patrullero hasta la seccional.

La pregunta: —¿Fuiste? — de Claudio no tuvo respuesta por parte de Rafael. No se sentía un lugar seguro para contestarle en voz alta, ni contarle dónde había estado y lo que había visto, pero, con una simple mirada en silencio del pájaro, entendió que había encontrado el lugar. Entonces dijo —¿Y? — esta vez Rafa negó con la cabeza y pronunció la palabra: —Nada. —, que fue suficiente para que el silencio se hiciera presente.

Estuvieron callados un rato, hasta que el vagabundo, que estaba en la celda de enfrente, gritó pidiéndoles un fósforo. Los dos le contestaron que no tenían y, el señor, con claros signos de

confusión y poca coordinación motora, se acostó en el suelo para dormir. Luego Rafa se dirigió a Claudio y le contó: —Después me fui a lo de Richard para devolverle la coupé. Cuando llegué, él ya estaba en su casa. Me re cagó a pedos, nunca lo había visto tan enojado. En un momento, pensé que me iba a tirar un guante. — Lo dijo mirando al suelo y lamentándose por el mal momento que le había hecho pasar.
—Tu abuelo estaba desconcertado cuando se dio cuenta de tu huida, lo noté muy preocupado. — Le explicó Claudio. — Él fue el que le hizo darse cuenta a los canas que no estabas.
—Me imagino, pero yo tenía que hacerlo, tenía que ir a buscarla. Nadie se ocupaba de lo importante. — Dijo Rafa, mientras lo miraba con intensidad y continuó: —Después de la puteada, la llamó a mi mamá y me trajo para acá.
—Mi viejo a mí también me cago a pedos, pero en el fondo sé que entiende todo, que nos entiende… Che… ¿Y qué dice Elena?
—No la vi a mi vieja todavía, boludo. Nos fuimos de la casa y desde ahí que no hablé con ella. Debo tener un mundial de chirlos esperándome.
La conversación fue interrumpida por la presencia de Alonso entrando al lugar con dos compañeros más. Los uniformados caminaron rápidamente por el pasillo sin mirarlos y se dirigieron a la celda del hombre rapado. Alonso le dio instrucciones al detenido para que acercara las muñecas hacia él y poder ponerle las esposas por delante, antes de abrir la celda. Luego de llevarse algunos golpes por la resistencia a salir, lo sacaron a la fuerza y se lo llevaron sin darle las explicaciones de adonde iban, pese a que el hombre las exigía con excesiva verborragia. Ambos pájaros presenciaron atónitos la escena y cuando volvieron a estar solos, Rafa le preguntó a Claudio: —¿Sabés qué hizo ese pelado? —
—Creo que es cafiolo. — Contestó.
—¿Te hiciste amigo de él?
—No, no me dirigió la palabra, pero cuando llegué estuve un rato en la mesa de entrada con mi papá y justo pasó por al lado nuestro, un policía lo traía esposado de la calle. Cuando lo vio, mi viejo lo saludó disimuladamente y después me dijo “Qué bien, ahora vas a ser compañero de delincuentes como éste, que vive de las minas”.
— Pará, ¿Y de dónde lo conoce tu viejo?
—Qué se yo, boludo… No le quise preguntar, el horno no estaba para bollos.
—Sí, mejor.
—El ciruja de acá en frente es más piola.—Claudio desvió la mirada hacia el vagabundo, al mismo tiempo seguía diciendo: —Charlamos un rato y me pidió fósforos tres veces antes de que llegués. Lo detuvieron porque intentó entrar a un supermercado y no se lo permitieron, parece que ya lo tenían fichado porque siempre se choreaba vino. Entonces se enojó y tiró una piedra contra la vidriera.
—Yo hubiera hecho lo mismo.
—Yo también… Después me preguntó porqué estaba detenido y se lo conté. Me dio su opinión de la situación y la comparto.
—¿Qué piensa?
—Que Oscar es un hijo puta y él es el que debiera estar acá.
—Yo te juro, Claudio. —Rafa se dio dos besos en el índice, uno con el dedo en vertical y otro en horizontal antes de continuar: —Si ese gordo mal nacido no termina en la cárcel, lo mato con mis propias manos.
—En ese sentido está hasta las bolas, pájaro.—Claudio intentó calmar el mar de ira que veía en los ojos de su amigo. —Lo más probable es que ese chochán quede encerrado un tiempo.

—Por su bien, ojalá sea un largo tiempo ¿Sabés algo más de él?
—Tengo entendido que está en el hospital, por la paliza que le pegamos y que está cagado de miedo porque batió a todos, con nombre y apellido.
—¿Miedo de que le hagan algo?
—Exacto, miedo de que le metan una bala en el cráneo.
—Ojalá, que se maten entre ellos. — Al terminar esa frase la palabra “Amén” retumbó en su mente. —Nunca me imaginé que iba a ser capaz de hacer una cosa así.
Claudio, genuinamente sorprendido, empatizó con Rafa.—A mí siempre me cayó mal y siempre le vi cara de garca. Aun así, estoy igual que vos. Es increíble.
—Por lo menos lo cagamos bien a trompadas. —Dijo, tratando de darse un poco de consuelo.
—Sí … Cuando estaba tirado, sin reaccionar, pensé que estiraba la pata.
—Yo siempre tuve en claro que estaba grogui.
—La que parece que no está muy bien es la madre, Doña Alicia. Está en coma.
—¿En coma?
—Sí, boló… Suponiendo que lo que nos dijo tenaza, es todo verdad, esa vieja tuvo los peores tres días de su vida y ya venía cagada del bobo. Imaginate, está en la últimas.
—Pobre señora.
—Escuchame, ¿El boga te dijo cuándo nos van a sacar de aquí? —Preguntó asumiendo que tenían el mismo letrado.
—No, pero está laburando para que sea rápido.
—¡Más rápido de lo que crees! — Gritó Alonso al volver a entrar en el sector de celdas, esta vez solo, y continuó mientras abría la puerta de Claudio: —Levantate y dejá de payasear tapándote la cara con la remera. ¿Querés? Ponetela como corresponde que no le das miedo a nadie… Te vas a tu casa.
—¿Y él? — Dijo Claudio refiriéndose a su amigo.
—La señorita Ricci se queda. — Contestó con tono imperativo.
Rafa, desde el suelo, le hizo seña con la cabeza para que deje de perder el tiempo y salga de la celda, dándole a entender que estaría todo bien y cuando Claudio cruzaba el umbral, le pidió en voz alta, que le diga a Elena que se encontraba bien y que no se preocupe. Claudio le contestó que así lo haría y de camino a la puerta de salida, con disimulo esculcó debajo de su pantalón, metiendo la mano en la zona del pubis para sacar un paquete abierto de cigarrillos que tiró hacia atrás, voló entre los barrotes y cayó en el regazo del pájaro, sin que Alonso se percatara. Antes de pasar por la puerta de salida del recinto, Claudio miró de lejos a su amigo, conmovido por la imagen de verlo solo y lo alentó diciendo: —¡Aguanta, pájaro, todo va a pasar! — Rafa levantó un puño en alto mientras veía cómo el pajarito se iba.
La madrugada aparecía en la comisaría y transcurrieron algunas horas en las que Rafael siguió sentado en la misma posición. De vez en cuando se movía un poco, previniendo algún calambre en las piernas, pero el acotado espacio no le permitía demasiado. Sostenía un pucho apagado en la mano, que se llevaba a la boca imaginando que estaba prendido. Bajo el tenue ruido de una de las canillas que goteaba y algún que otro ronquido del vagabundo, en el medio de esa soledad, lloró en silencio. La extrañaba y los penetrantes malos pensamientos de lo que ella podría estar sufriendo se apoderaban de su ser.
Intentó estar un poco más cómodo y le fue fácil sacarse el calzado que no tenía los cordones. Eso le hizo recordar la zapatilla sucia de Gi en el piso de ese lugar, lo lúgubre y siniestro que era la habitación donde había estado. Esas ideas y esas imágenes se quedaron en su cabeza toda la noche y por más de que se levantara, se estirara, diera unos pasos o incluso hiciera flexiones de

brazos, esos pensamientos no lo abandonaban. Incluso, sus predicciones e hipótesis, de cómo se encontraría, con el pasar del tiempo, iban tomando más oscuridad y se volvían más catastróficos.
Luego de bastante tiempo, su reloj interno le hacía intuir que, tal vez, el alba estaría por llegar, cosa que era imposible de aseverar por la falta de ventanas en el lugar. Y junto con ese presentimiento empezó a asomarse sutilmente a su cabeza la posibilidad de fugarse de la comisaría.
Trató de recordar cómo eran los pasillos hasta llegar al agujero en el que se encontraba y a cuánta distancia estaba la puerta de salida a la calle. Probaba con la yema de los dedos qué tan bien estaban las soldaduras de los barrotes, los agarraba y los agitaba con fuerza para probar su rigidez, se planteaba cuántas patadas aguantarían antes de romperse. Trataba de adivinar cuántos policías habría en la seccional. Y hasta llegó a plantearse tenerlo de cómplice al vagabundo cuando despierte y se le pase un poco el efecto etílico.
Planes en los que prefería refugiarse, no porque los vaya a cumplir y escapar, simplemente ocupaban su imaginación y eran menos nocivos. Aunque todo el tiempo, en un segundo plano, se alojaba el aura de Gisela en sus pensamientos, el juego de la planificación del escape le daba algo de tregua.
Así pasó algunas horas, hasta que agotado de mente y cansado de cuerpo, intentó imitar a su compañero de arresto. Se tiró en el frío suelo para, por lo menos, descansar la vista. Fue entonces cuando Luis ingresó al sector de celdas. Venía con una silla en una mano y en la otra, dos tazas con café bien caliente.
Rafa escuchó sus pasos, se levantó de un salto y se puso de pie. Luis, con la serenidad que caracterizaba sus mañanas, acomodó la silla frente al calabozo, se sentó y extendiendo la mano entre la reja, para ofrecerle en son de paz, una de las humeantes tazas. Rafael dudó unos segundos en agarrarla, mientras lo miraba desafiante. Pero el aroma del café lo alcanzó y doblegó su actitud, se estiró para tomarla a la vez que relajaba la expresión de su rostro.
—Estoy seguro de que también necesitás esto. — Le aseguró Luis y sacó del bolsillo externo de su saco gris, un encendedor de color turquesa transparente.
Rafa exhaló una cantidad inmensa de aire y afirmó varias veces con la cabeza. Sacó uno de los *43/70*, dejó que le convidara fuego y se volvió a sentar en el piso. Luis también encendió un cigarrillo y, mirando a su alrededor, le dijo: —No están nada mal las instalaciones para pasar la noche aquí, ¿eh?
Ese comentario a Rafa le sacó una sonrisa y le contestó: —La verdad que no, me hacen acordar al *Hotel Provincial* en Márdel.
Luis rió con la boca cerrada y, luego de unos segundos de silencio, aseguró: —Tenés muchos huevos, pero te estás equivocando de camino.
—Créeme, no necesito este tipo de charlas en este momento.
—Y vos, créeme cuando te digo que si no lo entendés, te vas a quedar acá hasta Dios sabe cuándo.
—Yo lo que entiendo es que ustedes no hacen nada.
—Decís eso porque solamente ves una parte de la historia. Por detrás, hay mucha gente trabajando para que esto se resuelva lo antes posible.
—Vi, con mis propios ojos, cómo se preocupaban por atenderlo al gordo puto de Oscar en vez de ir rápido a dónde la llevó.
—Existen procesos que tenemos que cumplir, para que después no venga un cuervo y lo limpie de culpa.

Rafa le dio una larga pitada a su cigarro para luego rebatir con la frase: —Vos y yo sabemos que, mientras más tiempo pase desaparecida, menos alentador es el panorama. Solamente fui a buscarla.
Luis escuchó lo que pronunció Rafael sin darse cuenta que se estaba contradiciendo con lo declarado la noche anterior. Sus palabras fueron suficientes para que las sospechas de que no sabía que tenía en frente al arquitecto de sus mentiras, se convirtieran en afirmaciones. Luis le hizo notar su error contestándole: —Y supongo que no la encontraste en la casa de tu abuela.
Justo entonces Rafa se dio cuenta de su equivocación, sus manos transpiraban alrededor de la taza y su corazón aumentó el ritmo, a su vez, intentó disimularlo desviando la mirada a la nada misma y se propuso decir lo justo y necesario.
La experiencia de Luis en la policía le sugirió internamente, tan solo observando su sutil cambio de actitud, que ambos percibieron el error y continuó hablando, pasándolo por alto deliberadamente. —Oscar nos dio la dirección exacta y fuimos. No la encontramos, pero creemos que dimos con el lugar donde la tenían encerrada. Había una prenda, una zapatilla, que la señora Schwartz señaló como propiedad de Gisela, ya la está analizando el forense. Tratamos de levantar huellas, pero estaba todo extremadamente limpio. — Informó, sabiendo que no traería ninguna sorpresa al falso escruchante.
—¿Y sabe algo de la gente que la secuestró?
—Tu amigo nombró algunas personas, empezando por su prestamista, siguiendo por algunos de sus socios que, según él, lo persuadieron para que haga lo que hizo y hasta nos dio datos de la mujer que fingió ser atropellada y que lo habría planeado todo… Estamos investigando exhaustivamente cada pista con todos los recursos que tenemos.
—Pasándolo en limpio, hasta el momento no tiene nada.—Rafa refutó despectivamente y decepcionado.
Luis se tomó un minuto para respirar y no caer en la rabia antes de responder: —Rafael, después de lo que hiciste ayer, ¿de verdad creés que si tuviera información relevante te la daría?
—Supongo que no.
—¿Por qué creés que estás acá? A esta altura nadie piensa que hayas tenido algo que ver con el secuestro. ¿Crees que tenemos ganas de que estés encerrado? Estás acá porque sos un peligro. Un peligro para la investigación, un peligro para Gisela y un peligro para vos mismo.
—Qué exagerado.
La cabeza de Luis le pedía fervientemente que se levante de la silla, que estrelle la taza contra el piso y le grité en la cara que ambos sabían que había estado en la fábrica, que apostaría su alma a que de no haberse limpiado la cadena de la puerta donde la tenían secuestrada, tal vez, estarían más cerca de encontrar algo. Pero se reprimió y con tranquilidad le contó. —Oscar declaró que después de hacer lo que hizo, dos malandros lo empezaron a seguir a todas partes. Según él, eran empleados de su financista. Dicho con sus palabras le habían puesto “marca personal”. La descripción que nos dio concuerda con malvivientes de extenso prontuario… ¿Querés que te diga qué creo? Estos dos estaban vigilando que Oscar no se mande ninguna y, apenas se pudrió, avisaron y la sacaron a Gisela de donde estaba… Pasándolo en limpio, si no hubieras hecho semejante circo, hubiéramos podido actuar con discreción y haber llegado a la fábrica antes de que se la lleven.
La piel de Rafael se estremeció al comprender que lo que estaba escuchando tenía sentido, habría habido más posibilidades de llegar a buen puerto si no se hubiera escapado de su casa y simplemente hubiera informado lo que manifestó Chicho. Sus manos se aflojaron y el cigarrillo se le cayó. Lo recogió e intentó decir algo para justificarse, pero las palabras no salían de su

boca. Entonces Luis continúo diciéndole: —No pretendo que interpretes que tenés la culpa de algo, sólo intento que entiendas que no podés seguir actuando de esta manera. Esta situación no se soluciona a las piñas.
Un penoso —Entiendo.— Pudo pronunciar Rafa, mientras su alma se lamentaba de sus actos.
—Además de todo, también tené en cuenta que tenés familia. Mirá dónde terminaste. ¿Cómo creés que va a estar esta noche tu mamá? O tus abuelas, sabiendo que su nieto está detrás de una reja, solo, pasando Año Nuevo.
Rafa, todavía seguía sin palabras, su conciencia había ganado mucho peso y ya le importaba poco defenderse. Luis lo notó y se llamó al silencio, dejando que la cabeza de Rafael siga con su proceso.
Por la puerta de entrada se asomó Alonso y, dirigiéndose a su compañero, le dijo rompiendo el crudo momento que se palpitaba en las celdas.
—Dice el jefe que cuando terminés acá, pasés por su oficina.
Luis asintió, Alonso se fue y se volvió a encontrar en la mirada con Rafa. Pudo ver en su expresión la tremenda tristeza que tenía, el arrepentimiento y la extrema preocupación. Le sorprendió que no hubiera roto en llanto, pero, a la vez intuía que sus lágrimas estallarían apenas se encontrara en soledad.
Luis suspiró, en completa empatía, le dijo: —Voy a proponerte algo… Prometeme que no vas a volver a meter la pata y te saco de aquí, hoy.
Rafael le dio su palabra y le agradeció, intentó pedirle disculpas por sus errores, pero Luis lo interrumpió, aclarándole que no lo hacía por él, sino por Elena. También le informó que por más que saliera en libertad y pudiera esa noche cenar con su familia, tendría graves consecuencias legales.

27 Estrellas

Elena estaba sentada en el gran living de la casa de sus padres junto a Aurelie. Acababa de tomarse dos aspirinas y hacía fuerza para tragar un mordisco de empanada que había sacado de una bandeja redonda que tenían en frente, sobre la mesa ratona, donde estaban cuidadosamente acomodadas formando una enorme montaña de rellenos surtidos. Mientras tanto, Irene veía, por décima octava vez, el VHS de Aladdín en la tv y le explicaba quién era malo y quiénes buenos a Ricardo, que, desde su sillón, le hacía la contra expresando que el genio tenía cara de ladrón de estéreos y Jazmín era una interesada.

Mirta luchaba en la cocina con un corcho de vino que se había partido al intentar sacarlo, quedando la mitad en el pico. Ella no quería tomar alcohol, tampoco tenía ganas de brindar, pero pensaba que su hija, tal vez, lo necesitaría en esta atípica cena de Año Nuevo. Cuando logró hundir lo que quedaba del corcho, dejándolo flotando dentro de la botella, se dispuso a ir al living y, al pasar por la enorme mesa, le dijo a Rafa: —Vení al sillón y comé algo, chiquito.—

Rafa estaba sentado solo, con la mirada perdida.

Esa tarde salió de la comisaría y, cuando se encontró con su mamá en la puerta, del lado de la vereda, sus predicciones se cumplieron. Elena no le permitió decir ni una palabra, ella en un principio tampoco pronunció ninguna, se acercó a él con el paso firme, se cuadró y le conectó una trompada en la mandíbula, con el puño derecho. A Rafa no le dolió el golpe, pero igualmente se tapó la cara, encogió los hombros y se agachó. Posición donde recibió cinco chirlos más, en la espalda y la nuca, a la vez que una catarata de insultos salía de la boca de su progenitora, usando de trampolín el epíteto “pendejo”. Esa era la primera vez que Elena golpeaba a alguno de sus hijos.

Luego de ser tranquilizada por Ricardo, no le volvió a dirigir la palabra en todo el día a Rafa. Ni siquiera para preguntarle cómo había pasado la noche en la celda o si había sufrido alguna agresión física por parte de la policía o algún reo, tampoco le pidió explicaciones por sus actos, ni le recriminó nada. Él no esperaba otra cosa de su madre, entendía que lo merecía.

Actitud diferente tuvieron sus abuelas, que lo esperaban en casa de Mirta, ella lo abrazó y hasta lo revisó en busca de lesiones. Por su parte, Aurelie, con los ojos llenos de lágrimas, le pidió por favor que no vuelva a hacer ese tipo de cosas, sosteniéndole la mano izquierda con sus dos manos. Pasada la tarde, los ánimos se apaciguaron cuando todas las mujeres se dedicaron a hacer el repulgue de la cena.

El reloj marcó las 00:00 e inexpresivos se desearon: —Feliz Año Nuevo.— Uno a otro, entre los integrantes de la familia, menos Irene, que hacía una media hora se había quedado dormida en la alfombra frente a la tv.

Al poco tiempo, Ricardo llevó a Aurelie a su casa para que descansara, Mirta se retiró a su habitación y Elena se acostó en la cama de su viejo cuarto de adolescente, donde se quedó dormida junto a Irene. Se la había hecho fácil teniendo a su hijo bajo el mismo techo. Y Rafa, pretendió darle batalla al cansancio intentando dormir en el sillón del living, pelea que perdía gracias a los pensamientos que no paraban de dar vueltas en su cabeza y como una jugada estratégica del destino, cada vez que lograba detener sus pensamientos y dejarse alcanzar por el sueño, algún petardo explotaba haciendo ladrar a los perros callejeros que lo despabilaban y volvía a activar su conciencia que utilizaba como combustible la esperanza de que lleguen buenas noticias.

Escuchó a Ricardo volver de la calle y estuvo unos momentos rebatiendo su insistencia para que se fuera a descansar a alguno de los cuartos de la casa, en una cama cómoda. Le explicó que iba a quedarse en el sillón porque quería estar cerca del teléfono. Su abuelo lo comprendió y le deseó buenas noches antes de dejarlo solo.

Hubo un solo momento donde creyó conciliar el sueño, sintió vívidamente que se hundía varios metros hacia abajo, pasando la línea del piso. Como si una fuerza mágica lo moviera y lo dejara suavemente flotando en el agua, en medio de la oscuridad. Parecía que era el lago, boca arriba podía ver las estrellas en el firmamento. El cielo oscuro era hermoso y sintió alivio, sensación de paz. Una nube azul profundo, hecha de polvo de estrellas, descendía desde el punto más lejano del universo hacia donde él estaba. A medida que la tenía más cerca, la nube se fue transformando poco a poco en el rostro de Gisela, estaba sonriente y radiante. Él se sintió contento por volver a verla y la felicidad inundaba su ser. Ella terminó de acercarse lentamente, lo besó y sintió cómo lo acariciaba en una mejilla.

Se despertó abruptamente, miró el enorme reloj de péndulo colgado en una de las paredes que estaba alumbrado por los tenues rayos del alba, que ya invadían el interior de la casa, y ya eran las seis de la mañana del primero de enero. Salvo por esos últimos veinte minutos, Rafa casi cumplía 60 horas sin sueño y era consciente del letargo que estaba sufriendo, pero eso no era suficiente para que su ansiedad menguara.

El escenario de no estar haciendo nada por solucionar la situación de su amada lo hacía sentirse mal consigo mismo. Aun queriendo ayudar, comprendía que nada estaba en sus manos. Además, había prometido a sus seres queridos que no volvería a actuar impulsivamente. Analizaba la situación y la injusticia por tener que pasar por todo eso, la incertidumbre, la falta de confianza en las autoridades y todo lo desesperaba más y más. La extrañaba, no quería que nada le sucediera, anhelaba que todo volviera a ser como unos días atrás. Estaba destrozado.

Se veía en un callejón sin salida que era humanamente imposible de sortear. ¿Qué podía hacer? Sólo las potestades celestiales podían terminar con esta situación, solamente el amor del Señor podía sacarla del lugar donde se encontraba. Se arrodilló en el piso y se dispuso a rezar. Pero su falta de fe lo detuvo, dudó que Dios lo escuche. Y, sabiendo que Él era lo único que le quedaba, se paró y se dispuso a entrar en su casa para rogarle. Pensó que así, tal vez, el mensaje sí sería oído.

Dejó una nota en la heladera, debajo del imán de Roma,

“Me fui a la iglesia, voy y vuelvo”.

28 Cerraduras

Salió de la catedral con el hombro cada vez más inflamado y rengueando. Le costó bastante volver a trepar la reja para intentar salir y, a mitad de camino, sus manos se resbalaban por los barrotes volviendo a dejarlo en el suelo.
Estaba tan concentrado en trepar, e intentar obviar el dolor del hombro, que no se había percatado que, del otro lado, afirmado en un *Ford Falcon* verde, Quispe lo observaba incrédulo, con los brazos cruzados. Desde esa posición le dijo para que notara su presencia: —Amiguito, va a tener que ponerse hielo en ese hombro antes de que se ponga peor.
Rafa lo miró y no le sorprendió en lo más mínimo su presencia. Sonrió y le contestó: —No sabía que tenía una niñera que me seguía los pasos.
—Su abuelo cree que es necesario que alguien se encargue de proteger su integridad física. Además de ocuparse de ponerle un freno cuando intente hacer alguna otra sonsera.
—¿Me seguiste hasta acá?
—Estoy detrás de usted desde que salimos de la fábrica. Y acostúmbrese, porque hasta que esto se solucione, o aprenda a comportarse, voy a seguirle los pasos día y noche.
—No pretendo mandarme más cagadas. —Dijo Rafa con sinceridad y continuó: —Si viste que estaba entrando a la iglesia sin permiso ¿Por qué que no me frenaste?
Quispe sonrió, luego miró la gran fachada de color marrón claro y volvió la vista a Rafa para responderle — *"¡Ay, de vosotros, maestros de la Ley y fariseos, hipócritas! Les cierran a los demás el reino de los cielos; ni entran ustedes ni dejan entrar a los que intentan hacerlo"*. Siempre fui crítico de las puertas de las iglesias cerradas con llave. ¿Quién soy yo para detenerlo en su fe?
—Me gusta como pensás, Quispe
—¿Encontró lo que buscaba?
—No lo sé.
—Tenga esperanza, amiguito… La cosa está difícil, pero deje todo en las manos de Dios.
—Lo que también está difícil es salir de aquí.
—Veo que últimamente tiene muchos problemas con las rejas —Bromeó Quispe y le hizo seña de que camine unos metros hasta la puerta de entrada. Luego buscó en el baúl del *Falcon* una cartuchera de cuero negra, sacó un par de ganzúas, forzó la cerradura y empujó la enorme reja.
Rafa salió arrastrando el pie izquierdo y Quispe se ofreció a llevarlo al hospital.
—Te lo agradezco, pero hay algo que quiero hacer antes. ¿Me llevás a lo de Gisela? Quiero verla a su mamá.
Quispe abrió la puerta del acompañante y Rafa se subió, después de darle las indicaciones necesarias, el motor se puso en marcha y recorrieron las desoladas calles hasta llegar a la puerta del edificio.
Ambos se bajaron y Rafa le echó una mirada rápida a la ventana del departamento. El recuerdo de Gisela del otro lado, observándola mientras le cantaba apareció y tuvo que ser reprimido por la necesidad de apurarse a llegar hasta la puerta del edificio para evitar que se cerrara inmediatamente después de que un vecino salga.
Subieron al ascensor y Quispe, sin preguntar, apretó el piso 4. Rafa miró su dedo presionando el botón y se dio cuenta de que el hombre que había contratado su abuelo estaba más informado de lo que él pensaba.

Tocaron la puerta del departamento, notó cómo el resplandor de la mirilla se tapaba con una sombra porque alguien observaba del otro lado. Hubo unos segundos de silencio y el ruido metálico de una cerradura abriéndose se escuchó, luego de una segunda cerradura y finalmente el pasador de una cadenilla desenganchándose. La puerta se abrió y los ojos de Rafa se encontraron con los ojos de Rosa, la mamá de Gisela. Esa mirada le supo familiar.
No hubo palabras en el marco de la puerta, las lágrimas brotaron de ambos y se abrazaron convirtiéndose en llantos. Rosa los invitó a pasar, Quispe se quedó en la cocina mientras que ella y Rafa pasaron al living. En el camino, la señora se disculpó de no tener nada de tomar para ofrecerle más que agua.
—No se preocupe, señora.
—La policía consumió todo lo que había en la heladera y las alacenas de esta casa.
Rafa miró alrededor y notó que no había nadie más que ella. También vio que por la casa había una exagerada cantidad de ceniceros desperdigados, que rebalsaba de colillas de cigarrillos. —Pensé que seguirían acá.— Dijo bastante confundido.
Rosa respiró profundo y le contestó: —Ayer se fueron todos, se excusaron diciendo que era una estrategia para despistar a los secuestradores. Manga de inservibles… Les importa más emborracharse en Año Nuevo que la vida de mi hija.
—Increíble. ¿Está sola desde ayer?
—Sí, no me puedo mover de esta casa. Tengo que esperar a que se comuniquen de nuevo. Teóricamente, están monitoreando las llamadas que entran y salen de esta línea.
El notó algo extraño en la manera de hablar de Rosa, prestaba especial atención y había un pequeño arrastre en sus palabras, también había algo raro en su mirar perdido. Concluyó que había fármacos en su torrente sanguíneo y no la culpó. Hasta estuvo tentado en pedirle alguna pastilla para que lo ayude a conciliar el sueño, pero al instante cambió de idea, no le pareció correcto estar dopado en el ojo de la tormenta. Mientras tanto, Rosa seguía diciendo: —Había mucha gente, casi no entrábamos. Policías, peritos, gente experta en telefonía, miembros de la brigada y todo tipo de agentes de la ley.
—¿Averiguaron algo? ¿Alguna pista?
—Nada… Me contaron lo que le hiciste a Oscar. Bien merecido lo tiene. Parecía un buen muchacho, pero era todo lo contrario.
—Yo no debería haber actuado así, Rosa, por eso quise venir a verla. Quiero pedirle disculpas.
Ella sonrió un poco exageradamente y puso su mano sobre la rodilla de Rafa. —Hijo, no tenés que pedirme perdón por nada, esto no es tu culpa. Sos un simple tórtolo que estuvo en el momento equivocado, en el lugar equivocado.
—Pero, tal vez si hubiera pensado un poco mejor las cosas, el resultado hubiera sido distinto.
—Nadie es dueño de una bola de cristal para adivinar el futuro.
Rafa se quedó en silencio observando los ojos de Rosa que se perdía con la mirada para fuera de la ventana. No esperaba esa respuesta de su parte y, mucho menos, que lo hiciera pasar a su casa. Él creía que lo iba a insultar o a maltratar, últimamente eso casi era lo único que estaba recibiendo de los demás.
En el camino de la iglesia hasta ahí, se planteó no preguntar demasiado, pedir disculpas y nada más, pero al ver que ella estaba tan comprensiva se animó y le dijo: —Perdone mi intromisión… Con respecto a la petición de los secuestradores ¿Sabe si su ex marido se contactó?
—Ese es otro delincuente que merece estar muerto. Si es que todavía no lo está…
El teléfono sonó tan fuerte que asustó a ambos. Rafa y la señora Rosa se miraron con los ojos muy abiertos un segundo antes de que ella se levantara de un salto y diera dos zancadas

desequilibradas hasta el mueble modular donde se encontraba el inalámbrico y lo agarrara con las manos temblorosas.
De inmediato, Quispe, que también lo escuchó, salió de la cocina y fue directo al living. Rosa, buscando un sostén emocional se volvió hasta Rafa, se dejó caer sentada a su lado y apretó el botón naranja que atendía la llamada, se puso el aparato en la oreja izquierda, la más próxima a él.
Rafa estaba petrificado, ni siquiera pensaba, sólo la miraba atento y vio cómo su boca dijo la palabra: —Hola.— Casi tartamudeando y con el labio inferior temblando.
El auricular del teléfono blanco estaba a su máximo volumen y Rafa pudo escuchar con claridad las palabras que pronunció la persona del otro lado de la llamada.
—Estas son las consecuencias de que tu marido no se haga cargo de sus acciones.— Y colgó.
Ambos, sentados lado a lado, volvieron a encontrarse con la mirada. Pero ahora los ojos de Rosa demostraban espanto y terror. Se escuchó afuera un auto frenar bruscamente y seguido acelerar patinando las ruedas. Rafa se levantó tan rápido como pudo, miró para la calle y vio cómo un auto se alejaba a toda velocidad mientras cerraba una de las puertas traseras. Volvió la mirada, justo debajo de él, y pudo ver una gran valija verde oscura tirada al lado de una de las ruedas del *Falcon*.
No lo pensó, no quería hacerlo, corrió por el living, esquivó a Quispe que estaba en el pasillo y salió. A pesar de tener el tobillo tan inflamado como una pelota, bajó corriendo los cuatro pisos por las escaleras, dando saltos de cuatro y cinco escalones a la vez.
Llegó a la entrada, cruzó la puerta de salida de vidrio y no se detuvo hasta estar en el medio de la calle con la valija en frente. No estaba seguro de lo que tenía que hacer, sus peores miedos asaltaron su alma, aun así, no dejó que el pánico lo dominara. No podía quedarse sin saber qué contenía.
Se arrodilló, era voluminosa, de tela gastada y sucia. Tuvo que moverla un poco para encontrar desde dónde abrir el cierre y, al hacerlo, vio una mancha negra y húmeda en uno de los lados. Encontró el cursor para abrirla y, con un solo movimiento continuo lo hizo, levantó la tapa y, a plena luz del día, en el medio de una las calles céntricas de la ciudad, el primer día de 1994, vio el cadáver desnudo de Gisela, apretado, maltratado y desmembrado, de costado sobre su lado derecho. La cabeza estaba torcida en una posición antinatural y cubierta con una bolsa blanca que la tapaba a medias. No tenía brazos, ambas piernas estaban cortadas desde las caderas y puestas a cada lado del torso. Uno de sus ojos estaba abierto, ya no era de color miel, ahora estaba teñido de un oscuro rojo y se veía inánime, sin alma. Tenía una soga en el cuello. La soga del whisky.
Ver esa escena macabra lo espantó, se levantó y se alejó dos pasos hacia atrás, Quispe llegó corriendo, lo abrazó por el frente y lo mantuvo en su pecho para que sus ojos no sigan mirando magnéticamente el interior de la valija. Se lo llevó a la vereda, detrás del auto, donde no podía continuar flagelándose con la vista. Y, a su vez le ordenó a Rosa que no diera ni un paso más allá de la puerta de vidrio. Ella no le hizo caso, al ver la reacción de Rafa supo que ahí estaba su hija e intentó correr hacia la calle. Quispe la interceptó en su carrera y, haciendo lo humanamente imposible, llevó a la fuerza a ambos al interior del edificio.

29 El Titular

Había muchas nubes en el cielo, hacían que la noche esté más oscura de lo normal para tener una luna en su sexta fase. Un gazebo blanco, hermético, en el medio de la calle, que había servido para que los curiosos no vean el trabajo de los forenses, estaba siendo desarmado por dos médicos que todavía tenían puesto el overol blanco de bioseguridad.

Varios metros de cintas amarilla que cruzaban por la calle, por la entrada al edificio y alrededor del *Falcon*, también estaban siendo levantadas por oficiales recién ingresados a la fuerza. Un fotógrafo y un chofer del diario, esperaban a que el corresponsal a cargo de la noticia de su último recorrido por la cuadra en busca de algún testimonio adicional.

Después de que tiraran el cadáver de Gisela en la calle, Quispe contuvo a Rafa y a la madre en el palier del edificio hasta que llegaron casi al instante tres agentes, vestidos de civil, de la brigada. Estaban vigilando la entrada y todos los movimientos desde un local vacío en frente, donde habían improvisado un pequeño centro de operaciones. Tenían pinchado el teléfono de Rosa, escucharon la llamada y también la conversación que tuvo con Rafa (habían microfoneado el living) y después de ser testigos del llanto desesperado y los gritos desgarradores de Rafa, se aproximaron y, al minuto, se hicieron cargo de la situación.

A Rafa y a Rosa se los llevaron al hospital, por separado, apenas pudieron. Ambos con contención psicológica y custodia policía. Rosa fue llevada al ala psiquiátrica después de que intentara arrebatarle el arma a una uniformada para, según sus dichos, quitarse la vida e irse con su hija. Tuvo que ser reducida y esposada por su propia seguridad.

Quispe le notificó, sin evadir detalles, lo sucedido a Ricardo. Éste le reclamó por el pésimo desempeño que, según él, estaba teniendo y luego tuvo la difícil tarea de comunicarle a su hija la noticia de la aparición del cuerpo sin vida de Gisela y el infortunio que tuvo Rafael en ser el primero en saberlo. Elena, sin dudar, llamó a Luis, pero él no contestó; ya había salido de su casa después de recibir la orden, desde la Central, para que se presentara en la escena. Unas cuantas llamadas después, Elena ya se encontraba rumbo al hospital.

Al llegar, se encontró a Rafa con suero, dormido, en una camilla de habitación común llena de pacientes. Su expresión era de descanso y sus respiraciones eran prolongadas y profundas. Una de las enfermeras le explicó que fue sedado debido al complicado estado emocional que presentaba, agravado por la falta de descanso. Le informó que, al llegar, su frecuencia cardíaca era totalmente atípica junto con su presión arterial y lo comparó con un caballo desbocado.

Después del pequeño parte médico, Elena se sentó a un lado de la camilla. Estuvo un largo rato acariciando los cabellos de su hijo, que los notaba más grasosos de lo normal. Mientras se arrepentía del golpe que le había dado cuando salió de la comisaría y de haberlo castigado con su silencio durante todo el día, la mano de Luis se posó sobre su hombro, ella la sintió y la tomó entrelazando sus dedos, le reconfortó sentir su presencia. Entonces él dijo: —Según el médico va a estar durmiendo hasta mañana, como mínimo. —Elena no respondió, ni apartó la mirada de su hijo y Luis continuó: —El café de la esquina está abierto las veinticuatro horas.

Ambos salieron de la habitación y, al pasar por la puerta, Luis saludó con la venia al policía uniformado que estaba contra la pared. Cruzaron la calle y eligieron una mesa que estaba al lado de la ventana. Ambos encendieron un cigarrillo y pidieron dos cortados.

Luis, mirando a la calle le aseguró: —No van a descartar ninguna hipótesis.

—¿Eso qué significa?

Volvió la mirada y contestó: —Que van a volver a interrogar a Rafael hasta que quede totalmente claro si está involucrado o no.
—Hablás como si no tuvieras nada que ver con la investigación. — Contestó Elena levantando las cejas.
—Me apartaron del caso.
—¿Cómo?
—Bueno, digamos que fue de común acuerdo. — Levantó los dedos haciendo el gesto de comillas y siguió: —Hubo ciertas sospechas de que vos y yo tenemos una relación, me lo preguntaron y no lo negué.
—¿Te va a traer más problemas?
—No… Supongo…
—¿Se sabe algo de los asesinos?
Luis inspiró aire con fuerza, le dio una lenta pitada a su cigarrillo y, a la vez que soltaba el humo, le dijo: —Se sigue trabajando sobre las mismas líneas de investigación que había antes, pero este es el momento donde se empieza a bajar el ritmo… Ya no hay una vida que corra peligro.
Elena reprimió el pensamiento que le indicaba que no habría culpables tras las rejas, después su mente voló al día que conoció a Gisela y, enseguida dijo: —La tiraron como si fuera basura, en el medio de la calle y a plena luz del día.
—Habría que mandarlos al paredón. La chica no tenía los brazos. Los forenses la sacaron de la valija y sólo estaba el torso y las piernas. No sé si es porque no entraba, o es algún tipo de mensaje mafioso…
—Son unos hijos de puta.
—La autopsia dio como resultado que murió por asfixia, todavía tenía la soga con la que la ahorcaron en el cuello. La cortaron, dejaron que se le salga toda la sangre y recién la metieron. Se descubrió que ambas piernas estaban quebradas.
—¿La quebraron?
—No, eran fractura por alta energía, algo así como si hubiera caído de varios pisos. Me da la sensación de que habría querido escapar saltando de algún lugar y la volvieron a agarrar… El estudio también dejó claro que la golpearon, le pegaron mucho antes de matarla, tenía hematomas en varios lugares… Y, bueno, también la…
—No quiero saber más detalles, Luis. —Lo interrumpió, tapándose la vista al atravesarse Irene por su mente.
—La maltrataron mucho.
—Debe haber vivido un infierno.
—Decir que son unos hijos de puta es poco.
Hubo un rato de silencio, ambos luchaban contra las imágenes aterradoras que irrumpían sus pensamientos, hasta que Elena intentó encontrar un culpable y dijo: —¿Y el padre?
Luis levantó los hombros. —Hay personas que aseguran que ya estaba muerto antes de que la secuestren. Habría sido otro grupo de delincuentes que nada tenía que ver con éste. Pero son todas cosas que no están comprobadas todavía.
—Desde que todo esto empezó, no me puedo dejar de poner en los zapatos de la mamá de Gisela. Pobre señora.
—Yo, personalmente, pienso que algo esconde. No tengo pruebas, pero tampoco dudas. —Había sido idea de Luis esconder micrófonos en la casa y dejarla sola.
—Tal vez ahora, si es que sabe algo, lo diga.
—Ojalá… Tengo que volver al trabajo. — Luis sacó la billetera y dejó un billete de 5 sobre la

mesa, le dio un beso rápido en los labios, le dijo: —Te llamo mañana para saber cómo se despertó Rafa. Y no te olvidés que tenemos pendientes unas mini vacaciones, vos y yo. —Ambos sonrieron y se fue, dejándola sola.

Ella tomó otro café y se quedó mirando los autos pasar hasta que empezó a asomarse el alba. Un niño vendiendo diarios entró, se lo ofreció y Elena le compró uno antes de que fuera echado por el único mozo del lugar. Se puso a hojearlo buscando la noticia que sabía que encontraría.

El titular era claro *"Horror en las calles: Encuentran el cuerpo de una joven desmembrado dentro de una valija; padre vinculado al narcotráfico"*, y el copete continuaba con: *"La ciudad comienza el nuevo año consternada tras el hallazgo de un macabro crimen, mientras las autoridades profundizan en los lazos delictivos que rodean al caso…"*. No le hizo falta seguir leyendo más, para saber que no habría marchas pidiendo justicia por el asesinato. La última palabra del título justificaría la falta de acción de la sociedad. Aun así, continuó con toda la crónica en busca del nombre *Rafael Ricci* impreso en el papel, para su alivio no lo encontró. Al terminar, dobló el diario y lo tiró sobre la mesa.

Volvió al hospital y, cerca de las diez de la mañana, su hijo abrió los ojos. Mientras él desayunaba, Elena tuvo en privado una larga charla con el médico y la psiquiatra sobre estrés post traumático. Le dieron recomendaciones a corto plazo, otras que tenía que tener en cuenta de por vida y también una lista de contactos con números telefónicos que podrían encargarse de un tratamiento psicológico.

Madre e hijo se retiraron después de las burocracias correspondientes a una alta médica. Subieron al *147*, pasaron por la casa de los abuelos a buscar a la más pequeña de la familia y los tres volvieron a casa.

Al llegar, Rafa, que seguía un poco rengo, se fue a duchar bajo la disposición sin posibilidad de negativa de su madre. Él lo hizo rápido y sin poner empeño; no quería quedarse solo con sus pensamientos bajo el agua. Esos instantes fueron suficientes para que Elena le explicara a Irene que tenía que portarse bien porque su hermano estaba un poco triste.

Al salir de la ducha, se sentó en el living, mirando por el ventanal hacia afuera. Las cortinas estaban abiertas, entraba mucha luz. Recordó el día que Gisela lo buscó y se besaron por primera vez, lo nervioso que se puso cuando vio el *Twingo* estacionar. Quiso llorar y no pudo, las lágrimas no salían de sus ojos. Por dentro sentía que todo estaba vacío y destruido. Realmente se había ilusionado con ella y por algún tiempo creyó que estarían juntos para siempre. Se enojó y no tenía fuerzas para exteriorizarlo más que con apretar uno de los apoyabrazos del sillón. También estaba decepcionado, nunca esperó que la vida lo tratara de esa manera.

Elena, de pie a sus espaldas, lo miraba compungida por el dolor que transitaba su hijo y el horror de las imágenes que se quedarían pegadas en su psiquis por toda su existencia. Le estremecía que el cadáver de Gisela lo visitara durante las noches. Ella entendía que el mundo que les había tocado era un lugar hostil y era necesario que golpeé un poco para forjar herramientas, pero esto era distinto. Rogaba que la grieta causada por lo que se rompió en Rafa, no fuera tan profunda como para impedirle tener una vida normal.

Por su lado, corrió Irene, se paró en frente de él y le puso un collar alrededor del cuello hecho con hilo piolín, fideos mostachol y florcitas multicolores recortadas en papel glasé. Cuando Rafa lo tuvo puesto, bajó el mentón, lo agarró con una mano y lo miró, entonces su hermana le dijo:

—En la colonia, después de la merienda, tuvimos clase de arte. Nos dijeron que inventemos regalos para la familia. Yo hice esto para Gi y, cuando volviera a casa, se lo iba a dar. Pero mamá me dijo que ya no podía venir, que se fue al cielo, al mismo lugar donde está papá. Así que te lo regalo a vos, para que no te olvidés de ella, que era tu amiga y te quería mucho.

Rafa se inclinó y la abrazó.
Algunas lágrimas se le escaparon a Elena, que había estado atenta a cada palabra. Y, desde su corazón, sintió que "*El arte es la forma en que Dios se expresa en la Tierra*".

—FIN—